IGUAZEL SERON



YO SOY ELLA SPICE

FANDOM BOOKS

IGUAZEL SERÓN

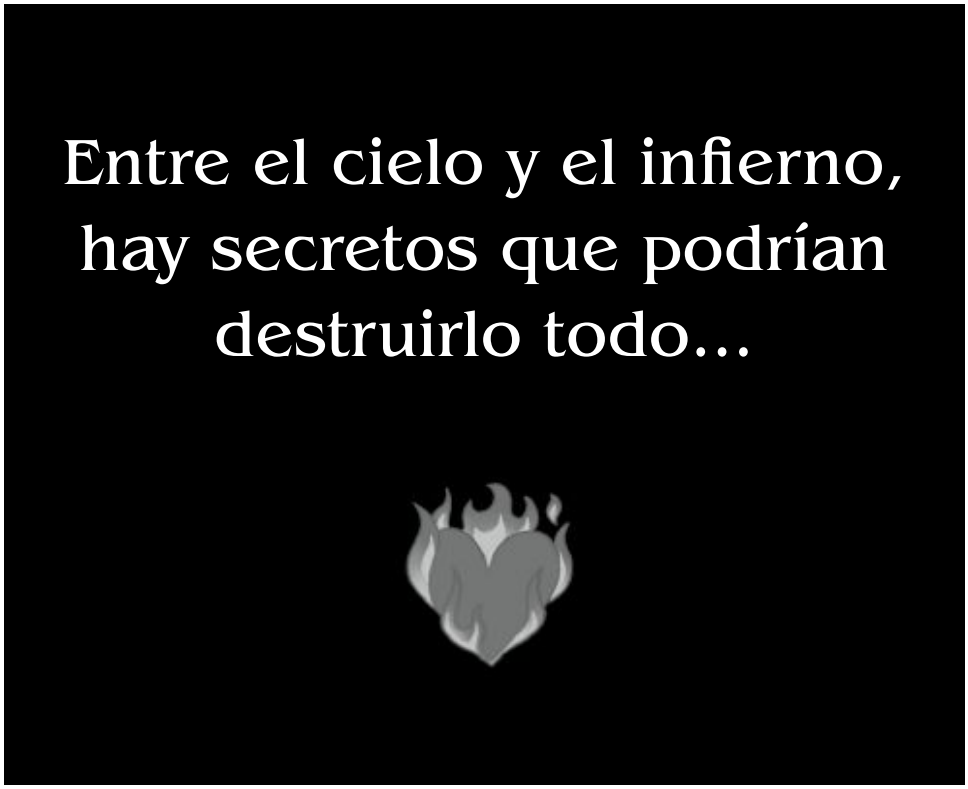
YO SOY ELLA SPICE



FANDOM BOOKS

Para Alba Moris.

Para todas mis amigas.



YoungPluton Alba sigue atrapada entre dos mundos… y entre dos chicos que lo han cambiado todo Lo que comenzó como un triángulo amoroso, ahora amenaza con transformarse en algo mucho más complicado cuando la tensión entre Belce y Uriel empieza a arder con más fuerza que nunca
La guerra es inminente y el destino de las criaturas sobrenaturales y humanas pende de un hilo. ¿Podría la relación entre un demonio y un ángel ser algo más que enemistad? ¿Y qué pasará cuando el corazón de

Alba quede partido en dos en medio de un conflicto que podría destruirlos a todos? 😱

La batalla no solo es entre cielo e infierno, sino dentro de ellos mismos ✴️🖤

✨¿Cuál de los dos será el elegido? 🌙

¿Estáis preparados para leer #EntreLosDos, el desenlace de la trilogía de romance sobrenatural más exitosa de @EllaSpice? 👀

#CuáldeLosDos #UnoDeLosDos #FantasíaJuvenil #ÁngelesYDemonios #AmorImposible #DarkAcademy #Romance #RománticoYSobrenatural #LiteraturaJuvenil #YoungPlutón #EllaSpice

CAPÍTULO 1



GABRIEL

Gabriel se levanta esa mañana con las mismas ganas de trabajar que de pillar el sarampión. No hay nada que odie más que ponerse enfermo, especialmente en verano, pero con el cansancio que lleva encima, igual hasta lo agradecería. Y es que todos sus compañeros de clase andan subiendo *stories* disfrutando de sus vacaciones de verano: que si la playa, que si la excursión a no sé dónde, que si vuelos a Japón como quien dice que se va a la sierra.

Todos menos él.

El primer motivo es que su madre lleva todo el verano haciendo horas extra para poder pagarle la matrícula del nuevo curso en la uni. Sabe que ella hace un esfuerzo titánico para que pueda cumplir sus sueños, así que lo mínimo es echarle una mano. El segundo motivo es que Gabriel cree que tener contactos es fundamental. Así que, en lugar de pillar horas en algún supermercado, él decidió solicitar unas prácticas de *community manager* en una editorial a partir de junio.

Cuando sus amigos le dijeron que algo así no ayudaría demasiado en su futuro como comunicador audiovisual, creyó (como cree muchas veces) que ellos no estaban teniendo mucha visión de futuro. Él no es como los demás. Gabriel ve el futuro. O mejor dicho, planea su futuro tan bien que es como si tuviera superpoderes. Y

está seguro de que el esfuerzo valdrá la pena y le permitirá ayudar a su madre, pero también entrar en el mundo laboral antes que otros.

Lo que pasa es que, ahora que en lugar de ir a la playa y darle manotazos a un balón hinchable tiene que pasarse la semana entera pensando cómo caerle bien a la gente en redes, está empezando a pensar que igual se ha equivocado. Aparte de visionario, Gabriel siempre intenta ser positivo, porque ser otra cosa lo volvería completamente tarumba, pero es que su trabajo empieza a ser un asco. Y su piso en Madrid es horrible. Y lo peor de todo es que no puede quejarse, porque entre lo que su madre le da y el patético sueldecillo que le ingresa la editorial, puede permitirse un apartamento bien situado, con ventanas, y que no fue construido durante el reinado de Carlos II el Hechizado. Eso sí, lo comparte con tres personas más. Una pareja que parece tener la intención de repoblar el planeta Tierra dentro de su dormitorio (porque los oye quererse con frecuencia) y no interactuar con el resto de la humanidad (porque jamás salen de esa habitación) y con Leo, que es todo lo contrario a él, pero un buen amigo. Ese verano ha decidido quedarse en Madrid en lugar de volver a Toledo con sus padres, y su compañía se agradece. Es el tipo de tío que cuando se levanta y no queda nada para desayunar lo ve como una oportunidad para salir antes de casa y coger un batido détox para llevar antes de pasarse por su facultad de Derecho.

—¿Ya te has levantado? —le pregunta Leo cuando se cruzan por el pasillo. Dicho así, parece que el apartamento es Versalles, pero ni mucho menos. De hecho, tiene que pegarse a la pared para dejarlo pasar—. Te lleva sonando el puñetero teléfono como media hora.

—¿Y por qué no lo has cogido?

—Porque la última vez que lo hice te enfadaste. ¿Quién es María paréntesis Plutón cierro paréntesis? ¿Algo que deba saber?

—¿María? —A Gabriel se le para el corazón un momento—. ¡No puede ser!

Corre hasta el salón (es una carrera de dos segundos) y se lanza para desbloquear el móvil que dejó allí cargando la noche anterior.

Cuando leyó esa noticia de que un móvil le había explotado a alguien cerca de la cara, los pensamientos intrusivos le impedían dormir, así que decidió que, si algo tenía que explotar, prefería que fuese el salón antes que la cabeza.

Leo tiene razón: María, la editora jefa de Young Plutón, el sello de literatura juvenil de Plutón Ediciones, lo ha llamado cinco veces, y eso no pasa nunca.

«Joder».

Pulsa el botón de devolver la llamada y espera.

María tarda dos tonos en responder.

—¡Gabriel! Por fin te pillo…

—Sí, disculpa, pero tenía el móvil cargando y como estaba trabajando en el despacho…

Ella no tiene que saber que en realidad ha estado durmiendo con un ventilador cutre, que chirriaba con cada giro que daba a un centímetro de su nariz, porque no tiene aire acondicionado. O que todavía no ha empezado la jornada. O que su «despacho» es el escritorio de Ikea que Leo y él montaron a duras penas a principios del curso pasado. Está a un paso de su cama, y ahora solo hay apuntes de Lengua Española sobre él (se ve que no escapas de eso ni en la universidad). Pero, aunque sea un *community manager* bastante mediocre, sabe qué tiene que callarse.

—No te preocupes —responde ella. Gabriel nota que su tono es serio, y eso solo puede significar que lo que quiere decirle es *importante*—. Perdona por pedirte esto, pero ¿podrías pasarte por la oficina? Tenemos que hablar contigo de algo importante.

Importante.

Por lo que él tenía entendido, María había empezado siendo una editora normal y corriente en el sello juvenil, pero cuando consiguió sacar el proyecto de Ella Spice adelante, ascendió rápidamente y se ganó una reputación excelente en el mundo editorial. Hasta su madre sabe que Ella Spice, la tía o tío que más vende en todo el país, es una persona *importante*. Y María, como su creadora, también, y por eso ahora solo se encarga de las cosas *importantes*.

Y da la casualidad de que hace algo así como diez meses (en realidad diez meses, dos días y cuatro horas), Gabriel mandó a la editorial un proyecto que tenía entre manos y lleva esperando la respuesta desde entonces. Se titula *Las aventuras de Leonir: la búsqueda de Riorthern*. Es la primera parte de una saga inspirada en las partidas de rol que hace con sus colegas los sábados por la noche. Ellos fliparon cuando les contó de qué iba la cosa, y por eso no entiende cómo es posible que todavía no haya ninguna editorial interesada.

Pero está claro que eso ha cambiado.

Porque María tiene algo *importante* que contarle.

Algo lo suficientemente *importante* como para que tenga que ir a la oficina y que sea ella la que le vaya a dar la noticia en persona, y no una editora cualquiera.

—¿Por la oficina? ¡Claro! —lo dice desenchufando el móvil y yendo en dirección al baño—. ¡No tardo nada!

Cuelga y deja el móvil en el lavabo, esquivando un montón de ropa sucia que hay en el suelo y que le provoca una mueca. Sabe que Leo le pregunta algo, pero no lo oye porque ya está siguiendo su rutina de cada vez que tiene que salir a hacer algo: ducharse, frotarse bien los sobacos, ponerse las lentillas y pensar en la ropa. En este caso, le da unas cuantas vueltas, porque ¿qué se supone que tienes que llevar el día que te dicen que vas a ser un autor superventas?

Al final, se decide por unos pantalones de traje y una sudadera, porque a pesar de que no tiene ni puñetera idea de moda, en su cabeza tiene sentido que, si combinas algo formal con algo informal, eso significa que estás dando una impresión intermedia y comedida.

Antes de salir del apartamento se echa un poco de cacao en los labios y cierra la puerta con un:

—¡Cuando vuelva seré una estrella!

Que es respondido con un:

—Nunca dejes de soñar.

A Gabriel el metro le da un poco de asco. O sea, no literalmente, aunque a veces también, porque alguna rata que otra se pasea por allí como si tuviera el abono transporte, pero es que tiene poquísima orientación y no sabe llegar a ningún lado aunque haya hecho la misma ruta doscientas veces. Que sí, que no hay *tantas* líneas y Madrid no es Nueva York, pero que se lo digan al Gabriel de hace un par de meses que acabó en Vicálvaro y sin la tarjeta cargada.

Ese día no tiene ni que mirar la dirección a la oficina, y se lo toma como una señal de que todo va a ir bien. Hay un asiento libre, y se lo toma como una señal de que todo va a ir superbién.

Desde que empezó todo eso de ser *community manager,* le tiene algo de alergia a las redes sociales. Aun así, pasa el dedo por la pantalla y empieza a cotillear. Lo primero que ve es un montón de gente hablando de Ella Spice, aunque eso no es novedad, porque todo el mundo habla de sus novelas a todas horas. Además, como él lleva las redes de Young Plutón, el algoritmo piensa que le interesa todo lo relacionado con la literatura juvenil. ¡Error! Y encima, hace poco que publicaron *Uno de los dos*, la segunda parte de *Cuál de los dos*, una nueva trilogía con un triángulo amoroso de lo más llamativo, y es lógico que sea tema de conversación. Pero… hay algo raro.

Delante de él, dos chicas hablan muy cerca la una de la otra y dicen:

—¿Tú crees que es verdad? O sea, tiene sentido, claro, pero… ¡No sé, tía!

—Es un bulo fijo.

—Yo creo que es cierto, es que mira, esto no está hecho con inteligencia artificial, ¿no?

—Pues no sé, la foto esa del Papa con abrigo yo me la comí con patatas.

Ya no puede aguantar la curiosidad y busca en las tendencias.

> **Lara #TeamUriel** 😇😇 @LaraLeemuch0
>
> *Ayer estábamos cerca del edificio de Plutón Ediciones (no preguntéis 💀💀) y no os lo vais a creer, pero RESULTA QUE ELLA SPICE SALIÓ POR LA*

PUERTA DE ATRÁS. Mirad!!!

La persona ha subido unas fotos de alguien con una capucha que le cubre el rostro parcialmente y que va rodeada de varios tíos de seguridad de Plutón Ediciones. Gabriel reconoce a algunos de ellos porque siempre están paseándose por ahí con la cabeza bien alta. En cuanto a la persona de la capucha, podría ser Ella Spice o su tía abuela Concha.

Javikun  @javikun45

los de seguridad se pusieron super agresivos con nosotres, así que SEGURO que era ella spice. si os fijáis en esta foto se puede ver la pantalla de su móvil, alguien ve lo que pone???? tiene de fondo un fanart de Belce con Alba o estoy loco???

Belce y Alba son los protagonistas de *Cuál de los dos*. Él es un demonio buenorro, ella, una humana que no tiene muchos dedos de frente. Gabriel se ha cansado de publicar cosas sobre ambos en TikTok e Instagram. Sabe más de esos personajes de lo que le gustaría, igual que de Uriel, el ángel guaperas que completa el triángulo amoroso. No entiende cómo un concepto tan usado ha vuelto loca a tanta gente.

Decide salir del *hashtag* porque su parada está cerca y porque ha empezado a ver conspiraciones sobre quién podría ser la persona de la foto basándose en el puente de su nariz, y eso ya roza la línea de lo patético.

Se baja en la estación correcta y casi recibe el calorazo de Madrid en agosto con gusto. El metro es infernal y siempre le suda hasta el huequillo detrás de las orejas. Además, la sudadera no ha sido una buena elección, pero presentarse en camiseta no era una opción viable.

Cuando llega al edificio, la tía de seguridad de la puerta se le queda mirando fijamente:

—Espera, espera, ¿qué haces tú aquí?

—Trabajo aquí —responde, rebuscando en su riñonera la tarjeta de empleado. No sabe ni por qué la tiene, porque no hace jornada completa y lo de las redes nadie se lo toma nunca en serio—. Se lo juro.

—Ya, pues enséñame tu identificación. Con todo lo que está pasando, no quiero más disgustos.

Tarda un minuto en encontrarla, y cuando se la enseña casi se la mete entre los ojos a la mujer.

—Está bien —dice ella—. Pero para la próxima, llévala a la vista y no me hagas perder el tiempo. Y actualiza esa foto, por Dios.

«La próxima vez no necesitaré identificación», piensa ya en el ascensor. Es lo que tiene ser un escritor famoso: todo el mundo te reconoce, todo el mundo te sonríe y te abre puertas. Todo el mundo te lee.

La que sí que lo reconoce es Luisa, la chica que recoge paquetes y que dormita sobre su mesa, situada nada más salir del ascensor. Lleva la piel bronceadísima, así que seguro que también se ha ido ya de vacaciones.

—¡Gabriel! ¿Qué haces hoy por aquí?

—Me ha dicho María, de Young Plutón, que tenía algo importante que decirme. —Intenta que ese «importante» no suene gigante en su boca, pero no tiene mucho éxito. Es como si llevara los mofletes llenos de comida.

—Ostras… Me puedo imaginar de qué va el asunto. No han parado de hablar de eso en toda la mañana.

—¿En serio?

—Hombre, cómo para no.

—Será mejor que me dé prisa. —Sonríe, despidiéndose con un gesto, y después recorre el pasillo hacia el despacho de María.

Solo ha estado una vez allí, pero no tiene pérdida. Vamos, como que es el único despacho de la planta que es más grande que su apartamento y que tiene una mesa larga y un ordenador de última generación. Lo que sí que le sorprende es ver cinco espaldas sentadas en unas sillas alrededor de esa mesa y ese ordenador.

María está de pie y, sinceramente, no tiene cara de estar disfrutando del momento.

Esa cara se gira hacia él. Ella sonríe un poco y le hace un gesto con la mano para que entre.

—¡Gabriel! Menos mal que has venido…

Ha hablado con María un total de cinco veces desde que lo contrataron para llevar las redes de Young Plutón. Pero no se conocen de nada. Y por la forma en que dice su nombre, «¡Gabriel!», es como si hubieran celebrado varias Nocheviejas juntos.

—No sabes la mañanita que llevamos… —comenta.

Gabriel asiente como si supiera de qué habla y echa un vistazo a su alrededor. No hay ninguna silla libre, así que se queda de pie y siendo más consciente que nunca de sus manos y sus dedos. Y sus pies. ¿Por qué tiene tantas partes del cuerpo de repente?

—Os avisé —gruñe un tío con bigote. Sabe que es un comercial. Uno de los importantes, de esos que llevan Madrid—. Me da igual que quisiera firmar libros. Fue su decisión desde el principio no dar la cara, pues ahora que se joda. Sus seguidoras están locas y las tenemos día sí y día también rondando por aquí. Sabíais que algún día pasaría esto. Ni puto sentido.

Ah. Gabriel por fin entiende que están hablando de lo de Ella Spice. A lo mejor se ha adelantado a la parte de la reunión que tiene que ver con él.

—Sigo sin entenderlo, siempre tenemos mucho cuidado —dice alguien que Gabriel no tiene ni idea de quién es—. Es como si se hubiera filtrado que Ella iba a venir.

—¿Qué ha pasado exactamente? —pregunta para hacerse el educado.

—Un desastre —responde María—. Algunos fans de Ella son muy efusivos. —Es gracioso que intente suavizar lo que acaba de decir el comercial—. Y bueno… digamos que fuimos más descuidados de lo que deberíamos y alguien le sacó unas fotos…

—Ah, las he visto por redes.

—No, no. —Otro de los presentes sacude la cabeza—. Las que hay en redes no son nada comparadas con las que nos han llegado esta mañana a la editorial. Quieren que paguemos para que no las publiquen, porque se le ve la cara con más detalle que en una foto de comunión.

—Que le jodan al chantajista —dice el comercial de antes—. Decimos quién es y a tomar por culo. Y si la chavala no quiere, entonces nos quedamos con su marca y puerta.

—Nadie me ha preparado para este chantaje —admite María, ignorando al hombre—, pero ya tengo la solución, y por eso Gabriel está aquí.

Ah.

Es la tercera vez que se le pasa esa palabra por la cabeza en menos de un minuto.

Y es que no tiene ni idea de por dónde van a ir los tiros, pero está empezando a captar que *Las aventuras de Leonir: la búsqueda de Riorthern* no van a ver la luz del sol como él esperaba.

—¿Yo? —Y la voz le sale como un gallo horroroso que hace que hasta se apiade de sí mismo.

—Sí. Escucha Gabriel. —María se sienta detrás de la mesa y de repente, Gabriel se pregunta si lo van a despedir y si él tiene la culpa indirecta de esas malditas fotos—. Ella Spice es lo mejor que nos ha pasado en los últimos diez años, y solo llevamos publicándola dos. ¿Entiendes? Da mucho dinero. Escriba lo que escriba. Y da mucho dinero porque su imagen es llamativa, porque la gente especula sobre quién se esconde detrás de las novelas. Ella nos hace llegar a fin de mes.

Gabriel está seguro de que eso último es una exageración, pero que María esté montándose una película es lo que menos le importa ahora mismo.

—Ella nos ha mandado un mensaje esta mañana —murmura una chica. Se llama Lydia. Gabriel y ella se conocen; es la editora actual de Ella Spice, y de vez en cuando le manda cosas para poner en las redes—. Está un poco asustada con todo esto. Empezó en Internet y

lo que le gusta de escribir es que nadie sepa que las historias son suyas y… Bueno, creo que no quiere que sus abuelos descubran que escribe ese tipo de novelas, no sé si me entiendes.

—¿No enseña su cara porque no quiere que su abuela sepa que escribe porno?

—Dicho así…

—Como editorial tenemos que respetar su privacidad tanto como podamos, Gabriel —explica María—. Nosotros no podemos abandonar a Ella, y me imagino que tú tampoco, ¿verdad?

—Pues…

Está a punto de decirle que a él se la suda completamente.

—Claro que no —lo corta ella—. Ninguno abandonará a Ella, y por eso quiero proponerte una idea que he tenido con el equipo de *marketing* y que creo que va a solucionarlo todo.

La imagen de María diciendo «¡Vas a ser superventas!» cambia en su cabeza. De golpe, la escena tiene mucha menos luz, hay tormenta más allá de la ventana y alguno de los presentes tiene un halo de llamas alrededor, como el puñetero demonio de la novela de Ella Spice.

—Hemos pensado que vamos a hacer pública la identidad de Ella Spice —desvela por fin.

Solo tiene una pregunta: «¿Y yo qué pinto aquí entonces?».

La respuesta llega bien rápido.

—Queremos que tú seas Ella Spice, Gabriel —suelta María—. Imagina el follón que vamos a montar cuando se descubra que las novelas más populares entre el público femenino las ha escrito un chavalillo. ¿No crees que es genial?

Gabriel está de acuerdo en que van a montar un follón impresionante. ¿Qué clase de tío impresentable publica novelas bajo un pseudónimo femenino?

—Tú —dice un comercial, como si le hubiera leído la mente—. Eres perfecto. Gabriel… Gabrielle… Ella. ¿No crees que es genial?

Otra vez esa pregunta.

Ve esas sonrisas de dientes blancos, como si fueran un banco de tiburones, y se imagina que todos le están preguntando lo mismo, como un coro de depredadores: «¿No crees que es genial, Gabriel?».

No. Es horrible.

No puede aceptar.

—Te pagaríamos todo el tiempo invertido, claro —apunta alguien.

Eso ayudaría mucho a su madre.

Da igual, seguro que lo pagan tan mal como lo de llevar las redes.

No tiene ningún sentido.

Él quiere publicar *sus* novelas, no fingir que ha escrito las de otra persona, por muy famosa que sea.

Pero entonces, Lydia se acoda sobre la mesa y le dedica la sonrisa más perversa de todas:

—Todavía tengo tu novela en mi correo, Gabriel. Imagina lo fácil que va a ser convencer a los que estamos aquí si la gente conoce tu nombre. ¿No crees que sería genial?

Mierda.

Eso sí que sería genial.

Capítulo 2



DANIELA

Daniela lleva dos días sin salir de la cama, con el cargador ardiendo en el enchufe, amenazando con fundir la pared y traspasar a la habitación del vecino, y empieza a tener agujetas en el dedo de tanto bajar y bajar por la pantalla. Sus mejores amigas, Nuria y Hana, la han llamado, pero les ha dicho que tiene gripe. No sabe si eso es algo que puedes pillar en plena ola de calor, pero le da igual. No tiene energía para nada más. El único lapso de tiempo (cinco minutos esa misma mañana) en el que se ha distraído ha sido al ver un *fanart* que alguien ha hecho de Uriel con un perrete y ha sonreído.

Y ya está.

Eso es todo.

Ha pasado por todas las fases típicas de una situación como esa: negación, drama, más drama, lloros contra la almohada, aceptación y vacío existencial. Se ha planteado todo: salir en Instagram a decir que Ella Spice es ella, escapar de España e irse a vivir al primer país que se le pase por la cabeza y… bueno, ha pensado hasta en renunciar a Ella Spice y olvidarse de todo ese embrollo.

Pero a la hora de la comida ha recibido una llamada de María, la que fue su editora desde el primer momento y que la ha acompañado en todo este viaje. No sabe si María ha pasado por las mismas fases que ella, pero después de esos dos días de horror, parece que ha sucumbido a la presión y se le ha ido la olla por completo.

—Daniela, escúchame —le ha dicho, con ese tono de voz que tiene la gente que quiere vender aspiradoras. Aunque lo que le quería vender era, sin duda, peor que un masajeador de pies de la teletienda—. Tengo la solución para todo este embrollo, esta mañana lo hemos visto clarísimo.

Y le ha contado el disparate.

—Pero María, ¿quién se va a creer que un tío ha escrito mis novelas? —Es tan absurdo que casi le ha entrado la risa—. ¿Y por qué demonios iba yo a aceptar que un hombre sea Ella Spice? Si queréis que hagamos algo así, puedo pedirle a mi hermana que sea ella. Conoce las novelas, tenemos confianza y…

—Entiendo tu propuesta, de verdad que sí —al otro lado del teléfono, María respira muy fuerte—, y no me hace gracia decirte esto, pero, aunque a veces se nos olvida porque somos como una familia, Plutón Ediciones es una empresa, Daniela. Permitir que tu hermana hiciera algo así supondría muchos problemas e inseguridades legales para nosotros, ¿entiendes?

—Pero si ella firma un contrato…

—¿Quién sabe de este tema, Daniela?

—Vosotros, pero…

—Cariño, tú sabes que aceptamos lo de ser anónima porque no sabíamos cómo iba a funcionar tu proyecto, pero desde que va tan bien… ¿Sabes la presión que me hacen desde *marketing?* No hacemos firmas, no hacemos eventos, no tenemos beneficios de eso y…

—Lo sé, lo siento y lo aprecio porque…

—Desde que debutaste has sido nuestro ojito derecho, pero también nuestra fuente de polémicas —le ha contestado—.

¿Recuerdas cuando escribiste aquella escena con la cuchara y Lydia quería quitarla? ¿Te acuerdas de lo que peleé por ti?

En realidad, peleó ella misma, y tampoco había sido una polémica. A sus lectores les había encantado lo de la cuchara. Un par de madres escandalizadas en redes sociales no eran «fuente de polémicas» ni mucho menos. Pero que un tío salga a decir que se ha inventado sus historias es otra cosa.

—No estoy segura, María.

—¿Y por qué no? Gabriel es un chico encantador, te lo juro. Lo conozco muy bien y ya sabes que puedes fiarte de mí, ¿no? ¿Quién confió en ti en su momento?

Daniela no recuerda la primera vez que leyó un *fanfiction*, pero sí que tiene grabado a fuego el momento en el que a los quince años hizo «clic» en publicar y lanzó al mundo su primera historia. Bueno, eso de «al mundo» tiene sus matices, porque aquella publicación de menos de tres mil palabras, en la que Rey y Kylo de *Star Wars* se daban cuenta de que estaban enamorados el uno del otro, solo tuvo un miserable comentario: «¡Si me comentas devuelvo *like*!». @C3POLover2352 sería la primera crítica de su obra, y como tal, debía guardarla en lo más profundo de su corazón. Luego llegaron muchos más. Y nadie se hace a la idea de lo que puede doler la exposición en redes y las críticas que llegan desde una cuenta anónima. Cosas como: «Vaya puta mierda, hija» o «No has entendido PARA NADA la relación de Viktor y Jayce #SonComoHermanos» son difíciles de olvidar. Es un asco, pero si te gusta escribir, te aguantas y sigues haciéndolo. Si eres fuerte, lo haces de cara, y si eres como Daniela, te creas un perfil falso a los dieciséis años, te inventas una personalidad nueva y la llamas Ella Spice, que suena inglés y guay. Después, empiezas a escribir historias románticas originales. En aquel momento acababa de terminar de leer *Un jardín de rosas, niebla y llamas* y la idea de que ella, no, de que Ella Spice podía hacer algo como eso se le había pasado tantas veces por la cabeza que ya se veía en la sala de cine viendo una adaptación de su primera novela. Y resulta que funcionó.

Se convirtió en la cuenta más leída de toda la plataforma, y los comentarios se volvieron mucho más amables y divertidos.

POR FAVOR NO PUEDEO MÁSSSSss ESTOES MUY HOT!!! 

pero cómo se te ocurren esas cosassss ahhhhh???? tengo el *** dando palmas!!!**

Cuantas más erratas escribían sus lectores, mejor se sentía, porque eso era un indicador de que vivían la historia tanto como ella. Ella Spice era la mejor escritora del mundo. Por fin podía escribir lo que le apetecía, tenía una comunidad de fans increíble y era feliz. Y a pesar de que no disfrutaba de una vida social alucinante (y su madre siempre se lo recordaba), sentía que estaba haciendo algo por el mundo: llenarlo de escenas eróticas sanas y divertidas. ¿Qué más podía pedir?

Pues dos años y tres días después de que Ella Spice creara su cuenta y publicara *Dulce tentación,* recibió un correo:

Querida Ella Spice:

¿Qué tal? Me llamo María, y soy editora en Plutón Ediciones. Hemos estado mirando tu perfil y nos ha llamado mucho la atención tu trabajo. ¡Nos parece superinteresante! Lo cierto es que ahora estamos buscando publicar una línea un poco subida de tono (spicy! ) para uno de nuestros sellos juveniles y estamos seguros de que tú eres perfecta para el encargo.

Si estás interesada puedes responderme por aquí y te daremos más detalles al respecto.

Muchas gracias por leerme y un saludo.

María Carillo
Editora en Young Plutón

Y Daniela podría haber ignorado el e-mail por tener pinta de *spam*, pero en lugar de eso, le dio a responder, y aquello le cambió la vida para siempre.

Como bien dice María, habían confiado en ella.

Pero Daniela no está tan segura de confiar en ellos.

—¿Quién es ese tal Gabriel?

—Es un chico que trabaja con nosotros. Lleva las redes del sello de Young Plutón, así que sabe muy bien de qué va todo… Y es joven, como tú más o menos. Está en la universidad y eso.

—¿Un *community manager?*

—¿Por qué ese tono de desprecio?

—No, o sea, me da igual a lo que se dedique, pero pensaba que como mínimo sería escritor.

—¡Y lo es! —María habla siempre tan cerca del móvil que Daniela oye cada vez que traga saliva, como si la tuviera a escasos centímetros—. ¡Escribe los *posts!* ¡Los *copys!* Los *copys*… Me pongo al día poco a poco, ¿eh? Y bueno, no te voy a mentir, Daniela… Es que es guapo. Estuvimos dándole vueltas y todo el equipo está de acuerdo en que a tus chicas les encantará que Ella Spice tenga una imagen tan… atractiva. Que sea en realidad la personificación de Umbriel.

—Uriel.

—¡De Uriel!

—Sigo sin tenerlo claro.

—Daniela, esto está pasando porque tuvimos un descuido, pero también porque tú sigues sin dar tu brazo a torcer…

Otra vez.

Daniela ya sabe que su cabezonería de querer mantener su anonimato es un privilegio dentro del mundo editorial, y que hay muchas personas trabajando para que eso funcione. María le ha advertido muchas veces de que llegados al punto en el que se encuentran, decir quién es podría suponer un enorme empujón hacia arriba. Daniela está segura de que hay docenas de estudios de

marketing que le dan la razón, pero eso no quita que ella siga sintiéndose incómoda con la idea de hacer pública su identidad.

—Lo sé, María. Pero… ¿Y si esto sale mal? ¿Y si ese chico no puede mantener la imagen de Ella Spice? ¿Y si no cae bien…?

—Pues ya me dirás, porque no hay nadie más, Daniela. La otra opción es la que los jefazos han propuesto, que mañana hagamos un directo en redes contigo y des la cara…

—¡No!

—Escucha, cariño. —En ese momento ha podido sentir los labios de María contra su oreja. Sus palabras viajando desde su oído hasta su cerebro—. Tú y yo somos amigas, ¿verdad? Y sé que esto es… Bueno, puede parecer una locura, pero es mi manera de mantenerte a salvo y que puedas seguir siendo tú. No te lo había dicho nunca, pero por aquí hay gente que tiene cada vez más interés en quitarte la máscara, ¿sabes? Y como te niegas, están proponiendo cosas muy feas. Y yo te sigo protegiendo de todo eso. Sabes que me enfrenté a personas importantes que propusieron que le encargásemos a otra persona las novelas de Ella Spice cuando se quejaron de que eres muy lenta.

No era la primera vez que le decían que era lenta y Daniela sigue sin entenderlo. Escribe casi a diario, nunca se va a dormir sin pensar en una escena que tiene pendiente o un nuevo proyecto. A veces cree que, como cuando empezó ya tenía varias historias escritas que salieron muy rápido al mercado, en Young Plutón piensan que es capaz de cagar libros. Esa es la expresión que su hermana utiliza siempre: «cagar libros». Y a día de hoy, Daniela no caga libros, pero no quiere que otros hagan su trabajo. Es la última línea que no quiere cruzar, así que ha respondido una vez más:

—Ya te dije que eso no puede ser.

—Lo sé, y por eso siempre lucho por mantener tu esencia, a pesar de lo difícil que es. Así que lo hablaré con el equipo legal y los que saben más que nosotras. Pero Daniela, creo que deberías pensar en Gabriel como tu salvavidas, tu coraza.

—¿A qué te refieres?

—Si él funciona, tu problema estará solucionado —le ha explicado —. Desde arriba nos han planteado trabajar con él hasta que salga *Entre los dos*, la última parte de *Cuál de los dos*, y si a los dos meses las ventas van como siempre, entonces seguimos así, y si todo se vuelve un completo desastre… entonces… Bueno, habrá que ver qué hacemos. Daniela, eres muy cabezota, y ya que te niegas a decir que eres tú, esfuérzate para que esto funcione.

Ha visto muchas fisuras en ese plan. Como, por ejemplo, ¿por qué la gente va a creer que ese chico es Ella Spice y no lo que vean en las fotos que ya hay en Internet o con las que los han amenazado? Van a tener que trabajar mucho para que su plan sea creíble y la filtración parezca una tontería. El problema es que, si lo rechaza, lo único que le queda es decir esa misma semana que Ella Spice es ella; como tarde, la siguiente. Con el plan de María solo tiene que convertir al tal Gabriel en la versión de ella misma que le gustaría que conocieran los demás. Aborrece que sea un chico, y tampoco sabe si quiere pasar por todo ese numerito. ¿En serio no hay otra autora, ninguna mujer que quiera ocupar su lugar?

—¿Y crees que la persona que tiene las fotos se rendirá tan fácilmente?

—Con una Ella Spice de carne y hueso y… un poco de ayuda económica, creo que estaremos bien.

«Ayuda económica». Así se llama ahora a ceder ante un chantaje.

—¿Puedo pensarlo un poco?

—Tengo la reunión definitiva mañana —le ha dicho María—. Así que te doy la noche para darte cuenta de que esto puede… No, de que esto tiene que funcionar.

Y ha colgado.

Ahora está dentro de la cama, volviendo a pensar en ese tal Gabriel y en si tiene sentido meterse en ese follón o no. Si se lo preguntase a sus padres le dirían que se rinda, que acepte que es algo bueno, que disfrute de la suerte que le ha tocado. A sus amigas no puede decirles nada, porque no tienen ni idea de esa doble identidad rollo Marinette y Ladybug. Pero sin superpoderes. Solo un

montón de ansiedad cada vez que piensa en enfrentarse al escrutinio de los lectores.

Su dilema se ve interrumpido por unos toquecitos en la puerta y la madera que chirría al abrirse.

—Buf, Dani. Aquí huele a humanidad.

—Me da igual…

—Huele a sobaco y a pies y a sardina, que lo sepas.

—Qué asco…

—Asco el que das tú.

Las cortinas se abren de golpe, pero no es cosa de magia, es su hermana Sara, que se tapa la nariz con los dedos como si fueran pinzas y también abre la ventana. Se ha recogido el pelo rizado en un moño alto, tirante, y aun así está guapa.

—Pero ¿qué haces? —protesta Daniela.

—¡Ventilar! —Sus ojos claros, que siempre la hacen ser objeto de miradas, le devuelven un gesto de exasperación—. Una cosa es estar triste y otra muy diferente es no tener higiene personal.

—¿Te importa no ser tan cretina durante un día?

—Ya han pasado dos, Dani. —Se acerca a ella y tira de las sábanas—. Hace un calor asqueroso y si te quedas en la cama vas a seguir sudando y las cosas no se van a arreglar. He mirado las redes y siguen hablando de ti, así que tu estrategia de meter la cabeza debajo de la almohada no está funcionando muy bien.

—¡No me digas!

Sara la mira con esa cara que pone siempre de «es posible que tenga la hermana más idiota del mundo», que suele ir seguida de esa otra de «pero voy a intentar resolver tus problemas».

—A lo mejor no está tan mal que la gente sepa que eres tú —dice. Suena como si no se lo hubiera dicho ya cincuenta veces antes—. O sea, no conozco a nadie que no adore tus libros… Bueno, sí, esa chica que trabajaba conmigo en la tienda y que decía que tus personajes son todos iguales, pero es tontísima, así que no cuenta.

—No quiero que nadie sepa que soy Ella Spice, Sara.

Está harta de explicarle los motivos. Su hermana está estudiando Filología Inglesa y de vez en cuando puede trabajar en alguna tienda de ropa para sacarse algo de dinero. Por supuesto que piensa que le ha tocado la lotería con todo eso de los libros. Y Daniela es consciente. Sabe que vivir de la escritura es un sueño, un privilegio. Por eso no se queja nunca. *Sabor a tentación*, la primera novela que lanzó con Young Plutón, vendió más de cuarenta mil ejemplares. *Cuál de los dos* consiguió algo más del doble. Y aunque Daniela no tiene tanto dinero como alguien podría pensar con esos números, sí que ha podido irse a vivir a Madrid, lejos del pueblo de sus padres. A lo mejor no lo habría hecho si Sara no hubiera querido vivir con ella, pero el caso es que es independiente y sus amigas no pueden decir lo mismo.

Sin embargo, aunque su vida sea un poco más sencilla, tiene derecho a querer mantener su intimidad, ¿no? Por eso sigue estudiando en la universidad, por eso hace sus exámenes de Magisterio.

—Crees que la gente te va a juzgar si dices que eres tú.

—Sí, ya sabes que sí.

—Pero eso no es cierto. —Sara la agarra del brazo e intenta levantarla de la cama. Funciona, porque Daniela arrastra los pies por el suelo, como una zombi—. La gente ya te adora sin saber quién eres. ¿Qué diferencia hay entre Ella Spice y tú?

—¿Estás de broma? La pregunta es qué hay de Ella Spice en mí. Y además, Ella no existe y nadie le puede decir que es *demasiado algo* o *no lo suficiente de otra cosa*.

—Para ser escritora, a veces no entiendo lo que dices…

—No quiero hablar del tema. —Daniela sale al pasillo y se encamina a la cocina—. Además, ya lo han solucionado desde la editorial.

Sara corretea tras ella y bloquea la entrada a la cocina con todo el cuerpo. Le gustaba más cuando era tan pequeña que podía obligarla a hacer cosas, como llevarla a caballito por toda la casa.

—¿Han aprendido a hacer la o con un canuto?

—¡Eh!

—Si es lo que dices tú…

—Ya, pero yo puedo decirlo, tú no. —Aunque, si lo piensa, todo lo que le ha propuesto María parece más bien el resultado de un montón de chimpancés intentando hacer la o con un canuto y gritando al unísono «esta es la mejor idea del mundooo»—. Y sí, me han propuesto algo, y tengo que decidir si quiero hacerlo o no.

—¿Y qué es?

—Déjame pasar, por favor…

—Cuando me digas lo que es.

Daniela le da un empujón y se acerca al frigorífico para sacar la leche. Se toma su tiempo en alcanzar un vaso y servirse un poco. Odia la leche. De hecho, no sabe por qué se está moviendo tan lentamente y le está dedicando tanto rato a algo tan simple y que detesta. Tal vez porque decirle a su hermana que la editorial le ha propuesto que un tío *random* se haga pasar por ella va a desatar un ciclón al que no quiere enfrentarse ahora mismo.

—¿Dani? —insiste Sara.

—Qu… que… ha… por mí —dice en un murmullo que ni ella entiende.

—¿Qué?

—Que quieren que un tío se haga pasar por mí —repite, sin ser capaz de mirarla a los ojos—. No por mí, por Ella Spice.

Tres.

Dos.

Uno.

—¿Bromeas? —Sara le quita el vaso de leche de las manos y ella no hace nada por recuperarlo—. Un tío.

—Sí.

—Un tío va a fingir que ha escrito tus novelas.

—No hace falta que me lo repitas como si fuera tonta —gruñe Daniela—. Pero te recuerdo que tengo un problema muy gordo que se solucionaría si ese chico sale en un par de entrevistas y se lleva la peor parte de ser escritora.

—¿La peor? ¡La mejor parte, Dani! ¿Qué hay mejor que hablar con la gente que adora lo que haces? No puedes dejar que te quiten eso… No puedes quitarte eso —se corrige.

—No me quitan nada, porque ahora tampoco lo tengo. Además, hablo de mis novelas con otras personas, solo que no saben que las he escrito yo.

—Bueno, pero…

—No hay más que hablar. —Daniela recupera el vaso de leche y le da un trago. Asqueroso—. Voy a decirle a María que me organice un encuentro con ese tal Gabriel, y si es buen chico, diré que sí. Y ya está, fin del asunto.

—Porque tú lo digas.

—Pues sí, porque yo lo digo.

Daniela sale de la cocina con los ojos de su hermana clavados en la espalda. No quiere decirle a Sara que si acepta lo del tal Gabriel es porque la alternativa que se plantea es renunciar a todo. Olvidarse de lo que ha pasado en los últimos años, acabar la carrera a tiempo y presentarse a las oposiciones. No quiere decírselo porque sabe que la matará.

Así que le manda el correo a María. Luego repite la misma frase una y otra vez: «Porque yo lo digo», en una especie de técnica de autohipnosis cutre para creerse que lo tiene todo bajo control.

—Porque yo lo digo.

ALBA

Suspiré de cansancio y me miré una vez más en el espejo. El uniforme de la Academia Aura era tan parecido al resto de mi ropa como podían serlo un atuendo de mi abuela y el último modelito de Sabrina Carpenter. La falda corta, la camisa blanca bien planchada metida por dentro y oculta bajo un chalequito y una corbata de color azul celeste a juego con el resto del conjunto. Me veía ridícula.

La academia obligaba a todos sus alumnos a vestir igual, como si quisieran robarnos la identidad. Teníamos que llevar el pelo recogido, pero por suerte, yo me había hecho un corte bastante arriesgado durante el verano y no me afectaba mucho. Cortarme el pelo «a lo chico», como decía mi abuela, había sido la mejor decisión del mundo. Pensar en ella me hizo echarla de menos. También a mamá, papá y a mi hermana. Vivían a solo dos horas en tren, pero sentía que era mucho más. Aunque, de todas formas, una de las normas de ese lugar era que no había visitas y yo tampoco podía ir a ningún lado.

Era como una cárcel. Y a pesar de que yo los echaba de menos, la verdad era que la idea de enviarme allí había sido suya. Acabar los estudios en la Academia Aura «para casos perdidos», un instituto privado alejado de todo. Así que algo en mí sentía resquemor. Yo no era un caso perdido, pero seguro que muchos de mis compañeros sí, y eso me daba mucho cague. Para empezar, mi compañera de habitación, que se llamaba Laura, no me había dirigido la palabra todavía. ¡Y llevaba aquí tres días! La tía tenía un montón de libros raros de brujería y esoterismo y

había decorado la pared con un pentagrama. Nunca en la vida había estado tan segura de que alguien planeaba matarme.

Me habían dicho que los horarios eran muy estrictos, que teníamos toque de queda y la comida de la cafetería me recordaba un poco a la de la cárcel. Tenía la sensación de que el uniforme *fancy* era solo la tapadera para ocultar lo cutre que resultaba todo lo demás. La academia era oscura, taciturna y bastante silenciosa. Los pocos profesores que vagaban por los pasillos apenas se acercaban a nosotros, como si fuéramos a lanzarnos a su cuello en algún momento.

La primera mañana del curso tenía clase de Inglés a las ocho y diez, así que a las ocho salí de mi habitación dejando a Laura todavía arreglándose. No me dijo nada y yo a ella tampoco. Tenía suficiente con no mirarla directamente cuando se ponía unas cremas que olían a ciénaga cada noche antes de dormir. Así que me colgué la mochila a la espalda y bajé corriendo las escaleras hacia el edificio principal. La academia había sido construida en un antiguo convento, así que me sentía un poco como si Harry Potter hubiera elegido ser monja de clausura. Todo era antiguo y elegante, pero al mismo tiempo, las cámaras nos vigilaban desde cada esquina y los detectores de rostros y metales decoraban las puertas.

El aula de inglés estaba en la planta baja, así que fui de las primeras en llegar. Me senté al lado de otra chica que tenía el pelo larguísimo y recogido en trenzas diminutas. Masticaba chicle y el olor a fresa se me coló por la nariz como un pesticida.

—Hola...

Me miró e hizo una pompa rosa que estalló sobre sus labios gruesos.

Eso fue todo.

Poco a poco, los alumnos fueron llegando. A algunos los conocía de vista, de los días anteriores en los que la gente iba de un lado para otro organizando sus cosas, intentando conocerse,

pero otros acababan de aterrizar. Gente de primero de bachillerato que parecía tener menos ganas de estar allí que yo.

Pero entonces, escuché una voz, acompañada de algunas carcajadas. Era dulce y se oía desde la distancia. Poco a poco se fue haciendo más fuerte hasta que su dueño entró también en la clase junto con una chica y otro chico.

Llevaba los cascos al cuello y tenía una sonrisa perruna, con colmillos. El uniforme le quedaba algo grande, la corbata mal ajustada y un pendiente le adornaba la oreja derecha.

Me quedé congelada en el sitio. Muchos de los chicos de allí habían sido expulsados de otros centros. Otros tenían delitos menores que a nadie le importaban mucho, pero ese chico en concreto... Había salido en las noticias.

Se llamaba Belce Le Rouge.

Había estado en el reformatorio por matar a otro chaval y lo habían soltado al cumplir los dieciocho. ¿En qué cabeza cabía mandarlo allí?

Aguanté la respiración agitada cuando pasó por mi lado y sentí el frío que dejaba a su espalda, camuflado por esas risas vacilonas.

Estaba claro que esa academia jamás sería un hogar para mí, pero ahora empezaba a preguntarme si saldría viva de todo aquello.

Capítulo 3



GABRIEL

Recibió el correo electrónico cuando ya pensaba que el encuentro en la editorial había sido una alucinación y que podría volver a su vida normal.

Ella Spice nos pide un encuentro discreto para conoceros mejor.

Gabriel no respondió al correo hasta dos días después y fingió que había estado muy ocupado. Cosa que era una mentira a medias, porque sí, había estado con la cabeza metida entre productos de limpieza en un ataque de poner orden en su vida. No era necesario, cierto, pero era imprescindible para su salud mental. Lo había leído en todos y cada uno de los libros que se había comprado en todas y cada una de las ocasiones en las que había sentido que la situación lo superaba. No tenía ganas de explicarle eso a una pandilla de tiburones corporativos, así que prefirió soltar la mentirijilla y quedarse más tranquilo.

Además, ¿cómo digieres que vas a conocer a Ella Spice? Él no la ha leído nunca, pero sabe que la tía es tan famosa como el presidente. O puede que más. Leo le dijo que un chico de su gimnasio tiene un tatuaje de las novelas. No hizo más preguntas. Porque a Gabriel no le va la literatura juvenil, y desde luego, no le va

el romance. Él creció leyendo *El hobbit*, viendo las películas de *El señor de los anillos* o rescatando los tomos de las *Crónicas de la Dragonlance* piratillas que podía encontrar en Internet. Su mundo era el de los enanos, los magos, los héroes y las aventuras épicas. ¡Empezó a pagar HBO solo por *Juego de Tronos!* No por las historias con romances falsos que ponen las expectativas por las nubes. No. Ella Spice no es su tipo de escritora.

—Así que no querían publicarte —le dijo Leo cuando regresó aquel día a casa—. ¿Y qué querían entonces?

—Nada importante.

Le habían pedido que mantuviera en secreto toda esa estupidez.

Estupidez.

Sí, porque eso es lo que es. Una auténtica estupidez a la que él se ha apuntado porque es un imbécil.

Pero a veces hay que hacer idioteces para triunfar.

Por eso ahora se está arreglando los rizos en el espejo, uno a uno, para que queden a la perfección, y poniendo algo de maquillaje en un grano gigantesco que le ha salido en la barbilla.

—¿Tienes una cita? —Leo se apoya en el marco de la puerta—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque no es una cita.

—¿Y por qué te pones colonia entonces?

—Me preocupa que creas que solo hay que oler bien cuando tienes una cita. —Gabriel pasa a su lado, ignorándolo.

Leo es lo que todo el mundo conoce como *gym bro*. Le gusta el gimnasio más que a un tonto un lápiz, y aunque no es el *bro* de nadie (al menos por derecho sanguíneo), sus amigos, los tíos obsesionados con hacer flexiones y subir sus «repeticiones» a Instagram, lo suelen llamar así. «Bro», «k tal bro????». Al menos, ese es el contenido de más de la mitad de los mensajes que le llegan por Instagram.

Nunca se lo ha dicho, pero hay algo en Leo que hace tambalear la heterosexualidad de sus colegas. Puede que sea ese lunar que tiene

en el mismo sitio en el que él tiene un grano asqueroso ahora. O que siempre te mira con esos ojos oscuros y de pestañas largas.

—Eso es porque me ducho a diario —le responde su amigo mientras lo observa arreglarse el pelo una vez más—. Como te siga creciendo más vas a parecer mi madre.

—Gracias. No sé cuándo volveré.

—Yo he quedado para salir, así que no me esperes despierto.

—¿Soy tu esposa?

Lo deja con la protesta en la boca, pero es que no tiene más tiempo que perder. Le han pedido que vuelva a la editorial, y esta vez sí que se cuelga la tarjeta de identificación al cuello.

Eso alegra a la de seguridad, que es la misma y que solo lo mira un veinticinco por ciento mejor que la vez anterior. Sube en ascensor y casi se lanza sobre la recepción. Allí, Luisa tiene el móvil en la mano, con uno de esos muñequitos desnudos que están de moda asomándose desde la carcasa. Lo mira por encima de las gafas, con una sonrisa divertida:

—¿Otra vez aquí?

—Ya ves…

—¿Buscas a María?

—Creo que sí.

—Está en su despacho.

Le hace un saludo militar y se encamina a la misma salita. En esta ocasión, solo está María, que parece muy concentrada en colocar las hojas de una de las plantas de plástico que decoran su escritorio.

Gabriel se pega al cristal y da un par de golpecitos con los nudillos. María levanta la cabeza inmediatamente y le hace un gesto rarísimo, acompañado de un movimiento de labios que parece decir: «¡Ay! ¡Voy, voy!». Como la ve coger el bolso y correr hacia él, supone que no se ha equivocado.

—Hola, Gabriel, ¿qué tal?

—Bien, la verdad es que…

—¡Cómo me alegro! —Le da un golpecito en el hombro y le señala el pasillo por el que ha venido—. He quedado con Ella en una

salita que tenemos en la planta de abajo y que nos dará algo más de intimidad, ¿te parece? ¿Qué es esa cara? ¿Nervioso?

—No, bueno…

—¡No estés nervioso! Ella es un amor, te va a gustar.

—No, si no es eso.

Lo que le pasa es que todo está yendo demasiado rápido. ¿No podrían haberle dado alguna indicación de lo que se va a encontrar? Por poder, Ella Spice podría ser tanto una tía de treinta, como una mujer de cincuenta.

—Tú no te preocupes, de verdad. Ella está encantada con el favor que le vas a hacer y seguro que tenéis muchas cosas de las que hablar.

Gabriel no opina igual, pero se calla. No es difícil, de todas formas, lo de callarse, porque María no deja de hablar en ningún momento. Cuando cogen el ascensor le coloca la mano en el hombro y le da hasta unos golpecitos, como si quisiera convencerlo de que todo está bajo control. Por lo que ha visto Gabriel en redes, «bajo control» no son las palabras con las que definiría la situación actual. La peña se está volviendo loca.

—Por aquí, por aquí…

Acaban en una sala de reuniones sin ventanas y sin aire acondicionado. María enciende las luces y le hace otro gesto raro para que ocupe una de las sillas. Allí huele un poco a café, pero también a sobaco. En la mesa hay unos papeles con un calendario editorial.

—Voy a buscar algo de beber —le dice María, y luego desaparece.

Gabriel se queda sentado y empieza a jugar con los dedos. Acaricia la yema de uno con la del otro y siente que los tiene demasiado rugosos.

El fluorescente parpadea y todo se vuelve negro por un milisegundo.

Gira la cabeza y distingue a una persona esperando junto a la puerta abierta, como una aparición de una peli de fantasmas. A pesar del calor que hace, va embutida en una sudadera gris con

capucha. No es que él esté en posición de hablar, porque se ha puesto una camiseta de manga larga, pero juraría que ve el borreguillo asomando por un lateral.

Observa la figura un buen rato. De espaldas, está quieta como un maniquí. Así hasta que María vuelve, con una lata en cada mano, y se ponen a hablar.

Gabriel intenta ser discreto y se fija entonces en la hoja sobre la mesa.

Alguien ha escrito con mala letra: «Este se nos cae, buscar a un *influencer* que sepa de dieta keto. Mínimo 80K. Preferencia TikTok».

Ah.

No es una novedad que ahora todo funcione así. ¿Llegó Ella Spice a la fama por una oferta como esa? ¿Como él no tiene redes sociales con miles de seguidores y solo le da *like* su tía abuela Concha no lo publicarán jamás?

—¡Gabriel! —María entra en la habitación y deja las dos latas en la mesa con demasiada fuerza. Ha sacado un par de Coca-Cola Zero de la máquina expendedora—. Mira… Te presento a Ella. ¡Qué nervios! No seáis tímidos. ¡Qué majos sois!

Gabriel se pone en pie y la mira por primera vez a la cara. Ella Spice se ha puesto una mascarilla y unas gafas de sol que le tapan todos los rasgos, así que solo puede ver las pecas que le pintan el puente de la nariz.

—Encantado… señora de incógnito.

—¡Qué divertido! —María le pone la mano en el hombro a Ella, igual que ha hecho hace un rato con él, con esos dedos que parecen garras de buitre—. Ella me ha dicho que prefiere hablar contigo a solas y bueno… No es lo mejor, pero yo siempre respeto vuestros deseos. ¡Mandadme un mensaje cuando acabéis, por favor, y firmaremos todo! Tengo tantas cosas que hacer…

Mientras habla va caminando hacia atrás, como si esperara que alguno de los dos fuera a detenerla y suplicarle «noooo, por favor, quédate».

Pero no sucede.

María se marcha, cierra la puerta y el silencio cae como una losa sobre ambos.

Ella vuelve a quedarse rígida como una tabla, y después se sienta en una de las sillas. En concreto, la misma en la que estaba él hace un momento.

No le queda más remedio que elegir otra, delante de la chica. No le hace mucha gracia, pero intenta que no se le note.

—¿Eres Gabriel?

La pregunta le llega cuando todavía tiene el culo a un palmo de la silla. Se toma su tiempo para sentarse y mirarla de nuevo. Se le ve el pelo castaño por debajo de la capucha, pero es incapaz de distinguir nada más. Podría tener un donut en vez de boca, o gusanitos de gominola en lugar de cejas, y él no lo vería.

—¿Ella Spice?

Ella asiente con suavidad y luego pone su mochila encima de la mesa. Rebusca dentro y Gabriel oye ruidos metálicos. Por un momento se plantea que esa tía esté desquiciada (que, por otro lado, no sería descabellado que alguien que va en sudadera a cuarenta grados lo esté) y le vaya a pegar un tiro ahí mismo.

Pero no, solo saca unos papeles arrugados y se los acerca.

—Me los han mandado por correo y los he impreso yo —dice. Tiene la voz suave y está claro que es más o menos de su edad—. ¿Tú los has visto?

—¿Visto el qué? —pregunta Gabriel a la vez que baja la mirada y lee entre varias marcas de dedos: «Contrato de confidencialidad». Ah. No tiene que continuar para saber de qué va eso—. Me dijeron que tendría que firmar algunas cosas, sí.

—¿Entonces no lo has firmado todavía?

—No, se supone que tenemos que firmarlo con María, ¿no? Eso acaba de decir.

—No me habían dicho eso…

—Escucha, si estás preocupada… Te prometo que no tengo interés en decirle al mundo quién eres —Gabriel se ríe—. Estamos

aquí precisamente por ese tema. Y además, no se te ve la cara. Podrías ser Taylor Swift con gafas del bazar que no me daría cuenta.

—No soy Taylor Swift.

—No me digas…

Ella Spice frunce el ceño. Es un punto de piel al descubierto entre la capucha y las gafas, y una arruga apenas distinguible.

—Mira, Ella. —Gabriel suspira—. No tienes que decirme quién se esconde bajo esa mascarilla. Imagino que todo esto es tan surrealista para ti como para mí. María me pidió el favor y aunque todavía no sé qué es lo que voy a tener que hacer y lo que no… Yo he dicho que sí porque necesito el dinero y bueno… —Porque quiere que le publiquen su novela—, ese no es el tema. Pero te juro que entiendo el marrón que supone ser Ella Spice, así que por mí puedes seguir siendo Spiderman o lo que sea.

—¿Lo entiendes?

La chica se echa un poco hacia delante, y Gabriel ve a través de las gafas la silueta de sus ojos y unas pestañas largas.

—Claro… —«¿No es evidente?»—. Ya me han dicho que es por tus abuelos… Entiendo que meterte en todo esto de la literatura juvenil y encima una historia de amor… ¿A quién le apetecería?

—¿Perdona?

—Yo también soy escritor. —Nunca se le ha hecho raro decirlo en voz alta: «Soy escritor». Porque lo es. Da igual que no haya publicado o que haya perdido cinco concursos de relatos seguidos, él es escritor. Todo aquel que escribe seriamente es escritor. Esa es su filosofía y es lo que pone en el diccionario—. Y sé que publicar libros serios para adultos cuesta mucho, así que no te juzgo por querer entrar por la vía fácil.

Lo suelta con una sonrisa en los labios. Gabriel no suele dar una buena primera impresión, pero quiere caerle bien a esa chica. Al principio no le dio muy buen rollo toda esa situación, pero después de pensarlo mucho y de tratar de hacer un ejercicio de humildad, se ha dado cuenta de que si lo de Ella Spice ha sucedido es porque el universo le está echando una mano para conseguir su sueño. Piensa

en su madre dejándose la piel y en lo fácil que sería ayudarla si sus libros vendieran bien. La chica que tiene delante es el camino para conseguirlo. Necesita gustarle.

—Pero ¿cómo te atreves?

—¿Eh?

—¿Estás diciendo que mi trabajo es algo así como literatura de segunda?

—Digo que la literatura juvenil es más fácil que la adulta, nada más —la corrige Gabriel.

—Eso no es verdad. —Ella se pone de pie—. ¿Es que no te gustan mis novelas? Pero María me dijo…

No necesita que continúe para saber que María le acaba de hacer meter la pata. Pues claro. Le ha dicho que él ha leído sus cosas. ¿Acaso es su culpa que ni siquiera le pidieran que se leyera los libros sobre los que publicaba en redes?

—Oye, no quería ofenderte con mi punto de vista. —Gabriel intenta salvar la situación—. En la reunión me contaron que no querías decir quién eres porque te da vergüenza que tu abuela sepa que escribes escenas eróticas, pero me pareció un poco absurdo, así que hice mis propias especulaciones.

Ella coge aire, todavía con el ceño fruncido, y Gabriel tiene que taparse la boca porque se le va a escapar la risa. Se acaba de dar cuenta de que la chica lleva ronchas en la sudadera y de que la mascarilla se le pega a la piel. ¿Quién es, y por qué llegaría tan lejos como para ocultar su identidad? ¿O para cocerse viva en una oficina gris y maloliente?

—Estoy muy orgullosa de haber creado tantas historias para gente a la que le gusta leerlas. —Ella estira el brazo y coge los papeles. Luego, como si no estuvieran ya increíblemente arrugados, los hace una bola y los tira a su espalda—. Me da igual que seas la personificación de Uriel o que puedas hacer la voltereta lateral con un meñique o que seas la solución rápida y tonta a mis problemas. ¡Me da igual! No sé en qué estaba pensando María…

—¿Que soy la personificación de quién?

—¡Es que ni siquiera sabes quién es Uriel!

Uriel… Ah. Sí, ahora que lo recuerda, tuvo que subir un *post* sobre…

—El ángel —dice. Y luego siente algo raro en la garganta—. ¿Acabas de decir que me parezco al ángel de tu novela?

—He dicho que María ha dicho que te pareces a Uriel, no que *yo* lo haya dicho.

—Escucha. —Gabriel se levanta también. La chica ya está recogiendo sus cosas. No puede dejar que se vaya todo al garete—. ¿Qué vas a hacer si no soy Ella Spice? ¿Vas a salir a decir que eres tú?

—Hay un montón de personas por ahí a las que les podría pedir el favor. ¡No eres tan importante!

—Pero María ha dicho que ya ha pasado casi una semana y la gente sigue hablando del tema. Si la movida no ha muerto todavía, es que se va a quedar ahí hasta que alguien lo arregle.

—Pues se lo pediremos a otra persona.

Gabriel siente algo que baja hacia el estómago y que amenaza con ir más allá. Como una mala digestión. No puede ser que un comentario desafortunado vaya a poner punto final a esa historia. Aunque no ve los ojos de Ella, sí que se ha dado cuenta de que sigue cambiando el peso de un pie a otro.

A lo mejor todavía tiene una oportunidad.

—Lo siento, de verdad —murmura—. No quería menospreciar tu trabajo. No opino que la literatura juvenil sea literatura de segunda.

Ella lo fulmina con la mirada, detrás de esas gafas absurdas.

—Si piensas que me voy a creer una disculpa como esa…

Ya tiene la mano en la puerta.

Se va a ir.

Y con ella, su gran oportunidad. Piensa en todos los archivos de Word de su ordenador. En su madre, que siempre bromea con que algún día será un gran escritor. En la cara de Leo cuando le enseñe su primera novela impresa.

—¡Espera! —Gabriel da un paso al frente y coge aire. Y luego se echa a reír—. ¡Estaba de broma! Ostras… ¡Menuda cara has puesto!

Ella se gira hacia él y… esa cara (o lo poco que ve de ella) sí que es digna de enmarcar. Tiene el puente de la nariz tan arrugado como si oliera basura.

—Una broma —repite.

—¡Una broma! —Gabriel sonríe—. María me dijo que tenías dudas sobre mí y estuve pensando en cómo caerte mejor, y luego pensé: «pues si es una chica divertida lo mejor será entrar por la vía del humor…».

¿Qué está diciendo?

—¿Qué estás diciendo?

—Mira, es que en realidad soy bastante fan de lo que haces y me daba vergüenza —miente—. No sé, me dijeron todo esto y estuve hablando con un amigo y me dijo que intentara caerte bien y hacer algo para que no pensaras que soy un *creepy*.

—Y decidiste que criticar lo que hago era la mejor idea del mundo.

—En realidad no pensaba hacerlo, pero me has puesto nervioso.

—Ya… —La chica da un paso atrás.

—Pregúntame algo de tus novelas. —Pero qué narices está diciendo—. Y respondo.

Existen dos escenarios posibles:

1) Que Ella le pregunte alguna chorrada y que por pura casualidad se acuerde de alguno de los *posts* que ha hecho en Instagram (poco probable).

2) Que Ella le haga cualquier pregunta relacionada con la trama y quede, no solo como un cretino, sino también como un idiota (muy probable).

Ella se cruza de brazos y suspira:

—No es necesario. No somos niños.

Silencio.
Puede oír la máquina de café al fondo del pasillo.
—¿Entonces?

Capítulo 4



DANIELA

—¿Y el tío fingió que todo había sido una broma porque es muy fan y se puso nervioso?

—*Lo puse* nervioso —la corrige Daniela. Va sujeta a una barra del metro que está algo pegajosa—. De todas las cosas que Plutón ha hecho mal, la de elegir a un *fanboy* de *El señor de los anillos* que odia toda novela que no tenga una descripción de sesenta páginas de una seta es sin duda de las peores.

Sara se aguanta un poco la risa.

—No sabes si es fan de *El señor de los anillos*…

—Tenía cara de haber llamado a su hámster Fordo o algo así.

—Frodo, tía.

—¿Qué?

—Que el personaje se llama Frodo, no Fordo.

—¡Ay!, ¡qué más da!

Sara se vuelve a reír, pero se pone seria cuando la mira desde su asiento. Siempre tiene la suerte de encontrar sitio en el transporte público. Es algo así como su superpoder.

—Pero esto no es un experimento, Dani. Aunque sea gracioso que ese tío sea un ridículo, ¿qué pasará si actúa como un cretino delante

de tus seguidores? ¿Y si arruina a Ella Spice? ¿Cómo vas a conseguir que sepa comportarse o responder a las preguntas que le haga la gente?

Sí, lo ha pensado desde que aceptó todo ese rollo y María volvió a la salita para obligarlos a firmar un montón de nuevos papeles (porque los suyos estaban arrugados en el suelo) que no leyó muy en profundidad. Su padre le habría echado la bronca por no usar láser ultravioleta para ver si había alguna maldad escrita en tinta transparente, pero ella estaba demasiado alterada para fijarse en nada más que en lo básico. Desde entonces una vocecita en su interior —o vozarrón, la verdad—, le dice que está traicionándose a sí misma y a todas las mujeres del mundo dejando que un tío se lleve el mérito de su esfuerzo. Pero hay otra, una que tiene un megáfono en la mano, más cobarde y que se escucha mucho más alto que dice algo así:

«Perocualquierpersonaesmejorquetú.Danielanotienestantotalento. Hastauntíocausarámejorimpresiónquetú.
¿Sabeslohorriblequeseríasalirahífuerayquetemirarancomosifuerasunchiclepegadoalpaladar?
EsonolevaapasaraGabriel.Lostíosnosufrentanto.Túsí».

Así, todo seguido, como un trabalenguas insoportable que lleva días reproduciéndose en bucle.

—Primero veamos qué pasa cuando lo anuncien —dice como respuesta.

No se lo ha contado a Sara, pero sigue pensando que, si todo sale mal, la editorial tendrá un as en la manga que lo solucionará todo. Confía en que encontrará otra forma de no tener que decir que ella es Ella Spice. De momento, ya la han avisado de que el anuncio será hoy, aunque todavía no sabe exactamente cuándo.

—¿Y si mete la pata solo diciendo que eres tú?

—No van a decir nada específico todavía, tengo que quedar con el chico y hacer una videollamada para contarle todo lo importante. Como tú has dicho, alguien tiene que explicarle cómo comportarse y

qué responder si le preguntan, pero de momento solo seguirá un guion que le han preparado.

—¿En serio? Yo lo decía de coña.

—Sí, he pensado en hacerle una lista, como un tutorial de ser Ella Spice.

Quería haberlo hecho esa misma mañana de sábado, pero tienen que ir a «Letras y café (o lo que prefieras)», el club de lectura, así que no le ha dado tiempo. Han salido de casa para coger el metro e ir directas a la librería, que está en el centro de Madrid y que, además, está especializada en literatura juvenil. La librera es majísima, superfan de Ella Spice, y el resto de participantes se han convertido en un buen grupo de amigos. Se reúnen todos los sábados por la mañana y comentan la novela que les toca leer ese mes o cualquier otra cosa que se les ocurra.

—En fin, tú verás.

Sara siempre termina las discusiones así, con un «tú verás» que se le queda grabado en el cerebro. Es peor que si se pusiera a gritarle delante de todo el mundo. Aun así, Daniela agradece que la deje en paz un rato y se permite echar un vistazo al vagón. Muchas veces, intenta buscar inspiración en la gente con la que se cruza, y el metro es perfecto para eso. Ve a una chica que tiene los ojos cerrados y que canta en silencio la canción que estará reproduciéndose en sus auriculares. Al otro lado, otra de edad parecida se ríe y apoya la cabeza en la barra con una sonrisa que ella conoce muy bien. El *instalove*: el amor que sucede de golpe y que ella no ha experimentado, pero que ha usado en algunas de sus historias. Puede que no sea el favorito de la gente, pero Daniela sabe que existe.

Un poco más lejos, una señora mayor discute con el que intuye que es su marido.

—Te he dicho mil veces que no compres fruta en ese mercado, que siempre te la cuelan podrida.

—Es mucho más barata que en el Mercadona, Cristina.

—¿Y qué pasó la última vez? ¡Que salieron tres naranjas de cinco todas llenas de moho! En el Mercadona no me ponen naranjas con moho.

—Qué cabezota que eres.

—Pues anda que tú…

Cualquiera pensaría que se llevan mal, pero Daniela se fija en que durante toda la conversación mantienen las manos entrelazadas.

Todavía tiene que pensar un conflicto para la tercera entrega de *Cuál de los dos*, y aunque el precio de la fruta del Mercadona no le sirve, se queda embobada mirando cómo los ancianos se rozan los dedos mientras se lanzan pullas.

Eso.

Necesita eso.

—Daniela, que ya estamos.

Casi se saltan la parada.

En el andén hace el mismo calor horrible que dentro de los vagones, y la cosa no mejora cuando suben a la calle. Daniela no soporta el verano, y Sara tampoco, porque empieza a ahuecarse la camiseta y a bufar.

—Vamos rápido, que me voy a derretir.

—Porque eres un bombón —bromea Daniela.

Su hermana le dedica un gesto de disgusto y encabeza la marcha hacia su destino. La verdad es que Daniela, para ser escritora de romántica, no tiene mucha experiencia en el campo en cuestión. Se besó con un chico del instituto durante una excursión, pero le dejó los labios llenos de babas y decidió que no quería pasar por eso otra vez. Los besos de sus personajes siempre son perfectos, siempre provocan electricidad piel con piel y saben bien. Los escribe así porque Sara tiene algo más de experiencia, a pesar de ser un año más pequeña que ella, y le ha dicho que los besos pueden ser impresionantes. Liga un montón y tiene cien mil historias que contar y que Daniela aprovecha para sus novelas. Si la gente supiera que la mitad de las anécdotas que escribe le han pasado a su hermana y no a ella… Y eso que hace poco la convenció para bajarse una de

esas aplicaciones de citas y ha hecho *match* con varios tíos. El problema es que las conversaciones mueren inevitablemente y ella se cansa de tirar del carro. Cuando no tienen mucho en común no le parecen interesantes, y cuando sí que le apetece quedar en persona, acaban dándole largas.

No está hecha para los ligues, está claro.

—Necesito beber algo —protesta Sara.

Entran en una tiendecita y su hermana se queja de lo caro que es todo, así que solo compra una botella para compartir y luego bajan por una bocacalle que conocen muy bien. Cuando por fin entran a la librería, todo el club está ya allí.

—¿Llegamos tarde? —pregunta Daniela sacando el móvil del bolsillo.

Ha *muteado* todas las notificaciones porque María lleva mandándole correos sin pausa desde hace una semana y necesita respirar. Ya le ha dicho que sí, ¿qué más quiere?

—¿No has leído los mensajes del grupo? —pregunta Anne, la librera.

—¿Eh? Ostras, pues no…

Daniel hace ademán de abrir el chat del club.

—No te preocupes —dice Marina, una de las integrantes del club —. Es que estas se han obsesionado un montón con toda la narrativa de la identidad de Ella Spice.

—¿Y por eso habéis quedado todas antes?

—¡Porque Young Plutón ha subido una *story* con una cuenta atrás hace como dos horas!

¿Cómo?

No necesita mirar a Sara para darse cuenta de que está haciéndole gestos con la cara, como si le picaran las mejillas y tratara de rascarse moviendo los músculos.

Mierda.

A lo mejor por eso María la ha llamado varias veces, porque ya sabían cuándo lo iban a anunciar.

—¿Y ya han dicho algo?

—Literalmente van media hora tarde —asiente Anne.

Se aleja un poco de los demás y revisa los correos por encima. Hay mucha paja, así que abre su WhatsApp y se encuentra con varios mensajes de María: «¿Dónde te metes, querida?», «bueno, no te preocupes, tengo todo bajo control» y «todo irá bien».

Le gustaría estar tan convencida como María de que, efectivamente, todo va a ir bien.

Está sudando.

Ahora, Sara la mira con esa sonrisilla suya que quiere decir «ni te ralles». Sabe que quiere tranquilizarla, pero ahora mismo no tiene ningún efecto sobre ella.

—Es que imaginad que dicen quién es…

—Si van a hacer un comunicado oficial digo yo que será para decirlo, ¿no?

—¿Y si Ella Spice es inteligencia artificial?

—No jodas, escribe demasiado bien, y cuando empezó, la IA no existía.

—Es verdad —aporta Daniela.

—A lo mejor es una señora mayor, en plan… Una escritora ya famosa.

—No sé yo…

—¡Esperad, esperad! —Anne las interrumpe a todas—. Han subido un vídeo.

Daniela siente que la bilis le sube del estómago hasta la garganta. Ahí está. Una vez que las chicas lo vean, todo va a cambiar, y ni siquiera ha tenido tiempo de hablar con Gabriel y decirle todo lo que ha pensado cientos de veces que Ella Spice debería decir a sus fans el día que fuera una cara pública. Todo ha ido demasiado rápido.

Todo mal.

Se sienta en una silla y empieza a mordisquearse los dedos.

Son los dos minutos más largos de su vida.

No sabe a quién mirar, sujeta su móvil entre las manos con su Instagram abierto y se fija en las demás. Ve los reflejos de las

pantallas, el pelo rubio de Gabriel, su cara bonita de ojos claros. ¿Está sonriendo? Su voz es un murmullo.

Ella Spice.

¿Están las chicas respirando más fuerte de lo normal o es que ella se lo está imaginando?

Es como si la hubieran soltado al espacio y estuviera flotando a la deriva.

—Espero que podamos seguir disfrutando de estas historias juntas —dice Gabriel—. Por fin os puedo contar que yo… yo soy Ella Spice.

Está nervioso.

No lo conoce lo suficiente, pero se le nota.

Aunque no tan nervioso como ella, que tiene la mitad del culo fuera de la silla. Alguien la toca en el hombro y pega un bote.

Sara hace un gesto con la mano que quiere decir «respira y disimula».

Los dos minutos terminan.

Y se hace un silencio largo.

Eterno.

—Estoy en *shock* —murmura Anne.

—¿Es una broma?

Daniela cierra los ojos.

Allá van.

—¿Ella Spice es un tío con cara de ángel y hoyuelos? —Nuria, que es una de sus mejores amigas del club, parece a punto de explotar. Hoy ha ido sin su novia, Hana. Daniela la conoce porque va con ella a clase en la universidad.

—Creo que me está dando un ataque.

—¿Qué dicen en redes? ¡Mira a ver qué dicen en redes!

—¡Ha subido una foto al perfil de Ella Spice en Instagram!

Ah, sí. Esa cuenta a la que ella no entra casi nunca.

Baja la vista a su móvil y hace clic en el vídeo mientras las demás empiezan a dar vueltas por la librería, incapaces de no decir cada

palabra que se les pasa por la cabeza. Daniela, por el contrario, está en blanco.

Ve la grabación sin sonido, solo con los subtítulos autogenerados. Le han arreglado el pelo a Gabriel y sus rizos parecen tirabuzones, como esas imágenes de griegos antiguos a los que los pintores usaban para dibujar sus querubines. ¿Lleva colorete? ¿La habrían maquillado a ella si hubiera decidido ocupar el lugar que le corresponde?

Gabriel parece todavía más mono que el día que lo conoció en la editorial. Daniela es una chica objetiva, sabe separar el hecho de que no le cae muy bien de su cara bonita. Si estuviera en una de sus aplicaciones de ligar le habría dado un *like* tímido, aunque tiene la impresión de que él no se lo habría devuelto. Por suerte, la situación es distinta, y como sabe cómo es por dentro, no hay cara de revista que pueda cambiar lo que piensa de él.

No puede evitar fijarse que cada vez que Gabriel habla, lo hace tan bien que resulta obvio que está siguiendo de memoria lo que parece un guion preparado por María o la gente de comunicación. Es perfecto. Cada palabra le resulta familiar, le suena artificial, y eso es lo que la editorial siempre busca con sus anuncios importantes. Siempre que han tenido alguna polémica con ella le han mandado correo con toda la información que iban a publicar en sus redes.

Todo está controlado.

Y eso la deja más tranquila.

Lo que pasa es que Gabriel está un poco atacado, y se nota por la manera en que le tiembla el pulso al sujetar la cámara, o cómo se traba al hablar. Detrás de él hay varios ejemplares de *Cuál de los dos* y *Uno de los dos* que parece que lo juzgan.

—A partir de ahora podremos hablar mucho más de mis novelas —está diciendo—. ¡Y podremos hacer muchos eventos!

Lo quita.

«Yo soy Ella Spice», ha dicho. Y se repite en bucle en el interior de su cabeza.

Ahora él es Ella Spice.

El caos en la librería continúa, pero parece que las opiniones ya empiezan a formarse.

Nuria está leyendo en voz alta un *post* de una cuenta de fans de Ella Spice.

—«Lo que nos parece inadmisible es que se haya presentado a sí mismo como una mujer —dice—. Ella Spice ha hecho creer a un montón de chicas jóvenes que estaban leyendo a otra mujer, soñando con llegar a ser como ella, cuando en realidad se trataba de un hombre proyectando sus raras fantasías. Desde luego, esta *admin* no va a comprar ni un solo libro más del autor. Que te den, Ella Spice».

Daniela cierra los ojos con fuerza. Es verdad, Ella Spice era un ejemplo para las chicas que soñaban con escribir.

—¡Cómo se pasa la gente!

—Le han contestado otras cuentas grandes de fans —sigue diciendo Nuria—. Parece que estas otras piensan que en realidad nunca nos dijeron que fuera una chica y que las historias siguen siendo geniales.

—Yo estoy de acuerdo —asiente Anne—. Seguro que el chico no lo había contado antes porque temía esta reacción. Además, es que es muy guapo, eso me gusta.

—¿Solo porque sea guapo?

—A ti lo que te pasa es que querías que fuera una tía preciosa.

—Pues sí, no te voy a mentir.

—¿Y tú qué opinas, Daniela?

Tarda en reaccionar. De hecho, no habría respondido si Sara no le hubiera dado un codazo en las costillas. Para todas sus amigas, ella es una más, una chica a la que le gusta escribir y que comenta los libros, los subraya y pone pósits en las partes que más le gustan. No conocen todo lo que hay detrás y, aunque a veces se siente mal por no contárselo, luego recuerda que cuantos más sepan el secreto, más difícil será mantenerlo. Todo lo que opina sobre Ella Spice es siempre mentira. O verdad a medias. Es muy sincera cuando dice cosas como: «Ojalá yo fuera como Ella Spice».

—Yo creo que es guapo —dice incómoda. Recuerda a Gabriel diciendo que la literatura juvenil es literatura de segunda y se le crispan los puños sobre las rodillas—, y que eso va a evitar mucho drama, ¿no?

—Puede ser…

—¿Tendrá novia?

—¿O novio?

—A lo mejor tiene novie.

—O varios.

No puede más, así que se levanta y murmura una excusa malísima sobre llamar a su madre y salir a la calle y busca en su agenda de contactos. María no responde por mucho que lo intente y Lydia, su editora, tampoco da señales de vida. Estarán ocupadas gestionando el aluvión de reacciones para contraatacar con sus estrategias comerciales.

Se detiene en el nombre de Gabriel, que guardó como «Gabriel (farsante)» el día que se conocieron. Abre la conversación de WhatsApp en la que él le mandó un emoji de un pulgar para que pudiera añadir el número a la agenda.

—¿Y este por qué no me habrá dicho nada?

Es entonces cuando se le va el dedo. Un gesto traicionero que provoca que envíe un *sticker* que hizo de su madre durmiendo en el sofá con la boca abierta.

—No, no, no. —El móvil le baila entre los dedos y se le cae al suelo—. ¡Nooo!

Lo intenta parar con el pie y rebota varios metros más allá. Cuando lo recupera, el chat está abierto y hay una respuesta bien clara:

Gabriel (farsante)

?

—Me muero —dice para sí misma—. Me muero.

Por culpa del sol, puede ver su cara reflejada en la pantalla. Dos ojos inundados de pánico, las gotas de sudor brillando en la frente. El flequillo pegado a la piel como si se lo hubiera peinado con Loctite.

El móvil vibra otra vez.

Gabriel (farsante)

Espero que te haya gustado la intervención.

No puede responder. No es capaz de enfrentarse a la vergüenza que le produce lo que acaba de suceder, así que simplemente borra el *sticker* de su madre y cierra la conversación. Si alguien pregunta, ahí no ha pasado nada.

Chismes literarios:
ELLA SPICE
está muy bueno

 ¡Eh! ¡Eh! ¿Os queréis enterar de los chismes literarios de última hora? Pasad, pasad, porque lo de Ella Spice me está volviendo LOCA. Si vives debajo de una piedra y todavía no te has enterado, **Ella Spice ha dicho quién es**. ¡Y las redes dicen que está muy bueno! Una chica chismosa nunca hará declaraciones de este tipo, pero no puedo evitar preguntarme si todas las fantasías literarias que teníamos hasta ahora no podrían pasar a ser con él. ¡Ups!

Resulta que después de tanto tiempo, la autora de *Cuál de los dos* y de otras historias *spice* (y nunca mejor dicho) no es una autora. Yo creía que estábamos ante la Hannah Montana española, pero se ve que al final nos ha salido un Cat Noir **(¿o debería decir «Gato Negro»?). Ahora que lo pienso, parecerse se parecen, con el pelo** rubito y esos ojos… ¡Que me voy del tema! Ella Spice ha resultado ser un chico. Un chico llamado Gabriel.

Esta chismosa literaria ha investigado y resulta que estudia Comunicación Audiovisual en Madrid y vive cerca del centro (no os diré dónde que luego me denuncian). Por supuesto, las redes sociales se han llenado de debates y discursos. ¿Podemos PERMITIR que un chico escriba historias de romance con protagonistas femeninas? ¿Podemos DISFRUTAR de que un chico escriba historias de romance con protagonistas femeninas? ¡Desmentimos todos los chismes! Os leo .

Capítulo 5



GABRIEL

Han sido las dos semanas más raras de su vida. Todos los días, desde que Gabriel fue al cine a ver *El señor de los anillos* en una reposición de su barrio cuando tenía diez años y decidió que él quería que las historias en su cabeza llegaran a la gran pantalla, ha soñado con la fama. Se imaginaba a sí mismo en esos encuentros de fans en Estados Unidos, sentado junto al reparto de su adaptación y contestando a decenas de preguntas. Se veía pletórico, con una sonrisa que habría practicado delante del espejo unas quinientas veces, acercándose al micro y soltando una frase ingeniosa que generase algún titular. Al final de ese discurso, le daría las gracias a su madre y la gente de redes lo adoraría.

Nunca creyó que pasaría de verdad, que algún día sus redes sociales echarían fuego. Bueno, técnicamente no son las suyas, más bien son todas las que Plutón Ediciones le ha añadido al móvil y que pertenecen a Ella Spice, pero el sentimiento es el mismo. El directo en el que se desvelaba su identidad ha sido compartido tantas veces que los números ya no tienen sentido para él. Su cara ha aparecido en la televisión, le han dedicado cientos de vídeos de reacción y lo único que le falta es un maldito anuncio en Times Square del momento en el que dijo: «Yo soy Ella Spice». Algunas de esas reacciones han sido buenas, otras una auténtica pesadilla y otras, la mayoría, simplemente neutrales. Eso le ha sorprendido muchísimo,

porque siempre ha tenido la sensación de que las redes sociales eran blanco o negro, especialmente con ese tipo de público.

María ha dicho que tiene que ver con el fenómeno fan y con que muchas lectoras no quieren renunciar a algo que las ha hecho felices durante tanto tiempo. Que intentaban «justificar algo que de otra manera hubieran rechazado para no sentirse más solas que la una». Él no estaba seguro de que si las fans de Ella Spice supieran que María habla así de ellas fueran a seguir siendo neutrales, o fueran a dejar pasar la idea de colarse en las oficinas y quemar todas sus plantas de plástico.

A quien no le ha importado nada todo ese follón es a su tía abuela Concha, que lo llamó el mismo día de la emisión para felicitarlo.

—¡Hoy me he comprado uno de tus libros, cariño! ¡Estoy enganchada!

Gabriel sonrió y le dio las gracias, pero hay una parte de él, ese Gabriel orgulloso, que se ha preguntado por qué Concha nunca ha querido leer lo que él ha escrito de verdad, y sin embargo ha consumido esa chorrada comercial. Ha intentado no darle más vueltas, porque todo lo demás ha resultado ser una auténtica pasada.

Empezando por el número en positivo que ha caído en su cuenta, el que le han pagado solo por la firma del contrato de identidad y por subir el vídeo a redes y que tiene la sensación de que debería ser algo más alto, por eso de estar dando la nota delante de todo el país. Pero se conforma, porque es mejor que cualquier pago que haya recibido en toda su vida.

De hecho, cuando le contó todo a su madre, esperaba que se centrara más en el hecho de que va a llegar más dinero a casa que en todo lo demás, pero no fue así.

—Ay, Gabriel… ¿No suena un poco a estafa?

—¿Pero qué estafa, mamá? Es la misma editorial para la que he estado trabajando todo el verano —le explicó—. Y estoy haciendo un trabajo normal y corriente.

—No sé yo… Además, Rosita, la hija de la vecina se ha hecho *book*… *booknoséqué*, de esas que suben vídeos al *TisTok* hablando de libros.

—¿*Booktoker?*

—No sé, pero me he visto lo que sube y habla mucho de editoriales estafadoras. ¿No será la tuya una de esas?

—¡Que no me están estafando!

—Tú anda con ojo y no firmes nada sin leer la letra pequeña.

Tuvo que lidiar con una conversación larguísima en la que solo llegaron a dos conclusiones: la primera que, según su madre, Gabriel es «fácil de engatusar» y la segunda, que su madre ve demasiadas películas *thriller* en Antena 3 en su poco tiempo libre.

Por suerte, hay otros detalles positivos que su madre no puede apreciar, como el hecho de que ya no le piden la identificación para entrar a la oficina. Hasta ese momento, la seguridad del edificio había sido tan estricta con él que había algunos días que se preguntaba si su cara cambiaba cada vez que se echaba a dormir.

Pero desde hace dos semanas, lo saludan como si fuera el CEO de Plutón Ediciones. De hecho, esa mañana tiene una reunión importante, y eso es mucho decir, porque él no había tenido una reunión en su vida, y menos una «importante».

—Ya que hemos decidido hacerlo así, creo que lo fundamental es recuperar el tiempo perdido —dice uno de los tíos de *marketing*—. Trabajar mano a mano con los comerciales y organizar presentaciones y eventos por toda España.

—Julio es nuestro hombre. —María, que también está en la reunión, señala al tal Julio y lo convierte en el centro de atención. Es un hombre serio y de baja estatura que parece como un topillo con americana y deportivas—. Es nuestro mejor tiburón. No hay lector al que no pueda devorar, ¿verdad?

—He conseguido que durante estos años Ella Spice sea un superventas —responde él—. ¿Qué no voy a poder hacer ahora que tengo una cara potencialmente viral entre manos?

Gabriel no entiende qué quiere decir tener «una cara potencialmente viral», pero se calla y asiente a todo lo que dice esa gente. Resulta que para el fin de semana siguiente, justo el primer sábado de septiembre y con el inicio del curso escolar, han pensado en organizar un encuentro con fans. Y aunque María no para de decir que confían mucho en él, sus miradas y juegos de manos inquietos durante toda la reunión no parecen indicar lo mismo.

Según lo planeado, Ella Spice tiene que explicarle pronto cómo actuar a partir de ahora, pero de momento, María solo le da una carpeta con indicaciones sobre lo que debe o no hacer y con unas cuantas «preguntas frecuentes», como si ser Ella Spice fuera lo mismo que acceder al servicio de Netflix. Se nota que tienen miedo de que meta la pata delante de alguna lectora. Pero empieza a pensar que ese encuentro con Ella Spice no se va a producir jamás, porque la chica se ha esfumado. Ella Spice le envió un *sticker* rarísimo de una señora que, intuye, será alguna famosa de alguna serie española que él no conoce, y luego lo borró. Sus mensajes siguen ahí, flotando en el chat, y cada vez que los ve le dan más pena que otra cosa.

—Gabriel —la voz es de María, que sale detrás de él cuando la reunión acaba y cada uno vuelve a su mesa—. El sábado que viene, Julio pasará por tu casa para recogerte. Es importante que seas puntual, ¿vale?

Mira al tal Julio, que no cambia su expresión ni un ápice. Genial, ahora tiene una cita con él.

—Pero… ¿Será una entrevista? Todavía no sé muy bien qué tengo que decir si me preguntan.

—No te preocupes, solo firmarás libros. Si te preguntan algo, di que todavía no puedes hablar sobre el tema.

—Pero ¿y si me preguntan algo de los libros que ya hay publicados?

—¡Échale cara, Gabriel! —María le da unos toquecitos en el hombro—. Ella Spice nunca ha hecho ningún evento, así que es imposible que metas la pata.

No está muy seguro de eso.

—Seré puntual —murmura muy poco convencido.

—Claro que sí.

Se despide de María y Julio y echa a andar hacia el ascensor. Ha pisado esa moqueta tantas veces… Y por primera vez, sus zancadas hacen algún tipo de ruido sobre ella. Tiene que ser eso, el frufrú de sus zapatillas nuevas sobre el material, porque los cuellos se giran y los ojos lo atraviesan. Y los de la recepcionista no son una excepción:

—¿Otra vez por aquí?

Esa es otra cosa que también ha cambiado recientemente. Siempre se había llevado bien con Luisa; es una chica simpática, casi de su edad, que dejó la uni en el primer año y que encontró ese trabajo porque su tía tenía contactos (o eso le contó un día que tuvo que ir a recoger unos paquetes), pero ahora lo mira con más atención que nunca.

—Ya sabes… Reuniones importantes —responde Gabriel, intentando hacerse el interesante.

Otro cambio: de repente las chicas le hacen caso. O sea, quien dice «chicas» dice «Luisa la de recepción y la tía abuela Concha», pero poco a poco.

—¿A qué hora terminas? Hoy me dejan escaparme un poco antes, a lo mejor podemos tomar un café…

—¡Estaría genial! —Gabriel mira el reloj y comprueba que ni siquiera es hora de comer—. Pues me marcho ya, la verdad… Pero…

—Vaya…

—¿Y mañana? Te puedo pasar a recoger.

Cuando dice eso, se siente como si estuviera observándose a sí mismo a través de una cámara de seguridad. Una cámara de seguridad que se dedica a vigilar a idiotas, probablemente. Está tenso, le sudan las manos y la pregunta sale con una risilla patética que lo pone rojo como un tomate. ¿Que pasa a recogerla? ¿La va a llevar a caballito por Madrid?

—Lo siento… He quedado con unas amigas, pero… ¿Qué te parece si te doy mi número y lo hablamos?

—¡Perfecto!

Intercambian números y Gabriel le manda un emoji de un pulgar antes de salir del edificio con la cabeza bien alta.

***

El sábado siguiente, Ella Spice sigue desaparecida y Julio lo recibe con una cara tan seria que le preocupa haberse equivocado de hora. Pero no, ha sido más que puntual, como siempre. Se sube en el coche, en la parte de atrás que tiene los cristales tintados y observa una bolsa sospechosa que alguien ha dejado en el asiento contiguo, mientras suena una canción vieja de reguetón que no pega ni con cola con el tío que tiene delante.

Mamita, yo sé que tú no te me vas a quitar.

—La jefa quería que llevaras algo de *merch* —le explica Julio sin apartar los ojos de la calle—. Son unas camisetas que diseñaron hace un tiempo para regalar con los primeros libros de Ella Spice y han pensado que la nostalgia puede desempeñar un buen papel en todo esto.

¡Duro!

Gabriel hace un gesto con la cabeza, pero se siente aturdido al comprender que en ese mundo todo está bien pensado, hasta la maldita camiseta que te tienes que poner. Así que se quita su básica del Decathlon y se embute en un diseño que lo incomoda bastante. Se trata de una camiseta blanca, pero han impreso una ilustración de los tres protagonistas de Ella Spice. La chica está en medio y el ángel y el demonio intentan ganarse su atención haciendo el

estúpido: enseñando los músculos y leyéndole un poema. ¿Quién puede creer que los tíos son así de ridículos?

—¿Te vale?

Llena su tanque de adrenalina.

—Sí, sí, gracias —murmura rascándose el sitio del cuello en el que la etiqueta le está empezando a picar. ¿Puede bajar la música un poco?—. Espero no sudarla.

—Eso quedaría fatal en las fotos, así que será mejor que no.

El chiste resbala por la calva de Julio y Gabriel toma nota de que lo mejor es quedarse calladito y sin rechistar. Repasa una vez más las notas que le dieron e intenta mentalizarse, proyectarse en Ella Spice.

Imposible.

Es todo demasiado… absurdo.

A ella le gusta la gasolina…

Mira el móvil, donde Ella Spice sigue sin contestar a sus últimos mensajes. Decidió volver a escribirle, avisarla de que va a ir a un evento y preguntarle si tenía que preocuparse por algo en especial, pero la chica lo sigue castigando con su silencio. No le importa demasiado, de hecho, lo que sí que le importa, y para bien, es que Luisa le ha mandado dos emojis sonrojados cuando le ha dado los buenos días y le ha deseado suerte en el cursillo de cerámica al que iba a ir con sus amigos.

—Quedan dos minutos —dice Julio.

Un minuto y cuarenta y siete segundos y otra canción interminable sobre noches desenfrenadas después, el coche queda aparcado y los dos esperan de pie en un *parking* durante otros dos minutos más. Los de la organización llegan con la misma camiseta que lleva él y le sonríen un montón.

—¿Qué tal, Julio? —pregunta el que parece mayor—. ¿Todo bien? Llegáis justo a tiempo. ¡Hemos hecho lleno! Pero bueno… creo que lo más importante es que me presente. Soy Raúl, un gran fan y además el jefecillo de la Choza del Libro.

Gabriel tarda en darse cuenta de que el tío le está hablando. Se ha acercado un poco y le ofrece las manos como si él fuera el papa, con solemnidad. Lleva ese chalequito gracioso que visten todos los trabajadores de la Choza del Libro. Se fija en que tiene varios botones descosidos. La última vez que se pasó por ahí para preguntar por un libro, tuvo que irse malhumorado porque había un par de chicas presentando su novela. Ocupaban todo el espacio principal y la gente no paraba de reírse. Cómo no, era un libro de fantasía juvenil que no se molestó ni en ojear. ¿Es que no tenían otros momentos para hablar de sus cosas? Aunque claro, ahora él va a ser como esas dos chicas…

—Oh… Encantado —carraspea.

—Imagino que estarás nervioso, pero no te preocupes… El público es muy majo, están todos emocionadísimos y saldrá muy bien.

—Saldrá bien —asiente Julio—. ¿Por dónde es?

Suben unas escaleras que llevan desde el *parking* al local. María le dijo que habían escogido la sala de presentaciones de esa cadena porque es la más grande en el centro de Madrid. Lo que le sorprende es que no hayan abierto un espacio en mitad de la tienda, como él ha visto otras veces, sino que lo llevan hacia un reservado, una habitación al fondo del local de la que salen un montón de voces mezcladas y ruidos de pasos.

Han impreso a tamaño real tres figuras de cartón de Alba, Belce y Uriel y las han colocado a la entrada. Gabriel se detiene un instante a contemplar a este último, recordando que Ella dijo que había algún tipo de parecido entre los dos. No sabe qué parte de él tiene espacio en ese pecho prominente y esos músculos de gladiador, la verdad. De hecho, Belce, el demonio, tiene un rollo más parecido al suyo,

con su chándal de terciopelo y unos cascos en el cuello. Irónicamente, parece más terrenal que el otro.

—¿Ella?

—Voy, voy…

Atraviesa la cortina que lleva a la salita y siente lo mismo que cuando abres la puerta del horno en verano. Solo que la bofetada no es de calor, sino de irrealidad.

Las figuras de fuera no son las únicas. Allí hay más; algunas de Alba con Uriel, otras de Alba con Belce y un par de los dos chicos juntos que son extremadamente populares porque varios grupos hacen cola para hacerse una foto con ellos. A un lado hay un escenario con varias sillas y una mesa delante y al otro extremo, una mesa igual pero llena de comida. Unas chicas que llevan un uniforme que sabe que aparece en la historia picotean unas patatas mientras se enseñan algo que han apuntado en sus libros. Y eso es algo que todos los asistentes tienen en común: libros en los brazos con un porrón de pósits en ellos. ¿Será algo típico de esos eventos?

—¡Gabriel!

Julio le está haciendo un montón de señas, así que corretea hacia él. Y al instante se arrepiente de haberlo hecho, porque una música épica suena por los altavoces al mismo tiempo que alguien grita:

—¡Con todos vosotros, Ella Spice!

Sus pies empiezan a hacer un baile raro que continúa hasta que se sube al escenario. Se siente como uno de esos luchadores de la WWE. Le falta levantar los brazos y alzar el puño hacia el cielo. Por pura vergüenza, solo se sienta en una de las sillas y trata de sonreír de manera amable a un público que se queda en silencio durante unos segundos larguísimos.

Está claro que lo odian.

No los juzga, él también lo haría.

—¡Ella Spice!

—¡Es él!

—¡Tía, no me lo creo!

—¡Holaaaa!

Y las voces empiezan a comerse a esa música épica que poco a poco va desapareciendo. Los rostros empiezan a iluminarse y Gabriel distingue todas las sonrisas que van dedicadas única y exclusivamente hacia él.

—¡Muchas gracias por venir! —Raúl, el tío de la Choza del Libro, se ocupa de presentar el evento—. Hoy tenemos el honor de contar con Ella Spice en la Choza del Libro, y como ya sabéis… y quiero que lo pongáis por redes… ¡Este es el primer evento que ha hecho jamás! Escribid, escribid, y usad el *hashtag*…

Gabriel aprovecha para echar un vistazo al tipo de fans que tiene Ella Spice. No se sorprende al ver que la mayoría son caras jóvenes, de chicas, algún chaval con cuentagotas… Todos parecen muy emocionados cuando les explican que pueden ir pasando de uno en uno, en el orden que se les ha asignado cuando han solicitado el pase al evento por la web, y que tienen derecho a una foto mientras él les firma el ejemplar. Uno de los apartados del dosier era «firma de Ella Spice». Un diseñador gráfico explicaba concienzudamente cómo imitar los trazos que la Ella Spice original ha estado haciendo cada vez que firmaba libros en la oficina y Gabriel se ha pasado dos días enteros intentando replicarlos.

Espera que nadie se dé cuenta si no lo hace a la perfección.

Raúl especifica casi diez veces que solo se firmará una novela por persona.

Han colocado una montaña de libros a la venta, en caso de que alguien todavía no los tenga, pero a Gabriel le da la impresión de que no va a ser necesario.

—¡Adelante!

Y entonces empieza la locura.

Le han dejado un sello encima de la mesa con unas alas de ángel, otro con una cola de demonio y otro más con un corazón, que empieza a usar cuando escribe las dedicatorias. Esa es la parte fácil, porque en las instrucciones también le han dejado varios modelos que tienen sentido: «Espero que la historia te haya gustado, y que seas capaz de encontrar a alguien tan pasional como Uriel y tan

atento como Belce» o «Siento mucho que la historia quede en ese punto, pero TE ASEGURO que merece la pena. ¡Nos vemos en el próximo curso de la Academia Aura!». No está seguro de quién las ha escrito, pero tampoco piensa cuestionarlas.

—¡Hola! —Una chica que no llegará a los trece años, que lleva un colgante de la Academia, le coloca una postal delante de las narices —. Nunca pensé que podría darte esto en persona, pero… He hecho este dibujo de Alba y Belce porque son mis favoritos, ¡espero que te guste mucho!

Gabriel no sabe cómo reaccionar, pero Julio le arrea un golpe a su silla, y eso es suficiente para que se haga con el trozo de papel.

—Es… —Es increíble. Lo ha dibujado al estilo cómic antiguo. Piensa en el tiempo que esa chica habrá invertido en hacerlo y algo le punza en el pecho. Una mezcla de envidia e incredulidad. ¿La gente pierde el tiempo dibujando cosas así cuando podrían ganar dinero con ello?—. Es una pasada. ¿Así que Alba y Belce?

—¡Yo le he dicho que al final se va a quedar con Uriel! —grita la chica que tiene al lado—. ¿A que sí?

—Bueno, eso…

—¡No puede decírtelo, Marta! No nos hagas *spoilers*, por favor.

—No, no, claro que no.

Les firma los libros y lo dejan un poco en trance hasta que otro grupo de amigas aparece y le empiezan a dar más cosas, cartas cerradas en sobres monísimos, dibujos en láminas de los personajes de *Cuál de los dos* y de otros que ha visto a veces en redes, y otros que no reconoce, así que deben de ser de sus libros anteriores, llaveros personalizados… Guau, todas esas personas van bien preparadas.

—¡Hola! —Son una pareja de su edad, un chico y una chica que van de la mano—. Queríamos decirte que nos gustan mucho tus libros y que nos conocimos en un club de lectura del primero de *Cuál de los dos*.

—¿De verdad?

—Discutimos mucho sobre quién era mejor partido para Alba —se ríe la chica—, y gracias a eso empezamos a conocernos mejor y… ¡Aquí estamos!

Gabriel los felicita con palabras que parecen salir de su interior como si fuera Chat GPT. Todo es demasiado surrealista como para procesarlo correctamente.

También firma un par de ejemplares para dos chicos que no han podido ir y que han enviado a sus madres, y se saca una foto con cada una de ellas.

Aunque al principio había creído que todo eran chicas adolescentes, lo cierto es que, si bien son la mayoría, hay de todo un poco. Echa un vistazo a varias tías de su edad e intenta pensar en que ahora mismo, como dice la gente, está en una situación de poder y en que no debe aprovecharse de eso para ligar, así que solo las mira con curiosidad. Y durante una milésima de segundo, desea que el brillo que tienen en los ojos tuviera algo que ver con él y su trabajo y no con toda esa fachada. Le resulta imposible no pensar en si esas personas mostrarían el mismo entusiasmo leyendo *Las aventuras de Leonir* que con *Cuál de los dos*.

Es por ese brillo en los ojos que comparten todos los asistentes que no puede evitar fijarse en una chica que se sienta en primera fila. Va acompañada de otra de su misma edad, veintipocos. La amiga espera ansiosa con el libro en las manos, pero ella solo está cruzada de brazos. A diferencia del resto, no tiene problema en mirarlo fijamente, y también a diferencia del resto, su boca es una línea recta. Lo observa de arriba a abajo, ceño fruncido.

—Vamos a intentar ir más deprisa, ¿vale? —pide Raúl—. Que se nos está acabando el tiempo…

¿Ya?

Las dos chicas se ponen en pie. La del libro da saltitos de emoción. La otra sigue mirándolo fatal. Le resulta vagamente familiar, pero está claro que no la ha visto en su vida, porque se acordaría. Es guapa. Tiene los ojos castaños bonitos, con pequitas decorándole las mejillas como pequeños puntitos de pimienta sobre

un lienzo de color crema. El pelo, castaño también, le acaricia el rostro en pequeñas ondas.

—¡Hola! —La fan de Ella Spice llega por fin delante de él y empieza a hablar—. No me puedo creer que…

Gabriel intenta escucharla, pero la mirada punzante de la otra chica lo distrae constantemente. Se ha vuelto a cruzar de brazos y da golpes al suelo con la punta de la zapatilla, como si la estuviera haciendo perder el tiempo. Además, no lleva nada para que le firme. ¿Qué hace ahí entonces? ¿Acaso es una de esas acosadoras de las que María le advirtió y solo está ahí para lanzarse sobre él?

—¡Mil gracias, de verdad! —lloriquea la chica que tiene delante—. ¡Mira!

Le enseña la dedicatoria a la otra, como si no hubiera estado a su lado todo el tiempo.

Gabriel ve que no queda nadie detrás de las dos amigas, así que se inclina sobre la mesa con una de sus mejores sonrisas:

—¿Tú no tienes mi libro?

La chica castaña se le queda mirando como si en realidad hubiera dicho: «¿Quieres que te escupa en un ojo?». Parece que va a decir algo, pero cuando su amiga la mira igual de confusa que él, sacude la cabeza y simplemente se marcha.

Gabriel la observa alejarse mientras Julio, Raúl y los demás empiezan a recogerlo todo. A la chica castaña le cambia la cara completamente en el momento en el que se rodea de otros fans.

—Yo creo que el próximo libro se centrará más en la relación de Uriel y Belce —la escucha decir con una sonrisa enorme.

—¿En plan gay?

—En plan que son amigos desde la infancia y Alba aparece ahí de repente… No sé, creo que Ella Spice tiene un as debajo de la manga para que no sea el típico triángulo amoroso.

—Es verdad, los chicos eran tan amigos desde pequeños…

—Joder, Dani, es que no sé por qué no te dedicas a escribir —suspira un chico algo mayor que Gabriel.

Así que «Dani», ¿eh? Ese es el nombre de la fan de Ella Spice que lo odia, pero que parece muy contenta de escuchar a los otros seguidores y compartir sus locas ideas. Una chica que tiene unas constelaciones en las pupilas que, cuando habla sobre los personajes de *Cuál de los dos*, brillan más que cualquiera de las miradas que Gabriel ha recibido esa tarde del resto de fans incondicionales.

Capítulo 6



DANIELA

«¿Tú no tienes mi libro?».

¿Cómo que *mi* libro? Han pasado dos días desde el evento de Ella Spice y Daniela todavía no puede creerse que ese imbécil de Gabriel le soltara eso en público y que encima fingiera no conocerla. Pero ¿quién se ha creído que es? ¿Es por lo del *sticker?* ¡Será posible!

Está claro que Sara tenía razón. Como siempre.

Pero no pasa nada, porque esta vez no piensa contárselo, para evitar el ridículo y la regañina.

Después de semanas de ignorar a Gabriel, ha tomado la decisión de ser madura y hacer lo que tiene que hacer. María le pidió que le diera consejos, que lo ayudara a brillar para que ella siguiera protegida, y hasta ahora lo único que ha hecho ha sido pasar de él. Así que le escribió dos días atrás, esta vez sin *sticker* de su madre, y le mandó una ubicación y poco más. Por suerte, un miércoles por la tarde les venía bien a los dos, después de terminar sus correspondientes clases. Ahora que la uni ha vuelto a empezar, es más difícil encontrar ratos libres. Durante la conversación, Gabriel

fue correcto y agradable, como si pensara que ella va a ser amigable después de lo del evento… Lo lleva claro.

Así que han quedado en un café en lo que Sara ha llamado «una cita profesional». Lo de «profesional» le aporta un detalle importante al concepto, pero a Daniela no le da la gana de pensar que un encuentro como ese puede considerarse una cita. No ha tenido una en toda su vida, y tiene muy claro el escenario que desea: un paseo por la playa, que él le ofrezca su sudadera cuando haga un poco de frío, que ella la rechace, pero a regañadientes, que se besen de pie cuando ya solo quede el sonido de las olas a su alrededor…

De hecho, tiene una conversación interesante en la *app* de citas. Sara le ha dado el visto bueno al tío, porque ella siempre detecta las *red flags* a distancia, así que ha seguido hablando un poco con él. Se llama Carlos y le gusta el cine. No tiene problema en salir con flores en su foto de perfil. Y tiene el feminismo como uno de sus intereses. Con él sí que tendría una cita.

Con Gabriel no.

Pero al menos, la cafetería que ha elegido es monísima. Va allí con frecuencia para escribir cuando la casa se le cae encima. Tienen tartas diferentes cada semana y si acumulas cinco pedidos te regalan uno. La última vez probó un trozo de tarta de zanahoria que la hizo ver las estrellas y que le sirvió de inspiración. La gente subestima lo mucho que una buena comida puede hacer por una escritora desesperada.

Elige una mesita adorable al fondo del café. Pocas veces está libre, así que se sienta con una sonrisa en los labios, al lado de la ventana, desde la que puede observar a la gente pasar. Dos chicos discuten ahí fuera; uno gesticula con violencia y, por cómo lo mira el otro, está claro que se trata de una ruptura. Por eso, y porque el más alto le acaba de tirar un anillo a la cara al otro. Daniela siempre ha pensado que Alba debería tener algún tipo de joya de los chicos, pero siempre que piensa en ello, no se le ocurre nada original y acaba desechando la idea. Una idea que, por los mensajes que a

veces lee por redes sociales o que llegan a la cuenta de Instagram de Ella Spice, es bastante popular entre sus lectores porque está muy relacionada con las bodas. Ha leído *fanfiction* de Alba casándose con Uriel, con Belce, con los dos a la vez…

La gente tiene una imaginación desbordante que hace que a veces le cueste creer que los personajes sigan siendo suyos. O a lo mejor ese es el error; haber creído que le pertenecían por completo. Últimamente parece que tienen más vida que nunca y que esa vida consiste en no querer seguir sus indicaciones, porque no ha escrito nada decente en semanas. El bloqueo es tan intenso que se le están acabando los trucos para no desesperarse. Ha ignorado casi cinco correos de Lydia y varios wasaps y llamadas perdidas de María. Como un espía desde las sombras, ha leído parte de los mensajes de esta última y sabe que está preguntándole por fechas de entrega, presionando y sugiriéndole por millonésima vez que le deje aportar cosas a la historia. En un momento como ese, que María se ofrezca a echarle una mano es de agradecer; el problema es que la última vez que la escuchó solo le propuso cosas horribles. Que si Uriel debería chantajear a Alba, que si una infidelidad podría caldear el ambiente… No, puede que su cara no sea la de Ella Spice, pero su cerebro sigue teniendo dignidad.

El tema es que tiene que enviar el manuscrito de *Entre los dos* en diciembre. Y ya están a mediados de septiembre. Le quedan tres meses, y eso no le parece suficiente. Si es que solo ha escrito un par de escenas y son todas morreos sin gracia. Y eso que su punto fuerte siempre han sido los besos apasionados…

Así que abre su mochila y saca los apuntes que ha traído para Gabriel y su pequeña libreta, dedicada única y exclusivamente a *Entre los dos*.

IDEAS DE COSAS QUE TIENEN QUE PASAR

- Alba se enfada con Belce porque no responde a las llamadas (¿es porque no tiene batería? ¿Algo más serio?).
- Huevo de pascua. Lo del padre de Uriel: ¡Que no se note mucho!
- Muere la directora de la Academia y la sustituye alguien horrible.
- Beso bajo la lluvia (¿entre quién?)
- ¿Una hermana gemela malvada? (¿Y si es la nueva directora de la Academia?).

Daniela suspira y está a punto de darse un cabezazo contra la pared. ¿Cómo es posible que se haya quedado sin ideas?

Levanta la vista cuando la campanilla del café anuncia la llegada de alguien. Arruga la nariz al reconocer a Gabriel. Se ha puesto gafas de sol, como si fuera una estrella de fama mundial. «Es que ahora un poco sí lo es», le dice una vocecilla malintencionada que se parece mucho a la de su hermana. Por lo demás, Gabriel es un tío normal, con pantalones de chándal y una camiseta de color naranja muy ancha que se le arruga en la espalda, donde lleva una mochila que parece pesar un montón.

Gabriel se acerca a la barra y llama la atención de uno de los camareros, que simplemente sonríe y le señala el menú plastificado en el que hay un código QR para escanear. Daniela saca el móvil: sí, el último mensaje que le ha mandado ha sido bien claro. Le ha dicho que lo esperaría al fondo, donde las macetas. Comprueba los dos tics, así que Gabriel lo ha leído; sin embargo, parece un aspersor, girando el cuello y buscándola entre las mesas.

Entonces, sus ojos se encuentran y Daniela levanta el brazo para que la distinga mejor. Pero debe ser que es miope y sus gafas de sol no están graduadas, porque su reacción es ignorarla y sacar el móvil.

Al instante, le llega un mensaje:

> Oye, no podemos quedar en ese

café.

??
?

Creo que han abierto uno en la calle de al lado. Y la cerveza está muy guay.

no me gusta la cerveza

Podemos buscar otro. ¿Alguno que te caiga de camino?

De camino?

Y entonces, el siguiente mensaje de Gabriel y el suyo llegan al mismo tiempo:

Es que hay una tía borde aquí. Es una fan de Ella Spice que me odia. Y no quiero que me reconozca.

pero si estoy sentada

llevo una camiseta verde con flores

Le cuesta unos diez segundos procesar la estupidez que está viviendo. Las piezas van cayendo una a una.

Gabriel no la reconoció en el evento de Ella Spice.

Y por cómo la mira ahora mismo, está claro que está decidiendo si salir corriendo del café o meterse bajo tierra. Por suerte, no hace nada de eso y se acerca a ella, con la vista fija en el suelo, hasta que se sienta en la silla que hay justo enfrente y coge aire:

—Puedes reírte todo lo que quieras.

Le encantaría hacerlo, pero Gabriel tiene las mejillas tan rojas que le da hasta un poco de pena.

—Pensaba que me reconocerías del día que firmamos los papeles.

—Pero ¿cómo te voy a reconocer si ibas vestida como un montón de ropa sucia?

—¡No era ropa sucia! —bufa—. ¿Y es que no leíste mi nombre cuando firmaste el contrato?

Es como si Gabriel hubiera cortocircuitado. Daniela juraría que escucha los engranajes de su cerebro crujir y buscar una excusa. Y está claro que no la encuentra.

—Bueno, ¡¿y por qué no me dijiste que eras tú en la firma?!

—Sí, claro, y de paso nos ponemos a comentar todo este asunto delante de mis fans.

Se siente tonta al decir «mis fans». Siempre intenta evitar esa palabra, como si no formara parte de su vocabulario. Por si acaso, sigue hablando:

—Pero bueno, no lo hiciste mal del todo. María me mandó un correo diciendo que se había quedado contenta.

—Como no me hicieron preguntas sobre las novelas no fue difícil. —Se encoge de hombros—. ¡Ah! De hecho…

Gabriel se agacha y empieza a rebuscar en su mochila. Daniela espera hasta que el chico le tiende una carpetita, y aunque al principio desconfía, acaba por cogerla y abrirla sobre la mesa.

—Esto es…

Muchas cartas escritas a mano, varios dibujos con dedicatorias e incluso un par de galletitas caseras.

—Son los regalos que me dieron en la firma —explica Gabriel—. Le pregunté a Julio y me dijo que podía dártelos, porque técnicamente son para ti, aunque me imagino que estarás harta de tener este tipo de cosas y no sabrás ni dónde meterlas.

Daniela no sabe qué decir. Sostiene entre los dedos un dibujo de Uriel y Belce con una chica bajita que no es Alba. La autora ha escrito «Me he hecho un *selfi* con los chicos, espero que no te importe. ¡A lo mejor puedo salir en tus futuras historias! Me gustan las gambas y pasear por la noche. Con cariño: Laura». Le tiembla entre los dedos y siente que va a ponerse a llorar de un momento a otro, así que decide guardarlo todo muy rápido y apreciar cada uno de esos regalos cuando esté sola en casa.

Gabriel se equivoca. Como decidió que Ella Spice sería anónima, jamás ha podido hacer eventos ni recibir cosas en persona. Sabe que algunos lectores enviaban regalos a la editorial, pero casi nunca han llegado a sus manos. A veces entra en el perfil de Instagram de Ella Spice y lee los mensajes directos que le mandan, le da *like* a los dibujos que la gente sube, pero nunca ha respondido a nadie. María siempre decía que era mejor no hacerlo, porque si respondes a uno «acabas teniendo que hacerlo con todos». A ella no le habría importado que fuera así, pero nunca se ha quejado. ¿Cómo va a estar harta de algo que apenas puede rozar con la punta de los dedos?

—Gracias.

No sabe qué más añadir, y agradece que una camarera se acerque, seguramente harta de que lleven ahí un buen rato sin pedir nada, y les pregunte qué van a tomar. Pide un té de limón y un trocito de tarta de zanahoria e intenta no poner mala cara cuando Gabriel dice que él quiere lo mismo. Está llevando lo de suplantarle la identidad al límite, ¿no?

Pero eso se le olvida cuando les sirven y puede disfrutar de la tarta otra vez. A Gabriel también debe de gustarle, porque hace ruidos de satisfacción y luego sorbe el té como si fuera un caballero inglés. Se limpia con la servilleta cada gotita que se queda atrapada

en sus labios, y también cada manchita que cae sobre la mesa. Y cada vez que lo hace, dobla la servilleta y la pone debajo del plato.

—Escucha —dice Daniela tras un rato de silencio agónico—. La tercera parte de la saga se va a publicar en mayo del año que viene, si todo va bien. Sé que te dije que te ayudaría a ser Ella Spice y aunque estas semanas he estado un poco liada —miente—, creo que es importante que trabajemos juntos, porque algún día te preguntarán algo que no sabrás responder y nos podría poner en un aprieto.

Gabriel se la queda mirando como un pez a punto de morder el anzuelo. Tal vez sea la miguita de bizcocho en la comisura del labio lo que lo hace parecer tan obtuso.

—¿Tienes una guía o algo así? Porque ya me han dado un montón de cosas que parecen las instrucciones de un mueble de Ikea.

—Bueno, he escrito… —Daniela saca un papel del interior de la bolsa—. He escrito un perfil sobre Ella Spice. No soy yo, o sea, no tienes que imitarme, solo entender cómo es ella.

—Es un poco raro que hables de Ella Spice como si fuera otra persona.

—Es que lo es —asiente—, por eso tú tienes que adaptarte a la imagen que hemos dado durante estos años. Es fácil, es una chica amable y… —Lo mira y no puede evitar dudar antes de seguir— simpática.

Gabriel se da cuenta, porque traga un trozo de bizcocho y protesta.

—¿No crees que pueda ser una chica amable y simpática?

—Bueno, para empezar ni siquiera eres una chica.

—Pero soy amable y simpático —murmura—. No habrá problema.

Daniela no le lleva la contraria y asiente con la cabeza. Le da el papel y luego saca más cosas.

—Estudia bien el perfil de Ella, por favor. —Señala una libreta—. Te van a preguntar muchísimo sobre la novela que sale en mayo, y no puedo decirte nada, así que, si respondes que todavía no has

decidido lo importante, no estarás mintiendo. Por si acaso, aquí tengo la escaleta, y te voy a pasar también el archivo que tengo en la nube, por si lo actualizo.

Le da una vergüenza tremenda enseñarle sus notas. De hecho, se da cuenta en ese instante de que es posible que él sea la primera persona en la historia de su vida en leer sus apuntes previos a ponerse a escribir, así que se apresura a aclarar:

—No prestes mucha atención. Solo voy a decirte unas cosas importantes para que no metas la pata y dejes caer que Alba va a cortar con Uriel o…

—¿Qué es una escaleta?

—¿Eh?

—Escaleta. ¿Qué es eso? —Gabriel pasa una de las páginas de la libreta, como si buscara la respuesta ahí—. ¿Como un guion o algo así?

—¡Pues claro! ¿Cómo no puedes saber lo que es una escaleta? —Se da cuenta de que ha sonado un poco flipada y se apresura a añadir—: Bueno, a lo mejor tienes otro método y…

—¿Tendría que saberlo?

—María dijo que eras escritor…

—Y lo soy, pero no necesito una estúpida escaleta o lo que sea para organizar mis ideas.

La miguita de bizcocho ha caído sobre la mesa y, de golpe, los labios de Gabriel tienen un rictus que no le gusta nada.

—No es estúpida —gruñe Daniela—. Y a lo mejor si supieras lo que es y la usaras habrías conseguido escribir algo decente, ¿no?

El rictus ya no le pertenece solo a Gabriel, también a ella. Nunca juzga cómo escriben otros, y menos cuando no ha leído nada suyo, pero Gabriel la está poniendo de los nervios. Está convencida de que el resto del café puede ver cómo sus cabezas echan chispas, con los cuerpos inclinados sobre la mesa.

Por eso vuelve a poner el culo sobre la silla, intentando calmarse, y el movimiento coincide con un clic a su espalda.

Una foto.

Y otra.

—¿Sabes? —replica Gabriel—. Estoy haciendo todo esto por ti, ¿recuerdas? Podría irme ahora mismo a casa y contarlo todo.

No puede. Lo pone en el contrato. Además, sabe que le están pagando un pastizal, así que tiene mucho que perder. Pero eso no importa ahora. Oye la silla de la chica que ha sacado la foto moverse con un crujido.

—Gabriel…

—¿Y qué pasa si no planifico? ¡Todo está en mi cabeza! ¿Te imaginas a Edgar Allan Poe haciendo una escaleta?

Daniela se lo imagina perfectamente, pero tampoco le apetece seguir discutiendo.

—Creo que es momento de pagar, ¿vale?

Se levanta y coge la cartera de uno de los bolsillos de la mochila. Ni siquiera se ha podido acabar la tarta, y le fastidia especialmente porque no ha sido nada barata. Va directa a la barra. Allí, un chico le sonríe, pero ella no es capaz de corresponderle.

—Con tarjeta, por favor.

—No tienes que pagar por mí —protesta Gabriel, que llega corriendo y con la mochila enorme colgando del hombro.

—Ya me harás un bizum después.

Como si tuviera un sexto sentido, Daniela se da la vuelta hacia la entrada del café. En la calle, junto a la entrada, un grupo de desconocidas se apoya contra el cristal, mirándolos.

Y para colmo, la chica de la foto camina hacia ellos.

—Tenemos que irnos —dice Daniela, recuperando su tarjeta.

—Pero ¿qué mosca te ha picado?

—¡Vamos!

En el momento en que atrapa a Gabriel del brazo, la chica de la foto se lanza sobre ellos. A lo mejor «lanzar» es una exageración, pero Daniela solo puede ver la cámara del móvil apuntando directamente hacia sus caras.

—¿Eres Ella Spice?

—Pues…

—¡Es Ella Spice!

Y como si hubiera invocado un hechizo, las puertas del café se abren y el grupo de chicas empieza a entrar en tropel. Daniela tira de Gabriel y, sin pensárselo mucho, corre hacia la puerta que da a la cocina. Allí hay un par de trabajadores que se quedan mirándolos confundidos y que hacen un gesto extraño, como si fueran un par de policías dispuestos a detenerlos. Seguro que creen que están intentando largarse sin pagar.

—¿Se puede saber qué estamos haciendo? —pregunta Gabriel mientras esquivan a dos camareros.

—¿Es que no has visto a ese grupo de fans?

—¿De qué?

¡Bum!

—¡Oye! ¡Oye tú! —escucha los gritos a su espalda y decide no darse la vuelta.

Hay algo que tiene claro, y es que a María no le hará mucha gracia que haya más fotos filtradas. Y para qué mentir, no quiere aparecer en ninguna de ellas. Así que no lo piensa mucho, y esta vez atrapa la mano de Gabriel, rozando sus dedos, que ahora le parecen enormes. Le da un apretón incómodo y torpe y lo arrastra por toda la cocina, tirando al suelo un par de platos de plástico.

—¡Perdón!

Pero no hay tiempo para disculparse como es debido, porque a su espalda una camarera les grita algo que no alcanza a oír y que solo puede empeorar las cosas.

Daniela no está acostumbrada a correr, pero lo hace con todas sus fuerzas. Siente algunos músculos activarse por primera vez en diez años, desde que hacía atletismo en el colegio. Oye la respiración de Gabriel a su lado cuando empuja la puerta de emergencia que los lleva a un callejón.

Esquivan un par de cubos de basura y giran hacia la derecha para salir a la calle principal. A Daniela, el aire de Madrid nunca le había parecido tan limpio, y eso que en ese instante casi los atropella una

furgoneta que echa más humo negro que el Vaticano en plenas votaciones.

—¡Ojo! —grita el conductor.

Daniela querría disculparse otra vez, pero solo tiene tiempo para tirar de Gabriel para que giren una esquina y se escondan en otro callejón estrecho. Huele a pis y una rata gigante sale de detrás de un par de cajas medio rotas.

Puaj.

Daniela cierra los ojos y se pega a la pared, intentando olvidar lo que acaba de ver. Respira por la boca varias veces.

—¿Dani? —la llama Gabriel.

Y es raro, porque no recuerda haberle dicho su nombre.

—¿Por qué me llamas así?

—Bueno… —Gabriel se ha debido acercar a ella, porque lo oye más cerca.

Un momento. No es que se haya acercado más, es que todo el rato han estado bien pegados. Eso hace que abra los ojos, y lo primero que ve son sus manos entrelazadas. Un calambre le recorre todo el brazo, así que se aparta de él de un brinco. En ese momento, Gabriel termina su frase.

—… Porque soy listo.

Tiene una sonrisa de suficiencia tan idiota que a Daniela se le escapa un ruido raro, como si fuera a vomitar y un estornudo lo hubiera impedido. Eso hace que la mueca del chico se transforme en una expresión incómoda.

—Está bien —gruñe—. Me acuerdo de tu nombre porque tu amiga lo dijo en el evento de las firmas.

—¿En serio? ¿Te acuerdas de eso y no de que en el contrato ponía «Daniela»?

—Ya te he dicho que soy listo, pero no decido qué datos se me quedan y cuáles no.

Daniela frunce el ceño.

—Pues para ti soy «Daniela». Y la próxima vez, usa tu magnífico cerebro para detectar a grupos de fans dispuestos a arrancarte la

ropa en público. Ya verás cuando María se entere…

—¿Pero qué grupos de fans? ¿Seguro que no te han echado algo en la bebida? Y además, nadie me ha dicho nada sobre sacarme fotos con seguidores o no.

—¡Pues te lo digo yo!

—Ya, pero es que resulta que tú no mandas en mi vida.

—Es mi vida, Gabriel.

—Es la vida de Ella Spice.

Quiere lanzarse sobre su yugular y no soltarse, retorcerle cada músculo. Tiene razón. Lo peor es que tiene toda la razón.

—Eres…

—¡Perdona!

Daniela pega un grito y se agacha. Se arrepiente al instante, porque hay algo marrón y apestoso pegado a la pared y que queda a la altura de su nariz. Se vuelve a levantar y se sorprende al encontrarse con la camarera del café, de pie a la entrada del callejón y jadeando.

—Perdona, es que te has dejado la mochila.

Daniela no puede apartar los ojos de las manos de la chica y de su mochila llena de las cosas de Ella Spice.

—He intentado ir detrás de vosotros, pero habéis salido corriendo y de repente han entrado esas chicas de la despedida de soltera…

Daniela siente el calor subirle por la garganta y hasta las mejillas.

—G… gracias.

—¡De nada!

Y se marcha.

Casi hubiera preferido que fuera una fan desquiciada decidida a cortarle los rizos a Gabriel, porque el silencio que deja entre los dos es incomodísimo.

—Vaya. —Gabriel se ríe—. Así que no era un grupo de fans, sino una despedida de soltera…

—¿Quién celebra una despedida de soltera en un café y un miércoles? Y juraría que nos miraban…

Pero igual no lo hacían.

—Y encima te has dejado tu *escaleta*. La podría haber visto cualquiera.

No ha estado tan avergonzada en la vida.

—Ya verás cuando María se entere... —Gabriel utiliza la misma amenaza que ha empleado ella minutos atrás.

Vuelve a sonreír como un idiota.

—No me quejaré de nada a María.

—Y…

—¿Y?

—Y te pido perdón por haber sido una borde desde que te conocí a pesar de no tener motivo alguno —dice Gabriel imitando su voz, aunque siendo sincera, su tono natural es bastante agudo y queda un poco patético.

—Te has puesto muy borde en el café.

—Porque tú me has tratado como si no supiera escribir.

—Dijiste que odiabas mi trabajo —le recuerda Daniela—. Y admite que no has leído nada de lo que he publicado.

Gabriel evita hacer contacto visual con ella.

—Eso también era parte de la broma.

Pero Daniela sabe que él ya es consciente de que resulta imposible mantener esa farsa durante más tiempo. Gabriel suspira y se encoge de hombros.

—Vale, no era broma. ¿En paz?

—Tienes que leer mis novelas, Gabriel —gruñe Daniela—, si no, nos van a pillar.

—Vale. ¿En paz?

—En paz.

Se estrechan las manos, pero Daniela rompe el contacto tan rápido como puede, porque no quiere volver a sentir lo de antes. Ese calambre desagradable que seguro que ha tenido que ver con el material de la ropa que llevan puesta.

Maldita electricidad estática.

ALBA

No entendía nada.

El corazón me iba a mil por hora mientras corría por los pasillos de la academia. En cada esquina veía a los otros estudiantes y no podía dejar de preguntarme cómo había sido tan tonta como para no darme cuenta. Una academia llena de bichos raros. Pero raros de verdad. Nivel película de terror.

La Academia Aura era una academia para MONSTRUOS problemáticos.

Giré por uno de los pasillos en los que no había estado nunca, abrí una de las puertas y me colé dentro. No podía regresar a mi habitación, porque allí estaría Laura, y ahora que sabía que podía tratarse de una bruja de verdad, de una vampiresa o de cualquier otro ser horrible, me resultaba imposible imaginarme a escasos pasos de ella.

Eché el cerrojo y respiré hondo. Fue entonces, cuando el repiqueteo de mis zapatos de uniforme sobre el suelo dio paso al silencio, que me di cuenta de que alguien estaba tocando una canción. Por lo menos, las últimas notas de una canción, porque la persona que la había estado interpretando se me quedó mirando con los ojos entrecerrados.

—Creía que había dejado claro que quería la sala de música para mí solo.

—Yo...

—Es la segunda vez que me quejo a la directora. A la próxima, se lo diré a mi padre y se van a enterar de quién manda.

No tenía palabras. Me temblaban las manos, me sudaban tanto que me las tuve que limpiar en la falda. ¿Qué sería aquel

ser? Rubio como un ángel, con rizos como caracoles rodeando un rostro que me recordaba a esas estatuas griegas de los libros de Historia del Arte. Estaba apoyado sobre un arpa enorme, que era el instrumento que había estado tocando hasta que yo había entrado e interrumpido.

—¿Eres muda? —preguntó rasgando las cuerdas con un dedo—. ¿No serás una de esas híbridas sin cuerdas vocales?

—Me llamo Alba —respondí en voz baja.

—Qué bien, Alba. —Se irguió otra vez, pegado al arpa—. ¿Te importa marcharte?

—Ojalá pudiera hacerlo—murmuré.

No sabía por qué estaba diciendo eso. Lo último que necesitaba era que ese chico, fuese el monstruo que fuera, se lanzara sobre mí para darse un festín con la humana que había sido enviada a una academia de criaturas sobrenaturales por error.

—Yo también quiero marcharme, ¿sabes? ¿Quién puñetas quiere estar en este antro?

El chico se levantó con un suspiro y me volvió a mirar.

—Soy Uriel, por cierto. —Hizo un gesto militar y sus ojos azules se quedaron clavados en mi cara, como si esperara que dijera algo—. ¿Nada? ¿No vas a decir nada?

—¿Qué tengo que decir?

—No sé, siempre que me presento la gente tarda dos segundos en dar media vuelta, ya sabes, por todo lo que pasó.

«¿Lo que pasó?». ¿Cómo quería que supiera lo que había pasado?

—Lo siento... No sé quién eres.

—Oh —Uriel sonrió de lado—. Bueno, fue una chorrada, ¿por qué estás tú aquí?

—Por un malentendido.

—Entonces yo también. —Se acercó más a mí y me di cuenta de que su piel tenía un brillo suave, como si lo cubriera un manto de estrellas—. Lo siento, Alba, pero nadie escapa de esta maldita

academia, ¿entiendes? Esa es su única función. Es como una cárcel.

—¿Tú querrías marcharte?

No tenía ni idea de qué era lo que había hecho ese chico, pero el olor a brisa marina y nubes era menos amenazador que los colmillos que había visto en el comedor o las garras y hechizos que había imaginado en mi carrera hasta allí.

—Ya te digo.

—¿Y por qué no me ayudas?

Uriel pestañeó un par de veces y luego soltó una risa que me sacudió por dentro y que sonaba a problemas.

—Has tardado mucho en pedírmelo.

Capítulo 7



GABRIEL

—Os adentráis en el Bosque de las Almas Perdidas, pero cuando ponéis el primer pie dentro… ¡Bam! Algo se abalanza sobre vosotros. ¿Qué hacéis?

La habitación se mantiene en penumbra y solo se escucha el crujir de las sillas viejas en las que están sentados y la respiración de Jorge, el máster de la partida.

—¿Qué os parece si lanzo una barrera protectora?

—¿Y yo ataco?

—¿Y si no es un enemigo?

—Pero, chicos, es mejor prevenir…

—Leonir, ¿y si usas esa pócima del sueño que encontramos en la última campaña?

—¡Buena idea, Siliver! Entonces yo pongo una trampa en el suelo, por si acaso. Ya estamos bastante heridos por la batalla anterior…

—Espera, Leo todavía no ha dicho qué va a hacer.

—¿Leonir?

—¡No, Leo! ¡El nuevo!

—Pues yo… me quedo quieto y observo el panorama.

—¿Qué?

—Vale, por partes. Leonir, necesito una tirada de destreza. Silver, tú…

Uno por uno, se toman su tiempo para lanzar sus dados. Las cifras van pasando por delante de los ojos de Gabriel, y tiene que darle un sorbo a su café y mordisquear la pajita que usa para sorberlo y no explotar de nervios. Si consiguen cruzar el bosque podrán obtener el Escudo de los Milagros, y todo el mundo sabe que el Escudo de los Milagros hace… ¡Bueno! Que hace milagros.

—Dejadme mirar… —Hay un silencio largo y después, su destino queda sellado cuando el máster habla—. Siliver, usas tus habilidades de mago para levantar una barrera protectora, pero… no funciona del todo y el atacante se cuela por uno de los agujeros. Por suerte para vosotros, Leonir es rápido y lanza la pócima del sueño que consiguió en el Lodazal Añil. ¡Ay, no!

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—La pócima rebota en la barrera y os golpea a todos, causándoos veinte puntos de daño a cada uno.

—¡Venga ya!

—De hecho, teníais pocos puntos de vida así que primero cae Siliver, luego Trunks, que andaba terminando de preparar la trampa y finalmente… Leonir.

—¿Y Leo? ¿Qué pasa con Leo?

—Leo se queda quieto y observa el panorama, así que él también cae dormido y no puede evitar que una araña enorme os devore a todos fácilmente.

Gabriel lleva jugando a rol desde que tenía diez años, y no recuerda una partida más corta que esa.

—¡Es culpa de Leo! —se queja Siliver, también conocido como Pablo—. ¿Qué es eso de «me quedo quieto y observo el panorama»?

—Oye, tío, yo solo he venido para sustituir a alguien. —Leo se echa hacia atrás en su silla, que cruje como cien sapos malditos del Lodazal Añil—. Me habéis dicho que los pícaros observan.

—¡Pero también atacan!

Como cada sábado, el grupo de los Aventureros Escarlata se ha reunido para su partida semanal de rol. El problema es que su elfo guerrero tenía cena de aniversario con la novia y les faltaba una

persona, así que después de diez rechazos de otros colegas del mundillo, a Gabriel solo le ha quedado Leo, que ya estaba en pijama cuando le ha pedido el favor.

Y por eso, por primera vez, los Aventureros Escarlata cuentan con la ayuda de Leo, el pícaro, que ni siquiera se ha molestado en inventarse un nombre mágico.

David, a quien todos conocen como Trunks «el cazabestias», tira su d20 sobre la mesa y se cruza de brazos.

—¿Y ahora qué hacemos? La partida ha terminado y todavía son las tres de la mañana.

—¿Todavía? —Leo bosteza—. Incluso sin esa pócima del sueño yo ya me estaba sobando.

—Vaya pícaro que nos has buscado, Leonir.

Gabriel intenta no hacer contacto visual con Leo, porque sabe que estará riéndose de él y de la situación. En el fondo se lo merece, porque él siempre lo critica cuando tiene sus partidas de FIFA y se enfada tanto que le lanza risketos a la televisión.

—¿Empezamos otra partida entonces? —pregunta David.

—Ni de coña. —Leo se levanta, y eso es indicativo de que la noche ha acabado.

El problema es que David no conoce a Leo igual que él, y no sabe que cuando ya ha tomado una decisión… no hay nada que hacer. Que Leo ganaría el oro en unas olimpiadas de cabezonería.

—¿Por qué no?

—Porque mañana voy al gym y a mi entrenador personal no le hará gracia que aparezca con agujetas.

—No serán agujetas de pensar, imagino.

—¿De qué vas, *pringao?*

—¡Bueno, ya vale! —Gabriel también se levanta, y al hacerlo, su bolsa de dados se le cae del regazo y el contenido se desperdiga por todo el suelo como si fueran canicas—. Mierda.

Podría haber jurado en varios idiomas y a nadie le habría importado, porque para cuando se arrodilla para recoger los dados,

la habitación se ha convertido en una batalla más encarnizada que la de hace unos minutos contra la araña gigante.

—¿Cómo te atreves?

—¿Cómo te atreves tú, friki?

—Dijo el de las mancuernas.

—¡Hago *squats,* idiota!

En ese patético instante, la puerta de la habitación se abre de golpe y entra la madre de Jorge, el máster. Este deja sus apuntes sobre la mesa y se pone de pie como si fuera un militar listo para que le pasen revista.

—¿Se puede saber qué es este alboroto? ¡Me habéis despertado! ¿Es que estáis tontos o qué? —protesta la mujer.

—¡Señora Hernández! —David hace una pequeña reverencia ridícula.

—Señorita, si no te importa, que no estoy casada.

Cuando los Aventureros Escarlata se formaron, hubo un problema que resolver: encontrar una base secreta, es decir, un lugar donde poder jugar partidas largas sin molestar a nadie. Por aquel entonces, solo David se había independizado, pero compartía piso con tres perfectos desconocidos para poder permitirse un bajo sin ventanas y mal situado. En los últimos años, las cosas han cambiado y ahora Gabriel también vive solo (o solo a medias, si cuentas a Leo y a sus otros dos compañeros fantasma), pero la casa de Jorge, o la de su madre, sigue siendo la mejor. O por lo menos lo es los findes que ella se va a la sierra con sus amigas.

Ese sábado, Jorge los avisó de que estaba enferma y no se iría, pero por costumbre, se les ha olvidado por completo lo de bajar la voz.

—Lo siento, mamá. Nos hemos emocionado y se nos ha ido de las manos.

«De las manos» es adecuado, porque Leo y David parecen a punto de partirse la cara.

—¿Y qué hace ese en el suelo? ¿No os estaréis drogando?

—¡Mamá!

Gabriel tarda un segundo en darse cuenta de que «ese» es él. Recoge el último dado a toda prisa y se levanta para enfrentar a la mujer.

Va vestida con una bata azul de estar por casa y tiene el pelo recogido con lo que parecen unas toallas. Su maquillaje es impecable, lo que no tiene mucho sentido si, según ella, ya estaba bien dormida.

—Señorita —dice, aunque le suena algo estúpido—, lo siento, no estamos haciendo nada raro, solo se me han caído los dados y…

—¡Será posible!

—Mamá, te prometo que ya no gritaremos más.

—¿Qué? ¿Y a mí qué? —La mujer se acerca a Gabriel y lo mira como si esperase ver a través de él—. ¿Eres tú?

—¿Quién?

—¡Ella Spice!

Oh. No.

—Pues…

—Que sí, que sí, que te vi por la tele. —Se gira hacia su hijo—. ¿Por qué no me habías dicho que la conocías? ¿*Lo* conocías? ¡Lo que sea!

Hay algo bueno en que tus mejores amigos tengan aficiones tan específicas y una absoluta falta de interés por todo lo demás. Gabriel podría estar saliendo con Miki Núñez y ellos no lo sabrían, porque muy probablemente no sepan ni quién es el cantante. Viven en un algoritmo constante que solo les enseña lo que les gusta. Y está claro que Ella Spice no tiene nada que ver con dragones ni con juegos de rol.

—No quería incomodar a Gabriel, mamá —murmura Jorge.

—¿Lo sabíais?

—Yo no. —David se cruza de brazos.

—¡Pues claro, tío! —Pablo lo mira incrédulo—. Mi hermano pequeño es muy pesado con esos libros y cuando me lo enseñó flipé.

—¿Y por qué no habíais hecho ningún comentario?

—Porque tú no parecías querer contarnos nada.

Gabriel se queda en silencio. Conoce a esos tíos desde hace tantos años que pensaba que, si alguien iba a darse cuenta de que todo lo de Ella Spice es mentira, serían ellos. Además, por algún motivo, creyó que precisamente a sus amigos, que son fieles seguidores de sus verdaderas novelas, les parecería que ser Ella Spice es patético. Se ve que no es así. Solo están molestos por su silencio.

Incapaz de saber qué decir, intenta recordar el perfil que le dio Daniela para reaccionar delante de los demás.

«Ella Spice es una chica normal y corriente, pero que tuvo la suerte de saltar a la fama cuando solo tenía dieciséis años. Su vida cambió por completo, pero ella siguió siendo la misma. Es amable, es divertida, es muy educada y es tan simpática que tiene muchísimos amigos. Le gusta escribir escuchando música y las escenas de besos siempre se le atragantan, a pesar de que liga mucho en la vida real. Acepta muy bien los cumplidos, pero es muy humilde y siempre responde con algún comentario amable. Su grupo favorito es Amaral, porque su abuela era de Zaragoza y la escuchaba los días que iba a comer a su casa, así que, si recomienda una canción, tiene que ser de ellos. Cuando habla con su editora siempre acepta sus propuestas, pero se mantiene firme en lo que quiere. Si se enfada, lo hace con cortesía e intentando llegar a un acuerdo pacífico. Además…».

El folio seguía y seguía hasta la parte de atrás. Daniela había descrito a una persona perfecta, en todos los sentidos. Y él no lo es, pero aun así trata de hacerlo lo mejor posible.

—Me daba vergüenza —miente. No sabe qué más añadir, y tampoco quiere engañar a sus colegas como lo está haciendo con el resto del mundo.

—Pero ¿y cómo pasó? ¿Cuándo empezó? —pregunta Pablo.

—¿Te has inspirado en alguien para escribir a Belce? —añade la madre de Jorge, y cuando ve que su hijo la mira con cara rara añade —: ¿Qué? Se llama interés literario.

Y así, en esa habitación en penumbra y con los restos de una partida desastrosa de rol todavía calientes sobre la mesa, Gabriel les cuenta la historia que prepararon con la editorial, la que le dejó Daniela por escrito en sus documentos. Habla de ángeles y demonios, de romance y de tonterías varias mientras los dados descansan, de docenas de colores distintos, pero juzgándolo de igual forma. Quienes no lo juzgan son sus amigos, que escuchan con atención y hacen preguntas. La madre de Jorge está tan entusiasmada que olvida que había ido a echarlos y en algún momento se va y vuelve con leche caliente y galletas que todos devoran.

Una hora después, cuando ya cabecean un poco, deciden que es momento de marcharse. Antes de salir por la puerta, la madre de Jorge le pide que le dedique un libro, y Pablo aprovecha para rogarle que le mande un audio a su hermano. Gabriel lo hace encantado, pero algo le pica en la nuca. Puede parecer una tontería, pero no se le había pasado por la cabeza que tendría que fingir ser Ella Spice delante de sus mejores amigos, y no le resulta agradable.

En la calle, Pablo y David se van en dirección contraria y él se queda con Leo, que camina varios pasos por delante y más rápido que de costumbre.

Gabriel aguanta, pero al final acelera y se coloca a su lado.

—¿Estás enfadado conmigo? ¿Es porque te he obligado a ir a lo del rol?

—Lo del rol está guay —responde Leo—. O sea, el David ese tiene cara de querer comerse mis puños sin siquiera algo de aliño, pero por lo demás me lo he pasado bien. Pero… No sé, tío, lo que me molesta es que no me contaras lo de Helga Spice antes…

—Ella Spice.

—¡Nos conocemos desde hace dos años! Nos hemos visto en pelotas y…

—No sabía que eso nos convertía en íntimos.

—Hombre… Me hubiera gustado saber que estabas triunfando en la vida. Tanta queja tanta queja con la mierda esa del Leonir y

estabas vendiendo miles de libros con otro nombre.

A esas alturas de la conversación, Gabriel solo se siente mal. Es verdad que le ha hablado a su amigo de los problemas económicos de su familia. No quiere que piense que se lo ha inventado todo.

Leo se apoya en una marquesina en la que hay un anuncio horrible que incita a los jóvenes a coger el transporte público, y se queda mirándolo con una expresión que no le había visto nunca.

—¿Estás enfadado? —repite Gabriel.

—Estoy decepcionado, joder. ¿Por qué te daba vergüenza contarme que escribías ese tipo de movidas? Ya sabes que yo leo de todo.

—Pero si te da pereza hasta leer los ingredientes de las pizzas cuando pedimos.

—Si leyera, leería de todo —se corrige.

Se apoya a su lado, hombro con hombro, y se quedan en silencio en la noche de Madrid. Gabriel casi nunca sale con Leo, porque sus amigos son un poco borricos y no tienen nada en común. Si lo piensa, ellos dos tampoco, pero por algún motivo, desde que acabaron compartiendo piso tras entrar en contacto por Instagram, siempre le ha resultado fácil estar a su lado. Por eso, a pesar de que ha firmado un contrato que dice que irá a la cárcel (bueno, más o menos, porque la jerga legal lo mareó un poco y no entendía un tercio de las palabras que había en esos papeles) si hace lo que se le está pasando por la cabeza, no puede mantener la mentira durante más tiempo.

—En realidad no he escrito esos libros.

—¿Qué?

Y se lo cuenta todo. Empieza por el correo electrónico y termina con esa misma noche.

—Joder. —Leo echa la cabeza hacia atrás y se pega con el cristal —. ¡Au! Espera, dame varios minutos para procesar la información.

No necesita varios minutos, sino un par de segundos, para empezar a decir cosas sin sentido intercaladas con varios «pero tíííio»

y unas cuantas idas y venidas por la calle vacía. Cuando su numerito termina por fin, Leo regresa a su posición original y dice:

—Primero, mañana pienso comprarme el *Cuál de los dos* ese. Y segundo, eres un genio, Gabriel.

—¿Un genio?

—Sí, porque no has escrito esos libros, todo este rollo te va a ayudar a publicar los tuyos y encima te estás llevando la mejor parte. Joder, me siento hasta mal por la chavala, tiene que ser terrible que nadie sepa que hace feliz a tanta gente.

Gabriel, que hasta ese momento había estado sonriendo, frunce el ceño.

—Le estoy haciendo un favor, tío. Ella no quiere…

—¿No quiere que la quieran? ¿No quiere que le digan que sus libros son fuentes de felicidad?

—¡Exacto! Ella misma le dijo a los de la editorial que no quiere que se sepa quién es.

—Vale, vale…

—No tienes ni idea.

—¡Vale! —Leo echa a andar y sin mirarlo, pregunta—: ¿Y es guapa? ¿O eso también está protegido por contrato?

—Si te digo la verdad… ni me he fijado.

Es mentira, porque todavía recuerda el día de la firma, pero eso Leo no tiene que saberlo. Fue un pensamiento fugaz, y es verdad que Daniela es mona, pero en su encuentro en el café le dejó claro que también es un poco rarita. Y bueno, no es que eso le importe demasiado, pero está claro que ni siquiera ella podría escribir una historia de romance entre los dos y que tuviera sentido. Sería como crear una historia de amor entre Gandalf y Frodo, o alguna barbaridad así.

—¿Has pensado alguna vez que puede que no te gusten las mujeres? —pregunta Leo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque siempre babeas con Jacob Elordi, pero nunca te he oído decir que una chica es mona o maja, así que, o eres gay, o un

misógino insoportable.

—Te pasas el día rodeado de tíos medio en bolas que sudan como cerdos, así que no lances ninguna sentencia.

Leo se para un segundo y hace el gesto de cerrarse la boca con una cremallera. Sonríe cuando añade:

—*Touché*.

Capítulo 8



DANIELA

Daniela tiene una cita con el tío de la *app* de ligues.

Y todo es culpa de Hana y de su hermana.

El jueves anterior, en mitad de clase de Psicología de la Educación, Hana le quitó el móvil y empezó a valorar a los tíos con los que había hecho *match*. Había doce, y de todos ellos, solo tres pasaron a la final. De esos tres, solo uno sobrevivió (porque de los otros dos, uno tenía cara de «hurgarse los oídos» y el otro de «coleccionar relojes»). Por suerte, es el chico con el que ha estado hablando de vez en cuando, al que le gusta el cine, es feminista y que su hermana sugirió que era perfecto para una cita. Normalmente, no hace caso a Sara, pero cuando Hana se unió a la ecuación, no le quedó más remedio que agendar un hueco el sábado siguiente.

Y dice un hueco porque primero tiene que ir a la librería de Anne para un encuentro con la autora de *Mundo de bruma,* una de sus sagas favoritas de *romantasy*. Su hermana también insistió en eso, porque parecía que era la única forma de escapar de la rutina y el tema de Ella Spice. María está especialmente insistente con ella y la fecha de entrega del manuscrito de *Entre los dos*, como si intuyera

que tiene un bloqueo de los gordos. Que sea María la que insiste tanto y no Lydia, que es su editora, le hace pensar que puede que ya se estén empezando a cansar de ella y sus tiempos. María le ha insinuado varias veces que deje la carrera y se dedique completamente a escribir, pero hacerlo sería eliminar la única parte de su vida que es de Daniela y no de Ella Spice. En su mente, las dos viven separadas y si no tiene el refugio de las clases, todo se irá al garete. Sin embargo, entiende que trabajar solo de escribir haría que las novelas salieran mucho más rápido, que tuvieran un par al año o incluso más.

Así que ahora está en la librería, justo debajo del chorro de aire acondicionado y viendo cómo Sara y Nuria hablan con la autora, a la que ya han hecho miles de preguntas. Ha sido una presentación divertida y Daniela no puede evitar fijarse en los gestos de la chica, en sus sonrisas, imaginándose a sí misma ahí sentada. ¿Se reiría igual? ¿La mirarían de esa forma? Mientras lo piensa recorre con el dedo la dedicatoria que le ha dejado en la primera página de la novela. No necesita leerla para recordarla.

Para Daniela,

Que algún día yo pueda leer tus historias y vivirlas tanto como lo has hecho tú con la mía.

¡Muchas gracias por venir!

El móvil le vibra en el bolsillo y mira la notificación de la *app* de citas. Seguramente el chico ya va de camino. Se le ha hecho tarde, podría decir que se ha puesto enferma y pasar. Quedarse allí un rato más pensando en sus cosas. Pero le parece feo, así que coge el bolso y se acerca a sus amigas, que siguen comentando *Mundo de bruma*.

—Chicas, me tengo que ir ya.

Sara y Nuria levantan la cabeza a la vez y sonríen.

—¿Es el tío de la *app?* —pregunta Nuria, levantando las cejas tanto que parece que quieren convertirse en pasadores sobre su flequillo claro—. ¿El del cine? ¿El tal Carlos?

—¿Por qué sabes eso?

—Porque Hana me lo ha contado.

—¿Es que no hay secretos entre vosotras?

—Pues no, tenemos una relación sanísima.

—Vale… —Se alegra muchísimo por sus dos amigas, pero en esos momentos no hay espacio en su mente para el amor de los demás —. Sara, ¿me llevas el libro a casa? Pesa mucho y…

—Claro, claro. —Su hermana se lo quita de las manos—. Pásalo bien, ¿eh?

Daniela asiente y sale de la librería con un suspiro. Sara tiene razón, tiene que divertirse. Ella es una chica positiva, solo que años de soledad amorosa minan la moral de cualquiera.

De vez en cuando, va al cine sola. La primera vez que lo hizo se sintió un poco rara, pero después de varias sesiones solitarias de películas de romance y rodeada de parejas felices que creen que nadie se da cuenta cuando se morrean en la oscuridad, se ha acostumbrado a la sensación. A veces, ver las historias de otras personas la inspira para escribir las suyas. Así que ir con un chico desconocido tiene que ser mucho más fácil, ¿no?

Cuando llega a los cines de Callao se queda quieta en la puerta y saca el móvil, solo para ver que el mensaje no era un «estoy llegando» sino más bien un «llegaré tarde», así que suspira y se queda apoyada en la pared mientras ve a varios grupos pasar y pasar por delante de sus narices.

Como a Carlos le gusta tanto el cine, Daniela ha decidido ponerse su camiseta de *Mean Girls*. Ojalá esa película estuviera en la cartelera, porque cuando comprueba la web se da cuenta de que no hay ninguna que le suene de nada. A lo mejor, cuando le dijo al chico que le gustaba el cine debería haber especificado que solo ve películas cuando está muy muy aburrida o cuando sus amigas le hacen una recomendación muy entusiasta.

—Me han dicho que esa de ahí es muy romántica.

Daniela da un brinco en el sitio y se gira para ver al dueño de la voz. Lo reconoce a medias, porque en la foto de la *app* no tenía ese bigotillo que pide a gritos ser exterminado.

Es Carlos.

—Daniela, ¿verdad?

—Sí, yo…

—Te he reconocido por las zapatillas. —Señala sus pies con una sonrisa y a Daniela le deja de importar el bigote—. Son las que llevas en tu foto de perfil.

—Sí, son mis favoritas. —«¿Y a él qué le importa?»—. Eh… ¡Hola! Encantada. ¿Carlos? ¿Había tráfico?

—Me estaba arreglando. —Sonríe otra vez—. Soy un chico que se cuida.

Daniela le devuelve la sonrisa y luego guarda el móvil en el bolsillo.

Lo mira fijamente, sin darse cuenta de que a lo mejor debería ser más discreta. Es guapo, viste con unos pantalones ajustados y una camisa amplia. Es elegante y lo confirman los zapatitos acabados en punta. Es un poco moderno para su gusto, pero lleva un pendiente en la oreja y eso le parece atractivo.

Además, si todo lo que ponía en su perfil es cierto, van a pasar un buen rato.

—Dijiste que te gustaban los chicos que se cuidan, ¿verdad? —insiste él. Y le hace un gesto para que avancen—. Y el cine.

—Sí, me gusta… el cine —Daniela intenta echar un ojo a los carteles que hay a su alrededor y pensar algo rápido—, sobre todo…

—Mira, esa película ha ganado muchos premios en el festival de San Sebastián. —Carlos señala un cartel en el que aparece una puerta gris sobre un fondo blanco—. Dicen que es muy conmovedora. Eso sí, va con subtítulos.

Hoy no tiene muchas ganas de leer en una sala de cine. Además, hace poco que está empezando a notar que sus lentillas ya no están bien graduadas y le va a tocar ir a la óptica a pedir unas nuevas. Si

ven esa peli va a estar toda la sesión con el ceño arrugado intentando que el brillo alrededor de las letras desaparezca.

—A lo mejor podemos ver algo más mono —propone—, o algo divertido.

—Algo mono… ¿A qué te refieres?

Se refiere a algo que sea capaz de entender sin hacer una reflexión posterior de tres horas y buscar en Google «final explicado».

—No sé, por ejemplo, esa de allí.

A ver, no es que Daniela sea fan incondicional de las películas románticas, pero ahora mismo… las necesita. Y esa titulada *Corazones atravesados* que tiene a un tío guapo con el pelo al viento parece perfecta para inspirarse. Solo que eso Carlos no lo sabe, así que no lo juzga cuando dice:

—¿Y qué te parece esa otra? —Señala un cartel que solo tiene una imagen en el centro, un hombre de espaldas que contempla un cuadro. Se titula *El peso del arte*—. Me han dicho que es muy interesante. El protagonista es un hombre que ha cumplido treinta sin conseguir nada en la vida. Él sueña con pintar, pero pasa los días en un museo antiguo, pensando que ha fracasado en todo lo que se ha propuesto siempre. Entonces conoce a una chica de dieciocho años que le cambia la forma de pensar, ¿qué te parece?

Daniela tarda un instante en darse cuenta de que no está bromeando. Podría sugerir otra película, pero decide asentir con la cabeza y disfrutar, por lo menos, de sus palomitas con caramelo. El problema es que Carlos se adelanta y, con su sonrisa perfecta, pide un *pack* enorme de palomitas saladas sin más y una Coca-Cola para compartir.

—Te va a encantar, ya verás —le dice cuando la deja pasar hacia la sala, completamente a oscuras—. Habla de los deseos más profundos y de la libertad sexual de la mujer. Es de mi director favorito. Y también tiene muchos premios.

Al cuerno los premios y al cuerno las películas. Daniela ya se arrepiente de haber aceptado esa cita. Se van a enterar Sara y Hana

cuando les diga que sus instintos están muy estropeados porque a lo mejor que tuviera puesto «feminismo» entre sus intereses podría haber sido una señal de aviso inicial.

Ahora va a tener que aguantar tres horas de película de un director rancio intentando justificar que le gustan las menores.

—Seguro que sí.

Intenta sonreír, pero como todo está oscuro tampoco se le nota tanto que es una sonrisa tirante, falsa. Al menos agradece que Carlos haya elegido buenas butacas y pueda acomodarse sin tener a nadie a la derecha. El chico se sienta y le guiña un ojo. El bigotillo se le ha rizado un poco y parece que ha ido al barbero de Dalí.

—¿Y qué estudias? —le pregunta Daniela, pensando en que a veces las cosas van mal porque te centras solo en lo malo e intentando cambiar el rumbo de la conversación.

—Tengo un blog en el que hablo de cine —explica Carlos—. Mi padre tiene una productora, así que bueno… Se puede decir que estoy aprendiendo de un maestro, no necesito ir a la universidad ni nada de eso.

Un *nepo baby*.

A lo mejor su padre es famoso y todo.

Espera que él pregunte lo mismo, pero como parece más concentrado en las palomitas que en ella, responde por su cuenta.

—Yo estudio Magisterio.

—¿Y has tenido novio hace poco? Vi en la *app* que estabas buscando algo serio.

La sala empieza a llenarse poco a poco. Aunque bueno, ese «poco a poco» es más bien una chica que se sienta en el extremo opuesto y una señora que por su cara de entusiasmo, tiene pinta de haberse equivocado de película.

—No, nunca he tenido nada serio —le dice, «o nada en general», piensa para sí misma—, pero sí que me gustaría…

—¡Eso es sorprendente! Yo he salido con dos chicas —dice Carlos —. La verdad es que la primera relación fue para aprender.

—Eso es bueno, ¿no? Dicen que, si terminas una relación y aprendes cosas, es que esa persona no era para ti, pero que ha merecido la pena.

—Aprendí a detectar a las manipuladoras. —Se ríe él—. Aunque necesité la segunda para darme cuenta de que hay mucha loca por ahí suelta.

Daniela gira el cuello tan rápido que teme escuchar «crac» y quedarse sin cabeza. De pronto, la pantalla negra del cine es interesantísima. Tendría que haber huido al ver el bigote, está claro.

—Pero si estás buscando algo serio yo soy el indicado —continúa Carlos—, soy un buen partido, lo dicen todos mis amigos. ¡Incluso los gays!

—Pues la verdad es que…

—¡Ya empieza la película!

El primer anuncio corta cualquier intento de conversación que puedan tener, pero por una vez, Daniela se alegra. Pasa las casi tres horas siguientes intentando no dormirse, aunque no es difícil, porque Carlos trata de ponerle la mano en la pierna cuatro veces y eso la mantiene más alerta que si Paris Hilton le hubiera pedido que protegiera sus bolsos de marca.

* * *

Llega a casa muy cansada y con ganas de borrar la cita de su memoria para siempre. Se arrastra por el pasillo y encuentra a Sara delante del portátil, en una videollamada con sus padres.

—¡Mi niña mayor! —exclama su madre—. ¿De dónde vienes tan tarde?

—Del purgatorio, mamá —bufa, y se deja caer en el sofá, al lado de su hermana—. He sufrido por toda la familia, ahora ya podremos ir todos al cielo.

—Pero mira que eres dramática, no me extraña que seas escritora.

Su madre siempre dice eso, que desde que era pequeña estaba claro que lo suyo iba a ser escribir o hacer películas y guiones. Como buena madre, siempre tiene razón. Incluso ahora, cuando se queja por no llamarla con tanta frecuencia.

—Vuestra madre ha estado muy preocupada —protesta su padre. Ya no le queda ningún pelo en la cabeza y está orgulloso de ello—, no veáis la de broncas que me echa últimamente.

—Porque no dejas de tocarme la moral, José.

—Sí, será eso.

—Bueno bueno —Sara hace aspavientos con las manos—, ¿qué tal estáis? ¿Todo bien?

—Como siempre, hija, pero ¿cómo estáis vosotras? Dani, los mensajes que me mandas son muy preocupantes. No entiendo qué significan esos dibujos tan feos que envías.

—Estamos bien. —Daniela no miente. En realidad, no está tan cerca de darse cabezazos contra los armarios como su madre piensa, aunque le encante mandarle *stickers* de gatos agonizando—. De hecho, hemos sacado entradas para el Fahrenheit de este año. ¿Os acordáis de que os dijimos que iríamos con Hana y Nuria?

—Ah, la cosa esa de frikis.

—No es de frikis, papá.

—Si no estoy insultando, hija, solo digo lo que sois, ¿no?

—Entonces tú eres un friki de las figuritas de soldados —protesta Sara—. ¿Cuántos tienes ya?

—¡Demasiados! —Su madre se une a las protestas y Daniela aprovecha para despedirse de ellos e irse hacia su cuarto.

Pasa primero por la cocina y le roba una magdalena a su hermana. También se sirve un vaso de leche, se cambia de ropa y se mete en la cama. No tiene la cabeza para hacer nada proactivo, así que desbloquea el móvil con la intención de echar un vistazo al *hashtag* de *Cuál de los dos*, algo que siempre la tranquiliza.

Aun así, no puede evitar ver de reojo un mensaje de Hana en el que le pregunta por la cita. Le envía el *sticker* de su madre

durmiendo con la boca abierta. Ve que Gabriel también le ha escrito y abre la conversación con un suspiro.

Hola, Daniela.

Hoy he tenido que ir a la editorial a grabar unos vídeos y me he encontrado con un paquete con esto:

Daniela tiene que comprobar dos veces que lo que ve es real. Son tres figuritas hechas a mano de Belce, Alba y Uriel. ¿¡Eso lo ha hecho alguien!?

Iba con una nota que decía que son para ti.

Me han parecido increíbles y los iban a tirar, así que los he cogido.

Te los puedo dar pronto.

Un abrazo.

Le entra una risa un poco tonta cuando lee lo de «un abrazo», porque ya es muy gracioso que Gabriel le hable por WhatsApp como si fuera su agente inmobiliario, pero que encima añada la coletilla de

correo semiinformal es para mearse. Lo peor es que luego hay más mensajes.

Hola, Daniela.

Siento molestarte otra vez, pero me acaban de escribir desde la editorial para pedirme que vaya a la fiesta en la que HABRÁ BOOKSTAGRAMMERS

Eso es lo que pone en el mail, que me han mandado en mayúsculas, no sé por qué.

Quería preguntarte si sería posible que vinieras conmigo.

La verdad es que no me muevo bien en ese mundillo y no quiero meter la pata.

¿Sería posible? Podemos decir que eres mi community manager o mi prima, lo que prefieras.

Un abrazo.

Vuelve a reírse porque Gabriel ha puesto *community manager* en cursiva, como si fuera un corrector ortotipográfico o algo así. La idea de ir a una fiesta de *bookstagrammers* o gente de TikTok no le hace mucha gracia. Ha estado en alguna con gente importante porque la editorial se lo pidió a pesar de que nadie sabía quién era ella. Fingió ser editora o alguien de *marketing*, para que no le hicieran muchas preguntas.

Pero después de la cita de hoy la verdad es que siente que necesita algo para aclararse los pensamientos. Además, así podrá ver qué opinan todos los famosillos de las redes de la auténtica Ella Spice. O la falsa. Da igual. Así que escribe a toda velocidad:

seré tu prima

Y Gabriel reacciona con un pulgar.

Capítulo 9



GABRIEL

Ha comprobado unas diez veces que lo lleva todo encima. También se ha cambiado de peinado unas cinco. Y ha cogido dos baterías portátiles por si acaso. Leo le ha dicho que siempre es un histérico, pero luego le ha dado la suya, así que ahora tiene tres, que pesan un montón, pero por lo menos está tranquilo.

Cuando le escribió a Daniela para pedirle que fuera con él a la fiesta lo hizo por pura desesperación. La idea de verse ahí, rodeado de gente que se mueve en las redes sociales era aterradora. Él es *community manager*, sí, pero el resto del tiempo es una persona totalmente pasiva. Si tiene que parecer gracioso delante de otros, el resultado puede ser tan vergonzoso que tendrán que buscar a una tercera Ella Spice para cubrir sus destrozos.

No, no.

Ni de coña.

Daniela y él han quedado al lado de Ópera, la boca de metro más cercana al local, y se alegra tanto cuando la ve aparecer por las escaleras que le cuesta disimularlo. Aunque no se conocen mucho, su cara ya es familiar y eso es suficiente para sobrevivir a esa noche. Daniela lo saluda con la mano y a él le cuesta reaccionar, porque la verdad es que durante un instante se siente afortunado de que esa chica sea la que se ha parado a su lado. De todas las personas que

han bajado de ese tren, dispuestos a comerse la noche de Madrid, Daniela es la única que va vestida como si hubieran quedado para ir al Retiro un domingo a la hora de comer.

Lleva una falda vaquera larga y unas botas militares negras que ha decorado con *stickers* amarillos. Un jersey amplio del mismo color confirma que ya es octubre y que se puede empezar a respirar. Se ha puesto unos pendientes de platanitos a juego. Ahora, Gabriel se arrepiente de no haber elegido una sudadera un poco más arreglada que la gris que usa casi todos los días. Por lo menos lleva sus New Balance de confianza que hacen pensar a la gente que tiene dinero, aunque en realidad las consiguió en un mercadillo por pura chorra.

—Perdón, sé que llego un poco tarde —se disculpa Daniela.

—Estamos aquí al lado, así que no te preocupes.

Echan a andar. Daniela se aferra a su bolso y se pregunta si le pasa lo mismo que a él, que no sabe muy bien dónde colocar las manos.

—Así que soy tu prima —dice.

—¿Colará?

—No nos parecemos nada físicamente, pero siempre puedo decir que tengo todos los genes recesivos de la familia.

Gabriel sonríe y asiente con la cabeza. De todas formas, duda que ellos dos vayan a ser las estrellas de la noche. Le han hecho llegar la lista de invitados, y es verdad que algunos, sobre todo los que tienen que ver con el mundo literario, no son muy famosos, pero luego están… los *influencers*. Los creadores de contenido. Esos que van a programas de cocina de *celebrities*.

Supone que uno de esos famosos famosísimos es el que se encuentra en la entrada del local, porque a su alrededor hay un cordón de personas hablando muy alto y al mismo tiempo.

—Es Saladilla —le dice Daniela, cubriéndose la boca con la mano, como si alguien fuera a preocuparse de lo que están hablando—, una de las *influencers* más famosas de España. Creo que tiene más dinero que algún futbolista del Real Madrid.

—Eso es imposible.

—Ha hecho anuncios de cuchillas de afeitar, Gabriel.

A lo mejor el mundo de la depilación sí que da mucha pasta, porque cuando pasan cerca de ella, puede ver que lleva un vestido lleno de pedruscos brillantes. De golpe, su *outfit* es todavía más ridículo. Y el tío de la puerta debe pensar lo mismo, porque cuando se acercan, da un paso al frente.

—Un momento —gruñe—, ¿identificación?

Gabriel recuerda el fatídico día en el que le dijeron que sería Ella Spice. Hoy va preparado y tiene su carné, así como la invitación formal que le enviaron al correo, para Daniela y él.

—Ella Spice y su prima —dice, incapaz de que no le haga un poco de gracia.

A Daniela también debe parecerle divertido, porque la ve girar la cabeza y esconder la risa en la manga del jersey.

—¡Oh! —El hombre abre mucho los ojos y su actitud cambia de golpe. Les dedica hasta una sonrisa—. ¡Pero cómo vas a necesitar identificación en tu propia fiesta!

Cierto. Todavía no se ha acostumbrado a que, si la fiesta es por Ella Spice, es que la fiesta *es para él*. La que no parece entenderlo es Daniela, porque tiene la cara de alguien que se acaba de comer algo muy rancio.

—Claro, claro…

Se despiden del de seguridad y se resguardan tras una columna, antes de entrar al local.

—¿¡Es una fiesta para Ella Spice!?

—¿No lo sabías?

—No me lo dijiste —bufa Daniela.

—Te dije: «Me acaban de escribir para que vaya a *la* fiesta».

—Dijiste «*una* fiesta».

Gabriel se contiene para no soltar un gruñido digno de un orco y rebusca en el bolsillo del pantalón. Con el móvil en la mano, abre la conversación con Daniela y le pega la pantalla a la nariz.

—La fiesta.

Daniela lee el chat con el ceño muy fruncido y, cuando es evidente que no tiene manera de darle una vuelta a la situación para salir victoriosa, se queja otra vez:

—Podrías haber sido más concreto.

—Pensaba que María te habría mandado un correo —responde Gabriel—. Como me dijiste que sí, creía que te habrían escrito a ti también.

—¡Claro que no! —protesta ella—. ¿Puedo ver el *mail?*

Gabriel duda un momento, pero al final le da su móvil. No quiere que vea su fondo de pantalla, un dibujo de Leonir que le hizo un colega, pero Daniela no dice nada, solo abre el correo y lee a toda velocidad el correo que tiene de asunto: «FIESTA *COMING OUT!!!*».

—Me está dando un mal, Gabriel. —Daniela se cubre la boca con la mano que le sobra—. Esto es una fiesta para celebrar que hemos dicho quién eres.

—Lo siento, a veces leo los correos en diagonal. —No quiere explicarle a Daniela que el motivo es que una vez le llegó por error un *mail* de María a Julio bastante subidito de tono porque tienen el mismo apellido y su correo corporativo es superparecido y ahora le da pánico abrir nada que tenga que ver con esos dos.

—¿Y quién ha pensado lo de «*coming out*»*?*

—Genial, ahora Ella Spice es homófoba también.

—Hombre, no, solo problemática —bufa Daniela con sarcasmo—. ¿Y por qué no me avisaron a mí de esto?

Gabriel se encoge de hombros y extiende la mano para que le devuelva el móvil.

—Al menos me alegra haberte invitado. Imagina que vengo aquí solo.

—No soy el comodín que piensas, pero gracias.

Le tranquiliza ver que Daniela no está enfadada, al menos no con él. Sea como sea, tienen que entrar, así que cruzan la puerta doble y decorada con luces y el interior los recibe con mucho ruido y un montón de confeti que cae del techo a la vez que un *flash* los ciega.

—¡Bienvenidos a la fiesta *coming out* de Ella Spice!

Gabriel tarda un segundo en darse cuenta de que la fotógrafa en cuestión es Luisa, la chica que recoge los paquetes en la entrada de la editorial. Está guapa, con el pelo recogido en un par de trenzas y con una ropa que lo deja con la boca abierta. En la oficina siempre va muy arreglada, pero ahora viste unos pantalones anchos y un top de color neón que brilla en la oscuridad.

—¡Gabriel! —Sus ojos van hacia Daniela—. Y…

—Mi prima.

—¡Qué guay! Tío, ¿se puede saber por qué llevas tanto tiempo sin escribirme? —Le da un codazo suave—. Entiendo que ser famoso es duro, pero creía que tendríamos una cita…

Gabriel se ríe, incómodo porque no sabe actuar de otra manera y avergonzado porque Daniela va a empezar a ver por la nuca como no deje de poner los ojos en blanco. Es verdad que le dijo a Luisa de quedar, pero después de varios mensajes cruzados y ninguna invitación por parte de la chica, supuso que la cosa no iba a llegar a ningún lado. ¿Tenía que haber hecho algo él?

—¿Qué tal va la fiesta? —pregunta para cambiar de tema.

—¡A tope! Han venido un montón de *influencers* y todos se han llevado el regalito. —Luisa se agacha detrás de un montón de cajas y le da a cada uno una *tote bag* con un bordado de la Academia Aura—. Dentro tenéis un vale para una copita gratis y alguna sorpresa más. A ti no debería dártelo, pero tu prima seguro que disfruta.

—Claro, la prima está encantada. —Sonríe Daniela colgándose la bolsa al hombro—. ¿Entramos?

—¡Pero antes tengo que sacaros muy guapos en el *photocall!*

Gabriel no se había dado cuenta de que a su espalda hay un decorado con más figuras de cartón de los protagonistas de *Cuál de los dos*. En la cortina han proyectado una imagen que le huele a inteligencia artificial, de un aula que tal vez quiera imitar una de las de la academia. En el suelo hay algunos objetos que se pueden poner en la cabeza.

—Mira qué monos.

Daniela coge un par de cuernos de demonio y le ofrece otros iguales, pero él los rechaza. A saber dónde ha estado eso o quién se lo ha puesto en la cabeza.

Así que acaba posando con un símbolo de la paz un poco tímido, entre las figuras de Uriel y Alba, que parecen su hermano gemelo y su hija (porque la han hecho a escala diminuta) y mirando de reojo a Daniela, que se abraza a la figura de Belce poniendo muecas.

Cuando por fin se liberan (después de que Luisa le haga una sesión muy vergonzosa en solitario que intentará borrar de su cerebro tan pronto como pueda), la chica le promete ir a buscarlo cuando se acabe su turno.

Entran a la sala a través de unas cortinas rojas. Eran un buen aislante del sonido, porque ahí dentro la música rebota por las paredes como una pelota. Suena algo de Imagine Dragons.

—No sabía que ligabas con las de la oficina —le vacila Daniela a voz de grito. Ha abierto la bolsa y saca una agenda de terciopelo—. ¡Vaya! Viene hasta con un bolígrafo.

—No he ligado con nadie.

—Pues ella pensaba que sí.

—Solo le dije de quedar a tomar algo.

—O sea, que le pediste a una cita.

—¿Ese no es Morenus?

Daniela se gira a la velocidad de la luz y Gabriel aprovecha para echar un vistazo a la sala y localizar los puntos importantes, como las salidas de emergencia o los servicios. Lo segundo le cuesta un poco más, pero lo que es inconfundible es la barra del bar. La han decorado con caritas de demonios y alas de ángel. Además, los chicos que sirven van vestidos de uniforme y algunos llevan dientes de vampiro que brillan en la oscuridad u orejas de lobo.

—No veo a Morenus.

—Claro que no. —Se encoge de hombros y señala la barra—. ¿Vamos a pedir algo?

Cuando se acercan a la barra, el volumen de la música se vuelve más tolerable. Gabriel tiene que contenerse para no soltar un

«guau» muy patético cuando se da cuenta de qué son las copas que sirven. Siempre que va con sus amigos a la Cueva del tabernero, su café de confianza, piensa en lo increíble que sería ver que alguien se ha tomado el tiempo en idear una bebida de algo que has escrito tú.

Ahora Daniela lo sabe, porque en el menú hay varias fotos que son, evidentemente, bebidas inspiradas en Belce, Uriel, Alba y otros personajes de su saga.

—¿Qué motivo puede haber para renunciar a todo esto? —se le escapa a Gabriel.

Daniela se queda rígida, igual que si hubiera recibido un calambre en toda la columna. Es obvio que no quiere responder, así que Gabriel agradece cuando una voz los interrumpe.

—¡Hola! ¿Qué os apetece tomar, chic…? —Es uno de los camareros, que los mira con la boca abierta. Se ha decorado los dientes con brillitos que parecen diamantes—. ¡Ella Spice! ¿Qué tal? Tú bebes gratis aquí, corazón. ¡Y la chica mona de las pequitas también!

Echan un ojo a la carta. Daniela tarda un buen rato en levantar la cabeza, porque lee con cuidado todo lo que pone en ella.

—Esto es muy guay, ¡tiene muchísimos detalles! Han puesto hasta un cóctel sin alcohol que se llama Al gusto de Laura porque la compañera de cuarto de Alba no bebe.

—¡Exacto! —El camarero da un toquecito a la foto—. Hemos usado colorante morado porque es su color favorito y sabe un poco a sándalo, la planta que…

—¡Que tiene al lado de la cama para espantar a los fantasmas!

Gabriel mira a Daniela y ve que tiene «la mirada». Esa que brilla más que todas las luces de neón del local. La que tenía el día del evento cuando hablaba de sus libros con los otros lectores y que está empezando a creer que es algo de lo que no se da cuenta.

—¿Quieres ese? —le pregunta el chico.

—Mmm… Me tientan las Lágrimas falsas de Uriel.

—¡Sabe a melón!

—Entonces quiero uno de esos.

—Yo quiero… —Gabriel echa un vistazo rápido y pide sin fijarse mucho—. Un Problemas en el paraíso.

—Eso es lo que le dice… —empieza Daniela.

—Lo que le dice Uriel a Alba la noche después de que se bese con Belce por primera vez, cuando ella se agobia tanto.

—¡Exacto!

El camarero y ella se echan a reír y Gabriel cambia de postura, incómodo. No había pensado que se sentiría fuera de lugar por no haber leído *Cuál de los dos*, pero claro, esa fiesta es como una Comic-Con de la saga de marras.

—Y no os cobro, ¿eh? —El chico les guiña un ojo y empieza a preparar las copas.

—¿No te meterás en problemas? —pregunta Daniela.

—Claro que no. ¿Cómo vamos a echarle la bronca a alguien que quiere hacer feliz a nuestra escritora favorita?

María aparece desde las sombras. Va vestida con un traje ajustado y un minisombrero que la hace parecer una invitada comedida a una boda real inglesa.

Sonríe con un vaso en la mano y sus ojos van hacia Daniela. Gabriel se intenta hacer a un lado, esperando que las dos se pongan a hablar, pero entonces la mujer se vuelve hacia él y abre los brazos.

—¿Cómo estás, querido?

De golpe, se ve en un abrazo inesperado y, la verdad, indeseado. María lleva una colonia muy fuerte que se le cuela por la nariz y le llega al cerebro, provocando que cualquier pensamiento coherente desaparezca de su cabeza.

—Tienes que socializar hoy, Gabriel. *Social network,* ¿vale? —le susurra al oído, dejando algo de olor a tabaco cerca de su boca. Luego se separa y observa la sala con una sonrisa muy amplia—. ¡Qué maravilla! Es increíble que nos podamos reunir sin tener una novedad preparada… —Ahora sí, su gesto vuela hacia Daniela, que agacha la cabeza—. ¡Qué bien te sientes cuando trabajas duro y todo va como la seda!

Y así, y tal y como ha venido, se marcha. La ven acercarse a un grupo de chicas que están grabándose entre ellas. Se mete en el plano y las chicas reaccionan incómodas pero sonrientes.

—Espero que no fuera un directo —murmura Gabriel.

Pero cuando solo le responde el silencio, se gira para comprobar si Daniela sigue allí o se ha evaporado. Y sí, su cuerpo está presente, pero su mirada anda perdida en las manos del chico de la barra, que está terminando sus cócteles.

—¿Estás bien? —pregunta Gabriel, acercándose un poco más a ella.

Daniela parece regresar del plano astral en el que se encontraba para mirarlo a los ojos. El brillo ha desaparecido. Durante un milisegundo, el recuerdo del día que se conocieron se superpone a la imagen actual: la mascarilla quirúrgica que ahora son unos labios pintados de carmín anaranjado; las gafas de sol que cubrían sus ojos y que le impidieron saber que había un marrón tan cálido detrás.

—Estoy genial. —Daniela se gira hacia la barra, atrapa su cóctel recién preparado y le da un buen sorbo—. ¡Uf! En fin, vamos a ayudarte a hacer… ¿cómo se dice? Eso de conocer a gente solo por interés.

—¿*Social network*? —repite lo mismo que le ha dicho María hace un momento.

—*Networking* —Daniela lo corrige y se ríe por lo bajo—. *The Social Network* es el título de la película del tío de Facebook.

Gabriel no sabe ni qué decir. Bueno, a lo mejor es que esos términos son cosas de *marketing* y María no está tan al día como debería. Decide ignorar el momento ridículo y echa un vistazo a su alrededor, a todos los grupitos que le parecen tan peligrosos como si fueran depredadores y él un conejillo torpe. Preferiría quedarse con Daniela y la comodidad que ya comparten tras haberse visto en varias ocasiones, pero la chica tira de él y casi no le da tiempo ni a coger su copa.

Capítulo 10



DANIELA

Es increíble lo rápido que puede cambiarte la noche con las palabras de una persona que ni siquiera es cercana a ti.

Daniela ha bebido ya tres copas temáticas y, aunque no son muy fuertes, está empezando a notarlas un poco, porque casi nunca bebe alcohol. Las luces brillan algo más, la música suena más lejana y sus pensamientos retumban tan fuerte que quiere arrancárselos y lanzarlos muy lejos.

Al menos, Gabriel ha conseguido hablar con bastantes perfiles muy interesantes. Eso sí, con su ayuda. Les ha costado encontrar la estrategia, pero al final se han dado cuenta de que lo mejor es que Daniela le chive los nombres y le haga un pequeño titular y que él improvise todo lo demás. «Este es el de la polémica con la exnovia» o «este otro es el que dice que no vive en Andorra» y «ella es la del anuncio de la casa de apuestas y los NFT». Con la gente del mundo de los libros es menos cuesta arriba, porque son más fáciles de tratar. Muchos de ellos sonríen inmediatamente a Gabriel y parecen encantados de poder participar en un evento como ese. Ella los conoce porque pierde más horas de las que le gustaría en BookTok. Además, que Ella Spice haya sido anónima no quiere decir que no

haya tenido que mandar correos o mensajes para dar las gracias por las colaboraciones. Lo que le sorprende es que Gabriel no tenga ni idea de quién es nadie, teniendo en cuenta que es *community manager*.

—Es que soy muy malo recordando caras y nombres —le ha dicho —. Mira, no sé, Daniela, es que pareces Anne Hathaway chivándome quién es la gente.

—¿Has visto *El diablo viste de Prada*?

—Pues…

—¡Gabriel!

La voz llega a la vez que el cuerpo al que pertenece. Un cuerpo que lleva espray brillante por toda la piel bronceada. Luisa es guapa y tiene una sonrisa tan bonita que a Daniela le dan ganas de ahogarse en la copa que sostiene.

—¿Qué tal lo estáis pasando? —pregunta. Huele bien, también—. Por fin me he podido escapar. Ya hay fotos de todo el mundo y pronto las subirán a redes sociales… ¡Oh! Ahora que lo pienso, ¿quién está llevándolas ahora que tú…?

—Sea quien sea, seguro que lo hace mejor que yo —sonríe Gabriel.

—¡No digas eso! —Luisa le da un golpecito en el brazo—. Yo le daba *like* a todos los *posts.*

—Seguro que porque te obligan por contrato —bromea Daniela. Y entonces se da cuenta de que no conoce a esa chica, de que ella no la conoce y de que el comentario está fuera de lugar—. Perdón, tengo que ir al servicio.

Ve de reojo que Gabriel hace ademán de detenerla, pero sale pitando de allí hasta la larga cola de espera. En esa zona la música no se escucha tanto y puede oír sus propios pensamientos.

Solo son un zumbido insoportable.

—A mí me van a pagar doscientos por la *story* —dice una chica que espera delante de ella. Lleva un modelito muy mono y un vestido de Prada—. Aunque he oído que hay alguno por ahí que se ha llevado casi quinientos. Es increíble lo injusto que es este mundo.

—¿Cuántos seguidores tienes?

—Casi doscientos mil. Llevo años viajando por todo el mundo para conseguirlos.

—Tía, es que es muy duro.

Daniela bufa y cambia de conversación, a la del grupo de chicas que acaban de colocarse detrás.

—Me sigo sintiendo mal, Susana. Es que no he leído nada de Ella Spice…

—Pero nadie se tiene que enterar, hija —le responde su amiga—. No podíamos decir que no, ¿has visto lo mono que es?

—Prometo que me leeré los libros pronto, pero es que solo esta semana me han enviado cinco. Mi madre me va a echar de casa; ya no sabemos dónde meterlos.

—Yo te puedo hacer un resumen, así nos acercamos a hablar con él, ¿te parece?

Daniela suspira otra vez. Por suerte, la fila ya ha avanzado y puede entrar a uno de los cubículos y hacer pis a toda velocidad. Cuando acaba se lava las manos y se arregla un poco el pelo, que a esas alturas era un auténtico desastre, y sale de nuevo a la sala principal.

Suena *Taste* de Sabrina Carpenter y por primera vez en su vida, y seguramente gracias al alcohol, se siente como la protagonista de un drama de adolescentes.

Every time you close your eyes
and feel his lips, you're feelin' mine.

Gabriel y Luisa están muy cerca, ella se ríe y le habla al oído. Una luz le pega en el ojo y le da la sensación de que sus labios se rozan un instante.

And every time you breathe his air,
just know I was already there.

¿Adónde ha ido el vaso que llevaba?

Se aferra a la correa de su bolso y trata de dar media vuelta, justo cuando Luisa pone las manos en las caderas de Gabriel y lo hace bailar entre risas.

You can have him if you like.

Sale a toda velocidad de allí, sin entender qué se le está pasando por la cabeza. Evita los corrillos que se han formado fuera y que buscan escucharse los unos a los otros, lejos de esos éxitos del pop.

Se sienta al lado de una fuentecita que tira agua hacia arriba de vez en cuando. Bien. Desde allí no puede oír la música, solo como si sucediera en el fondo de su cabeza. En ese mismo fondo también hay otras muchas voces: la suya, la de María, la de Sara, e incluso esas voces que no conoce y que asocia a reseñas y comentarios anónimos en Internet.

«Cualquiera es mejor que tú».

Intenta apartar ese pensamiento, porque va cosido a la cara de Luisa y la chica no se merece eso. Nadie se lo merece, ni siquiera Daniela. El alcohol que ha bebido alimenta esas voces que siempre intentan machacarla con todo. Con las cosas más pequeñas. Con las más grandes. Su cerebro le grita todo lo que no quiere oír.

«Eres una egoísta, ¿es que no piensas en el trabajo de otras personas?».

«¿Qué te da tanto miedo?».

«Cualquiera podría hacerlo mejor que tú».

«Egoísta».

«Patética».

«Sin talento».

«Aburrida».

«Él es mejor Ella Spice que tú».

—¿Daniela?

«Cualquiera es mejor que tú».

—Eh, Daniela.

«Ríndete».

—Dani, ¿estás bien?

Le cuesta darse cuenta de que una de esas voces no sale de ella, sino que pertenece a Gabriel, que se ha sentado a su lado.

—Perdona. —Se limpia los ojos con la mano. ¿Desde cuándo está llorando?—. Me he tomado unas patatas muy picantes.

La mentira más patética del mundo, pero Gabriel asiente con la cabeza, así que o finge creérselo o es que cuela. Como él no dice nada, Daniela rompe el silencio incómodo:

—¿Qué haces aquí? Creía que estabas empezando a pasártelo bien.

—¿Por qué dices eso?

—¡Por Luisa! —Daniela sabe que lo que ha sentido al ver a la chica con Gabriel y los pensamientos de después no son más que ella misma intentando sabotearse. Eso dice Sara. Eso decía su psicóloga cuando podía ir con frecuencia. Así que intenta sonar convencida cuando continúa—: He visto cómo te miraba, ¿sabes? Escribo novelas de amor, así que sé que a esa chica la mirabas con «los ojos llenos de constelaciones»… —Se ríe—. ¿No es una frase genial?

—¿Qué constelaciones?

—Ya sabes, cuando dos personas se miran y hay chispas porque todo es como fuego y pasión…

—Creo que lees demasiadas cosas raras y moñas. —Gabriel niega con la cabeza—. Luisa solo quería pasar el rato.

—Pero si casi te ha besado.

—No lo sabes.

—¡Lo he visto!

Se vuelve a reír, pero como Gabriel no se le une, levanta la vista hacia él. Se encuentra con unos ojos verdes de pestañas claras que hasta ahora no le habían llamado la atención y un par de mejillas un poco rosadas.

—¿Y por qué nos mirabas? —le pregunta Gabriel.

Ahora es ella la que se pone colorada. Las voces han desaparecido de su cabeza y ahora está solo ella, balbuceando como si la hubieran pillado cometiendo un crimen.

—Porque… pues… o sea… A ver, ¡porque como escribo escenas románticas me gusta observar y tomar notas!

El agua vuelve a salir disparada a su espalda.

—¿Y por qué no usas tu propia experiencia?

Parece que Gabriel está más cerca que antes.

No.

Está mucho más cerca que antes.

Ve su piel clara y con un granito en la mejilla. También los finos pelitos rubios de la barbilla.

¿Y qué hay encima de ella?

Unos labios.

—Pues yo… —empieza Gabriel.

—Sí, sí, sí —Daniela se echa hacia atrás—, sí que lo hago. Con mi novio, Carlos. Llevamos un año y pico, y la verdad es que con él es mucho más sencillo inspirarme. Tú has sido un plus.

Puede que ella también se haya apartado un poco, pero juraría que Gabriel está medio metro más lejos ahora.

Ya no hay pensamientos con voces diferentes, solo la suya propia preguntando: «¿Qué tontería acabo de decir?». Sin embargo, su lengua no se quiere mover.

Vaya mierda.

La fiesta ahí dentro, dedicada a Ella Spice sin que nadie la eche de menos porque no saben quién es. Y ella ahí sentada, haciendo el canelo.

—Dani —la llama Gabriel—, ¿puedo llamarte así? No sé me da bien…

—Dani es perfecto.

—Vale, pues creo que es hora de volver a casa.

No se había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta que Gabriel ha dicho eso.

—Sí… ¿Deberíamos buscar a María?

—Cuando venía hacia aquí iba bailando como si fuera Tony Manero en *Fiebre del sábado noche*.

—Hala, qué referencia más antigua.

—Es la peli favorita de mi madre.

Gabriel le tiende la mano y Daniela la acepta, poniéndose en pie. Le da las gracias en silencio por no estar haciendo que todo sea más incómodo todavía.

Ahora, el mareo se hace más evidente.

—La peli favorita de mi madre es *Lo que el viento se llevó* —murmura.

—Podrían llevarse bien, entonces.

Salen del patio a la calle. Es tarde, pero todavía queda el último metro para volver a casa.

—¿Por qué se van a llevar bien si no se parecen en nada? —pregunta Daniela.

—Bueno, pues como tú y yo. Y creo que nos aguantamos.

Se le escapa media sonrisa y se apoya en el hombro de Gabriel para no tropezarse.

—Eso parece.

Pasan al lado de dos chicas que se hacen la última *selfi* de la noche y se encaminan hacia la calle principal.

—He pensado que ahora sí que sí, voy a leer tus libros —dice Gabriel de repente.

—¿¡En serio!?

—Sí, a lo mejor así me entero cuando una chica me mire con… ¿«los ojos llenos de constelaciones»?

Ahora se ríen los dos. Ojalá alguien la mirara así a ella.

Gabriel la coge del brazo y entonces Daniela se queda parada, con el corazón a mil por hora y dice:

—Me acabo de dar cuenta de una cosa.

Gabriel no la suelta y sus ojos verdes le preguntan en silencio. Verdes tan claritos que le parece injusto que alguien los tenga en la vida real.

—Creo que he perdido mi tarjeta transporte.

CAPÍTULO 11



GABRIEL

De todas las cosas que Gabriel se ha imaginado en la vida, jamás habría esperado verse a sí mismo inmerso en un libro de romance juvenil un domingo por la tarde.

Después de acompañarla hasta su portal y luego irse andando para despejarse, comprendió que, si había algo de esa noche que Daniela recordaría, sería su intención de leer sus novelas. Se lo recordó al día siguiente, y al siguiente también, así que acabó yendo a la editorial y pidiendo unos ejemplares de muestra. A lo mejor puede regalárselos a su madre en algún momento.

Intenta no pensar en la fiesta. En la cara de Luisa cuando la dejó con la palabra en la boca porque había perdido de vista a Daniela y estaba preocupado por ella. El hecho es que no sabe por qué tomó esa decisión. Por qué se preocupó así. Luisa está tan molesta que ya no le responde a los mensajes, aunque no la culpa, porque no solo la dejó con la palabra en la boca, también le hizo una cobra.

¿Por qué?

Ni idea.

Muchas preguntas sin resolver.

Como por qué Daniela lo está monitorizando por WhatsApp. Un mensaje impertinente más y la bloqueará para siempre (o como mínimo durante lo que queda de día).

por dónde vas?

Por la misma página que hace dos minutos.

y eso por dónde es?

y por qué escribes siempre tan correcto?

Soy escritor, Daniela. Claro que escribo correctamente.

Y voy por la fiesta en la academia…

la fiesta????

Perdona

¿La fiesta?

¡Ja
,
ja!

Sí, Uriel no está invitado y Belce está cachondo.

es una parte importante

cuéntame qué tal ehhh

Val
e.

Deja el móvil a un lado y ve de reojo que la pantalla está llena de marcas de dedos. Se levanta para coger el limpiagafas que guarda en la funda y se apresura a abrillantar el protector a conciencia. Después, lo coloca en su sitio y regresa al sofá para continuar con su lectura.

Hasta ahora, *Cuál de los dos* ha sido… interesante. Le avergüenza admitirlo, pero ha leído de un tirón los primeros capítulos y cuando ha querido darse cuenta ya llevaba más de doscientas páginas. No esperaba que leer a Daniela fuera tan fácil. De momento, Alba, la protagonista, ha tenido más sentimientos que él en toda su vida. Ha descubierto que es una humana en una academia llena de monstruos, ha conocido a un ángel macarra, se ha intentado escapar con él, ha hecho buenas migas con su compañera de cuarto, bruja y medio gótica, y ahora está sufriendo porque se siente atraída por el demonio de buen corazón. ¿Y todo eso en menos de cien páginas? En su novela, *Las aventuras de Leonir: la búsqueda de Riorthern,* el protagonista todavía no habría hecho siquiera su petate.

En la parte que le toca leer ahora, Alba lleva un buen rato intentando no beber demasiado para que no se le suba el alcohol en

una fiesta. Se ve que siempre que bebe acaba haciendo alguna tontería. Se pregunta si eso está basado en alguna historia real, porque está claro que Daniela y el alcohol no se llevan muy bien. Todavía piensa en cómo lo miró al lado de la fuente, con una intensidad que lo dejó de piedra. Bueno, lo convirtió en piedra para luego darle un buen mazazo, porque lo del novio no se lo esperaba. O sea, debería haberlo esperado porque Daniela es muy mona, pero, aun así, le sorprendió.

Sacude la cabeza y se centra en el libro. El demonio buenorro ha decidido llevar un modelito digno de *Drag Race* y que le «marca los pectorales» y sabe que eso solo puede significar que va a pasar algo interesante.

—En fin, vamos a ver qué pasa —suspira, y se acomoda para seguir leyendo.

Había algo dentro de mí que me pedía a gritos que me marchara. Tal vez, mi instinto más básico, ese que me convertía en un conejillo entre las paredes de esa academia, me estaba dando la oportunidad de sobrevivir. Sin embargo, mi corazón jamás había latido con tanta fuerza y la presencia de Belce delante de mí era tan atractiva como la idea de salir corriendo sin mirar atrás.

Sus ojos dorados, con pequeñas estrellas en ellos y protegidos por largas pestañas me miraban con una intensidad que me hacía vibrar desde la punta de los dedos hasta el último de mis cabellos.

—Me tengo que... ir —balbuceé.

Belce sonrió, perruno... No, no era como un perro, era como un lobo. Colmillos blancos, algo afilados y peligrosos. Su aura no era la de un animal doméstico, era como la de un mamífero salvaje, cazador y dispuesto a devorar a su presa. Que, en estos momentos, era yo.

—Pero yo quiero que te quedes —dijo él. Su perfume suave me hizo suspirar—. ¿Adónde vas a ir? ¿A tu cuarto? ¿Con...?

Sabía que quería decir «Uriel». «¿Con Uriel?», porque después de nuestro estúpido intento de fuga, toda la academia se había montado la

película de que él y yo éramos cercanos. Yo no era capaz de concebir la idea de que alguien pudiera acercarse a ese chico.

—Voy a dormir, nada más.

—No sé qué os enseñan a las brujitas, pero creía que tú y yo éramos más compatibles. Que nuestras naturalezas existen juntas, ¿sabes?

Di un paso hacia atrás, porque cada vez que alguien mencionaba mi enorme mentira, la sangre se me congelaba en las venas. Vivía con el terror de que cualquier día la directora me hiciera llamar para anunciar que había descubierto mi secreto y que el castigo sería morir a manos de todos esos monstruos. Puede que yo no fuera una bruja, pero Belce era un demonio, y empezaba a sentir el calor del infierno en mi piel porque ya lo tenía demasiado cerca.

—¿A qué te refieres?

—¿Que a qué...? —Belce se rio—. ¿Acaso crees que tienes más en común con un ángel caído que conmigo?

—Creía que los demonios eran ángeles caídos.

—Pero él todavía puede volver allí arriba, ¿sabes? Es un niño de papá, tiene la oportunidad de regresar con los buenos.

—Pues para ser de «los buenos», su carácter es... —Me sorprendí a mí misma diciendo algo así y una parte de mí se preguntó si Belce no estaría usando una técnica demoníaca para sacarme información.

—Horrible —completó él—. Es un engreído, un egocéntrico, un narcisista, un ángel de manual.

—Es elegante —añadí.

—Es egoísta —susurró cerca de mis labios.

—Y valiente.

—Y yo solo quiero besarte, Alba.

No dejé que fuera él quien me besara, fui yo la que se puso de puntillas y cerró el espacio que había entre los dos. Besar a un demonio era como besar al sol. Cálido en los labios, cálido en la garganta, cálido en el pecho y ardiente en el estómago. Sus manos me atraparon de la cara y cuando me abrió la boca y sentí lo suave que era, empecé a escuchar el sonido de mi

propio corazón, volviéndose loco, queriendo salir del pecho para juntarse con el suyo. ¿Sería el corazón de un demonio como el de un humano? Tenía tantas preguntas que mi cerebro ya no me mandaba ninguna información, solo las caricias, la respiración de él, como un desierto sobre mis mejillas cuando nos separábamos para coger aire. La música de la fiesta era solo un murmullo lejano, un escenario secundario ahora que sus dedos recorrían mi espalda y me hacían sentir viva y en peligro.

—Veo que tú también —me dijo en el hueco del cuello.

Y así, el cosquilleo se convirtió en todo un terremoto que me descontroló por completo y que me hizo olvidar quién era yo, con quién estaba y lo que podría pasar si él descubría mi mentira.

Gabriel deja el libro sobre el sofá, con el dedo corazón marcando la página en la que se ha quedado. Mira el reloj que hay encima de la mesita del salón y que anuncia las nueve de la noche y coge aire, igual que la protagonista de la novela de Daniela. Es como si él mismo acabara de liarse con ese demonio de las narices.

ya lo has leído???

Gabriel!!!!!

Cierra el chat como si no lo hubiera visto.

—Creo que necesito un vaso de agua —se dice, y va hasta la cocina, dejando el libro ahora bien cerrado, lejos de él. Leo no ha rellenado la botella del frigo, así que tiene que disfrutar del agua del grifo caliente de Madrid y un vaso que limpia a conciencia antes de usarlo. El piso tiene lavavajillas, pero nunca cumple con sus expectativas—. O dos.

Bebe un poco más y luego se apoya en la encimera, como si fuera él quien acabara de volver de la fiesta de la Academia Aura y hubiera

bebido por encima de sus posibilidades.

¿Por qué está tan alterado?

Ha leído una estúpida escena de un beso, nada más. Sin embargo, todo le ha recordado, inevitablemente, a la noche de la fiesta. A Luisa, a los dedos de la chica en su cuello mientras le decía lo mucho que le gustaban sus libros. A Daniela y toda esa chorrada de estrellas y miradas. A su tartamudeo. A la intención de besarla que se le pasó fugazmente por la cabeza y que ella percibió y rechazó al instante.

Gabriel es el antiBelce para ella.

—Es una chorrada —murmura para sí mismo—. Además, ella tiene novio; claro que no va a fijarse en mí.

Y tampoco es que él quiera que Daniela se fije en nada relacionado con él.

Saca el móvil del bolsillo, ignorando la nueva tanda de interrogantes de la chica, y empieza a revisar todas las publicaciones que le tocó hacer en su día sobre *Cuál de los dos* y a las que no les dio importancia entonces. Lee los comentarios y se sorprende asintiendo como uno de esos muñecos de Elvis horteras que salen en las películas yanquis cada vez que alguien dice que el beso de Belce es sincero y apasionado.

Aunque no lo parezca, no es que él odie el amor. Es que el amor lo odia a él. Su madre siempre cuenta que, de pequeño, lloró como un descosido cuando Aragorn y Arwen acabaron juntos en *El retorno del rey*. Que se enfurruñó durante tres días con el final de *La La Land*. Y que, por supuesto, supo con quién acabaría Simon en *Love, Simon*. Pero desgraciadamente, toda esa predisposición hacia el amor por su parte jamás ha sido recíproca.

Él nunca ha sentido un cosquilleo en la nuca. Ni un beso de los de mariposas en el estómago. No se ha quedado en blanco delante de nadie. Así que hace mucho que dejó de creer o consumir ese tipo de historias, porque despertaban cosas en él que luego no experimentaba en la vida real.

Hasta *Cuál de los dos*.

Primero con el ángel y luego con el demonio, como si fuera un quinceañero. Como si fuera… Joder, como si fuera la protagonista. Y lo peor es que está muy confuso porque… La noche de la fiesta…

Da otro trago de agua cuando visualiza a Daniela en su cuarto creando toda esa tensión, ese beso desértico y caliente que seguro que va a cambiar muchas cosas en los siguientes capítulos. La imagina con esas pequillas en la nariz arrugada, pensativa, mientras mueve los dedos sobre el teclado del portátil y piensa en qué se sentirá cuando alguien busca cada rincón de tu cuerpo con las manos.

No. No.

Ni de coña.

Gabriel sacude la cabeza y vuelve al salón, donde el libro sigue llamándolo para que siga leyendo. Igual que un conjuro de magia negra. Quiere hacerlo, quiere saber a quién elige Alba, si se besa también con Uriel. Si llegan a algo más. Si se enteran de que es una humana y la aceptan o por el contrario se dan un festín con ella.

—¿¡Pero en qué estoy pensando!?

—¡No sé, pero deja de hacer ruido! —protesta Leo desde su habitación. Se está sacando el carné de conducir y por cada pregunta sin sentido que no sabe responder, su humor empeora—. O vete a gritar a la calle.

Gabriel recorre el pasillo en un segundo y se apoya en el marco de la puerta abierta de su compañero de piso.

—Leo, ¿puedo hacerte una pregunta?

Se va a arrepentir seguro.

—Si no tiene nada que ver con motocicletas, sí.

—Tú… ¿Cuándo fue tu primer beso?

—A los quince, creo. —Leo gira la silla y lo mira con el ceño fruncido—. Tal vez a los dieciséis…

—No quiero sonar cursi, pero ¿sentiste fuegos artificiales o mariposas y esas cosas?

—¿Qué? —Leo le dedica una mirada divertida—. Fue una experiencia horrible y llevo tiempo intentando borrarla de mi

cerebro.

—¿Tan mal fue?

—Saliva por todas partes…

—Bueno, pero eso es normal.

—Me mordió el labio…

—¿En plan sexy?

—En plan tres veces y dejándome una herida que me dolió una semana entera. —Su amigo suspira—. ¿Y tú? Ahora tengo curiosidad…

Gabriel se dio su primer beso a los trece y tampoco fue una buena experiencia. En aquel momento creyó que él había hecho algo mal, pero cuando repitió a los diecisiete y la cosa no mejoró, pensó que tal vez, lo que le habían contado toda la vida no era cierto. También pensó que a lo mejor los besos no eran aptos para él, tan obsesivo con que todo esté limpio y ordenado. Y es que los besos no son lo más limpio del mundo, ni tampoco deben ser ordenados. A lo mejor su madre tenía razón, y el hecho de ser demasiado romántico había provocado que dejara de creer en esas cosas. Pero la sensación al leer el beso de Belce y Alba ha sido como volver a ser adolescente y soñar con besos de película. Agradable.

—¿Y tú? —repite Leo.

—Fatal… —Gabriel se sienta en la cama de su compañero de piso y aparta un par de peluches que Leo siempre finge que tiene ahí por si algún día su hermana pequeña tiene que quedarse—. A lo mejor el romance no existe.

—Hay gente que no lo siente. —Leo se encoge de hombros—. Ya sabes, el amor romántico. A lo mejor eres así.

—¿Por qué cada vez que hablamos me etiquetas?

—Yo solo lanzo ideas.

—Pues no… —Es algo que ha pensado alguna vez. Es complejo y buscó y buscó mucho en Internet para llegar a la conclusión de que no es su caso. En el proceso encontró a gente muy maja y deseó que hubiera sido así para él, pero no, simplemente él es un desastre —. No soy ni aro ni ace.

—Bueno, entonces piensa que lo de besar y lo que sientes puede mejorar un poco cuando… bueno, cuando das el siguiente paso. —Leo se apoya sobre sus apuntes y arruga la foto de una intersección—. Ahí sí que mola más, porque estás como a más movidas al mismo tiempo y no te obsesionas tanto en cómo hacerlo y es más… más natural, ¿no?

Gabriel se queda pensativo, o finge que lo hace. De repente, el póster enorme de no sé qué jugador de fútbol le parece muy interesante. Es un tío del Barça que lo está mirando como si conociera sus más profundos secretos.

—¿Gabriel?

—¿Qué?

¿Para qué diablos ha empezado esa conversación?

—¿Has dado el siguiente paso ya?

—Pues…

—¿No?

—¡No! —Gabriel se pone en pie. Juraría que todavía lo persiguen los ojos del portero o delantero o lo que sea ese tío. Seguro que él lo ha hecho muchas veces—. Y no quiero que te rías de mí, gracias.

No debería haberle preguntado a Leo. Es más, ¿por qué le está dando vueltas a algo tan tonto como «creer en el amor»? Lleva siglos sin tener nada con nadie y nunca le ha importado que sus besos fueran un asco. Mientras todo tenga sentido en su cabeza, no necesita nada más: está estudiando, ayuda a su madre y no importa el romance. Está entrando en el mundo editorial, ¿quién quiere besos?

Da un respingo cuando siente un toquecito en el hombro. Se da cuenta de que ha intentado salir de la habitación, pero sus pies se han quedado congelados en el sitio, como un robot que ha dejado de funcionar.

—Gabriel, tío, ¿es que no me conoces?

—¿A qué te refieres?

—Pues que puede que te obligara a suscribirnos al canal ese de la Champions, pero no soy un capullo que se ríe de ti por no haber

tenido sexo a los veinte años o por no querer tenerlo, ¿sabes?

Se gira hacia él y recuerda, como siempre, que Leo es un tío guapo. Seguro que él liga un montón, y aun así…

—En realidad todavía no he tenido oportunidad.

—Gracias por contármelo. —Leo vuelve a darle golpecitos en el hombro y sus ojos oscuros brillan diferente—. Pero ¿por qué estás tan agitado? ¿A qué vienen esas preguntas?

—Nada, me he estado leyendo el estúpido libro de Ella Spice y me ha dado por pensar que en la vida real el romance no es como ella lo escribe. Ahora siento que soy la cara de una estafa piramidal de adolescentes.

Leo se ríe y se echa el pelo a lo futbolista hacia atrás.

—Gabriel, las novelas son novelas y la peña las lee para sentir cosas intensas, no eres el responsable de una trama de corrupción política o algo así.

—¿Desde cuándo eres bueno dando consejos?

—Desde que tengo que aprobar el teórico del coche y eso está drenando la parte de mí que quiere hacer el mal.

Gabriel pone los ojos en blanco, pero le dedica una sonrisa que espera que entienda como «gracias».

—Por cierto. —Leo levanta el móvil y le enseña su perfil de Instagram—. Dile a tu amigo David que me deje vivir. Tengo una reputación, no puedo permitir que me siga alguien con una foto de… ¿Qué puñetas es eso?

—Sauron. —Gabriel no tiene que mirarlo más de un segundo—. Perdón, el ojo de Sauron.

—¿De quién? ¿Algo de *Harry Potter?*

—Leo…

—Ah, de *Star Wars.*

—Eres insoportable.

Su compañero de piso se ríe y vuelve a sentarse delante de sus apuntes. Lo interpreta como una señal para regresar al salón, donde el libro lo sigue esperando.

Gabriel juega con sus propios dedos durante un buen rato, pasea por la habitación intentando poner en orden sus pensamientos y finalmente toma una decisión. Puede que su vida no sea muy romántica, pero como escritor, se ha dado cuenta de que hay algo en lo que hace Daniela que resuena en su interior. No es que quiera, qué ironía, convertirse en Ella Spice, pero sí que hay algo que se le ha pasado por la cabeza desde que ha empezado a hablar con Leo. Así que coge el móvil y revisa la dirección que metió en Google Maps la noche de la fiesta, cuando acompañó a Daniela a su casa.

Capítulo 12



DANIELA

Sara se ha quedado dormida en el sofá hace un buen rato. Estaban viendo un capítulo de *Emily en París*, porque es el tipo de serie que su hermana finge que no le gusta y que Daniela finge que sí. Es un trato silencioso, un pacto fraternal secreto. Durante todo el capítulo ha estado mandándose mensajes con Gabriel o más bien, mandándole mensajes a Gabriel, porque el tío ha dejado de responder hace un buen rato. Todo eso mientras intenta terminar de pasar a limpio unos apuntes para clase.

El problema es que no ha avanzado nada porque su cabeza está en otra parte.

«¿Y si no le ha gustado la novela?», piensa.

«Pues tampoco sería un drama», se responde. «Ya no le gustaba de antes».

«Ya, pero eso eran prejuicios, ahora significaría que la novela es aburrida de verdad».

—¡Calla! —Se da un golpe suave en la cabeza e intenta prestar atención a la escena ridícula que está sucediendo en la pantalla. Desde el día de la fiesta no ha parado de pensar en Carlos. O sea,

no en Carlos y la peor cita de su historia, sino más bien en Carlos, su novio inventado.

Todo es ridículo: acepta una cita con un desconocido, el desconocido resulta ser un idiota de campeonato, va a una fiesta en su honor, se pone dramática, Gabriel aparece y la consuela y todo grita «beso, beso, beso», pero entonces ella menciona al desconocido de la cita para estropearlo todo.

Suspira y deja el móvil sobre la mesita del salón y va hasta la cocina para echarse un vaso de leche. Sigue en su cruzada de intentar que le guste. No recuerda cuándo se convirtió en un propósito, pero está claro que, si termina el año sin ser capaz de disfrutarla, habrá fracasado.

Está aguantando la respiración y tragando el veneno blanco cuando suena el timbre de la puerta. A veces, su casera, que vive en el piso de arriba, baja a pedirles que dejen de hacer ruido, aunque no estén haciendo absolutamente nada. Tal vez tenga una de esas noches en las que le apetece tocar las narices.

Otro timbrazo.

—¡Dani! ¡Apaga la alarma!

—¿Pero qué alarma?

Y otro más.

—¡Voy, voy! —Corre hasta la entrada y abre con más fuerza de la que esperaba.

Con el dedo todavía extendido, Gabriel la mira como si fuera una aparición. Sus rizos parecen más rubios que nunca y va vestido con una camiseta en la que caben dos como él y unos pantalones anchos de cuadros rojos que parecen de pijama.

—Hola.

¡Pum!

El portazo retumba en todo el rellano y hace que Sara salga corriendo del salón, con el pelo revuelto y limpiándose la baba de la comisura de los labios.

—¿¡Qué pasa, qué pasa!?

—Nada, uno que vendía no sé qué de rosquillas para Nochebuena.

—¿Qué?

—Dani, se te oye perfectamente —dice Gabriel al otro lado de la puerta—. ¿Me abres o no?

Sara la mira y hace señas con las manos que no entiende pero que sabe que quieren decir «¿Es un pavo?». Daniela le hace un gesto que obviamente significa «Gabriel, el que se hace pasar por Ella Spice», pero que su hermana no capta.

—Es Gabriel —susurra—, pero no sé qué hace aquí.

—¿Le has dado nuestra dirección? ¿Y si es un perturbado? ¿Quién le ha abierto el portal?

—Es que justo entraba un señor con un perro —dice Gabriel al otro lado de la puerta.

—Pero ¿le has dicho que venga?

—¡No!

—¿Daniela? Si no me vas a abrir dilo porque me marcho y ya.

—Sara, abre y dale conversación. —Daniela se quita las pinzas que llevaba en el flequillo—. Necesito cinco minutos.

—¿Y de qué le hablo?

—No sé, del *League of Legends.*

—¡Yo no juego a eso! —protesta Gabriel.

—Anda, vete…

Sara la empuja y Daniela sale disparada hacia su dormitorio y se quita la camiseta vieja que lleva para ponerse uno de los pijamas que le regalaron la Navidad pasada y que siempre le da pena estrenar. Escucha las voces lejanas mientras se echa un poco de desodorante, esconde la ropa sucia debajo de las sábanas y corre de vuelta por el pasillo hacia el baño. Allí se empieza a lavar los dientes y se peina un poco el flequillo.

Perfecto.

Escupe, se enjuaga y regresa a la entrada derrapando. Allí, su hermana le dedica un gesto raro y levanta siete dedos en el aire:

—Siete minutos, Dani. Me debes siete minutos de vida.

—¡Perdona! —Se gira hacia Gabriel—. ¿Gabriel? ¿Ha pasado algo? Me has pillado casi en la cama…

—Yo sí que me voy a la cama, que os lo paséis bien. —Sara se despide y cierra la puerta de su habitación con cuidado.

Ahora que están los dos solos, uno enfrente del otro en silencio, no es como por Whatsapp. Es raro. Gabriel hace que todo sea aún más incómodo porque no deja de mirar hacia un lado y otro, como si buscara sus más profundos secretos en el gotelé.

—¿Ha pasado algo? —repite Daniela.

Él la mira y, por un instante, teme haberse dejado pasta de dientes en la comisura de los labios o tener un moco pegado en la punta de la nariz.

—¿Qué pasa? —insiste.

—No sabía que llevabas gafas.

—¿Qu…? —Mierda. No se las ha quitado—. ¡Pues no me mires mucho, que me quedan fatal!

—Me parecen monas —dice Gabriel—. Las gafas.

—Vale, ¿qué ha pasado? ¿Ha pasado algo con la editorial?

—No, no —niega con la cabeza—. O sea, en realidad solo quería hablar de tu libro, si no te importa.

—¿Y por eso has venido hasta mi casa a las once de la noche? ¿Qué te costaba mandar un mensaje?

—Pues…

—¿Y cómo sabes dónde vivo?

—Sé que no suelo dejar huella, pero te traje aquí el otro día, ¿recuerdas?

—Ah.

—¿No te acuerdas?

Claro que se acuerda. Recuerda ir de su brazo. Recuerda la mitad de las palabras que dijo durante el trayecto. Recuerda que al despedirse todo fue casi tan incómodo como ahora. Gabriel vuelve a mirar de un lado a otro y la está poniendo nerviosa, así que cierra la puerta de entrada y le hace un gesto para que pasen al salón. Allí, el chico se queda de pie, con las manos en los bolsillos.

Le pide que tome asiento mientras va corriendo otra vez a la cocina y recupera su vaso de leche. Coge otro y el brik y sale pitando de vuelta. Lo que no espera es encontrarse a Gabriel en el mismo sitio que antes.

—Que te sientes donde quieras —repite.

—Ay, sí.

El chico se deja caer en el sofá, tan rígido como una estatua, y Daniela se sienta a su lado con cuidado. Deja todo encima de la mesita y le ofrece el vaso. Gabriel acepta, y Daniela no dice nada cuando lo ve limpiarlo con el borde de la camiseta.

—Así que quieres hablar de mi libro, ¿eh?

—En realidad… —Gabriel echa la cabeza hacia atrás y coge aire—. No he podido pasar del beso de Alba y Belce.

—¿Porque te estabas aburriendo?

—¿Aburriendo? —Gabriel se gira hacia ella y ahí están esos ojos verdes otra vez. Demasiado transparentes, como si estuviera contemplando uno de esos lagos de los que surgen hadas y espadas mágicas—. No dejo de pensar en él.

El chico se sirve leche, le da un buen trago y se la queda mirando con una intensidad rarísima.

Daniela ha escrito muchas escenas absurdas en su vida, ha pensado en cientos de situaciones donde nada tiene sentido y todo es un disparate, pero en las que, al mismo tiempo, es capaz de encontrar una chispa de pasión, de complicidad o de cercanía. Sin embargo, ese momento, con los dos ahí sentados, el bigote de leche de Gabriel y ella rascándose el cuello porque le pica la etiqueta del pijama nuevo es simplemente… raro.

—¿En Belce?

—No, joder —gruñe Gabriel—. O sea, en realidad sí, pero me refería a todo esto, tú y yo.

Daniela casi se atraganta, puede que con la leche o con su propia saliva. ¿Y si hizo algo que no recuerda la noche de la fiesta?

—¿Qué es «tú y yo»?

—Pues… ¿Qué va a ser?

—Eh…

—Nuestro acuerdo, Dani —dice Gabriel. Inspira, como si se lo hubiera aprendido de memoria—. Cuando María me planteó esto, yo no pensé que tendría que hablar con gente y fingir que entiendo algo del romance que tú escribes. Creo que no estoy hecho de esa pasta.

—Pero si ya estuviste con los lectores una vez…

—Sí, pero no conocía la verdad —bufa—. Ahora, cada vez que vea esos libros voy a pensar en besos y roces y… lo que sea que pase después, que todavía no he llegado.

—Pero ¿te ha gustado o no?

—Sí, claro, pero…

—Pues ya está, Gabriel. —Daniela no sabe qué más decir—. No entiendo qué es lo que te preocupa. ¿Crees que mis lectores te van a pedir que los beses como si fueras uno de los chicos? Tienes una cara mona, pero de ahí a que…

Gabriel hace un ruido raro, parecido al que ha hecho ella hace un momento y vuelve a dar otro trago. En la habitación suena el reloj viejo de pared y de pronto todo es tan incómodo que juraría que puede oír cómo la leche cae a su estómago.

—¿Has dicho que tengo la cara mona?

—Yo no… —Daniela lo ha dicho. Sí, pero ha sido un pensamiento de medianoche que no tendría que haber salido de su boca. Será mejor que…—. A ver, ¿es porque te da tirria el romance?

Gabriel se encoge de hombros y, ahora sí, pone los ojos en otro punto de la habitación. En concreto en la televisión, donde el capítulo de *Emily en París* está ahora reproduciéndose. Daniela silencia la serie y no insiste más. Se queda muy quieta, intentando darle sentido a la situación. No sabe si es el pelo rizado de Gabriel, esos caracoles que le saltan en la frente o qué, pero vuelve a sentir esa corriente rara en el brazo derecho, el que queda más cerca de él.

—No me da tirria el romance, solo que no soy un experto en la materia. Tú sí.

Daniela tose incómoda. En la estantería encima de la televisión, justo sobre la cabeza de los dos protagonistas que no dejan de ligar, están todos sus libros. Algunos son de Ella Spice, otros de autoras que le encantan, pero otros son sus primeros *fanfics,* que Sara le imprimió como regalo por su cumpleaños. Ha escrito diferentes historias de amor: imposibles, del odio al deseo, polos opuestos, amistades que se convierten en algo más… Ha descrito tantos besos que a veces se pregunta cómo sigue teniendo palabras para narrarlos. Pero todas sus historias se basan en lo que Sara le ha contado, en películas, series, otros libros o su propia imaginación cuando cierra los ojos y piensa en lo que haría que su corazón fuera a mil por hora.

Pero Gabriel no sabe que su única experiencia romántica en el último año ha sido con el tío del cine y fue más parecido al martirio de San Lorenzo que a otra cosa.

—Yo no…

—¿Qué pasa? Tú tienes novio, Dani. Es lógico que te salga todo natural, pero yo… De verdad, no tengo muy claro que vaya a ser capaz de decirle a la gente cosas con sentido cuando me pregunten cómo escribo las novelas. María ha planeado varias firmas en las próximas semanas y cada vez que pienso en ir a Barcelona o Valencia… se me revuelven las tripas. —Gabriel se echa más leche—. ¿Dónde está el frigo? No deberías dejar un brik de leche fuera tanto rato.

Daniela le quita importancia con la mano y él se encoge de hombros.

Siguen viendo el capítulo de *Emily en París* sin sonido. Casi le gusta más así, cuando no sabe lo que están diciendo. Daniela intenta imitar a Gabriel y beber un poco más, pero un escalofrío le recorre el cuerpo entero. Debería hacer caso a su madre y probar la leche con miel. A lo mejor así no tiene ganas de vomitar cada vez que se la acerca a la boca.

—Dani —la llama Gabriel, y esta vez solo lo mira de reojo y espera a que siga hablando—. Creo que hemos empezado con un

pie horrible y quería decirte que me lo pasé bien en la fiesta y que *Cuál de los dos* no está mal.

Daniela no se lo puede creer. Se gira en el sofá y le da un golpe en el pecho. La leche baila peligrosamente en el vaso que él sostiene con la mano derecha.

—¿«No está mal»? Ella Spice es *best seller.*

—Vender más no es sinónimo de calidad.

—Acabas de recorrerte todo Madrid para venir a lloriquear porque el beso de Belce y Alba te ha puesto cachondo, Gabriel.

—¡Qué dices!

Pero el daño ya está hecho; el color rojo de sus mejillas es más que evidente, y Daniela se lo apunta como una victoria.

—¿Te has imaginado que eras ella? ¿Que eras él? ¿Los dos?

—Déjate de tonterías —bufa el chico, intentando recomponerse y volver a ser ese Gabriel que parece hecho de mármol, sin mucha expresión en la cara—. Encima de que intento hacer las paces contigo…

—Si tanto te ha afectado un besito de nada es que al menos hay algo que estoy haciendo bien —sentencia Daniela.

Lo ve lidiar con sus palabras. A lo mejor dentro de él hay una especie de gnomo o trol u otro bicho de esos de los mundos de fantasía que le gustan y que le está diciendo que va a morir si dedica un solo pensamiento positivo a una historia diferente a las que ha leído toda la vida.

Daniela decide levantarse e ir a la cocina para coger algo de picar. Solo encuentra unos restos de pizza que Sara guardó en la nevera y un paquete de patatas fritas. Calienta los trozos en el microondas y ve retroceder los segundos como si fuese la cuenta atrás de una bomba.

Cuando vuelve al salón, Gabriel parece mucho más relajado que antes. Se ha quitado las zapatillas, ha subido el volumen de la tele y está muy concentrado en la serie. Ella se sienta a su lado y le ofrece la pizza, que él acepta sin mirarla mucho. Piensa en su hermana y la poca gracia que le hará que haya seguido viendo el capítulo sin ella,

pero no quiere interrumpir a Gabriel. Por eso, durante todo lo que queda de capítulo y los títulos de crédito, intenta pensar cómo abordar de nuevo la conversación.

Cuando Gabriel se come el último trozo de pizza, decide ir al grano sin más.

—¿En serio vas a dejar de ser Ella Spice?

No ha pasado ni el tiempo necesario para superar el susto de las fotos. No puede enfrentarse a lo mismo otra vez. O peor, porque tendrá que gestionar que piensen que es idiota por poner a un chico en su lugar.

Mierda.

—Pues…

—Es solo ficción, Gabriel. Nadie va a esperar que tú tengas un triángulo amoroso como si fueras Alba…

—Pero al leer tu novela me he dado cuenta de lo que le falta a las mías —dice muy serio—. A la gente le gusta el romance, incluso a mi público potencial. Desde que empecé no he sido capaz de escribir cosas que tengan intensidad porque… bueno, porque siempre se me ha dado fatal. Pero tú eres una experta en besos y relaciones, así que… ¡deja de mirarme así! No puedo ser tú.

Daniela no puede dejar de mirarlo «así». Todo lo que rodea a Ella Spice y su vida desde hace semanas es falso. Desde que empezó a firmar con pseudónimo, Daniela ha intentado separar la imagen de Ella Spice de la suya. No son la misma persona. Ella Spice sabe de romance, de líos, de tensión y toqueteos. Daniela sabe el tiempo perfecto de cocción de un huevo duro y cómo combinar el rojo y el rosa, pero nada más. Es una impostora. Incluso Gabriel, teniéndola delante, no puede ver que todo lo que escribe es una invención, es un papel que lleva interpretando muchos años. ¿Es que no se da cuenta? ¿Qué escritora de romance pasa las noches odiando *Emily en París?*

—¿Y si pudieras escribir romance? ¿Seguirías siendo Ella Spice?

—Te acabo de decir que no soy capaz de…

—Pero yo puedo ayudarte. —Intenta que no se note que la inseguridad está empezando a comérsela por dentro. Por suerte, la desesperación es más grande—. Podemos escribir juntos.

Daniela intenta pensar en todo lo que podría salir mal, pero a lo mejor, si lo ayuda con todo lo del romance, él podrá hacer mejor de Ella Spice. Al final, eso es lo que desea. Escribir historias de amor infinitas desde su pequeña cueva. Oculta. Como una Catwoman o algo así. ¿Qué es lo peor que podría pasar? ¿Que Gabriel se diera cuenta de que Carlos no es su novio, que no tiene experiencia en el romance, que se lo inventa todo y que por algún motivo funciona?

—De acuerdo —asiente él—. Pero si te pones borde, dejaré de ayudarte. ¿Entendido?

—¿Cuándo he sido borde contigo?

—Hoy mismo, cuando he entrado por esa puerta…

—¡Es que menudas horas! —Daniela echa un ojo al reloj—. ¡Mira qué tarde es! Tienes que volver a tu casa. Ya te mandaré un mensaje.

Gabriel asiente con la cabeza, pero no se mueve un milímetro. De nuevo, sus ojos claros vuelan por la estancia.

—¿Qué te pasa?

—Nada, pero… —Juega con sus dedos y se muerde el labio. Daniela traga saliva y trata de hacer contacto visual con él. Cuando lo consigue, ve que Gabriel tiene las pestañas muy largas y las pupilas muy dilatadas—. ¿Podemos ver otro capítulo? Quiero saber si corta con el novio o no.

«Por supuesto».

Daniela se deja caer en el sofá y pone los pies encima de la mesa.

—Como en tu casa —bufa.

Casi no se da cuenta de que el bufido se convierte en una media sonrisa cuando Gabriel le da al *play* emocionado y no aparta los ojos de la pantalla durante la siguiente media hora.

Capítulo 13



GABRIEL

Después de aceptar que Daniela le ayudara a escribir romance se sintió tontísimo. Fue como si la lectura lo hubiera dejado borracho de estupidez y no se hubiera dado cuenta hasta el día siguiente. O sea, se presentó en su casa en plan Cenicienta a la media noche, se sentó en su salón (¡en su sofá!), se bebió su leche, devoró su pizza y se aprovechó de su suscripción a Netflix.

Si le contara a cualquiera que eso no es un eufemismo y que realmente acabaron terminando la tercera temporada de *Emily en París*, lo llamarían imbécil.

El caso es que desde entonces han pasado seis días. Seis días eternos hasta que Daniela se vuelve a poner en contacto con él. Tarda tanto que está a punto de creer que todo fue un sueño febril. Por eso, cuando un jueves, Leo y él están desayunando y le llega la notificación, no puede evitar lanzarse como un poseso hacia su móvil, tirando los cereales al suelo.

—Tíoooo. —Leo lo asesina con la mirada y empieza a recoger—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Es Daniela.

—¿Daniela, «si te digo la verdad… ni me he fijado si es guapa o no»? ¿Daniela «acabo de leer un beso escrito por ella y me he enamorado»?

—¿Cuándo he dicho esa tontería?

—¿Lo primero o lo segundo?

Lo ignora y lee el mensaje. Daniela le dice que después de lo que pasó la última vez que quedaron a la luz del día no quiere arriesgarse a ir a un café en el centro. Gabriel sugiere ponerse unas gafas de sol o un pasamontañas e ir en modo incógnito y ella responde con un gif de muy mal gusto.

—¿Qué te dice tu novia? —insiste Leo con una de sus sonrisas insoportables. Esas en las que saca un poquillo la lengua y parece más tonto que de costumbre.

—Primero, no es mi novia y… —Gabriel lee por encima y por segunda vez los mensajes—. Dice que pasa de llamar la atención conmigo.

—Entonces ¿vais a tener otra cita?

—Primero, no es una cita.

—¿Sabes que cuando dices «primero» se supone que tiene que haber como mínimo un «segundo»?

—¡Segundo! Vamos a quedar para escribir, pero si no le apetece una cafetería del centro, no tengo ni idea de…

Leo se queda pensativo mientras Gabriel sube y baja por Instagram, esperando que ese mini robot que vive en su teléfono haya escuchado la conversación y esté a punto de sugerirle varias opciones promocionadas para resolver sus problemas.

—¡Ya está! —Leo le da un golpe en el hombro—. ¿Y si vas a la gruta esa de frikis? El… ¿El basurero? Fijo que nadie conoce a Ella Spice por ahí.

—¿Qué?

—Sí, hombre, ese sitio de rol al que vas algún domingo…

—¿La Cueva del tabernero? —Gabriel le devuelve el golpe porque es obvio que dice esas cosas solo para molestarlo—. Pero no es un sitio para chicas.

—¿Porque huele a pies o porque sois todos misóginos?

—No huele a… —Gabriel frunce el ceño—. Hay chicas, pero no son como Daniela.

—¿Y tú qué sabes? ¿Y tienes una idea mejor? Tal vez en un pasillo del supermercado de aquí abajo… En los congelados no suele haber mucho barullo, yo he ligado un par de veces.

—Cállate, anda.

Pero sabe que tiene razón y que no hay lugar en el que Ella Spice pueda pasar más desapercibida que en La Cueva del tabernero, donde «no sobrevives a todas tus aventuras, pero casi siempre te llevas un buen botín».

* * *

A Daniela le parece una idea fantástica, así que ese viernes por la tarde quedan delante del local. Gabriel llega primero y no para de revisar una y otra vez si se ha equivocado con la hora. Él jamás llega tarde, salvo el primer día que quedaron, que se equivocó de línea. Otra vez. Y es que dentro de él existen dos lobos que no pueden convivir: el que está obsesionado con todo y con que cada detalle salga como él quiere y el que nunca será capaz de entender cómo funciona el transporte público. Normalmente, para aplacar al segundo lobo suele salir de casa con mucha antelación, pero aquel día Leo lo entretuvo y… Seguro que ahora Daniela cree que no es una persona puntual, que el día de la fiesta estaba ansioso por llegar a tiempo y por eso ella está tomándoselo con calma.

La chica aparece quince minutos tarde y Gabriel ya tiene su protesta bien preparada, pero entonces Daniela le enseña una bolsa, plantándosela delante de las narices.

—¡Perdón! Me dijiste que dejaban comer dentro, así que he ido a una pastelería para comprar algo —dice—. He cogido una especie de tartaletas de chocolate, fresa, una de queso, otra de pera… ¿Te gustan?

Gabriel tarda en reaccionar.

La propia Daniela parece una tarta de limón. Lleva un peto vaquero y debajo una camiseta con pequeños girasoles. Se ha puesto hasta zapatillas amarillas a juego.

—Me pirra el chocolate —admite él—. Y solo para no ofenderte, me comeré la de pera.

Daniela pone los ojos en blanco y señala la puerta del local con la cabeza.

—¿Es aquí? Tengo muchas ganas de conocer a todos los elfos que hay ahí dentro.

—¿Elfos…? —Tarda en pillar la broma y cuando lo hace, la ignora —. Vamos.

La Cueva del tabernero solía ser un ciber hace muchos años. Cuando la gente empezó a tener Internet en su casa, Alfonso, el dueño, decidió darle una vuelta al negocio. Dejó las pantallas de los ordenadores con escenas de videojuegos icónicos como el Diablo o el Warcraft y lo digital pasó a lo analógico, a los juegos de mesa y a los tableros y libros de rol y aventuras. La mitad de los Aventureros Escarlata se conoció allí, bebiendo cafés y refrescos temáticos y creando personajes fantásticos.

—¡Leonir! —Alfonso lo saluda con una gran sonrisa. Lleva puestas sus típicas orejas de elfo—. ¡Qué raro verte solo por estos lares!

—He venido con una amiga. —Observa de reojo a Daniela, pero ella no le lleva la contraria—. Es su primera vez.

—Ohhh… —Alfonso dirige su atención a Daniela—. ¿Y cuál es tu nombre, recién llegada?

Gabriel, que sabe que Daniela pensará que todo eso es ridículo, intenta responder, pero entonces ella se adelanta:

—Soy Vyllene, súcubo de los Avernos Dorados, descendiente una larga estirpe de criaturas de las sombras que atormentan a los humanos de las Tierras del Norte. Pero hoy vengo en mi forma humana, así que no se lo digas a nadie.

Alfonso se ríe y se lleva un dedo a los labios para sellar el secreto entre los dos.

—No contaré que una súcubo oscura ha conquistado a nuestro paladín más regio y fiel a sus principios… —dice con voz tétrica—. Tenéis una mesa libre al lado de la chimenea. Todavía la tenemos apagada, así que no os preocupéis.

Daniela asiente y más rápido que él corretea con las bolsas hasta una mesa un poco alejada de un grupo de chavales que parecen estar enfrentándose a unos cuantos orcos (y la cosa no va bien).

—Huele genial. —Daniela se sienta y Gabriel se contiene para no pedirle que le cambie el sitio porque siempre prefiere ocupar el lado desde el que puede ver la salida del local—. ¿Huele a lavanda?

—¿Esperabas que oliese a sudor?

—Yo no he dicho eso… —Pero le hace una mueca que significa todo lo contrario y después alcanza la carta—. A ver… ¿Alguna recomendación?

Acaban pidiendo dos bebidas frías. Daniela se atreve con el clásico licor de la Comarca, que ni es licor ni viene de la Comarca, pero sabe dulce y la chica sonríe con el primer sorbo. Gabriel opta por la última novedad: sangre de dothraki, que resulta ser un zumo de sandía bastante bueno.

Daniela abre los pastelillos que ha comprado y los van probando poco a poco. El de pera es horrible, pero Gabriel se lo acaba por educación, y justo cuando está a punto de preguntar sobre el objetivo principal de ese encuentro, Daniela se agacha y coge un manual de la cesta de juegos que hay a sus pies.

—Eso es… —empieza Gabriel.

—Lo que usa el máster, ¿verdad? —completa ella. Y empieza a ojearlo por encima, dando sorbos a su bebida y en silencio.

Al final, Gabriel se harta:

—Oye… ¿Cuándo empezamos a escribir?

Daniela lo fulmina con la mirada, como si la hubiera interrumpido en un momento muy intenso de su lectura, y luego sacude el libro que tiene en las manos.

—Vamos a jugar una aventura.

—Pero que hemos venido a escribir…

—Creía que el paladín Leonir siempre está dispuesto a tener aventuras…

—No sabía que habías jugado a rol antes.

—Menos que tú —dice Daniela dejando el manual entre los dos—, pero lo suficiente como para saber que para jugar a esto hay que tener algo de imaginación, así que quiero que estés calladito y que escuches lo que esta máster tiene que decirte…

—Dos personas no pueden jugar a…

—Gabriel, cállate —gruñe ella con una sonrisa.

Y él se calla.

Daniela lo señala, y Gabriel se da cuenta de que también se ha pintado las uñas de amarillo con pequeños dibujitos de abejas.

—El paladín Leonir llevaba mucho tiempo sin vivir ninguna aventura —dice intentando poner una voz grave que da un poco de pena—. ¿Sería hora de jubilarse? No, porque la vida de aventurero todavía lo hacía feliz. ¿Entonces? Ah… A veces Leonir sentía dónde estaba el problema, aunque no lo quisiera admitir. En ninguna de sus miles de aventuras a lo largo del tiempo había encontrado el tesoro más valioso: el amor.

—Pero ¿qué tontería…?

—¿¡De qué servían tantos lujos!? ¿Para qué necesitaba oro, armas y objetos mágicos si no podía regresar a un lecho compartido? Por eso, aquella mañana, Leonir decidió partir solo hacia las montañas del Calentón.

—¿Las montañas del Calentón?

—Después de cruzar el río de La Carencia Emocional —asiente la chica—. Leonir, llegas hasta las montañas y en la tercera noche de acampada solitaria escuchas una voz que te llama desde una cueva algo más lejos. ¿Qué haces?

—Necesitaremos dados…

—No hace falta. —Daniela señala el manual, como si allí apareciese todo lo que se está inventando sobre la marcha—. ¿Qué haces? ¿Sigues la voz? ¿Te quedas donde estás?

—Cojo mi espada y un par de pociones y la sigo. Pero con cuidado.

—Tus pasos te llevan a una cueva, pero te sorprendes al ver que las paredes están cubiertas de musgo y flores. Huele muy bien…

¿Quieres seguir?

Gabriel asiente y Daniela continúa:

—Al fondo de la cueva distingues una silueta, es una chica. Una chica que tiene la piel como la cueva: verde, florida y brillante. Su aroma te recuerda a algo, no sabes a qué, pero todo tu cuerpo reacciona. ¿Te acercas más?

—Pues… —Gabriel intenta hacer lo mismo que cuando juega con sus amigos: imaginarse la situación y proyectarse como Leonir—. Sí, vale. Me acerco y…

—¿Y qué?

—¿Me quedo mirándola?

—La chica se da cuenta de que eres un rarito y desaparece, evaporándose como una brisa de invierno.

—¡Eh!

—Céntrate, Gabriel. —Daniela se inclina hacia delante—. ¡Esto es un juego de rol con romance! Tu problema es que nunca se te ocurre ninguna situación que lleve al amor, e incluso cuando lo tienes delante de las narices, lo haces mal.

Hasta ahora Gabriel ha estado intentando seguirle el rollo, pero ese comentario le hace olvidarse de Leonir, de la cueva y de la maldita chica misteriosa.

—Esto es una tontería. Ha sido un error. No puedo escribir romance.

—¡No lo es! Eres un tío que juega a rol, así que eres capaz de meterte de lleno en la historia —dice Daniela.

—No puedo imaginar escenas de amor porque es imposible que me vaya a encontrar a una tía con piel de musgo en una cueva dispuesta a enamorarse de mí… ¡de Leonir!

—Pero es muy probable que vayas por ahí con otros tíos y mates orcos con hechizos que salen de un palo mágico o de tu espada de cien kilos.

Las palabras de Daniela no le afectan tanto como la mirada que le lanza. Hasta ahora le ha dedicado insultos, desprecios, ceños fruncidos, alguna sonrisa, un poco de interés e incluso algún

pestañeo divertido. Pero ahora mismo solo parece estar desencantada.

Desencantada.

Ni siquiera recuerda haber usado o pensando esa palabra en toda su vida.

—Mira, no pasa nada —murmura Gabriel—. De todas formas, en algún momento toda esta historia iba a estallar. No puedo ser Ella Spice para siempre.

Aunque solo acabe de empezar, todo parece tan surrealista que cada día piensa que será el último que jueguen a ese juego.

—Eso no lo sabemos, pero… creía que hacías esto porque querías. —Daniela busca su mirada, a pesar de que él la aparta varias veces—. Te lo preguntaré otra vez: ¿te acercas más? —Hace una pausa—. A ella, te acercas más a ella.

Sigue desencantada con él, pero hay algo más. El brillo especial, ese que tenía en la cafetería cuando descubrió que no la había reconocido en la firma de Ella Spice. La misma que le dedicó todo el camino de vuelta a casa desde la fiesta.

«Concéntrate, Gabriel», se dice a sí mismo.

Todavía le queda algo de bebida, así que suspira y lo intenta otra vez.

—Me acerco lentamente y me siento a su lado, observando el agua en silencio.

—Muy bien. —Daniela sonríe—. Ella se gira hacia ti, ojos cristalinos y de gruesas pestañas. Te das cuenta de que no quiere hacerte daño; sabes esas cosas porque eres un aventurero muy experimentado. Tiene la mirada de alguien que quiere compañía.

Gabriel intenta imaginarse qué tipo de mirada es esa. Clara, transparente, suave, cálida.

—Le pregunto su nombre y… Creo que tengo unas flores de una campaña anterior, quiero dárselas.

—¿Unas flores? ¿En serio?

—¿Qué pasa? A mí me gustan las flores.

—Pues le das las flores… —dice ella con un gesto que no sabe si es una sonrisa o solo un amago como los de los bebés recién nacidos—. Y ella te dice que su nombre es Oona, reina de las hadas, a la que han desterrado a vivir para siempre en esa cueva, sin magia…

—Y sin flores —la interrumpe Gabriel—. Leonir había leído… O sea, yo había leído en la biblioteca de palacio sobre una antigua leyenda del reino de las hadas. Una reina desterrada por su propia gente. Solía tener un jardín y allí cuidaba cada flor, porque todo el mundo sabe que las hadas nacen de las flores. Así que cuando le doy las flores, ella siente que, por primera vez en mucho tiempo, está en contacto con lo que más ama en el mundo.

Daniela lo mira durante dos segundos y luego frunce el ceño.

—¿Quién es la máster aquí?

—Pero si ni estamos tirando los dados… —bufa—. ¿Y ahora qué? Le han gustado mis flores, ¿no?

—Mmm… —Daniela da un sorbo a su bebida—. Sí, de hecho, siente calor por primera vez en mucho tiempo. La cueva es fría, pero las manos de Leonir son cálidas, y también su aura.

—Me acerco un poco más a ella y le tiendo la mano.

—Ella se queda mirándola con precaución, pero acepta. Os rozáis, y Leonir la siente fría, como si metiera los dedos en la nieve de las montañas.

—Le digo que haré todo lo posible para sacarla de allí.

—Ella te pregunta en un susurro cómo lo harás.

—Pues yo… —Gabriel, que hasta ahora había estado concentrado en sus propias manos para intentar encontrar las palabras adecuadas, comete el error de hacer contacto visual con Daniela. De pronto, los ojos caramelo se vuelven… estrellas.

«Constelaciones», piensa.

Estrellas que son ilusión y emoción que vio en ella aquel día que no la reconoció. Estrellas que ahora están muy cerca, porque la chica se ha inclinado sobre la mesa y parece que entre ellos solo hay un palmo.

—Yo… —continúa— le hablo de un viejo brujo que puede tener la respuesta y le prometo regresar antes de que amanezca cuatro veces.

—Oona acepta, pero justo cuando Leonir se va a dar la vuelta, lo atrapa del brazo y sus rostros quedan muy cerca. ¿Qué haces?

Daniela da toquecitos nerviosos con las yemas de los dedos en la mesa. Allí también hay algunas gotitas de su vaso, medio lleno. Gabriel piensa en el beso de Alba y Belce en esa fiesta y las palabras vienen a él.

—Y yo solo quiero besarte —cita.

En la mesa de al lado se escucha un «le arrancas la cabeza de un hachazo». Alguien deja caer unos cubiertos al suelo. Gabriel imagina que la chimenea crepita a su izquierda, pero es solo la silla de Daniela cuando se inclina un poco más hacia él. La luz del local parece resaltar sus mejillas de color fresa.

—¿Besarme?

—O sea, a Oona —dice él rápidamente—. He usado la misma frase que le dice Belce a Alba, ¿no? ¿La he citado bien?

Daniela cierra la boca y por su cara cruza una película de reacciones que no le da tiempo a leer.

—¡Claro! —se ríe—. A ver si ahora vas a ser mi fan de verdad…

—Eso nunca… —Gabriel le da un sorbo a su bebida y Daniela se echa hacia atrás—. ¿Qué te ha parecido? ¿Buen nivel de romance?

Ella niega con la cabeza y no lo mira directamente cuando responde:

—Todavía te queda mucho por aprender.

Capítulo 14



DANIELA

Cuando Uriel le acaricia el dorso de la mano, Alba siente la corriente y la electricidad subirle por la espalda. El ángel no tiene nada que ver con Belce; es distinto, no arde, no la deja sin respiración. Sin embargo, sí que la oprime en el pecho, la sume en una oscuridad que agudiza sus sentidos. Una oscuridad que tiene luces brillantes que la llevan hasta él y que la hacen perder el control. Quiere besarlo, pero Uriel parece buscar solo su mirada, sostener solo sus mejillas, recordar solo cada detalle de su rostro.

Así que ella hace lo mismo. Memoriza sus labios carnosos, sus rizos dorados, sus ojos verdes...

—¿Sus ojos verdes? —Daniela deja de teclear por un instante—. ¡Uriel tiene los ojos azules! ¿Qué me pasa? ¿Y por qué está todo escrito en presente…?

Lo que le pasa es que se encuentra mal y lleva con fiebre y vómitos desde por la mañana. Lo de cambiar de pasado a presente le pasa constantemente, pero lo de los ojos… ¡Azules! ¡Los ángeles tienen los ojos azules! No verdes como…

Se marea.

Sara es la persona más inoportuna del mundo y ha decidido ir a visitar a sus padres durante el puente. El resto de las personas a las que podría pedirles que le sujetaran la cabeza y así vomitar con más calma, también han huido de Madrid. ¿Por qué Hana y Nuria no paran de hacer escapadas románticas? ¿De dónde sacan la pasta?

En un intento desesperado por sentirse mejor, ha tratado de escribir. La parte buena es que el bloqueo parece haber empezado a desaparecer. La parte mala es que la fiebre parece estar empezando a mezclar la ficción y la realidad. Es decir, solo tener treinta y siete grados de fiebre puede ser la causa de que haya confundido los ojos de Uriel con los de Gabriel.

—¡Pero si hasta los nombres se parecen!

Cierra la tapa del portátil y se deja caer sobre la mesa. Le arde la frente. Le queman las mejillas y tiene la tripa revuelta.

En el correo hay más de cinco *mails* de María, insistiendo en que le tiene que mandar la escaleta entera.

> Querida Ella:
>
> ¿Podrías responderme a los correos? Lydia me ha dicho que acordasteis que le mandarías algunas muestras de capítulos para la primera semana de noviembre y todavía no tiene nada. Mira, si no llegas... pues no llegas. Entendemos que tengas tus limitaciones, pero es muy necesario que nos avises porque a lo mejor podemos ponerte un asistente de escritura. Yo misma podría echarte una mano, que para eso tenemos confianza.
>
> No quiero ser pesada, pero... ¿esto es por los exámenes de fin de cuatrimestre? No entiendo que, teniendo un sueño como este entre manos, sigas insistiendo con la universidad. Ella, ¿eres consciente de que tu fecha de entrega ya está fuera de contrato? Ya sabes que para mí un contrato no significa nada, que tú y yo tenemos confianza, y si no llegas, no llegas y ya está. Ten por seguro que no vamos a cancelarlo todo (sería tontería por nuestra parte), pero tenemos que garantizar que la novela sale en los tiempos que acordamos. Ya sabes cómo está el mercado, y que si no salimos cuando tenemos que salir, no alcanzaremos las expectativas del grupo. No quiero presionarte, ni yo ni nadie, pero llegados a este punto, si no nos aseguras que la novela estará escrita para

finales de diciembre, tendré que buscar a alguien que se ocupe del texto. Si eso sucediera (que yo espero que no), te pediría que nos mandaras la escaleta, porque, ante todo, queremos que la historia sea tuya. Ya lo sabes.

Para animarte un poco, te informo de que Gabriel ha tenido mucho éxito en Barcelona. Tuvimos dos firmas el fin de semana y hubo que cortar la fila porque llegó la hora de cerrar de la librería y él seguía firmando. Creo que hicimos bien en tomar esta decisión, Ella. ¡Es posible que pronto te lleguen ejemplares de una nueva edición de la primera parte de Cuál de los dos!

Un abrazo y mucho ánimo,

María Carillo
Directora editorial de Young Plutón

Diez llamadas perdidas.

Dos ataques de nervios que juraría que han empeorado su lamentable estado de salud.

¿Cómo que van a buscar a alguien que «se ocupe del texto»? ¿Es que pueden hacer algo así? Daniela no es una experta, pero sabe que no firmó nada que les permitiera apoderarse de sus historias, pero… ¿Qué podría hacer ella contra Plutón? Una empresa contra una chica incapaz de llegar a sus *deadlines*.

Finales de diciembre…

Si escribe mil palabras al día…

Y los findes escribe unas dos mil…

No puede más.

Intenta levantarse, pero tarda un poco porque, cada vez que se mueve, la habitación decide ponerse a dar volteretas. Tanto que tiene que correr hasta el baño para no echar hasta la primera papilla en mitad del pasillo. Vomita y se queda sentada con la mejilla apoyada sobre la taza, sintiendo el sudor en la frente y el frío del suelo subiéndole por la espalda, como si quisiera pelear con el ardor de su cara.

Ha vomitado ya tantas veces que le tiemblan las manos cuando escribe a Sara.

estoy mala, pero no se lo digas a papá y mamá

qué te pasa????

no paro de vomitar…

tienes que ir a urgencias

cómo????

pilla un taxi

es que no quiero ir sola...

pues se lo digo a mamá

VALE, BUSCO A ALGUIEN

Mareada, revisa sus últimos mensajes y se da cuenta de que el universo es tonto perdido porque solo se le ocurre un nombre.

Nunca se han llamado. De hecho, solo habla por teléfono con María y porque no le queda más remedio. Además, ha pasado apenas una semana desde que quedaron en el café de rol y todavía sigue pensando que ese es otro de los motivos por los que se ha puesto mala: uno, María siendo una plasta; dos, Gabriel metiéndose en el papel de tío romántico demasiado bien.

Hizo el ridículo pensando que su vida es un *fanfiction* y que a las chicas de carne y hueso los tíos les dicen cosas como: «Y yo solo quiero besarte». ¡Si lo escribió ella misma!

Sin embargo, un nuevo retortijón le hace darse cuenta de que o llama a Gabriel o puede que no sea capaz de llamar a nadie nunca más. Porque estará en el otro barrio.

El móvil da un tono.

Pero si ni siquiera sabe dónde vive.

Otro tono.

Y encima son casi las once de la noche…

—¿Hola?

—¡Ah! —El grito va acompañado de un golpe brusco de cuello que le provoca otra arcada—. Mierda.

—¿Dani?

—Espera…

Silencia la llamada y vomita un poco más. Le lloran los ojos cuando por fin puede volver a hablar:

—Perdón…

—¿Dani? ¿Estás bien?

—Si te soy sincera… no.

—¿Qué te pasa?

Juraría que nunca le había escuchado hablar con ese tono. ¿Está preocupado?

—Pues es que… —Y se lo cuenta, pero sin mucho detalle. Se ahorra las arcadas, el olorcillo del cuarto de baño o que ha vaciado el Manzanares de tanto tirar de la cadena. O que le huele el

sobaquillo de llevar todo el día sudando—. ¿Podrías acompañarme a Urgencias?

Se espera un bostezo. Un corte de mangas en la distancia o un «¿y no hay nadie más? ¿Dónde está tu querido Carlos?». Sin embargo, la voz preocupada de Gabriel vuelve a hacer aparición:

—Ahora mismo voy.

* * *

Todo pasa muy rápido. Se lava un poco para no apestar, se viste con un chándal de su hermana y coge una bolsa de basura por si las moscas. Casi ni se da cuenta de que Gabriel llega jadeando. La imagen es distinta a la noche que apareció y se quedaron viendo *Emily en París*. Ahora no hay titubeos cuando la ayuda a caminar, aunque intenta no tocarla demasiado. Quiere decirle que la agarre bien, que le da igual todo, pero el cuerpo no se lo permite.

El taxi es lo peor. La taxista le pregunta todo el rato si está bien, pero parece más preocupada por la tapicería de su coche que por ella, así que agradece las luces de Urgencias cuando por fin paran.

—No, no… —dice al ver que Gabriel saca la tarjeta de crédito—. Pago yo, que…

—Soy un escritor de pega famoso, Dani. Puedo pagar un taxi.

Tiene suerte de encontrarse tan mal porque no le sale ni una mirada asesina. Aun así, agradece el fresquito de la calle, después de haber soportado el vaivén del taxi.

No sabe cómo, tal vez por su cara, que tiene que parecer la hermana gemela de un fantasma resacoso, o quizá tiene suerte sin más, pero un chico vestido de blanco aparece con una silla y los acompaña hasta la zona de triaje. Allí esperan mientras delante de ellos hay una chica doblada en dos de dolor. Gabriel se marcha para dar sus datos y cuando vuelve pone una mueca:

—Uf, eso es un cólico de riñón seguro —dice mirando a la chica—. Yo tuve uno y es peor que parir.

—Tú qué vas a saber lo que duele parir —protesta Daniela. Los retorcijones y el malestar la ponen de mal humor. Al momento se arrepiente, porque Gabriel ha ido a ayudarla y porque tiene la boca pastosa e igual le ha salido una bocanada de aliento asqueroso.

—¿Y lo sabes tú?

Ella niega con la cabeza y respira por la nariz para aguantarse el mal cuerpo y no discutir más.

Al final los atienden después de la del supuesto cólico. Le toman la tensión, que está bajo mínimos, y le hacen varias preguntas que luego tendrá que volver a contestarle al médico. Así que reserva energías y sale de allí con su pulserita y con Gabriel empujando la silla.

Se quedan en una esquina, muy callados, oyendo los ruidos del hospital y los mensajes de la megafonía. «Paula López, acuda a *box* cinco, Paula López, a *box* cinco». Y entre aviso y aviso, Daniela no puede evitar mirar a Gabriel de reojo. Ahí, cruzado de brazos, con los rizos recogidos en una pequeña coletilla en la nuca. No tiene nada que ver con la escenita de la fuente, o el día que vieron la tele juntos, pero no puede evitar ponerse un poco nerviosa. ¿A quién le gusta que la vean en sus peores momentos?

—Gracias por venir. —No sabe si ya se lo ha dicho, pero por si acaso, lo repite.

—Tengo que mantener con vida a la que escribe las historias, ¿no?

Le va a replicar, pero en ese momento le vibra el móvil. Y justo cuando va a mirarlo, dicen su nombre y Gabriel la lleva al lugar indicado. Los recibe una enfermera con una sonrisa enorme.

—No te preocupes, cariño —dice—. Has llegado con bastante fiebre, así que te vamos a sacar sangre y colocarte la vía, ¿vale? Luego te pondremos un poquito de Ibuprofeno en vena y algo de Primperan, para los vómitos. En un momentín vendrá el médico.

La enfermera se marcha y Daniela se queda muy quieta.

El móvil vuelve a vibrar.

Son casi las doce y media de la noche.

Comparten un silencio muy largo en esa habitación diminuta llena de vasitos para hacer pis y guantes de goma. Al final, Gabriel le da un toquecito en el hombro y pregunta:

—¿Te sientes mejor?

—Cuando me enchufen las drogas te cuento —suspira ella.

—Ya llegan las drogas, no te preocupes.

El dueño de la voz es un chico muy joven que sonríe con unos dientes blancos perfectos. Moreno, de ojos azules que le provocan otro suspiro que le sale del alma.

—Dime, Daniela —dice, se sienta delante de un ordenador más viejo que la sarna y empieza a teclear—, ¿qué te ha pasado?

Así que le cuenta todo, y suena más dramática que hace un rato. Le arde la frente y tal vez eso esté afectando a su percepción de la realidad, porque se echa hacia atrás y cuando su cabeza roza el pecho de Gabriel, lo encuentra más cómodo que una almohada.

—O sea, que llevas casi un día entero vomitando —dice el médico —. Y con fiebre. Deberías haber venido antes.

—Perdón…

—¿Y algo más? ¿Tienes la regla? ¿Has notado cambios al ir al baño, como diarrea o sangre?

Daniela suelta una risilla nerviosa.

—Yo no hago esas cosas. —Buf, le quema la cara.

—¿Cuál de todas? —El médico la mira con una ceja levantada.

—Estoy bien —insiste—. Bien de esas cosas.

—¿Vivís juntos? —La mirada del médico se dirige hacia Gabriel—. ¿Te encuentras bien?

Lo primero que le pide el cuerpo es decirle que a él qué le importa, pero una arcada la interrumpe y es Gabriel quien contesta:

—Solo la he acompañado, ¿por?

—Bueno, a veces nos sirve para descartar algunas posibilidades. Todavía tenemos que hacer el análisis de sangre, pero creo que podemos quedarnos tranquilos.

El médico agacha la cabeza para anotar algo más en el sistema y luego añade:

—Vamos a dejarte tranquila con la medicación para que te sientas mejor —explica—. También te he pedido un suero, porque llevas un día entero sin ingerir nada. Volveré cuando tengamos los resultados del análisis y vemos qué hacer. ¿Te parece?

Como si tuviera otra opción.

Asiente y suspira.

—Siéntate en la camilla, ¿puedes? Ahora vendrá la enfermera a atenderte.

Antes de que le salga la voz, Gabriel deja de ser su almohada y le tiende la mano. Acepta a regañadientes. Necesita que le den la medicación cuanto antes, porque le quema todo el cuerpo.

Cuando la enfermera vuelve a entrar y la ve coger varios tubos, traga saliva. Va a ser una noche muy larga.

Capítulo 15



GABRIEL

Los hospitales se encuentran en la categoría de «lugares que quiero evitar a toda costa» de Gabriel. Esa lista incluye todos los sitios públicos en los que puede haber aglomeraciones, cualquier centro de salud en el que tenga que esperar más de cinco minutos o el metro cuando no puede respirar su propio aliento.

Por eso, llevar más de cuatro horas en un hospital, rodeado de movimiento, sillas que van y vienen, está empezando a ponerlo un poco de los nervios. Intenta no pensar en ello; no es el momento de quejarse, porque Daniela tiene muy mala pinta. Se debe de encontrar fatal para haberlo llamado de esa manera. A él y no a sus amigas, su hermana o su novio. Es consciente de que si le ha pedido ayuda es porque todas esas otras opciones han tenido que rechazarla. Cuando oyó su voz por teléfono, Gabriel estaba ya metido en la cama, escuchando música y a punto de dormirse. Tardó poco más de cinco minutos en recogerse un poco el pelo, dándole la razón mentalmente a Leo: necesita un buen corte; ponerse lo primero que pilló y salir pitando hacia la casa de la chica. No lo ha pensado mucho, podría haber cogido una mascarilla, un par de guantes, pero la adrenalina y las ganas de ayudar le dejaron la mente en blanco.

Jamás había visto a una persona tan pálida. Al menos no a una persona vivita y coleando. Aunque no sabe si «vivita y coleando» se

aplica al estado actual de su amiga.

Por suerte, hace un rato que la medicación ha empezado a hacer efecto y parece que la fiebre está bajando poco a poco. Se alegra, porque hace un momento una paciente lo ha reconocido a él como Ella Spice, y cuando les ha dicho que adora los libros, Daniela le ha dado las gracias. A María no le gustará saber que todo podría haberse ido al garete por culpa de unos cuantos grados de fiebre y un estómago revuelto.

—¿Se me ha acabado ya el gotero? —pregunta Daniela.

Gabriel echa un vistazo rápido y ve que las gotas siguen cayendo con lentitud. Ha estado contándolas antes, hace media hora, cuando Daniela se ha quedado dormida. Le ha ayudado a no sentir los pinchazos en las rodillas que le recuerdan que no hace nada de ejercicio y que no está acostumbrado a permanecer de pie tanto rato.

—Le queda como mínimo media hora —responde—. A no ser que te pongan algo más.

—¿En serio? —Daniela echa la cabeza hacia atrás y se golpea con la pared—. Dios, ¿qué hora es?

Cuando la chica saca el móvil y, en un gesto que parece automático, entra al icono del teléfono (que tiene un ocho de color rojo encima) y mueve el pulgar por la lista de llamadas perdidas de «María Plutón». Cuando regresa a la pantalla de bloqueo, el número sobre el icono ha desaparecido.

—Dios, las cuatro… Puedes irte a casa, Gabriel.

—No te preocupes. —Aunque en el fondo solo quiere hacerle caso, irse, ducharse y dormir diez horas—. Quiero quedarme. Estoy sintiendo mucha inspiración. ¿Sabes la señora que se ha puesto a mover la vía llena de sangre como si fuese un lazo de rodeo? Si consigo que no me haga tener pesadillas, igual lo incluyo en mi próxima novela.

—¿Los elfos van al médico? —se ríe Daniela, por fin con algo de color en las mejillas—. Creía que eras más de paladines y druidas.

Gabriel intenta calmar la voz que le insiste en que olvide que están en un hospital y haga un comentario sobre esos mofletes sonrosados. En su lugar, decide agacharse a su lado para poder mirarla a los ojos y descansar las articulaciones.

—Oye, en La Cueva del tabernero dijiste que apenas sabes de rol, pero empiezo a sospechar que eres una experta en el tema. ¿Es que juegas a escondidas?

—Me has pillado, ¡oh, gran Leonir!

—Deja de burlarte.

—Es la fiebre y es el suero.

—¿No tener ninguna gracia es uno de los efectos secundarios?

—Ja, ja. —Daniela pone los ojos en blanco y aparta la mirada para concentrarse en el esparadrapo que mantiene la aguja pegada al brazo—. Aunque no te lo creas, me gusta mucho la fantasía épica, y cuando era pequeña, jugaba al rol y al *World of Warcraft,* pero siempre acababa discutiendo con la gente.

Se la imagina con varios años menos, delante de un ordenador y creándose un personaje, y siente que las comisuras de los labios le tiran.

—Pues…

—Daniela, ¿ya estás mejor? —El médico guaperas aparece de repente, con una carpeta en las manos y el aura de una estrella de la televisión—. ¿No más náuseas? —pregunta con el mismo tono de voz que usan en los anuncios de champú Johnson's Baby: «¡No más lágrimas!».

—Creo que no.

—En ese caso, ¿qué os parece si hablamos ahí dentro?

Así que vuelven al mismo box que cuando han llegado casi cien horas atrás, solo que esta vez Daniela parece tener ganas de charlar.

—¿Cómo han ido mis análisis?

—Todo está bien —responde el médico—. Creemos que has sufrido una intoxicación alimentaria.

—¿Cómo?

—A veces atendemos a familias completas que han consumido algún producto en mal estado, por eso os he preguntado al llegar, pero como tu amigo ha dicho que solo te había acompañado…

—¿Está diciendo que he comido algo podrido?

—No necesariamente podrido, pero ¿recuerdas algo que llevara tiempo fuera de la nevera? ¿Algo que supiera raro? Hay alimentos que nos avisan con su mal olor, con su mal sabor…

Gabriel no necesita mirar a Daniela para darse cuenta, por la tensión de sus hombros, de que sabe de sobra de lo que le están hablando.

De repente le vuelven los recuerdos de la noche que vieron *Emily en París*. El «No deberías dejar un brik de leche fuera tanto rato» y los gestos de Daniela cuando le quitó importancia.

—Dani…

—¿Se te ocurre algo? —insiste el médico.

—Bueno, puede que el vaso de leche que tomé ayer supiera un poco raro, pero a mí la leche siempre me sabe fatal, así que pensé que era solo una particularmente asquerosa.

Gabriel intenta no reírse cuando ve la cara del médico. No es un poema, es un libro entero de versos, que van cambiando de una emoción a otra, tal vez preguntándose si le están tomando el pelo o no. Solo ve la espalda de Daniela, sus hombros encogidos, pero sabe que tiene las mejillas encendidas cuando dice:

—Perdón…

A él solo se le ocurre ponerle la mano en el hombro. Y se sorprende cuando Daniela apoya la misma mejilla que él se imagina rosada sobre ella. Es como si el calor de la vergüenza se le contagiara, porque su propia cara sube de golpe unos cuantos grados de temperatura.

* * *

Cuando por fin entran por la puerta de casa de Daniela son casi las seis de la mañana, parece que ha pasado un año entero. La chica ha

estado todo el trayecto tocándose el brazo, justo en el sitio en el que le han pinchado, pero se nota que ha tratado de pasar página y olvidar todo lo que ha sucedido en las últimas horas. Lo que pasa es que Gabriel no tiene intención de dejarlo correr tan rápido. Ahora que la chica ya no se encuentra mal, se siente libre para volver a juzgar y ser un impertinente.

—Ese tío se ha replantado toda su carrera cuando has admitido haber bebido leche agria delante de su cara —dice con una sonrisa, y cierra la puerta.

—¡No sabemos si estaba mala!

—¿Quieres que lo comprobemos? —Gabriel se adelanta y recorre el pasillo hacia donde sabe que está el salón—. Seguro que… ¡Exacto! Todavía sigue aquí fuera y… —Coge el cartón y lo olfatea un poco—. Madre mía, Daniela, en este líquido blanco vive gente.

—¡Y yo qué voy a saber, si está siempre asquerosa!

—Hay una pequeña diferencia entre «asquerosa» y con sabor a queso podrido.

—Siempre sabe a queso podrido. —La chica se acerca a él y le arranca el brik de las manos—. Voy a tirarlo y a ducharme. Dejo mi móvil cargando. Ni se te ocurra cotillear.

—Descuida…

Aunque no se le pasa por alto que no le ha dicho que se marche. Que si quiere que esté ahí calladito y sin moverse es porque espera que siga allí cuando ella salga de la ducha.

Daniela enchufa el teléfono y se marcha haciendo un gesto bastante estúpido con los dedos para recordarle que se encuentra bajo vigilancia y él se queda unos instantes sentado en el sofá. ¿Por qué siempre acaba en esa casa en las circunstancias más raras?

Aunque la chica lo ha mirado como si esperase que no moviera ni un músculo, no puede evitar echar un vistazo a su alrededor y sentir la necesidad de ordenar todo un poco. En sus años de lidiar con el estrés con ataques de limpieza compulsiva ha aprendido que las cosas de los demás no se tocan. Aun así, cree que solo le hace un favor a Daniela si recoloca un poco los cojines y ordena la mesa.

Tiene un montón de papeles desperdigados, así que hace un par de montoncitos. Agrupa todos los bolígrafos y se queda mirando la estantería que hay encima de la tele.

Allí, Daniela tiene unos cuantos libros; algunos son suyos, pero otros no los reconoce. Sin tocarlos, echa un vistazo y comprende que no son libros publicados con ninguna editorial; están encuadernados a mano. Quizá sean viejas historias suyas que nunca llegaron a las librerías.

No puede evitar sonreír antes de sentarse de nuevo.

A su lado, sobre una de las sillas, el móvil de Daniela empieza a vibrar. Esta vez durante tanto rato que sucumbe a la curiosidad y comprueba la pantalla iluminada.

«María Plutón».

¿A esas horas de la mañana?

Saca su propio móvil, que no ha mirado desde ayer por la tarde. Mierda. Lo desbloquea esperando el aluvión de notificaciones, pero solo tiene un par de mensajes de Leo que está en la montaña y sin camiseta, porque solo a él se le ocurre hacer eso en pleno noviembre y así demostrar que es el tío más duro de España; y un mensaje de su madre que dice: «hijo mío, tu me has cambiado la contraseña del facebook????» y después «se me ha bloqueado llamame cuando puedas!!!!».

Tiene un correo nuevo, pero en ese momento, Daniela regresa al salón. Se ha cambiado de ropa; ahora lleva una camiseta de estar por casa bien grande y unos pantalones de pijama que tienen dibujos de Piolín. El pelo, castaño y mojado, le chorrea por los hombros.

—¿Has cotilleado?

—No, pero María te ha llamado otra vez —dice Gabriel. Cuando se da cuenta de que la está mirando demasiado, intenta parpadear al menos—. A lo mejor es una emergencia, porque a estas horas...

La expresión de Daniela cambia de una sonrisa suave a una mueca tirante. Niega con la cabeza y se acerca a él para recuperar

su móvil. Puede oler el champú de su pelo, tal vez la crema que se ha echado por los brazos y en la cara.

—Me ha llamado docenas de veces desde ayer y me ha mandado muchísimos mensajes —protesta Daniela—. Es que no puedo ni morirme intoxicada en paz.

—¿Y qué quiere?

—Que le mande ya el manuscrito de la última parte de *Cuál de los dos* —dice, y sus ojos vuelan hacia la estantería sobre la televisión en la que están el resto de sus libros—. Acordamos que entregaría en diciembre y todavía queda un maldito mes, pero ella tiene que meter presión constantemente. Dice que lo va a escribir ella como no lo envíe. ¿Ella? En fin, creo que todo este asunto la ha superado…

Gabriel no sabe qué decir, así que otra pregunta que lleva rondándole un tiempo le viene a la cabeza.

—¿Alguna vez te sientes mal por mentirle a la gente?

—Intento convencerme de que no es mentir —responde ella—. A mis padres se lo dije, y mi hermana también lo sabe. Ocultar la identidad de Ella Spice a los lectores es una cosa, pero mis amigas… Odio no poder contarles todo. Es otro de los motivos por los que esto es tan complicado. Cuanto más mienta, peor me voy a sentir. Pero ¿qué otra opción me queda?

—Ser sincera.

Daniela lo fulmina con la mirada y él tose para cambiar de tema.

—Estuve pensando en lo que me dijiste de la escaleta y ya he preparado una para mi siguiente novela —dice.

Como las aventuras de Leonir no parecen gustar a todo el mundo, ha decidido empezar otra historia.

—¿De verdad? —Más animada, Daniela se guarda el móvil en el bolsillo y se deja caer a su lado, haciendo que de un bote—. En realidad, me parece gracioso que tu manera de escribir sea más caótica que la mía, porque en la vida real es todo al revés.

—¿Porque bebes leche caducada?

—Porque has ordenado esa mesita mientras me duchaba.

Gabriel se encoge de hombros. Es su movida. La del orden y la limpieza, como si eso le permitiera tener control sobre su vida.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —Daniela niega con la cabeza—. Gabriel, no creo que tengas que pedir perdón por eso. De hecho… me gusta.

—¿En serio?

—Sí. —Daniela le da un toquecito con el pie—. ¿Por qué iba a molestarme algo así? Me molesta cuando eres un picajoso, cuando crees que eres el mejor de España escribiendo fantasía o cuando tienes un poco de tufillo a señor rancio.

—¿Es mejor el tufillo a rancio o el tufillo a vómito, Daniela?

Le dice su nombre otra vez con un retintín que ha practicado y que espera que se entienda como una broma juguetona. Todavía no sabe dónde están los límites, pero le agrada ver que la cara de la chica se enciende como si acabara de morder una guindilla.

—¡Eres insoportable!

Ahí es cuando Daniela hace amago de ir a darle un golpe en la cabeza y también es cuando él reacciona y la atrapa del brazo con suavidad. El aroma de su pelo vuelve a llegarle a la nariz porque están cerca, tan cerca que puede contar otra vez esas pecas que pudo distinguir cuando se conocieron. Eso sí, tiene que bizquear un poco para conseguirlo. Los ojos marrones de Daniela, sin embargo, están fijos en un punto más abajo de su nariz.

Igual que la noche de la fiesta.

—Yo… —«¿Yo…?».

—Ya… —«¿Ya qué?».

Consciente de que ya no está respirando solo su aire, se aleja un poco y Daniela le devuelve un gesto extraño.

—Será mejor que llame a María, no sé, a lo mejor me ha estado mandando todos esos mensajes porque es el fin del mundo y no nos hemos enterado.

—Sí, sí… —Gabriel vuelve a mirar su teléfono—. Yo también tengo un correo importante. Es para no sé qué de Ella Spice, creo.

Cree.

Volvió a abrir uno de esos *mails* raros de Julio y María en los que siguen poniéndolo en copia. Ahora sabe que no son precisamente corporativos. ¿Es que no tienen WhatsApp? Desde luego, si María quisiera, podría escribir guarradas como Ella Spice, porque nunca había creído que alguien podría hacer un comentario erótico sobre la calva de un hombre.

Sin embargo, el de ahora parece ser un correo seguro, así que hace clic. Daniela lo mira de reojo, y parece que se olvida de su llamada, porque se inclina sobre su hombro para leer a la vez que él:

> Hola, Gabriel:
>
> ¿Qué tal todo? Te escribo porque se han puesto en contacto con nosotros los del festival Fahrenheit. ¿Lo conoces? Todos los años organizan antes de Navidad un encuentro en un pueblo de Asturias (¡qué frío!) para que autores y amantes del mundo de la fantasía y el romance puedan conocerse. ¡Han recibido a nombres muy importantes!
>
> El caso es que el organizador me ha dicho que tienen un hueco libre y les encantaría que Ella Spice estuviera allí. Por norma general, nos avisan con meses de antelación, pero dado que tu salida pública ha sido relativamente reciente, los ha pillado por sorpresa. ¿Qué te parece? Ya te hemos sacado los billetes, no te preocupes. Si tienes clase tampoco te preocupes, podemos hacerte un justificante. ¿Crees que les valdrá?
>
> Un abrazo,
>
> Juan Expósito
> Comunicación de Plutón Ediciones

—Tienes que estar de coña —bufa Daniela.

ALBA

La Academia Aura tenía cientos de reglas sobre el papel, y otras tantas que nadie había escrito nunca, pero que todos respetaban. Una de ellas, por ejemplo, establecía que los terrenos de los invernaderos, cerca del bosque, estaban reservados para las brujas. Cualquier otro estudiante que quisiera usarlos debía pedirle permiso a la directora o, en su defecto, enfrentarse a las consecuencias.

Por eso, Alba seguía preguntándose qué hacía allí.

Todavía no había caído el sol, el cielo brillaba naranja sobre su cabeza, pero lo que en otra ocasión habría sido digno de disfrutar, ahora pasaba a un segundo (o tercer) plano. Apoyada en una de las macetas laterales, Alba intentaba no apartar los ojos de las dos personas que parecían a punto de batirse en duelo, como si de repente la hubieran transportado a un escenario de películas malas del Oeste.

—No sé por qué me sorprende encontrarte aquí. —Belce fue el primero en moverse, o al menos en cambiar el peso de una pierna a otra—. Si huele mal, siempre estarás tú.

—¿Soy yo? Creía que esa peste a gasolina venía de ti. —Uriel ladeó la cabeza, sus tirabuzones rubios cayéndole sobre el hombro—. ¿Qué haces aquí? Interrumpes nuestra intimidad.

Alba estuvo a punto de saltar por encima de la maceta y aclarar que ese encuentro había sido totalmente casual. Había algo en Uriel que la atraía sin remedio, pero estaba empezando a pensar que se trataba de una cualidad angelical de las suyas y nada más. ¿Qué si no habría hecho que ella acabara en el invernadero?

—He venido para asegurarme de que no metes a Alba en problemas.

—El demonio que quiere ser bueno... Me aburres tanto, Le Rouge... —Uriel se giró hacia ella—. Además, ella es una bruja, me ha dado permiso para entrar, ¿no?

—Yo no te he dado permiso para nada —protestó Alba. Es más, llevaba tiempo aterrada de que le pidieran entrar al invernadero y se demostrara que solo era una humana fingiendo ser la prima lejana de Sabrina o algo así—. Te has metido en mi cabeza, como haces siempre.

—¿En tu cabeza? Diría que algo más cerca de tu corazón, ¿no?

De golpe le entraron ganas de enterrarse dentro de la maceta o de tirársela a él.

—Ignóralo, Alba. —Belce se acercó a ella. Fue solo un gesto, una mano sobre su hombro, pero sintió el calor extendiéndose por todo su cuerpo—. Es un payaso y le encanta llamar la atención.

—Tienes razón —Uriel se rio—. Me encanta llamar la atención, pero en este caso solo estaba intentando pedirle que me echara una mano...

—¿Ayuda? ¿Tú? —Belce tiró de ella, pero Alba se quedó clavada en el suelo—. ¿Qué pasa?

—¿Una mano? ¿Por qué?

—Oh, ya sabes. —Uriel se encogió de hombros—. Encontraste a ese pobre ángel en la sala de música. He oído que le han amputado todas las plumas de la espalda. Eso tiene que doler.

—¿Y estás aquí porque fuiste tú? No me extrañaría...

—¿Yo? Por favor. —El ángel se llevó una mano ofendida al pecho—. ¿Cuándo he traicionado a los míos?

Belce volvió a hacerle un gesto para que se apresurara. Una parte de ella era consciente de que a Uriel solo le gustaba crear caos en la Academia. Le había quedado bien claro cuando le propuso escaparse de allí y luego la vendió a la directora. Además, no quería volver a recordar lo de la sala de música;

todavía podía escuchar los quejidos del pobre chico cada vez que intentaba dormir.

—Vámonos —insistió Belce.

Pero sus pasos se detuvieron Uriel desapareció del otro lado del invernadero y reapareció frente a ellos dos. Alba todavía no se había acostumbrado a las movidas mágicas. En fin, ¿quién iba a pensar que una persona podía convertirse en luz para desplazarse más rápido?

—Yo no ataqué a ese ángel —susurró, sus ojos azules impregnados de un brillo extraño—. Pero sí que fue mi culpa que saliera herido.

—Qué sorpresa... —Belce negó con la cabeza—. En serio, ¿cuándo vas a entender que no quiero formar parte de tus mierdas?

—Por los viejos tiempos —sonrió Uriel.

—Vete al infierno.

—Tengo vetada la entrada. Y arriba tampoco me quieren..., así que he decidido pedir ayuda a los que todavía viven en medio.

Alba los observó como si fuera un partido de ping-pong. Derecha, izquierda, derecha, izquierda y derecha otra vez.

—¿Y por qué es tu culpa que lo atacaran? —explotó Belce por fin.

—Pues... Porque creo que alguien quiere matarme —respondió el ángel—. Llevaba unos días sintiendo un mal rollo tremendo, así que le pedí a ese tío que fuera a tocar el arpa a la hora que suelo reservar yo el aula de música.

—¿Mandaste a un pobre inocente a que ocupara tu lugar? —Belce soltó a Alba por fin y se encaró a Uriel—. ¿Es que no tienes conciencia?

—¿Es un chiste? Vale, lo pillo... Ángel y conciencia... —Pero Uriel pareció entender que no era el momento para bromear porque siguió hablando—. Lo siento, ¿vale? No esperaba que le hicieran eso. Es horrible. Así que necesito la ayuda de Alba para vengarme. Por mi gente.

Alba puso los ojos en blanco.

—Yo no puedo ayudarte, Uriel. Búscate a alguien poderoso e inmortal.

—Es que no te quiero a ti —respondió él—. Quiero que convenzas al que tienes al lado.

Los dos se giraron hacia Belce, que frunció el ceño, sus pobladas cejas intentando juntarse.

—Hice un pacto de no violencia.

—¿Un pacto? ¿Con sangre? ¿Con quién?

—Un pacto de voluntad.

—Eres una vergüenza para los demonios, Le Rouge. —Uriel negó con la cabeza, como si estuviera delante de un niño que no entiende sus ejercicios de matemáticas—. Lo pillamos, eres pacifista, pero voy en serio cuando te digo que alguien quiere matarme, y te aseguro que si mañana aparezco colgado del revés en la cafetería, te vas a arrepentir.

—No te debo nada.

—Por favor... —Alba llamó la atención de Belce dándole un suave golpe en el costado—. Es un insoportable, pero a lo mejor tiene razón. —Sus pensamientos salieron en voz alta—. ¿Qué podría salir mal solo por echarle una mano?

Y Belce le dedicó una mirada que solo pudo interpretar como que él ya se había hecho esa pregunta muchas veces y la respuesta no le iba a gustar nada.

Capítulo 16



DANIELA

Diciembre es su mes favorito por tres motivos: el frío ya le cala los huesos y puede empezar a ser más creativa con muchas capas de ropa, la Navidad se acerca y el festival Fahrenheit tiene lugar. La primera vez que fue lo hizo porque la idea de poder ver a algunos autores famosos de cerca le parecía de película. Una de esas cosas que solo les suceden a los estadounidenses. Al segundo año ya no pensaba tanto en los autores como en el hecho de que iba a estar tres días seguidos con sus mejores amigos yendo de un lado para otro.

El festival Fahrenheit reúne durante tres días a todos los amantes de la fantasía, el romance y la ciencia ficción de España. Cuando conoció a Gabriel se preguntó si habrían coincidido alguna vez por allí; si se habrían cruzado en alguna calle mientras él hablaba de sus juegos de rol y ella criticaba a los mismos tipos que él ansiaba ver; si habría esperado en la fila del baño a la vez que él; si tal vez comieron en el mismo restaurante, cerca de la plaza de la iglesia.

Habría sido tan fácil como preguntárselo, pero cuando Gabriel recibió el aviso de que lo invitaban como autor, no tuvo valor para hacerlo. Porque una vez más, los dos lobos idiotas de su interior

empezaron a morderse el uno al otro: el que se arrepiente de haberle cedido todo su esfuerzo y que se lleve la mejor parte; y el que prefiere enumerar una lista larguísima de cosas que podrían salir mal si fuera ella la que participase en esas charlas y firmas.

—Ella, ¿me estás escuchando?

No, lleva un buen rato sin oír ni una palabra de lo que dice María porque está distraída, cansada y además se ha metido en el aseo diminuto del autobús para poder atender la llamada y huele muy raro.

—Claro.

—No me estás escuchando —dice al otro lado del teléfono—. Mira, estoy teniendo mucha paciencia, pero es que no sabes la preocupación que llevo encima…

¿Que no lo sabe? ¿Cómo no lo va a saber si no ha parado de bombardearla a correos? El menos apocalíptico era uno que empezaba con un «es que no llegamos, Ella. No lo vamos a poder sacar». ¿Por qué no para de presionarla?

—Lo siento, María, pero se corta un poco, que estoy en el bus.

—¿Yendo al Fahrenheit?

—Sí…

—Yo ya no sé cómo transmitirte mi preocupación. Me presionan desde arriba, Ella. Si por mí fuera, podría darte un mes más, pero…

Cuelga. Se guarda el teléfono en el bolsillo y regresa a su asiento, junto a Nuria.

—Pues sí que te ha dado la tabarra tu madre, ¿no?

—Se le había quitado la aplicación de Netflix de la tele y no veas qué drama —miente a medias. Su madre sí que montaría un pollo si no pudiera ver su *reality show* favorito de estadounidenses que remodelan casas.

—Aún puede llamarte otra vez, la conductora ha dicho que nos quedan todavía unas cinco horas para llegar a Cudillés.

—¿¡Todavía!? —Se sienta al lado de Nuria y se apoya en el respaldo, que es tan incómodo que le entran ganas de ponerse de pie otra vez.

—Tía, te veo un poco estresada. —Nuria le ofrece una bolsita repleta de chuches. Siempre las usa como emergencia. Dulces, ácidas y *gluten free*—. ¿Es por las clases de la uni? A mí me han clavado un examen justo a la vuelta, así que no te quejes.

—Yo no me he quejado y toda esa película te la acabas de montar tú solita.

—¿Entonces qué te pasa? ¡Vamos al Fahrenheit! ¡Y es casi Navidad!

—Quien dice «casi», dice dentro de un mes —se queja Daniela, pensando en la voz de María al otro lado del teléfono diciéndole «¡Que no llegamos, no llegamos!»—. No tengas tanta prisa.

—Estás muy rara, Dani. ¿Sigues intoxicada?

Por supuesto, cuando su hermana se enteró de lo que le había pasado y se aseguró de que solo había sido un susto, decidió contárselo a todos los del club de lectura y familiares, incluso a los más lejanos. Ese tío abuelo que vive en el pueblo y que la llama «Dionisia» cuando lo ve una vez al año ya sabe que estuvo echando la pota durante veinticuatro horas por beber leche cortada. Así que, si tiene en cuenta que probablemente Gabriel también lo ha ido largando por ahí, seguro que ahora no habrá nadie en todo Madrid y alrededores que no lo sepa.

—No volveré a beber leche en mi vida.

—Vale, vale… —Nuria mordisquea una chuche—. ¿Y el tío que te acompañó? ¿Es un ligue?

—No es…

—Ha estado en casa dos veces. —La cabeza de Sara aparece entre los asientos—. Hana se ha sobado hace media hora, y vuestra conversación es mucho más interesante.

—¿¡Ha ido dos veces a tu casa!?

—Estuvo una vez porque… tenía unas dudas, y la segunda porque yo me encontraba mal. Fin de la historia.

—¿Unas dudas? —Nuria arquea las cejas, que desaparecen bajo su flequillo rubio—. Y se las resolviste, ¿no?

—Sí, claro… —Daniela hace una pausa—. ¡Eres una marrana, tía!

—Yo solo preguntaba…

Decide acabar la conversación ahí mismo, porque su hermana ya se está partiendo de risa y a ella le brillan las mejillas.

Cierra los ojos, con la cabeza apoyada a un lado. Si les dijera que se inventó un novio falso para que no sucediera nada entre Gabriel y ella, la matarían. Por suerte, el traqueteo del autobús es casi soporífero y el hecho de que afuera solo pueda ver las luces de los carteles de la carretera a Asturias danzando delante de sus ojos no ayuda a mantenerse despierta. Acaba por dormirse, aunque en el proceso, unas imágenes raras le llenan la mente. Una María de tres metros empieza a llamar a la puerta de su casa para decirle que su carrera literaria ha llegado a su fin. Cuando Daniela intenta hablar con ella, calmarla y explicarle que necesita algo más de tiempo, la editora se transforma en una especie de tiburón que intenta atraparla entre sus fauces mientras gruñe «escribe, escribe, he dicho que escribas. Y si no lo haces buscaremos a otro». Entonces todo se vuelve negro y aparece una luz angelical; de hecho, tiene alas, como las que ella imagina siempre en Uriel. Se acerca a Daniela, hasta que sus rostros casi se rozan. Huele bien. A fresas. Dulce.

Es Gabriel.

Ella intenta dar un paso al frente, romper esa distancia, pero el chico se aparta y se ríe.

—¿De verdad crees que van a seguir pidiéndote que escribas más novelas? Eres lenta, Daniela. Muy lenta. Pronto me lo pedirán a mí y te darán la patada.

Intenta decirle que no, que está equivocado, pero alguien le ha cosido la boca con unos espaguetis.

Gabriel sigue riéndose, y la María tiburón se lanza sobre ellos hasta que ya no ve nada más, solo cae al vacío por toda la eternidad.

* * *

Cudillés las recibe con un día frío y encapotado. Hace tres años, cuando fueron al festival, empezó a nevar y la ciudad se convirtió en una estampa navideña preciosa, como las de las películas de por la tarde que sus padres ven para quedarse dormidos en el sofá. Así que cuando bajan del autobús, con las rodillas agarrotadas y los ojos pegajosos, se siente un poco como una librera que llega para perseguir sus sueños en el norte y que no sabe que su destino siempre ha estado allí. Pronto encontrará al amor de su vida, un joven que perdió a su mujer, con la que se casó nada más acabar el instituto, en un accidente de tráfico.

—Daniela, ¿haces el favor de coger tu maleta?

Sara le está haciendo señas a la vez que gruñe entre un montón de pasajeros que tienen las mismas intenciones que ellas. Hana y Nuria también cargan con la maleta que han decidido compartir y ya las están esperando algo más lejos.

Cuando por fin se reúnen las tres, Hana se coloca delante de todas y camina de espaldas. Se conocieron cuatro años atrás, antes de que las dos decidieran estudiar Magisterio, cuando Hana intentó llevarse el último ejemplar de la edición especial de *Latidos espinosos*, una novela apasionante de una fantasma que se enamoraba de un chico en mitad de una guerra. Como en las series, sus manos se rozaron al ir a coger el libro, pero no hubo amor ni nada por el estilo, solo un forcejeo, varios tirones de pelo y que acabaron en que las echaran del local. Se quedaron sin el libro, pero empezaron a hablar, tomaron un batido juntas y vivieron su propia historia de *from enemies to friends*.

—Me he estudiado el programa en el bus —dice Hana muy seria —. Creo que tenemos que pensar muy bien a qué escritores famosos queremos ver en primera fila. No quiero que pase lo del año pasado.

—¡Tenía que ir al baño, Hana! —protesta Nuria, arrastrando la maleta como puede—. ¿Me tengo que mear encima por ti?

—No es por mí, es por nosotras —la corrige Hana—. Pero admito que podría haber sido bastante romántico si lo hubieras hecho, y no habríamos tardado tanto en empezar a salir.

—¿Y cuál es tu escritora estrella de este año? —pregunta Sara, que es el tipo de persona que simplemente se deja llevar.

—Barbara Q. Lequain, por supuesto —asiente Hana en el momento en que su espalda choca con una farola y la obliga a cambiar de dirección—. Pero no me preocupa su charla; es a la vez que la de Scott Karl Orbison, así que mucha gente irá a la suya. Por un lado, no me importa, así será más fácil conseguir un buen sitio en la de Q. Lequain, pero por otro… ¿Por qué la gente sigue admirando a ese tío?

—Porque es uno de los mejores escritores de fantasía del mundo —Nuria obliga a su novia a que se gire y camine como una persona normal—, y es demasiado pronto como para ponernos a debatir sobre separar la obra del artista.

—Nunca es pronto para eso —gruñe Hana.

Pero sí que lo es, porque las otras tres no tienen ganas de amargarse el camino hacia su hotel. Karl Orbison es un escritor increíble y le han dado muchos premios, así que es normal que tanta gente quiera conocerlo, pero Daniela prefiere evitar toda actividad que tenga que ver con él. Hace solo un par de semanas se supo que gran parte del dinero que gana con sus novelas lo invierte en organizaciones que se dedican activamente a escupir en los derechos humanos, y cree que es normal sentir algunas dudas. Muchos decidieron no ir al festival Fahrenheit por eso, pero ellas ya habían pagado el bus y el hotel…

Intenta no sentirse mal consigo misma.

De hecho, casi se le olvida todo el asunto cuando llegan a la plaza mayor y empiezan a ver a la gente en grupos que, igual que ellas, han llegado para disfrutar del festival y se pasean entre las casetas todavía cerradas. Sabe que está mal, pero puede adivinar sin temor a equivocarse qué tipo de novelas leen cada uno de ellos. Están los que ya se han puesto sus orejas de elfo y cargan con arcos de pega y que podrían ser amigos de Gabriel. Están las chicas que sostienen la industria de las historias de romance entre chicos, y un poco más lejos, un grupito con pines de la bandera lésbica, que seguro que

están quejándose de que este año sigue habiendo poquísimos romances entre chicas. Hana les hace un gesto de complicidad cuando pasan a su lado. Daniela también lo haría, pero su mirada se dirige al pequeño hotel en el que se van a quedar.

Entran las cuatro a la vez y Hana y Sara empiezan a grabar con sus móviles casi al momento.

—¡Es monísimo!

La verdad es que sí. Lo han decorado como si ya fuera Navidad, con lucecitas por las paredes y un bonsái diminuto del que han colgado bolas igual de pequeñas.

Se acercan a la recepción, envueltas en sus abrigos y agradeciendo la calefacción.

—¡Hola! —Nuria se lanza sobre el mostrador y deja su DNI sobre él—. Teníamos una reserva para los próximos tres días, ¡qué bonito tenéis esto!

—Gracias. —El chico que atiende la recepción le dedica una sonrisa—. Lo redecoramos hace unas semanas. ¿Me decís vuestros nombres?

—La reserva está hecha a nombre de Nuria Feliz Ansiosa —dice rápidamente—. No es una broma ni un nombre artístico, es que mi familia es un poco rara.

Nuria empieza a hablar de su pueblo y del origen de sus apellidos. Tiene una historia larguísima sobre cómo se conocieron sus padres, pero siempre va cambiando los detalles. A veces creen que es una agente secreta y que lleva años tomándoles el pelo.

Una a una, le van dando sus DNI al chico de recepción, que cuando llega al último, el de Daniela, se la queda mirando con expresión rara. Se gira hacia su ordenador y teclea algunas cosas hasta que se gira de nuevo hacia ellas.

—No me aparece la reserva con tu nombre —se disculpa—. Solo consta una habitación doble y una individual.

—¿Qué?

—Lo siento mucho, pero es lo que sale en el sistema.

—Bueno, no pasa nada. —Hana se acoda sobre el mostrador—. ¿Nos puedes dar otra?

—Lo siento, pero con todo esto del festival, estamos completos —responde.

—Jolín… —Daniela se gira hacia Sara—. Pero ella es mi hermana, podemos dormir juntas en una individual. ¡Compartimos!

—Lo siento —dice el chico por tercera vez—, pero según la política del hotel no podemos permitir que dos personas usen una habitación individual.

Se hace un silencio largo. A lo lejos, Daniela oye las voces de los asistentes al festival, así como cierta musiquilla que llega de los pasillos del hotel y que le recuerda a *Santa Claus Is Coming to Town*. Es como si esa estúpida canción que nunca le ha gustado se hubiera convertido en un segundo en la banda sonora de su desgracia.

—¿No tengo dónde dormir?

—Dani… —Sara le pone la mano en el hombro—. Encontraremos algo, seguro.

—Está todo lleno, Sara. —Se deja caer al suelo—. ¿Qué narices voy a hacer?

El móvil le vibra en el pantalón y lo saca con amargura.

Gabriel (farsante)

¡Acabo de llegar a mi hotel!

Es enorme y no paran de ofrecerme cosas.

Esto es genial.

Suelta un gruñido que hace que Sara se aparte de ella, como si temiera que la fuera a morderle en cualquier momento.

Capítulo 17



GABRIEL

Hacía mucho tiempo que no sonreía tanto.

Gabriel está tirado en una cama enorme que huele a lavanda y tiene las sábanas más suaves con las que se ha envuelto en su vida. Ha puesto la tele de fondo y ha abierto la ventana, para que las voces de la gente de la calle se mezclen con las de las noticias que hablan del festival. A pesar de que el Fahrenheit siempre ha estado en su punto de mira, nunca había podido ir. Está lejos, nada menos que en Asturias, y es un sitio al que es mejor ir con amigos. Los suyos nunca han tenido pasta, o les venía mal o no les apetecía comerse tantas horas de autobús. Aun así, siempre han bromeado con cosas como «el día que Gabriel sea un autor famoso vamos todos en coche y lo acompañamos a sus charlas». Bromas a las que él sonreía, pero que en el fondo le despertaban la llama de la esperanza de que, en algún momento, quizá podrían hacerse realidad.

No es que eso sea exactamente lo que ha pasado, pero, conspiraciones aparte, es un autor del festival. El nombre de Ella Spice está en los folletos, y también en el cartel, junto al de Scott Karl Orbison, uno de sus pocos escritores favoritos de fantasía épica que todavía está vivo. Es el autor de una de las mejores sagas de fantasía de la historia: *El viaje de Orson.* En su día recibió muchas críticas, sobre todo la segunda parte, *Viaje de un nostálgico,* porque

tenía algunos mensajes un poco raros. Gabriel se la leyó con trece años y le ha dado miedo volver a hacerlo y entender lo que criticaba la gente. No quiere que le caiga mal alguien que marcó tanto su infancia. Alguien que, por cierto, se aloja en el mismo hotel que él.

Karl Orbison puede estar durmiendo a tan solo unas puertas de distancia y eso lo pone muy nervioso. Todo lo que está sucediendo es, en general, surrealista, pero siempre tiene en mente varias cosas: que María le ha enviado un montón de instrucciones para comportarse correctamente y que en la planta de abajo hay varios trabajadores de Plutón Ediciones preparados para vigilar cada movimiento que haga. y que Daniela también estará allí.

Por eso, saca el móvil y le manda un mensaje:

¡Acabo de llegar a mi hotel!

Es enorme y no paran de ofrecerme cosas.

Esto es genial.

¡Scott Karl Orbison está en la misma planta!

Daniela (la plasta)

qué guay, Gabriel

en qué hotel estás?

¿Por qué lo quieres saber?

¿Vas a stalkear a Karl Orbison?

porque voy a ir a por ti

Sus pulgares se quedan quietos sobre el teclado, incapaz de apartar los ojos de los tres puntitos que hay detrás de «escribiendo».

es broma

pero me lo puedes decir?

tengo curiosidad

Ya sabía que era broma ja, ja.

Es el Palacio de Cudillés, justo en la plaza.

Espera un buen rato a ver si Daniela le responde, pero parece que la conversación ha muerto, así que aprovecha para abrir su maleta y sacarlo todo. Solo va a estar tres días allí, pero siempre ha odiado dejar la ropa ahí metida durante tanto tiempo. Primero lo tira todo sobre la cama y contempla sus elecciones del día anterior, o más

bien, las elecciones que le hizo Leo. La moda no es el fuerte de Gabriel y siempre apuesta por la comodidad, pero su mejor amigo le dijo que si quería causar buena impresión tenía totalmente prohibido ir en chándal. Después de una discusión bastante larga, el chándal se quedó y Leo le prestó un conjunto que ahora guarda porque le da un poco de respeto.

Al final, acaba poniendo el resto de la ropa dentro del armario y colocando todo lo que le dieron en la editorial sobre el escritorio: varias postales con ilustraciones de las novelas y unas cuantas camisetas que debe darles a los organizadores. También tiene preparados unos bolígrafos de colores para que las firmas queden mejor. Un día que María lo hizo ir a la editorial estuvo cotilleando unos ejemplares de la primera parte de *Cuál de los dos* que Daniela había dejado firmadas y se dio cuenta de que usaba diferentes texturas y colores. Ya que se está haciendo pasar por ella, lo mínimo que puede hacer es intentar hacerlo bien. También deja su portátil sobre la cama. Ha borrado todos los programas, hasta el de reproducir música, porque se ha propuesto escribir todo lo que pueda durante esos días. Vivir en mitad de todos esos impulsos literarios tiene que ayudarlo a avanzar en la nueva historia.

Leonir va a descansar un tiempo y a dejar paso a personajes nuevos en un mundo mágico distinto.

—Te he hecho viajar a tierras muy lejanas y has peleado contra seres sobrenaturales —dice en voz alta mirando al portátil—. Ha llegado tu hora de convertirte en una vieja gloria, compañero.

Claro que sí.

Pero antes de escribir tiene que ir a dar una vuelta, echar un vistazo al panorama, así que se mira al espejo y se recoge los rizos en una pequeña coletilla en la nuca y se ajusta el abrigo negro. Sigue con los pantalones de chándal del viaje y las deportivas, pero de todas formas tampoco va a ir a ningún evento ahora mismo, así que le da igual.

Lo único que le preocupa es encontrarse a Karl Orbison sacándose un café de la máquina o cogiendo unos bastoncillos para

limpiarse la cera de las orejas en la recepción, porque tiene un plan y no quiere que sus zapatillas muy usadas lo arruinen.

Tiene que hablar con él.

Y va a enseñarle las primeras páginas de su nueva obra, que se ha tomado la molestia de traducir al inglés. Ha usado un poco de Chat GPT, pero está seguro de que la esencia se mantiene.

Hasta ahora no sabía por qué el destino lo había puesto en esa situación, sustituyendo a Daniela en un mundo que no es el suyo, pero ahora ha encontrado la razón: para llegar a ese festival. Para que Karl Orbison valore lo que él hace y que por fin sus historias lleguen a los lectores.

Baja por las escaleras porque quiere estirar un poco las piernas después de tantas horas de viaje y no se cruza con nadie. Todo está tan silencioso que le resulta fácil detectar la voz que llega desde la recepción. Una voz femenina que conoce bien y que parece que habla sola. O sea, que está al teléfono.

—No lo entiendes, María, es que no hay ningún alojamiento libre. —Está muy alterada—. He venido con mis amigas y… —María estará hablando al otro lado—. Ya sé que me has dicho que tenía que haberme quedado en Madrid escribiendo, pero quería… —Otra pausa —. Lo siento. Sí, tienes razón, pero… —Más silencio—. ¿Solo habéis reservado una habitación para Gabriel? ¿Y qué pasa con el equipo?

Gabriel no quiere ser indiscreto, pero al escuchar su nombre se asoma a la entrada y ve a Daniela, envuelta en un abrigo crema y dando vueltas en círculos.

—¿Que vuelva a Madrid? ¿En serio? ¡Te recuerdo que yo escribo esas historias, María! —En ese momento, Daniela se gira y sus ojos se encuentran con los de él. El rosa tiñe sus mejillas cuando se da cuenta de quizás haya escuchado toda la conversación—. Ya me las apañaré, gracias.

Cuelga y se guarda el móvil en el bolsillo.

La ve apurada, como debatiéndose entre salir corriendo o meterse en la maleta que tiene tirada a los pies, así que se acerca y le hace un gesto con la mano.

—Te juro que no estaba espiándote.

—Me da igual —Daniela suspira y se deja caer en uno de los sillones de color rojo intenso de la recepción—, ya no puedo caer más bajo.

—Detecto cierta negatividad —intenta bromear Gabriel, pero cuando recibe una mirada asesina decide cambiar de estrategia y agacharse delante de Daniela para poder verle la cara—. ¿Qué ha pasado?

Escucha la historia, que tiene un montón de detalles, y cuando Daniela llega al punto en el que entra en ese mismo hotel con la intención de que alguien de Plutón Ediciones le consiga una habitación de última hora, la expresión le empieza a cambiar a una en la que las cejas se fruncen y sus labios se convierten en una línea recta.

—Y por supuesto, no me han dado ninguna solución, ¡es que ni siquiera lo han intentado!

—¿Y qué vas a hacer?

—Sacar la maleta a la plaza y dormir dentro de ella tapándome con mi ropa interior —gruñe—, ¡qué voy a hacer, Gabriel!

—Me parece que tu plan de dormir en la calle tapada con calcetines —porque no quiere decir «bragas»— es muy bueno, pero ¿por qué no te cuelas en la habitación de tu hermana?

—¿Qué? ¡No! El chico de recepción ya me ha visto y me ha dicho que era imposible. ¿Qué pasará si me pilla entrando? Lo más probable es que eche a Sara y entonces seamos dos en la calle…

Gabriel se la queda mirando y entonces se le ocurre una idea:

—Bueno, pues yo tengo una habitación enorme ahí arriba y no estoy en contra de que la uses.

Daniela, que hasta hace un segundo parecía a punto de llorar, se pone muy rígida y lo mira.

—¿En serio? ¿Harías eso por mí? Pero… Espera, ¿y dónde vas a dormir tú?

Gabriel siente un pinchazo en los gemelos. O tal vez en el pecho. Es un poco idiota por no saber dónde exactamente.

A lo mejor es verdad que debería empezar a hacer deporte.

—En la misma habitación, Daniela. Espero que no te suponga ningún problema, dado que es la mía y tal.

—Ah. —La chica vuelve a sonrojarse—. Claro. Perdón. Tiene sentido. Pero ¿cómo vamos a hacerlo? En el otro hotel me han dicho que no puedo compartir habitación con mi hermana porque la habitación es individual.

—No creo que tengamos ningún problema, es muy grande —dice él—, seguro que te dejarían subir de forma legal, pero por si las moscas, creo que con un poco de teatro es suficiente. —Y dicho eso, se pone de pie y mira de reojo a la recepcionista—. ¡Muchas gracias, Dani! Menos mal que me has traído la maleta… ¡Qué cabeza tengo! ¿Quieres ayudarme a subirla a la habitación?

—Eh… Sí, o sea, ¡claro! ¡Pesa mucho!

Los dos siguen mirando a la chica detrás del mostrador, que no hace amago de prestarles ni la más mínima atención.

Esta vez sí que van hasta el ascensor, y Gabriel vuelve a sacar la tarjeta.

—Perdona —se disculpa Daniela—, seguro que ya tenías planes.

—No te creas —murmura él.

La verdad es que la parte mala de que lo hayan invitado como Ella Spice al festival es que tiene muchas cosas que hacer, pero nadie que lo acompañe. Ojalá, Leo hubiera decidido venir, aunque no se haya leído un libro en su vida. Pero es el mejor cuando toca comer cantidades ingentes de comida, y todo el mundo sabe que Asturias no escatima en ese sentido.

—Sé que te habrán dado *tickets* gratis para comer —dice ella como si le hubiera leído el pensamiento—. Comer gratis me parece un buen plan.

—Pero cenar solo no tanto —responde él cuando las puertas se abren—. Había pensado sortear una cena a la luz de las velas con Ella Spice, ¿qué opinas?

—Que no tienes permiso para tener citas como Ella Spice.

—¿Estás segura de que eso lo ponía en nuestro contrato?

—Estoy segura de que te mataré como salgas con alguno de mis fans.

Le hace gracia la expresión de su cara, así que le entrega la tarjeta y le quita la maleta de las manos para arrastrarla por el pasillo.

—Es la 302 —le indica.

Daniela no contesta, pero avanza decidida hasta la puerta y cuando ve la luz verde parece que suelta el aire que ha estado guardando durante un buen rato. Entra en la habitación y luego Gabriel, que coloca la maleta en el recibidor, junto a la suya, que ha dejado a un lado para que no le moleste.

—Voy a mandarle un mensaje a mi hermana para decirle que he encontrado otro hotel —dice Daniela—. Después de hacerla sacar toda su ropa de la maleta y llevársela en brazos escaleras arriba seguro que está cabreada conmigo, pero…

Daniela se calla de golpe.

Un segundo.

Dos segundos.

Tres.

—¿Gabriel?

—¿Qué? —Recorre el pequeño pasillo y se asoma al dormitorio donde Daniela lo mira como si acabara de azotar a un cachorrillo delante de sus narices—. ¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? —Señala la cama—. ¿Sabes contar?

—¿Eh?

—Hay una cama, Gabriel —dice, señalando el colchón como si él tuviera algún problema y lo hubiera estado viendo doble todo ese tiempo—. ¡Una cama para los dos!

—No lo había pensado… —Gabriel se encoge de hombros, aunque de golpe se da cuenta de por qué Daniela está tan alterada y se mete las manos en los bolsillos para que no note que él también se ha puesto un poco nervioso—. ¿Es por Carlos?

—¡Es por mí!

¿Por ella? Encima de que le está haciendo un favor.

Es como si los pensamientos brotaran directamente de su boca y sin pasar por la casilla de salida.

—Oye, tía, solo te estoy haciendo un favor —gruñe Gabriel, y durante un instante se recuerda a sí mismo cuando se conocieron hace casi cuatro meses. Intenta no sonar tan borde cuando añade —: La cama es grande, ¡y no voy a tocarte!

—No me llames tía —bufa ella—. ¡Y claro que no vas a tocarme! ¡Es lo mínimo! Será posible… —Daniela sale de la habitación y la escucha patear la moqueta de la entrada y abrir su maleta—. ¡Menos mal que he traído pijama!

—¿Duermes desnuda?

—¡Cállate!

Pero la oye reírse un poco y eso lo tranquiliza. La verdad es que no lo había pensado, pero cuando la ha visto en la entrada con esa cara de pena, el plan le ha parecido perfecto. Espera que a Carlos no le importe mucho. Es sincero cuando dice que no va a pasar nada, solo son dos amigos durmiendo en la misma cama obligados por las circunstancias.

—¿Qué vas a hacer? —Daniela ha vuelto y se apoya en la puerta.

—Ya te he dicho que no tengo nada que hacer —admite Gabriel —, a no ser que Julio o los otros dos trabajadores de Plutón Ediciones que me han acompañado hasta aquí quieran dar una vuelta, pero los veía más interesados el uno en el otro que en mí.

Daniela cambia el peso de un pie a otro.

—¿Quieres venir con nosotras? A mi hermana ya la conoces, y mis amigas son muy majas.

—¿Son todas unas locas del romance y los demonios buenorros y esas cosas?

—Más o menos —asiente—, ¿es un problema?

—Estaré encantado de conocerlas. —Sonríe y sabe que ha acertado cuando Daniela imita su expresión y saca el móvil para llamarlas.

Capítulo 18



DANIELA

En muchas ocasiones, a Daniela le han aconsejado que no se lance a la piscina sin pensar en las consecuencias al escribir, porque eso te puede llevar a escenas de las que no vas a saber salir.

En la vida real, a veces le pasa lo mismo.

De hecho, en esos instantes, se da cuenta de que, a lo mejor, invitar a Gabriel a pasar el rato con las chicas no ha sido la mejor idea del mundo. Sobre todo, porque para ellas no es Gabriel, es…

—Ella Spice —tartamudea Nuria, apoyándose en el hombro de Hana, como si fuera a desmayarse—. ¿Estoy soñando? ¿He muerto?

Ha quedado con las chicas en un restaurante en el centro de Cudillés. Es uno de los incluidos en los *tickets* de Gabriel, pero además es muy barato, así que todas salen ganando. Les ha dicho que un amigo se iba a unir a la cena y no ha dado más detalles, pero ahora se arrepiente un poco.

—¿¡Daniela!? —Hana la mira con los ojos desorbitados.

—A ver —Echa un vistazo alrededor porque la gente está empezando a murmurar por el numerito—, es una persona de carne y hueso. Vamos a sentarnos.

Así que acaban encontrando una mesa apartada y se asegura de que Gabriel se quede pegado a la pared, con ella a su lado a modo de barrera. Le pide a su hermana que se coloque justo delante, y así ya no habrá manera de que Nuria o Hana tengan posibilidad de abalanzarse sobre él para comprobar si es de verdad.

—Necesito saberlo todo, tía —dice Hana cuando ya están los cinco a la mesa.

—Yo necesito decidir qué cachopo vamos a comer. —Sara abre la carta y señala una foto—. Son enormes.

—Dicen que el de quesos está bueno —aporta Gabriel.

—¿Desde cuándo conoces a Ella Spice?

—A mí me han dicho que el de trufa también —dice Daniela, ignorando a su amiga—, pero es el más caro.

—Puedo pedir uno con mi *ticket* y lo compartimos.

Una manaza se estampa sobre la mesa y todos los ojos vuelan hacia Nuria, su dueña.

—Dani, o me explicas lo que está pasando o monto una de las mías.

Y «una de las suyas» puede acabar muy mal, así que Daniela suspira y trata de explicar la historia falsa una vez más, solo que esta vez tiene que añadir que Gabriel y ella se conocieron por casualidad en el evento al que la acompañó hace meses justo cuando fue al baño. Que se hicieron amigos y que ha estado participando en algunas de sus sesiones de rol (lo que le vale un gesto de indignación del chico) y que se lo ha encontrado por sorpresa en el hotel al que ha ido a buscar una habitación. Lo de que comparten cama se lo ahorra, claro.

—Mis amigos no han podido venir, así que gracias por querer cenar conmigo —dice Gabriel. Y Daniela se alegra de escuchar algo de sinceridad en esa mesa.

Por suerte, los camareros son muy rápidos y llenan la mesa de comida que distrae un poco a sus amigas: croquetas, un cachopo con el que podrían envolverse y otros platos que no sabe ni lo que son. Además, Hana ha pedido una botella de sidra sin preguntar.

—O sea, que Ella Spice es el chico misterioso que te acompañó al hospital —dice Nuria después de tragarse una croqueta de un bocado—. No me extraña que lo ocultaras tan bien.

—Gabriel, su nombre es Gabriel. Y no habría tenido que venir él si alguna de vosotras se hubiera apiadado de mí.

—Estábamos de escapada, tía —protesta Hana—. Casi nunca tenemos tiempo.

—Somos universitarias —le dice Sara, que ya se ha bebido la mitad de la sidra que se ha echado en el vaso—. No estás ocupadísima que digamos.

—Estoy en varios clubes de lectura, Gabriel. —Hana se gira hacia él—. Además, participo en la revista cultural de la uni, y los fines de semana trabajo en una tienda de frutos secos. Pero no estoy ocupadísima, dice.

—Bueno, también podría haberla acompañado Carlos.

—¿Carlos? —Hana suelta un bufido—. ¿Ese gilipollas?

Daniela pincha un trozo de cachopo y se lo mete en la boca tan rápido que se atraganta. Tose como una loca a la vez que su hermana le da golpes en la espalda.

Por suerte, Carlos desaparece del mapa y Nuria vuelve a la carga.

—¿Y tú qué estudias? Imagino que nada, porque con eso de ser *best seller*…

—Estudio Comunicación Audiovisual —explica Gabriel. Y Daniela se da cuenta de que nunca le había hecho esa pregunta. No tiene ni idea de qué hace aparte de fingir ser ella—. Siempre he querido hacer una película basada en mis novelas.

—Te puedes elegir a ti mismo para hacer de Uriel —dice Nuria.

—De eso nada —gruñe Daniela, y luego da un trago para darse tiempo para pensar—. Tiene los ojos verdes, no es Uriel.

—Ya ves tú. Tampoco tiene el poder de moverse con la luz, pero no creo que a la gente le importe.

—¿Tú has pensado en el *casting* de tus novelas, Dani? —le pregunta Gabriel.

Tarda un momento en decidir si contestar o no. Para sus amigas, ella está tan avergonzada de enseñar lo que escribe que ya han dejado de preguntarle al respecto. Claro que lo ha pensado. Cientos de veces. Y desde que conoció a Gabriel no deja de imaginarlo como el ángel de sus fantasías, igual que el resto de la gente, pero no es necesario admitirlo en voz alta.

—A veces fantaseo, sí. Como todas.

—Pues sí… —Nuria ahoga sus penas en una aceituna rellena—. ¿Quién no querría ser famoso de esa manera? Quiero decir, es que todos los que venimos a este festival soñamos con ser profesionales.

Se produce un asentimiento grupal y Daniela decide concentrarse en la condensación de su vaso de sidra. Sara la mira de reojo, y Gabriel también.

¿Por qué nadie la entiende?

Claro que quiere ser famosa.

Y claro que no puede.

—En fin —su hermana señala la botella vacía—, ¿por qué no pedimos otra ronda y empezáis a acosar a Gabriel a preguntas? Total, le harán lo mismo cuando se suba al escenario, así que podemos hacer una ronda de práctica.

El chico acepta y se ríe, igual que sus amigas.

Daniela decide olvidarse de todo, al menos durante esa noche. Cuando llega la segunda botella, pide un brindis por el festival y los cinco hacen chocar los cristales mientras sus amigas berrean: «¡Por Ella Spice!». Cuando bebe, algo en su interior se remueve, algo que tenía muy bien controlado pero que está empezando a sacudir las paredes del escondite donde lo encerró hace mucho tiempo.

* * *

Se despiden de las chicas delante de su hotel. Cuando Gabriel se adelanta un poco, Nuria agarra a Daniela del brazo y le dice muy cerca del oído:

—¿Tengo que hacerte un esquema?

—¿Qué?

Pero no hay tiempo para más explicaciones, porque Hana tira de ella y las tres cruzan la puerta hacia la recepción.

Daniela sacude la cabeza, confusa, y corre hasta alcanzar a Gabriel, que la está esperando con las manos en los bolsillos.

—Espero que te lo hayas pasado bien —le dice.

—Ha sido divertido —sonríe—. Aunque sigo pensando en todas las veces que has venido a jugar a rol conmigo y… que no recuerdo.

—¿No te acuerdas? Para ser un escritor de éxito tienes una memoria malísima.

—Es que uso una escaleta —le dice con retintín.

—Mira que eres tonto.

No se da cuenta hasta ese momento, cuando empieza a sentir el frío en las mejillas y las orejas, de que ha bebido un poco de más. No suele emborracharse (salvo la noche terrorífica del evento que ha preferido olvidar *entera)* y, de hecho, si tuviera que describirse, usaría la palabra «contentilla», pero nota cómo la cabeza le baila un poco, casi tanto como sus pies. Así que sin pensarlo mucho (de hecho, sin pensarlo nada de nada) se agarra al brazo de Gabriel.

El chico da un bote y la mira con los ojos verdes abiertos de par en par.

—No quiero tener un accidente —se justifica ella—. Imagina que nadie va a tu presentación. Tengo que estar preparada para hacer bulto.

—Ella Spice siempre mueve a gente —le dice él—. Me pregunto por qué…

—Pues mírate al espejo, Gabriel —le bufa—. Desde que a María se le ocurrió la idea no he dejado de ver comentarios sobre ti por todos lados. Que si los rizos, que si los ojos, que si la sonrisa… ¡Si además casi nunca sonríes!

—Estás muy habladora, ¿no?

Daniela asiente al mismo tiempo que la fachada de su hotel aparece a lo lejos.

—Me he dado cuenta en la cena que apenas sé nada de ti, y llevamos siendo amigos varios meses.

—Yo diría que amigos cercanos. —Gabriel la empuja con suavidad para que se adelante—. Una vez que le sujetas el pelo a alguien para que vomite leche agria, creo que el término «amigos» se queda corto.

—¿Qué dices? No me sujetaste el pelo.

—Lo hice, otra cosa es que no te acuerdes.

Eso es imposible. Intenta recordar, pero todo lo que sucedió aquella noche está emborronado por la fiebre. Tiene imágenes que van a saltos almacenadas en la memoria, pero ninguna de ellas involucra a Gabriel ayudándola a vomitar.

—Eres un mentiroso.

—Lo que tú digas…

Daniela no quiere que la conversación acabe ahí. Ha sido sincera cuando lo ha llamado «amigo», y aunque las preguntas tontas no te hacen conocer a alguien, hay que empezar por algún lado. Por eso dice:

—¿Cuál es tu color favorito?

—El amarillo.

—Qué raro —murmura Daniela—, ¿y tu película favorita?

—El señor de los anillos.

—Esa era fácil.

—Mmm… ¿Crees que Timothée Chalamet es guapo o no?

—Claro que sí —responde Gabriel, tan rápido que a Daniela le entra la risa.

—Vale, ¿y Jeremy Allen White?

—Ya hemos llegado.

Estaba tan distraída que el camino se le ha pasado volando. Esa vez ni siquiera se da cuenta de si la chica de recepción, que seguramente sea otra, los mira raro o no. El tiempo se le pasa volando, y para cuando quiere percatarse, está sentada en la cama y Gabriel se ha ido al baño. Espera a escuchar el sonido del pestillo de

la puerta descorriéndose para acercarse, con su cepillo de dientes en la mano y el pijama sobre el brazo.

Se asoma y se queda apoyada en el marco de la puerta abierta. Toda su atención está puesta en Gabriel y sus movimientos. El chico se ha sujetado el flequillo con una cinta de una ranita y se está aplicando muchas cremas. Es la única persona a la que ha visto en su vida que, en lugar de amorrarse al grifo para enjuagarse, coge uno de los vasos y lo llena de agua.

Cuando Gabriel acaba, se quita la cinta de la rana y la deja colgada de la puerta. Daniela espera a que desaparezca para entrar ella, cambiarse de ropa y lavarse los dientes. Al terminar, hace gárgaras y escupe en el lavabo (asegurándose de abrir el grifo al mismo tiempo para que él no la escuche). Se quita las lentillas y se pone sus feísimas gafas.

Después, vuelve al dormitorio.

Es menos raro de lo que esperaba, porque Gabriel ya ha elegido su lado y parece un abuelo con un par de gafas que no sabe de dónde han salido.

—¿¡Usas gafas!? —pregunta Daniela correteando hacia la cama para meterse bajo las mantas—. ¿Desde cuándo?

—Desde que tenía doce años y empecé a ver borrosa la pizarra.

—¿Y por qué no me lo dijiste cuando me viste con las mías?

—Porque no me lo preguntaste.

Daniela coge aire.

—En serio, hay muchas cosas que no sé de ti —insiste.

Gabriel la mira y no puede evitar imaginar que son un matrimonio que lleva mucho tiempo sin ejercer como tal. El chico está despeinado, con los rizos revueltos por cómo se han quedado al quitarse la cinta. Lo mira sin que le importe parecer indiscreta. Es increíble cómo el verde de sus ojos resulta bonito hasta detrás de esos cristales. Es la primera vez que se fija en sus pestañas. Son muy claritas…

—Estás un poco borrachilla, así que deberíamos dormir —dice Gabriel finalmente.

—He bebido un poco, pero voy en serio cuando digo que quiero saber más de ti, cuando quieras contarme cosas, claro.

Gabriel parece dudar, y de hecho se acurruca bajo las mantas, ocultándose hasta la nariz.

Pero luego, se gira hacia ella:

—¿Te acuerdas de lo que hablamos de que me gusta ordenar las cosas? —pregunta y ella asiente—. Limpio cuando estoy nervioso. No sé cuándo me empezó a pasar, pero cada vez que me estreso es como si el cuerpo me pidiera ponerme a abrillantar cada rincón del piso. Además, tengo manías, sí, lo admito.

Daniela asiente con cuidado.

—¿Y ahora estás nervioso?

—¿Cómo?

—Has dicho que te pasa más cuando estás nervioso o estresado —repite sus palabras—. Has tardado casi un minuto en quedarte contento con la posición de tu pasta de dientes.

Se imagina que ella le pregunta: «¿Es porque te estreso?» y entonces él se incorpora un poco y la mira fijamente antes de responder: «Me pones muy nervioso, Dani». Pero eso no sucede. Gabriel solo se acurruca un poco más en su lado de la cama.

—Gracias por preguntarme —dice—. Nadie pregunta nunca, es como si fuera a ser incómodo hablar del tema. Se piensan que no soy consciente de que siempre tengo que caminar a la derecha de la gente.

—¡Es verdad! —Daniela se sienta sobre la cama. Le da un golpecito en la espalda para que se gire hacia ella—. Siempre caminas a mi derecha.

—Lo intento —murmura—. Desde que nos conocimos he tenido que enfrentarme a varias movidas que…

—El hospital. —Se da cuenta ella—. No te gustan, ¿verdad? Con todos esos gérmenes y gente tosiendo. Con mi bolsa de plástico apestosa. ¡Ay, lo siento mucho!

—¡Eh! No pasa nada. —Gabriel se incorpora y le pone la mano en el hombro—. No quiero que todo eso haga que no pueda ayudar a

mis amigos cuando me necesitan. Eso sí, me arrepiento de no haberte tirado la maldita leche a la basura cuando me entraron ganas.

—Tarde o temprano me habría intoxicado —se ríe Daniela—, así que solo habrías retrasado lo inevitable.

—E igual no habría sido puente y Carlos te habría acompañado a Urgencias.

A la porra Carlos.

Si hubiera ido con Carlos, se habría pegado toda la noche vomitando, sí, pero por culpa de sus comentarios insoportables. Y lo peor, no tendría ese sentimiento raro de gratitud que la persigue desde hace un tiempo. Esas ganas de contarle a Gabriel las cosas, sus problemas con los libros, con la editorial. Porque antes de él solo tenía a Sara y a sus padres. Tres personas en el mundo con las que ser ella misma, tres entre millones. Ahora hay otro más.

Y eso es agradable.

—Gabriel —lo llama, y el chico le dedica su atención—. Me alegra que María te eligiera a ti para ser Ella Spice. Ya que yo no puedo ser ella, me hace feliz que por lo menos seas tú el que se ocupa de todo.

Espera que él sonría como siempre, con ese gesto que ella ya sabe que es orgullo. Que a pesar de que al principio Gabriel se sentía superior a Ella Spice, ahora le gusta. Al menos, lo suficiente como para disfrutarlo. Pero no sucede. No hay sonrisa. El contacto en su hombro se hace más cálido, más fuerte.

—Dani, sabes que puedo dejar de hacer todo esto cuando tú quieras, ¿no?

«Esto es para siempre», le va a decir, pero solo asiente y se vuelve a meter bajo las mantas.

Gabriel la imita, pero no le da la espalda. Se quita las gafas y se recuesta en su dirección, los ojos cerrados y la respiración suave.

Daniela se lo queda mirando unos segundos. Él le ha contado algo que se suele guardar para sí mismo. Tal vez podría decirle lo del síndrome del impostor. Lo de mirar las novelas en la estantería y no

reconocerse allí arriba. Lo de quedarse delante de la pantalla y sentir que lo que ha escrito no merece la pena; y que cuando le gusta, es porque no lo ha revisado lo suficiente.

Pero no se atreve.

Así que apaga la luz del interruptor que hay sobre su cabeza. Tarda un poco en recostarse ella también, decidiendo si hacerlo hacia un lado o al otro.

Acaba por tumbarse hacia Gabriel. Podría haber sido casualidad. Dormir a la izquierda o a la derecha, pero en esta ocasión no lo es. Quiere dormir distinguiendo la silueta del chico, enmarcada por la luz que entra por la ventana.

La hace sentir que está menos sola, un sentimiento nuevo que no suele estar presente cuando se da cuenta de que es ella, y solo ella, la que está renunciando a ser Ella Spice.

ALBA

Todo sucedió muy rápido. Las voces por el pasillo, la luz de una antorcha iluminando el corredor y proyectando unas sombras aterradoras sobre la pared de piedra y el empujón. El empujón de Uriel que la lanzó directa a un espacio estrecho, como un armario. Sus pies se enredaron entre sí y la espalda le crujió cuando el cuerpo de Uriel se precipitó sobre ella, con todo su volumen. Un segundo después volvió a sentir la presión en la columna. Belce cerró la puerta sin hacer el más mínimo ruido.

—No puedo respirar —se quejó Alba.

Sin embargo, no pudo terminar la frase, porque la mano de Uriel lo impidió. El ángel se llevó un dedo a los labios y ella asintió con la cabeza.

En silencio, los dos chicos se movieron, dejándole algo de espacio para recuperar el aliento. Por desgracia, la proximidad de sus cuerpos la seguía dejando sin respiración.

—¿Has visto quiénes eran? —susurró Belce.

—¿Crees que he tenido tiempo de hacer algo antes de que me lanzaras sobre Alba? Casi la mato.

—Mejor esto que lo que sea que haya ahí fuera.

Alba estaba de acuerdo, pero no tenía voz para intervenir. Además, prefería estar callada y escuchar los pasos al otro lado de la puerta. Pisadas que sonaban a escasos centímetros de ellos y que iban acompañadas de largas sombras bajo la puerta.

—¿Puedes no tocarme? —protestó Uriel.

—No puedo moverme, imbécil —gruñó Belce.

Y Alba, por una vez, deseó que este último no fuera un demonio, porque el calor que estaba empezando a acumularse en

el pequeño espacio que los protegía de los extraños pronto sería insoportable.

—Belce, no te agites, por favor. Nos cocerás como siga subiendo la temperatura.

—Las alas de ángel a la brasa dicen que saben bien.

—Ja, ja, ja.

Uriel se movió un poco y consiguió sacar el móvil del bolsillo. La luz de la pantalla los iluminó a los tres y por primera vez, Alba fue consciente de lo cerca que estaba de los dos. Su hombro derecho en el pecho de Belce, el izquierdo contra el de Uriel. Un corazón a la derecha, uno a la izquierda. Y ambos latiendo a mil por hora. Cuando buscó información sobre los ángeles y los demonios no leyó nada relacionado con ese bum bum, que es muchísimo más frenético que el de los humanos.

—¿Creéis que se han...?

Pero varios golpes al otro lado de la puerta la hicieron callar una vez más. Eso y la nariz de Uriel en su cuello. Había olvidado lo suave que era su piel. Y al instante, sintió un beso en la garganta que la hizo estremecerse.

—¿Qué estás haciendo? —siseó Alba.

—No soy de piedra.

Al otro lado escuchó el bufido de Belce, que tenía el cuello bien estirado, intentando mantenerse todo lo lejos de ella como fuera posible.

Puede que el corazón de ambos lata más rápido que el de una humana como ella, pero no en esa situación. No con la mano de Uriel en su mandíbula, pidiéndole que se girara hacia él.

Y eso hizo.

Sus labios se encontraron con un golpe en la semioscuridad. Uriel le abrió la boca sin contemplaciones y sus lenguas volvieron a encontrarse. Igual que la otra vez, Alba percibió que el cuerpo le temblaba, sintió como un calambre en las extremidades. Los besos del ángel se volvieron eléctricos, más intensos, y ella solo podía devolvérselos con las mismas ganas,

conteniéndose para no dejar escapar un gemido cuando él gruñó contra su boca entreabierta.

Un momento.

¿Qué estaba haciendo?

Se separó todo lo posible de Uriel, solo para encontrarse con la mirada de Belce, ojos como el oro fundido brillando en la oscuridad.

—Ups —se rio Uriel a su lado.

—Belce, yo... Lo sie...

Ese «lo siento» murió cuando el demonio se echó sobre ella y todo su ardor la envolvió. La electricidad de Uriel desapareció un instante para dar paso a la ferocidad de los besos de Belce. Dos lenguas, como dos brasas, enredándose. Alba no sabía qué hacer con los brazos, con las piernas, ni siquiera con su cuerpo, que empezaba a moverse sin que ella lanzara ninguna orden.

Liberada del calor de esos besos, echó la cabeza hacia atrás y se encontró con la boca de Uriel, que esta vez le trazó los labios con la lengua, dejándola con ganas de más.

—Chicos...

No podía hablar más alto, temerosa de que los encontraran. Y, sin embargo, quería hacerlo. Porque la boca de Belce estaba ahora en su cuello mientras Uriel seguía besándola sin descanso.

Los apartó un momento para poder coger aire, las mejillas ardiendo e incapaz de decir nada con sentido. Los miró a los dos: ojos dorados y ojos azules, ambos brillando en esa oscuridad. El móvil llevaba un buen rato bloqueado, dejándoles intimidad.

Ya no había vuelta atrás.

Ella sola se había metido en eso.

—Creo que ya se han marchado —dijo.

Belce fue el primero en reaccionar, tragó saliva y se apartó el pelo moreno de la frente, húmedo por el sudor. Uriel se pasó la lengua por los labios, con una sonrisa pícara y los rizos revueltos.

—A mí no me importa hacer un poco más de tiempo —respondió el ángel.

Belce soltó un juramento y abrió la puerta, dejando que el aire entrara en el pequeño espacio. Salió primero, y Alba fue tras él.

—¿Qué haces? —preguntó ella cuando vio que Uriel no se movía.

El ángel hizo un gesto con la mano hacia su cintura y se encogió de hombros.

—¿Podemos esperar a que baje un poco?

Alba se sonrojó hasta la raíz del pelo y le dio la espalda. Delante de ella, Belce puso los ojos en blanco, pero aprovechó para girarse él también y ocultarle el bulto que tenía entre las piernas.

Cuál de los dos
Ella Spice

Capítulo 19



GABRIEL

Se despierta cerca de las seis de la mañana y decide dejar a Daniela durmiendo tranquilamente. Elige su ropa más cómoda y se pone el abrigo encima. Con cuidado sale de la habitación y se queda parado, con la cabeza apoyada en la pared del pasillo.

Tiene un mensaje de Julio que lee por encima. Dice algo de que se encuentren en el vestíbulo para comentarle algo. Le recuerda al primer día que fue a buscarlo a su casa y que hicieron el evento en La Choza del libro. Gabriel no sabe muy bien cuál es la función de Julio dentro de Plutón, pero también lo acompañó a las firmas fuera de Madrid, como si fuera su guardaespaldas. Es un tío poco hablador y bastante serio, así que, siempre que lo contacta es para algo importante. El tema es que, después de la noche anterior, y ahora que conoce un poco mejor a Daniela, se siente raro. La presencia de Julio no va a mejorar esa sensación. Y es que juraría que, cuando hablaron en la habitación, le dio la sensación de que Daniela no quería que él ocupase su lugar.

Pero es imposible, porque fue ella la que montó ese circo.

¿No?

Esta vez baja en el ascensor y en esta ocasión, no es Daniela la que está en la recepción, sino Julio, a quien parece que acaben de despertar con un aviso de que el hotel está en llamas. Con unas

ojeras tremendas, se acerca a Gabriel a paso rápido y lo agarra del brazo:

—Pero ¿dónde estabas?

—¿Qué?

—Te he mandado muchísimos mensajes —protesta—. Te estuve llamando anoche durante horas.

Saca el móvil y comprueba que no tenía solo un mensaje de Julio diciéndole que bajara al vestíbulo. Tiene como cincuenta más, y varias llamadas que no cogió porque estaba cenando con las chicas.

—Lo siento, tío.

—¿Tío? —Julio tira de él y, como si eso fuera una peli de espías, lo arrastra hasta detrás de una columna—. ¿Qué hacías? Hoy tenemos muchísimas cosas en el *planning*.

—Pero si no tengo la charla hasta dentro de mil horas —protesta, ignorando la primera pregunta—. Quería pasarme primero por la firma de Karl Orbison.

Karl Orbison tiene una charla a primera hora y seguro que está llena de gente.

—¿Con todo el mundo alrededor?

—Hombre… No creo que Karl Orbison quiera tener una cita a la luz de las velas conmigo —protesta y se aparta un poco de Julio—. Iré, hablaré con él y me iré. No te preocupes.

—María se preocupa.

—Pues no le digas nada.

—Escucha, si quieres conocer a Karl Orbison podemos hablar con su agente. —Julio baja la voz—. Tenemos su contacto, te recuerdo que publicamos sus novelas en español.

—Ah, es verdad. —Gabriel se había olvidado de que Plutón Ediciones publica absolutamente todo lo que reluce—. ¿Se puede hacer eso?

—¡Claro! —Pero la mueca de Julio le dice que tal vez no sea tan sencillo, o eso quiere hacerle creer—. Os podréis ver cuando acabe su evento, ¿de acuerdo? Hasta entonces, haz el favor de no llamar demasiado la atención. Nos preocupa tu seguridad.

—Nadie me va a matar, Julio.

—Tenemos dos entrevistas hoy, ¿me oyes? Puedes ir a esa charla, pero después te reúnes conmigo y quedamos con los periodistas. Algunos son extranjeros.

Gabriel asiente con la cabeza y se aleja de él sin hacerle mucho caso.

—¡Y no comas nada que no hayas visto preparar!

Lo grita cuando Gabriel ya está saliendo hacia el frío matinal. El día anterior el viento enfriaba la atmósfera, pero hoy el sol hace que caminar sea más agradable. A esas horas no hay mucha gente, así que aprovecha para ir hacia la plaza, donde las casetas todavía están cerradas, y algunos tímidos visitantes están charlando mientras esperan sentados en la hierba.

Él se acomoda en un banco de piedra justo al lado de la iglesia y saca la libreta de su nuevo proyecto.

La novela que tiene entre manos no tiene título, porque todavía no se le ha ocurrido uno bueno, pero sí que tiene un final. Es la primera vez que empieza algo sabiendo qué va a suceder a la vuelta de la esquina, así que tiene muchas ganas de seguir escribiendo.

El protagonista es Izin, un joven que nació con la magia de ver las Pesadillas. O más bien, nació con la maldición que le permite comunicarse con ellas.

Sonríe y empieza donde se quedó la última vez.

La chica se ocultaba bajo una capucha blanca como la nieve. Sentada en la barra de la taberna, todos los ojos deberían haberse posado en ella, y, sin embargo, ahí estaba. Sola. Los párpados cerrados y la cabeza inclinada, como si estuviera escuchando todo lo que sucedía a su alrededor.

Izin la contempló desde su mesa mientras desmigaba un trozo de pan. La observó tanto rato que llegó a pensar que se trataba de una estatua, pero entonces ella se levantó. Sus movimientos eran elegantes. Se acercó a uno de los muchachos que había bebido demasiado aquella noche y extendió una mano pálida y de dedos largos. Acarició el rostro del

muchacho con expresión triste, e Izin no pudo evitar levantarse para observar.

—¿Charles? ¿Charles?

El muchacho no se movió, aunque sus compañeros lo llamaron y zarandearon.

Estaba muerto.

Izin se quedó congelado en el sitio, y algo le subió por la espina dorsal: el miedo que él tan bien conocía. Un miedo que esta vez iba cargado de una pena tremenda.

Había visto a muchas Pesadillas en su vida; las más inofensivas nacidas de los sueños de los más pequeños, y las más terroríficas, que atormentaban a pueblos enteros. Siempre se ocultaba de ellas como podía, incapaz de entender cuál era su lugar en todo aquello.

Pero esa Pesadilla, blanca como el mármol y llena de lamentos, era diferente a todas las demás.

Los ojos de la chica se posaron sobre él. Durante un segundo, vio la confusión en ella. «¿Cómo es posible que me vea?», se estaría preguntando.

Izin no tenía respuesta. Lo que sí que sabía era quién era ella.

La peor Pesadilla de todas.

La que existía en el imaginario colectivo y en los sueños de todos los humanos. El poder de las Pesadillas crecía dependiendo de la cantidad de soñadores que las temieran. Y ella era la reina de todas. Era...

—La Muerte —completa con una sonrisa, orgulloso.

—¿Hablando de la muerte al lado de una iglesia? —dice una voz cerca de él—. ¿No es demasiado pronto?

Levanta la visa y guarda la libreta a toda prisa en el bolsillo del abrigo. Se relaja al ver que solo se trata de Sara, la hermana de Daniela.

—Estaba escribiendo.

—¿El próximo *best seller* de Ella Spice? —pregunta ella mientras se sienta a su lado—. Es broma.

Gabriel no se ríe, pero sí que la mira. Sara no se parece mucho a Daniela. En un concurso de reconocer hermanas, nadie adivinaría que comparten sangre. Tiene los ojos claros, casi azules y el pelo negro como el carbón. Sus rasgos son mucho más afilados, más puntiagudos que los de Daniela. De pronto, echa de menos la redondez de la otra chica.

—Es una broma poco graciosa —dice al fin.

—Lo hiciste bien —comenta ella—. Anoche, me refiero. Las chicas están como locas, creen que han conocido a Jesucristo Superstar.

—Dirás a Jesucristo —la corrige—, ese es el nombre del musical.

—¿Superstar no es el apellido de Jesús?

Otra broma. Y esta le hace gracia a ella misma, porque ladea la cabeza para ocultar una risita.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

—Me gusta madrugar y he quedado con Hana en un rato para ir a una firma. —Sara se gira hacia él y cruza las piernas—. ¿Y tú? Bueno, no me importa mucho. De hecho, lo que quiero preguntarte es si te gusta Dani o qué.

Gabriel se echa hacia atrás y la verja de la iglesia se le clava en la espalda.

—Yo no he hecho nada —aclara, apurado—. Nunca haría nada.

—¿En serio? —Sara parece confundida—. Entonces lo he malinterpretado.

—Pues sí. —Se mete las manos en los bolsillos del abrigo y el tacto de la libreta lo tranquiliza—. Nunca haría nada con una chica con novio.

La expresión de confusión de Sara llega a un nuevo nivel. Sus ojos claros se abren de par en par, tanto que las pestañas le acarician los párpados.

—¿Que mi hermana tiene novio?

—Sí, Carlos —responde Gabriel.

—Carlos —repite la chica—. ¿Carlos el de las peliculitas? Pero será posible… Esta chica es tonta. —Lo mira—. No sé si me estás

tomando el pelo o no, porque eres un poco raro. A lo mejor no estoy pillando tu humor.

Mira quién habla.

—No es broma —dice Gabriel—. Daniela me contó que tenía novio. ¿No te ha dicho que se inspira en él cuando escribe las escenas de amor?

—Estoy flipando —bufa Sara—, porque no es verdad, Gabriel. Lo más parecido a un novio que ha tenido mi hermana en su vida es ese chico chino con el que nos mandábamos cartas de niñas porque vino un verano a casa de mis abuelos. Y el chaval no sabía quién era quién.

***

Deja a Sara sola y se marcha con la cabeza como un bombo. Daniela no tiene novio. Y le ha mentido desde hace mucho tiempo.

Pero ¿por qué?

Un poco molesto, decide que lo pensará más tarde, que ahora su objetivo es conseguir lo que lleva esperando media vida: conocer a su ídolo. Karl Orbison es la persona más esperada de todo el festival, incluso más que Ella Spice, seguramente. La única rival cuando anunciaron a los invitados fue Kate M. Lennon, pero las fechas coincidían con el estreno de la última adaptación de las doscientas novelas eróticas que tiene, así que él pasó a ser el rey.

La presentación de Karl Orbison es en una de las carpas más grandes. Se han asegurado de ponerla algo alejada para que la gente pueda hacer fila sin que haya mucho lío. A pesar de lo que le ha dicho Julio, Gabriel decide quedarse fuera de la carpa y tratar de escuchar algo. De esa forma, pasará un poco más desapercibido y no estará mintiéndole al pobre hombre, que parecía a punto de estallar cuando le ha mandado un mensaje para decirle que comería fuera.

—¡Ostras! Ella Spice.

Parece que ni ese escondite le sirve, porque un chico y una chica se acercan a él. Tendrán unos quince años y sonríen muchísimo.

—¡Hola!

—Somos muy fans, te llevamos leyendo desde que éramos pequeños —dice la chica.

—¿Cómo que desde pequeños? —Le vienen a la mente unos cuantos encuentros de pasión que no son muy aptos para niños.

—Marina, mi hermana se los leyó a los trece. —El chico la señala —. Yo tenía once. Mi madre me los prohibió, pero Marina me los leía en voz alta. Aunque siempre se saltaba las escenas *spicy.*

—¡Hugo!

—Pero ahora ya tengo trece y por fin me he comprado un libro electrónico por mi cuenta, así que puedo leer lo que me da la gana, sin censura y sin que mi madre me cotillee todo.

A su hermana no le hace mucha gracia, pero la sonrisa desigual de Hugo hace que se ría un poco. No se había fijado hasta ese momento, pero sus ojos no lo miran directamente. Ahora va del brazo de su hermana, pero de la muñeca le cuelga un pequeño bastón extensible.

—Como mamá vea todo lo que tienes en ese *e-reader*… Y no es que seas el maestro del engaño, porque siempre te lo olvidas en la mesa del salón.

—Hugo, tío, eso que haces está mal —lo regaña Gabriel, pero al ver la expresión de preocupación del chico, aclara—. Todo el mundo sabe que, si no quieres que tu madre se entere, deberías guardar el *e-reader* en el cajón de los calzoncillos.

—Pues también es verdad.

Los dos hermanos se siguen riendo y le piden que les firme un par de ejemplares que llevan con ellos. No tienen intención de ver la charla de Karl Orbison porque hay otros autores a los que les gustaría conocer. Le dan las gracias muchas veces y se marchan comentando la suerte que han tenido de poder encontrarse así.

Gabriel sigue sonriendo durante unos segundos, al menos hasta que se da cuenta de que igual les habría hecho más ilusión conocer

a Daniela.

En fin.

Dentro de la carpa, Karl Orbison habla con monotonía. Se ha perdido un buen rato de la charla. Están hablando de cómo construir mundos de fantasía y es muy interesante, así que saca su libreta y esta vez la abre por la parte de atrás para empezar a apuntar sus consejos.

***

Se reúne con Julio en el hotel, que le ha enviado un mensaje con muchas mayúsculas en el que le confirma que «tenemos a SKO. Hotel. Sé puntual». Al principio se ha preguntado si era su manera de informarle de que ha secuestrado a un rapero, pero luego ha atado cabos: ha conseguido la entrevista con Karl Orbison.

Lo pilla escribiendo como un poseso en el móvil. Durante un instante le da un poco la risa al acordarse del par de correos desafortunados que le llegaron y lo imagina mandándole guarrerías a María.

No pasa mucho tiempo hasta que aparecen los de la entrevista, y lo agradece, porque estar con Julio a solas es muy incómodo. Casi se alegra cuando una chica le saca varias fotos y le empieza a hacer una batería de preguntas para su cuenta de TikTok. Casi todo son preguntas relacionadas con *Cuál de los dos*, y ahora que se los ha leído, es bastante fácil dar respuestas neutrales y sin mojarse.

—¿Entonces no tienes un favorito? —Lo pincha la chica—. ¿No tienes preferencia por Uriel o Belce?

—Creo que si Alba pudiera meterlos en un caldero tendría al tío perfecto, pero por otro lado… ¿Por qué renunciar a tener a dos maromos detrás de ti?

Sabe que esa ha sido arriesgada, pero a la chica le brillan los ojos al escucharlo.

La otra entrevista es un poco más seria y corta, así que acaban pronto, y Julio y él vuelven a quedarse a solas. No se mueven

porque Karl Orbison se hospeda allí. Así que Gabriel espera sentado en una salita que les han cedido, con los pies cruzados y jugando con los cordones de la sudadera.

—Esto de Ella Spice te está sirviendo para algo, ¿eh? —comenta Julio.

Gabriel sonríe incómodo y agradece que la puerta vuelva a abrirse. Esta vez se trata de un hombre bajito con un cigarro entre los dientes que camina más rápido de lo que parece normal para alguien de su estatura. Se acerca correteando hasta Julio y le murmura un par de cosas mientras Gabriel observa el cartel que hay en la pared y que dice: «Prohibido fumar».

Al escucharlos, Gabriel cae en la cuenta de que va a tener que hablar en inglés y suspira. Todo sea por su futuro como escritor.

Julio y el hombre bajito del cigarro siguen hablando un buen rato, moviendo muchísimo las manos, tanto que parece que en cualquier momento se van a pegar un guantazo el uno al otro.

Al final, Julio vuelve junto a él.

—Dice su agente que tenemos que ser breves. Scott tiene un poco de hambre y eso lo pone de mal humor.

—Ah… Vale, supongo.

Aunque Julio no le hubiera avisado se habría dado cuenta, porque cuando «Scott» entra en la habitación, la puerta se estampa contra la pared. Él también lleva un cigarrillo en la boca, que humea cuando resopla.

—No he parado en todo el puto día, William —gruñe en inglés—, ¿has llamado al servicio de habitaciones ya?

—Sí, señor, sí.

Gabriel intenta hacer contacto visual con Julio, pero él parece una columna más del recinto, así que decide levantarse y extender la mano.

—Hola, señor Scott.

—¡Ah! —El escritor da un salto hacia atrás y le mira la mano—. ¿Quién eres tú?

—El chico que te dije —susurra William, poniéndose de puntillas desesperadamente—. ¿El que escribe romántica?

—¡Ah! —repite Karl Orbison, y sus cejas pobladas se relajan—. Por supuesto, Ella Spice. No tienes mucha cara de Ella Spice, muchacho.

Gabriel sonríe de lado. No puede apartar la vista de todas las arrugas que se le forman a Scott en la cara. Parece la corteza de un árbol. Y los árboles son los sabios del bosque, así que es su momento de aprender de él.

—He visto su conferencia hace un rato —dice—, he podido tomar algunas notas.

—¿De verdad? —Scott sonríe, se sienta en una de las sillas y cruza las piernas. Le da una calada al cigarrillo antes de seguir—. Aunque creo que no me han hecho ninguna pregunta interesante…

—Me ha gustado mucho lo que ha dicho de la creación de mundos —insiste Gabriel, y se acerca un poco más a él—, lo de que… —lee sus apuntes— «en el mundo real hay muchos elementos que pueden enriquecer nuestro universo de fantasía». Es brillante.

—Por supuesto.

—¿Y me podría hablar un poco más de su método de escritura? Una amiga mía me dijo que ella usaba escaletas, pero yo creo que…

—¡Escaletas! —Scott suelta una pedorreta y la saliva impregna el cigarrillo—. Eso son gilipolleces, muchacho. Si eres un superventas, tendrías que saber que esas cosas las usan los que carecen de talento. —Se señala la cabeza—. Aquí está todo, ¿vale? Además, una escaleta se puede filtrar, y con las meteduras de pata que tienen estos incompetentes…

William da un salto y dice «*sorry, sir*» unas cinco veces seguidas. Gabriel no está seguro de haber entendido bien lo que ha dicho Scott. Quizá sea porque él no tiene mente de superventas, pero la escaleta le ha venido muy bien para su nueva historia. Aun así, no va a llevarle la contraria.

—Tiene sentido…

—Por supuesto.

Un rugido emerge de la barriga de Scott.

—Joder, ¡qué hambre tengo! —protesta el escritor—. Bueno, ¿y tú qué? ¿Ya has pensado en escribir algo serio? Con lo bien que vendes, creo que podrías dar el salto ya.

Gabriel ve a Julio cambiar el peso de un pie a otro. A William le brillan los ojos. Él no entiende a que se refiere Karl Orbison con «dar el salto». ¿A la fantasía?

—Bueno, yo también escribo fantasía.

—¿Para el mismo público que ahora? —El escritor sacude la cabeza—. Mira, yo sé que las chicas también merecen sus historias. Tengo mujer y dos hijas, así que entiendo de esto. Pero, y te digo esto con neutralidad, ¿eh? Respeto a las autoras muchísimo, lo que no puede ser es que llamemos «fantasía» a cualquier cosa. Los personajes femeninos cuentan historias distintas a los masculinos, ¿entiendes?

No lo entiende muy bien, y esta vez no puede asentir siquiera.

—Yo escribo fantasía épica —continúa Scott—. Y me gusta que mis mundos sean consistentes. No puedo escribir a una mujer siendo una guerrera, es que no tiene sentido con la época.

—Pero si es fantasía y…

—Sé a lo que te refieres… —Scott se cruza de brazos—. Escucha, mis novelas reflejan a seres humanos de verdad. La fantasía nos abre mundos desconocidos e irreales, pero los humanos somos humanos. ¿Qué hizo Tolkien? ¿Recuerdas? Nos habló de la codicia, de la búsqueda de poder… ¡Cosas de humanos! No tengo problemas en convertir a una mujer en aventurera, pero… ¿Crees que tendría sentido que una mujer saliera al mundo con tantos peligros para ella?

—Pero Sam Sagaz era un jardinero y acompañó a Frodo en su aventura. Y bueno, Frodo tampoco era muy fuerte que digamos…

—Son peligros distintos. —Scott suspira—. Hijo, yo no estoy criticando lo que haces, solo digo que es importante que las novelas ocupen lugares distintos en las librerías. Cada uno tiene su lugar, Ella Spice.

—Pero yo estoy escribiendo una historia de fantasía de verdad.

Las palabras no le saben bien en la boca. Puede escuchar la voz de Daniela diciéndole algo como: «¿Y qué es fantasía de verdad?». Los ojos azules de Scott se posan sobre él y se siente diminuto. Como si no mereciera estar ahí. Y a lo mejor es así, porque está usando el nombre de Daniela y todo su trabajo duro para hablar con ese tío que juega en otra liga.

—A ver, ¿cuáles son tus escritores favoritos? ¿Qué novelas has leído de los grandes autores?

Gabriel quiere empezar a enumerar los escritores que ha leído desde pequeño, y también series o novelas que adora, pero algo le impide hacerlo.

—Me preguntaba si podría enseñarle un fragmento y…

«¿Por qué sigue insistiendo?».

Scott sacude la cabeza.

—Mendigando no llegarás más lejos de donde estás, muchacho. ¿Por qué no te centras en lo tuyo? Las chicas también necesitan diversión y tú tienes los ingredientes perfectos para gustarles. —Se ríe—. Yo soy feo como un higo, a mí no me harían caso. Pero tú… Usa tus encantos como hasta ahora. Es mi mejor consejo. Alguien tiene que escribir literatura de segunda para que pueda existir la de primera, ¿no?

Puede que si Karl Orbison hubiera cogido su libreta y hubiera escupido en ella no se habría sentido tan mal. Porque todas esas palabras que ahora caen sobre Gabriel como una losa tienen el mismo tono que las que usó él con Daniela cuando se conocieron. Se escucha a sí mismo, hablando con sus colegas. Se ve representado en ese tío que echa humo hacia el techo y se rasca la entrepierna delante de él.

Y no es capaz de defender a Daniela.

No tiene palabras, porque sería hipócrita hacerlo.

Así que decide agachar la cabeza y marcharse sin mirar atrás. Aun así, todavía escucha al escritor berrear:

—Pero ¿dónde coño está mi comida, William?

Capítulo 20



DANIELA

Ha estado casi toda la mañana escribiendo en el hotel. No ha desayunado, el único descanso que ha tenido ha sido gracias a Nuria, que la ha arrastrado a una charla sobre clichés literarios (ni su hermana ni Hana han aparecido, parece que la firma a la que querían ir se ha alargado). En la mesa redonda han tenido una discusión bastante divertida sobre qué es mejor, un *enemies to lovers* o un *friends to lovers*. La conclusión grupal ha sido que un *enemies to friends to lovers* es la opción superior. Después ha vuelto al hotel, ha puesto el móvil en «no molestar» e, inspirada por el ambiente literario, sus dedos han volado por el teclado. Pero esa inspiración ha durado un suspiro, porque pronto ha regresado el bloqueo y las palabras han dejado de tener sentido en su cabeza. Ha intentado escribir algo decente, pero las escenas de la novela se mezclaban con los correos de María, sus llamadas y mensajes. Durante un segundo incluso ha alucinado. Ha visto a María, mirándola fijamente, como un guardia romano preparado para estamparle la cabeza contra el escritorio si se distrae un instante.

Al rato ha oído risas desde la calle y ha tenido que rechazar el plan de las chicas de ir a la conferencia de Barbara Q. Lequain, a

pesar de que le apetecía mucho. A lo mejor puede hacer tiempo después e ir a comprarse algún libro de segunda mano, por ejemplo. Ese es un hábito que tiene desde antes de convertirse en Ella Spice. Daniela tiene bastantes ahorros, pero no tantos como se imaginó que tendría cuando le dijeron que estaba vendiendo miles de ejemplares. Resulta que nadie te explica antes de publicar que los autores solo cobran una vez al año y que por cada libro que vendes, te llevas, si tienes suerte, casi dos euros. Al final, con lo de pagar el alquiler en Madrid y demás… se puede decir que Ella Spice agradece que su hermana quiera compartir piso con ella.

De repente, un golpe en la puerta la saca de sus pensamientos. Levanta la cabeza y ve a Gabriel quitándose el abrigo.

—¿Gabriel?

Se levanta del escritorio, con la intención de acercarse a él, pero el chico hace un gesto con el dedo, se va directo hacia el dormitorio y cierra la puerta a su espalda.

Daniela se queda ahí de pie sin saber muy bien qué hacer. ¿Habrá pasado algo?

Saca el móvil para ver si Gabriel le ha mandado algún mensaje y entonces se encuentra con varios mensajes de su hermana.

A veces flipo contigo, Dani

si yo fuera él estaría muy cabreada contigo

pero qué ha pasado????

Su hermana está mirando el móvil, porque aparecen unos puntitos y le llegan más mensajes:

pues que me ha dicho que le has dicho que tienes novio

y claro, he tenido que decirle que era mentira

Desde que Sara nació (y no se acuerda mucho de aquello porque estaba más entretenida mordiéndose los puños y jugando a ponerse los pies detrás de la cabeza), la ha metido en líos muchas veces. Cuando le rompió un diente de una patada (supuestamente sin querer) porque estaban jugando a ver quién podía levantar la pierna más alto. Cuando Daniela repitió curso y tuvo que aguantar que, como Sara y ella iban a la misma clase, cada vez que la gente les preguntaba si eran gemelas su hermana respondiera: «No, es que a Dani le gusta copiarme». O cuando la semana pasada metió unos calcetines rojos en la colada blanca.

No, espera.

Esa fue ella.

Pero Sara es una metepatas.

Se acerca a la habitación y da un par de toquecitos.

—¿Gabriel? —repite su nombre—. Lo siento un montón, soy idiota. Por favor, ¿te apetece abrir la puerta? ¿Es por lo que te ha dicho Sara? Lo siento y…

La puerta se abre un poco y lo interpreta como la señal para que entre.

Allí está Gabriel, sentado en la cama y con una libretita en las manos. Ha arrancado varias páginas, que descansan sobre el colchón. Pero Daniela solo puede fijarse en que tiene los ojos un poco hinchados y las mejillas rojas.

Ha estado llorando.

—¡Lo siento mucho! —De pronto tiene un nudo en el pecho—. Te dije que tenía novio porque me puse muy nerviosa en aquella fiesta.

Y luego… ¡Luego me daba muchísimo miedo que pensaras que soy una farsante por escribir romance sin tener experiencia! La verdad es que no he hecho nada nunca. O sea, me besé con un niño una vez, pero ni siquiera me gustó. Y hace poco me hice una cuenta en una *app* y quedé con un tal Carlos, pero me llevó a ver una película rarísima en la que había muchos planos en silencio y se escuchaban toses de fondo y… Todo esto de Ella Spice es demasiado grande y llevo muchísimo tiempo teniendo un síndrome del impostor que me ahoga y soy idiota porque también me he convertido en una impostora contigo. Lo siento mucho.

Gabriel la está mirando con esos ojos verdes que ahora parecen más verdes que nunca. Está guapo hasta con la cara hinchada.

—Dani… —Sacude la cabeza—. He ido a hablar con Karl Orbison y básicamente me ha dicho que soy un mierda.

—Ah. —Daniela registra sus palabras y se da cuenta de que no le sorprende para nada—. Escucha, ese tío es un cretino, lo sabe todo el mundo, así que no hagas caso de lo que dice.

—La cosa es que me lo ha dicho a mí porque pensaba que estaba hablando contigo —dice—. O sea, él creía que yo era Ella Spice, y solo por eso me ha tratado como si fuera tonto o un niño o… En fin, creo que solo por ser tú, no ha querido escuchar mis historias. ¿Por eso no quieres ser Ella Spice? ¿Por este tipo de cosas?

Daniela es incapaz de asentir con la cabeza, pero algo se revuelve dentro de ella.

—¿Y por eso las has roto? —Cuando Gabriel ignora su pregunta, Daniela se acerca y recupera las hojas que hay tiradas por ahí hasta hacer un montoncito—. ¿Esta es la idea de las pesadillas de la que me hablaste?

—Sí, pero da igual —Gabriel se limpia los ojos con la manga—, porque ya no tengo ganas de escribir.

—¿Te das cuenta de que lo que te ha hecho es lo mismo que…?

—Sí, lo que te hice yo a ti —responde—. Y por eso me he sentido tan mal. Porque me veía reflejado en ese cretino, y encima no he podido defenderte delante de él, a pesar de que, si la gente lo

conociera, se daría cuenta de que prefieren meter la cabeza en un váter que soportarlo durante más de dos segundos.

Daniela se ríe y se sienta a su lado.

—Podrías haberle dicho eso, ¿sabes? Hubiera sido guay.

—A Julio le habría dado un patatús. —Gabriel niega con la cabeza —. Y a su agente. Tendrías que haberlo visto.

—El hombre chiquitito que mordisquea cigarrillos y siempre va con cara de susto —recuerda Daniela. Una de las cosas buenas de ser Ella Spice es que a veces le llegaban invitaciones para eventos al correo, con vídeos y fotos, y todavía recuerda a muchos de ellos. Sobre todo, cuando son memorables.

—Mejor mordisquearlos que comértelos —Gabriel se aguanta la risa—, porque parece que Karl Orbison desayuna nicotina.

—Menos mal que imprimen los libros lejos de él, porque estoy segura de que, si él estuviera cerca, todos olerían a cenicero.

Los dos se ríen y Daniela se alegra de haber sido capaz de cambiar su estado de ánimo tan deprisa. Sabe que es algo superficial, y un golpe así es más profundo, pero también es consciente de que todo es más fácil cuando hay alguien a tu lado.

—La historia de las pesadillas molaba —dice—, y yo creo que deberías seguir escribiéndola si es lo que te hace ilusión.

Gabriel le tiende la mano y ella le devuelve las hojas.

—Ya sabes que yo soy escritor y estas cosas no me deberían afectar, pero llevo mucho tiempo admirando a ese tío y… —Hace una pausa porque entre la broma y la confesión, una lágrima traidora intenta salir—. Bueno, da igual.

—De todas las tonterías que dijiste cuando nos conocimos, la de llamarte escritor no era una de ellas —piensa Daniela en voz alta—. A mí me cuesta mucho ponerme esa etiqueta, y Ella Spice vende muchos ejemplares. A veces pienso en todos los chavales que empiezan con su sueño y a los que les dicen que lo suyo no vale, que no son escritores de verdad. No sabía que existían los escritores de mentira.

—Síndrome del impostor, ¿eh?

Así que la ha escuchado cuando le ha soltado todo el rollo antes.

—Lo he tenido siempre, pero le puse nombre gracias a las redes sociales —asiente ella—. Lo mío es bastante exagerado. Por eso no puedo ser Ella Spice, Gabriel… Tengo mucho miedo a que la gente me vea y descubra que lo que les gusta leer no tiene nada que ver conmigo.

—Dani, la gente ha seguido queriendo a Ella Spice después de enterarse de que era un tío que no sabe ni qué significan palabras como «vainilla» o a qué te refieres cuando dices «su centro».

—Pues a…

—¡Ya lo sé! —la interrumpe—. No lo sabía cuando lo leí la primera vez. Tienes que admitir que es una palabra rara… No sé, es que no está en el centro.

—Bueno, más o menos en el centro sí que está.

Daniela nota el calor en las mejillas empezando a extenderse por el resto del cuerpo, así que agradece cuando Gabriel cambia de tema:

—¿Has pensado en ir a algún sitio hoy? Sé que tú no has salido de la habitación y que tendrás planes con tus amigas, pero necesito un poco de aire fresco.

Daniela tenía pensado acabar un capítulo y luego ir con Hana a ver la conferencia de un par de artistas a las que adoran. Una de ellas hizo la primera cubierta de *Cuál de los dos* y quiere pedirle que le firme el libro. Es su única oportunidad de hacerlo. Y no quiere cancelarle el plan a su amiga otra vez, pero…

—No estoy pidiéndote que vengas conmigo a ningún…

—¿Sabes? Yo también tengo ganas de aire fresco, y creo que tengo un sitio en mente.

* * *

Se ha puesto unos pantalones anchos, vaqueros, pero cómodos, y una sudadera de Monet que se compró en rebajas. Se calza unas botas que la hacen parecer más alta y se cubre con una cazadora de

cuero marrón. Como Gabriel está todavía en el baño, se mira en el espejo de la entrada y se repasa bien el pintalabios. El maquillaje de los ojos que se ha hecho hace un rato, cuando se ha quedado bloqueada escribiendo, sigue intacto. Se ha puesto un par de brillantes justo debajo de los ojos pintados de sombra granate.

Está preparada.

—Estaba seguro de que metí de todo en la maleta —Gabriel sale del baño envuelto en una nube de perfume suave y dulce—, pero he gastado dos pares de calcetines y no encuentro los demás.

—Curioso viniendo de alguien que seguro que hizo una lista de cosas que no se podía olvidar.

Daniela no puede moverse cuando lo ve. Es la primera vez que no va vestido con un chándal. Los pantalones grises parecen de traje, pero mucho más casuales. En lugar de una sudadera enorme, esta vez lleva una chaqueta crema de punto encima de una camiseta negra. Y se ha puesto una cadenita alrededor del cuello.

—Tengo una lista en el móvil. —Lo saca, totalmente ajeno a lo que se le está pasando a Daniela por la cabeza, y frunce el ceño.

—¿Te olvidaste de apuntar suficientes calcetines*?* —pregunta ella, intentando no quedarse embobada otra vez.

—¿Qué voy a hacer?

Daniela le ofrece un par de los suyos. Gabriel tiene suerte, porque ella siempre cumple dos normas cuando se trata de los calcetines: que sean grandes y que tengan estampados navideños.

Gabriel acepta a regañadientes y empieza a atarse los cordones de sus zapatillas enormes.

Daniela se lo queda mirando otra vez. ¿Quién ha dicho que se le dé bien no romper las promesas que se hace a sí misma? Observa la manera en que los rizos le caen sobre la frente. El perfil de la nariz, un poco grande pero bonita. Los labios que ella quiere conseguir siempre que se compra un *gloss* nuevo de esos que tienen veneno de avispa o algo parecido. Ahora que se fija, su piel paliducha tiene unas cuantas pequitas y un lunar como el de Marilyn Monroe.

—Mierda —murmura para sí misma, pero Gabriel levanta la cabeza. Sus ojos verdes, igualitos al color de los *macarons* de matcha.

—¿Qué te pasa? —pregunta él, confundido.

—Nada.

Pero sí que pasa.

Acaba de describir mentalmente a Gabriel de la misma forma que describe a sus personajes en las novelas.

—¡Vámonos, anda!

Para cuando salen del hotel, ya empieza a oscurecer. Daniela ha comido una ensalada y una napolitana de jamón a eso del mediodía, así que su estómago empieza a rugir, pero sabe que merece la pena esperar un poco.

Caminan juntos por la ciudad; Daniela con el móvil en la mano y el mapa abierto para no perderse en su búsqueda de la parada de autobús. Tardan solo cinco minutillos, pero en el proceso hay un par de personas que los paran para pedirle a Gabriel una firma.

Daniela se queda muy quieta junto a él, observando cómo imita a la perfección la rúbrica que ella misma le enseñó. Un chico le pide hasta un abrazo y una foto y luego se marcha, deseándoles una buena tarde.

—Tienes unos lectores muy majos, ¿lo sabías? —le dice Gabriel cuando llegan a la parada y se sientan a esperar—. Lectores que disfrutan de una escena rarísima en la que Alba le acaricia las alas a Uriel y eso le da gustillo, pero majos de todas formas.

Daniela, incapaz de mirarlo a la cara, intenta fijarse en las luces de las farolas.

—Creía que no habrías seguido leyendo.

—¿Estás de broma? Ahora necesito saber a cuál de los dos elige.

—¿Y cuál crees que debería ser el final?

—Pues… —El chico se cruza de brazos—. Creo que Uriel es más cretino, pero que en el fondo tiene buen corazón. Belce está intentando parecer buen tío, pero a veces tiene algunas *red flags* que…

—A ver, es que es un demonio…

—Pues también es verdad. —Gabriel hace una pausa para pensar y continúa—: En realidad, creo que sería una pena que Alba se quedara sin alguno de ellos. Y que Uriel y Belce se perdieran el uno al otro.

—¡Eso es! —Daniela se levanta justo en el momento en el que el bus llega a la parada—. ¿Cómo va a vivir sin ellos dos? Y tiene sentimientos por ambos, diferentes, pero… muy fuertes, ¿verdad?

Otra vez, los ojos verdes de Gabriel están fijos en ella de una manera que le genera un bum bum en el pecho que la pone nerviosa.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Daniel se encoge de hombros y señala al bus—. Lo vamos a perder.

Así que suben y se sientan juntos en la parte de atrás. Daniela deja un espacio de seguridad entre ambos y luego continúa:

—La única manera de terminar esa historia de amor es que se den cuenta de que Alba nunca tuvo que elegir.

—Tiene sentido.

Y ahí se acaba la conversación.

Las calles de Cudillés pasan por la ventanilla con lentitud. Le da tiempo a disfrutar de algunas luces navideñas y de las siluetas de los que tal vez vuelven de la compra o de trabajar, ajenos al festival.

—¿No me vas a decir dónde vamos? —pregunta al fin Gabriel.

—Eso es como el final de *Cuál de los dos* —dice ella—. Tendrás que esperar a que saque el libro para saberlo. Y lo de esta tarde…, pues casi estamos allí.

Capítulo 21



GABRIEL

No ha parado de mirar de reojo a Daniela desde que han dejado el hotel. En las últimas veinticuatro horas ha vivido demasiados estímulos y demasiadas decepciones, y la conversación en la habitación lo ha desconfigurado como si fuera un robot un poco tonto. Porque de pronto el encontronazo con Karl Orbison parece cosa del pasado. No termina de procesar que Daniela haya aceptado una cita, aunque no está muy seguro de que ella lo esté interpretando como tal. Después de todo, ella fue la que se inventó un novio falso para mantenerlo lejos.

Bueno, no se conocían tanto cuando se lo dijo y ella ha asegurado que fue para que no pensara que era una farsante, pero algo en su interior le dice que puede que solo haya sido para no herir su orgullo.

—Hace un par de años que descubrimos que hay una pequeña feria a unos veinte minutos de aquí, que se celebra a la vez que el Fahrenheit—dice Daniela—, y… es una pasada.

La verdad es que «pasada» no es la palabra que él hubiera empleado para describir el lugar. Pero es entrañable. Daniela tiene razón, es una feria, pero no es «una feria pequeña»: es una calle entera con pequeños puestos a izquierda y derecha y una noria a lo lejos. Al menos, tiene que concederle la popularidad, porque en un instante cuenta a una pareja de ancianos que piden un algodón de

azúcar, a tres niños que se persiguen en un juego bastante ruidoso y un grupo de chicos de su edad que los adelantan comentando que subirse a la única atracción es gratis.

—¿Quieres subirte a la noria? —pregunta Gabriel con cierto reparo, porque las alturas y él no son buenos amigos.

—En realidad quiero comer los perritos calientes de allá —Daniela señala algo más lejos— y probar el algodón de azúcar y jugar un poco y también comprar churros para las chicas.

No sabe si es una cita o no, pero a su lado más comodón le gusta que ella lo haya planeado todo. Incluso si «todo» consiste en comprar churros para sus amigas.

—¿Y por dónde empezamos?

—¡A por los perritos!

Con ese grito de guerra se acercan al primer puesto. No ha comido prácticamente nada, así que el olor de los perritos le despierta un apetito que ya había olvidado que tenía. Son muy baratos, y la chica del puesto les avisa de que están de oferta.

—¡Dos por uno! —Daniela saca su tarjeta de crédito—. Hoy pago yo, por el taxi de la noche en Urgencias.

Él no protesta, y da un primer mordisco que le sabe a gloria. Puede que sea el mejor perrito caliente del mundo, o puede que el hambre esté afectándolo y todo parezca mejor de lo que es.

Hay una tercera opción, que es el hecho de que…

—Tienes kétchup en la mejilla —dice Daniela.

Se apresura a limpiarse con una servilleta fingiendo que no le da una vergüenza tremenda. Daniela se ríe y le señala otro de los puestos.

Allí venden unas semiesferas de cristal con motivos navideños. Al acercarse más, descubre que son portavelas. Si colocas una en el interior, los dibujos se iluminan y tienen una magia especial.

—Son típicas de los mercadillos navideños en Alemania —explica Daniela—. Cuando vinimos aquí la primera vez por pura casualidad, mi amiga Hana se compró una, porque una tarotista le había dicho

que auguraba amor y Alemania en su futuro. Imagina cómo se quedó al ver esto en un pueblo de Asturias.

—¿Y le sirvió para encontrar el amor?

—Conoció a Nuria en una academia de alemán, así que te diría que sí.

Se quedan un buen rato contemplando los portavelas. Una pareja muy acaramelada se lleva una que tiene un diseño de siluetas de animales. Cuando pagan y se marchan, Gabriel ya no puede evitar llamar la atención al dueño del puesto y preguntar:

—Señor, ¿cómo es que venden esto aquí?

Él, que los ha estado observando desde que se han acercado, sonríe.

—Porque cuando era joven viví en Alemania durante más de treinta años, y mi mujer sabía hacerlas de maravilla. —Señala las semiesferas—. Ahora, yo intento replicar su trabajo.

—Son preciosas. —Daniela vuelve a sacar la cartera—. Me llevo esa, la de las casitas.

El hombre le da las gracias, la envuelve con un papel de burbujas y la guarda en una cajita de cartón, que cuando llega a las manos de Daniela, pasa directamente a las de Gabriel.

—¿Qué?

—Es un regalo de Navidad. O de cumple. No sé cuándo es.

—Pero no puedo… —No puede aceptarlo. Sin embargo, en ese momento se fija en la caseta de al lado y se le ocurre una idea mejor—. Voy a conseguirte uno.

La caseta está llena de peluches y entre dos chicas muy abrigadas hay una línea de botellas de cerveza vacías que han pegado a un tablón. A un lado y otro, apilados, los aros esperan a que alguien consiga meterlos por el cuello de una de las botellas.

Gabriel sabe que ese tipo de juegos suelen ser un timo, pero no puede apartar los ojos del peluche enorme de una rana con una capa roja y corona que hay al fondo.

—¿Qué tengo que hacer para conseguir esa de ahí? —pregunta.

—Con dos euros tendrás cinco intentos —le responde la chica más joven—. Si aciertas cuatro, es tuya. Fácil, ¿a que sí?

Seguro que no, pero Daniela a su lado ya tiene ese brillo de emoción que tanto le fascina pintado en los ojos, así que no puede echarse atrás.

—Lo voy a intentar.

Coge el primer aro y, para qué mentir, intenta que al menos la postura sea decente. Da un golpe de brazo y el aro sale volando sin siquiera rozar las botellas. Y eso que hay cinco.

El segundo casi le saca un ojo a la chica.

—¡Perdón!

El tercero no va mejor, pero al menos roza ligeramente una botella. Le parece ver que una de las chicas le dedica una mueca de compasión.

Daniela le tira de la manga del abrigo.

—Espera, creo que sé cómo hacerlo.

—Pues yo creo que es un timo —le responde él en voz baja.

—Intenta lanzarlo hacia arriba, con algo menos de fuerza. Hacia arriba y que caiga en horizontal.

Gabriel no sabe de qué le está hablando, porque jamás había ido a una feria ni ha conseguido un peluche. Su especialidad son los dados, y, en realidad, no puede decir que sea una especialidad, porque, en el fondo, todo el mundo sabe que esas cosas son siempre cuestión de suerte.

Ella insiste y lo agarra del brazo. Gabriel siente como si Daniela estuviera enseñándole a jugar al golf cuando los dedos de ella se cierran encima de su sudadera y guía sus movimientos.

Así que, sin pensarlo mucho, lanza el aro.

Y acierta.

—¡Bien! —Daniela da un par de saltos a su lado—. ¡Inténtalo de nuevo!

Y así, dos euros más desaparecen de su bolsillo, pero esta vez, con la mano mágica de Daniela, parece que la cosa funciona.

Acierta. Y vuelve a acertar.

Entra el aro rojo y también el azul.

—¡Lo he conseguido!

Se gira hacia Daniela. Ella lo está mirando, con los ojos brillantes y esa sonrisa que le transforma la expresión por completo.

—¡Lo has conseguido!

—¡Enhorabuena, chicos! —El peluche va a las manos de Daniela —. Es vuestra.

—¡Gracias!

Cuando Daniela se gira hacia él, la ve cargada con el peluche, enorme y ridículo y no puede evitar que le entre un poco la risa, así que da media vuelta y echa a andar para seguir avanzando por la calle que lleva hasta la noria. Un par de niñas que van con sus padres señalan a su espalda y gritan algo como «¡Yo también la quiero!» y sabe que hablan de la ranita. Y cuando se gira para comprobarlo y ve a Daniela dándole un beso en la nariz al peluche, algo en su pecho se agita un poco, porque se da cuenta de que él también quiere, pero algo muy diferente.

Ojalá, Leo estuviera allí para decirle qué hacer.

Pero el comodín del colega con experiencia no existe, así que decide hacerle un gesto a Daniela para que se sienten en un banquito algo alejado de los puestos, pero bien iluminado por unas prematuras luces de Navidad. La chica se coloca a su lado, sonriente, acomodando a la rana junto a ella.

—Antes de irnos hay que comprar los churros —avisa.

—¿No quieres algodón de azúcar?

—Ya veremos —dice, y luego dirige la mirada hacia los puestos y la gente que sigue yendo de un lado para otro.

Él hace lo mismo y acaba hipnotizado por las luces, por el murmullo lejano y por el frío que empieza a colársele por las mangas del abrigo. Al final, ya no puede más.

—Daniela, ¿estás segura de que solo me dijiste que tenías novio por lo de los libros?

—¡Eh! —Suena más como «¡Eh!» que «¿Eh?» porque la chica da un bote en el banco, como si la hubiera asustado—. Pues claro que

sí. ¿Por qué iba a inventarme eso si no?

—No sé, porque un novio falso puede ser muy conveniente a veces —murmura Gabriel. De hecho, también ha aprendido que es un cliché común en la literatura juvenil—. Porque estoy seguro de que te caí muy mal desde el principio. O porque te empezó a dar mal rollo que comenzáramos a llevarnos mejor y lo usaste como seguro para que no me hiciera ilusiones ni nada de eso.

Ya no hay vuelta atrás.

Ha decidido hablar sin filtro y eso es lo que su corazón ha querido decir. Que es verdad, como dijo Leo, que Daniela le llamó la atención cuando no sabía quién era, en aquella firma. Que ha pensado muchas veces lo graciosa que es. Que aquel día que corrieron juntos hasta el callejón le pareció que había algo de calor entre los dos. Que no soporta *Emily en París*, pero a su lado se volvió interesante.

Pero Daniela no está respondiendo.

Lo observa intensamente, tanto que puede ver cómo se va fijando en pequeños detalles de su rostro por el ligero movimiento de su pupila.

—Yo… —Ahora sí, hacen contacto visual—. Soy un poco desastre, Gabriel. Y hay algunas cosas que son verdad de todo eso que has dicho… Como lo de que me caíste mal al principio. —Se ríe incómoda —. A ver, llegaste en un momento de mi vida en el que todo estaba del revés, con tu cara de niño bueno, pero con palabras de tío que escribe en foros solo para crear mal rollo.

—¿De tío que…? —protesta, pero luego asiente con la cabeza—. Estaba un poco a la defensiva contigo, la verdad. No entendía por qué unos libros tan simplones… O sea, que yo llamaba simplones sin habérmelos leído siquiera… podían vender tanto y los míos ni siquiera llegaban a la librería.

—Ya, pues eso.

—¿Entonces?

—Sigo pensando que eres tonto con frecuencia —Daniela extiende la mano con lentitud y antes de que se dé cuenta, los dedos de la chica están en su mejilla. Una caricia suave que le

recorre la mandíbula y le aparta un rizo—, pero te prometo que si dije lo del novio fue porque me agobió mucho que precisamente tú pensaras que no tenía experiencia.

¿Precisamente él?

—Yo no me reiría de nadie por no tener experiencia en el amor —dice, y siente un escalofrío en el pecho cuando los dedos de Daniela le rozan la comisura de los labios—. Además, fui sincero cuando te confesé que yo no…

Daniela lo besa.

Sus labios se encuentran y él cierra los ojos al instante. La oscuridad le hace sentir mucho más; los dedos de ella acariciándole la mejilla, los dos besos tímidos que luego se transforman en frente contra frente. La respiración compartida durante los segundos en los que ambos procesan lo que están haciendo. La musiquilla de la feria que parece demasiado estúpida como para ser la banda sonora de ese momento. La suavidad de boca contra boca cuando se vuelven a encontrar, el sonido que lleva esperando en su garganta durante tanto tiempo y que sale sin pensar cuando sus lenguas se saludan por primera vez. Como un gemido que le tiñe las mejillas de rojo, con ayuda del frío. Con ayuda de la risa de Daniela cuando lo escucha.

Y ahora la besa él.

La besa, tal vez no muy bien, quién sabe, pero con las ganas que lleva guardándose muchísimo tiempo. Y se da cuenta de que besarla le ha provocado una sonrisa y eso le da la energía para seguir haciéndolo, mientras ella le echa los brazos al cuello y la rana se chafa entre sus dos cuerpos, que quieren estar más cerca el uno del otro.

Eso tendrá que esperar.

Gabriel se aparta y la mira. Las manos de Daniela ahora están sobre las suyas. Sus dedos se entrelazan un instante hasta que ella decide mirarlo también.

—Mi cumpleaños es el 15 de julio, por cierto —dice Gabriel, con la respiración agitada, sin cortar el contacto con sus ojos oscuros que

ahora sí, lo miran como él se imaginó desde el primer momento. Con esa luz que sería algo sobre lo que ella misma escribiría en sus libros —. Pero acepto el regalo igualmente.

—Feliz casinavidad entonces, Gabriel —responde ella con las mejillas encendidas.

Un diminuto copo de nieve cae sobre su pelo ondulado. Al fondo se ven unos pequeños fuegos artificiales que les iluminan el rostro durante un segundo.

—Feliz casinavidad, Dani.

Capítulo 22



DANIELA

Cuando has escrito tantos besos como Daniela, es difícil no pensar en ellos cuando te toca a ti en la vida real. Ha imaginado muchas veces el escenario ideal, el olor del momento y hasta los sonidos a su alrededor. En las novelas, todo está calculado. Los primeros besos son perfectos. Son los mejores.

El primer beso con Gabriel no fue como los que ella había imaginado tantas veces.

Ni tampoco los de después.

Los que se dieron cuando esperaban al bus de vuelta, cuando caminaron por la calle y solo quedaban ellos dos y la suave nevada. Ni por supuesto, los del hotel. Los que ya se volvieron más íntimos, un poco más seguros que antes. Besos que compartieron de pie y en la cama, buscándose donde todavía no se conocían. Hubo caricias, y también un buen rato en el que solo se miraron a los ojos en la oscuridad, tal vez pensando en si era el momento para hacer preguntas o no.

No fueron escritos por ella, pero ¿acaso tenían que serlo?

En el momento en que se acostumbraron a sus bocas y dejó de pensar «y ahora así» o «ahora asá», besarse se volvió divertido. Una actividad despreocupada que compartieron durante horas hasta que se quedaron dormidos el uno sobre el otro.

Ahora Daniela se despierta con el sol entrando por la ventana porque no se acordaron de bajar las persianas.

Ella también olvidó otras cosas. Gabriel la convenció para ponerse el pijama, pero ha dejado la almohada manchada de maquillaje y tiene la boca un poco pastosa. Se queda sentada un rato, planteándose si todo lo que pasó fue un sueño, un intento de su imaginación por confundirla, hacerla un poco más feliz. Pero entonces ve la ranita con corona sobre la cama y el corazón le palpita con fuerza. Aunque no tanto como cuando se gira y ve a Gabriel sobre su almohada: el pelo rubio, desperdigado por las sábanas y las mejillas sonrosadas, como si lo hubiera hecho a propósito, dormir así para ponerla nerviosa.

Se acerca a él y le da un toque en el hombro. Sin embargo, necesita golpearle varias veces para que abra su ojo izquierdo, verde y atento.

—Buenos… —bosteza— días.

—Buenos días.

Se inclina hacia él y casi le da otro vuelco al corazón cuando Gabriel se aparta a tal velocidad que las sábanas se le enredan en las piernas y se cae al suelo con un golpe sordo.

—Pero ¿qué haces? —pregunta Daniela, asomándose para verlo mejor.

—¡Ibas a besarme!

—Mmm… —Daniela se queda muy quieta. A lo mejor sí que fue un sueño y la rana no es la prueba de nada. A lo mejor ni siquiera existe la maldita rana y su cerebro ha decidido tomarle el pelo pero bien—. ¿Sí?

—Pues no, que todavía no me he lavado los dientes.

—¿En serio? —pregunta atónita—. No sé qué es más ridículo, que creas que eso me importa o que sigas ahí tirado.

Gabriel le devuelve una mueca, pero no se levanta.

—A ti no te importa, pero a mí sí.

—¿Te importa que me huela el aliento?

—¡Que me huela a mí!

Desiste de entender esa conversación y se queda sentada esperando a que Gabriel vaya al baño, haga lo que tenga que hacer y vuelva. Aprovecha, eso sí, para arreglarse el pelo un poco, echarse el aliento en las manos y comprobar que todo está en orden e incluso para olerse las axilas con disimulo.

Sí, todo en orden.

Todo muy en orden también cuando Gabriel vuelve y se deja caer a su lado, rebotando sobre el colchón.

O puede que nada esté en orden, porque de golpe está nerviosa. Tan nerviosa que escucha hasta los murmullos de la habitación de al lado. Se imagina que son susurros contra la pared que parece que le dicen «Vamos, Dani» y «¡Bésalo ya!» o «¡Muévete, pringada!».

—¡Está bien! —grita a no sabe quién y se gira hacia Gabriel con la intención de cumplir con los deseos de las voces en su cabeza—. ¡Au!

Es su quejido de dolor, pero también el del chico, que ha ido a hacer lo mismo que ella y sus cabezas han chocado.

—¡Daniela!

—Qué daño…

El dolor del golpe se le pasa pronto; a lo mejor porque Gabriel no tiene la cabeza muy dura o tal vez porque se empieza a reír y ella se contagia.

Se sorprende mirándolo otra vez, encontrando sus ojos verdes, más pequeñitos porque sigue riéndose a pesar de tener una marca roja en mitad de la frente. Se sorprende también inclinándose hacia él y rompiendo la distancia, esta vez bien, que los separa. Boca y boca. Labios y labios. Y su lengua abriéndose paso entre ellos. Todavía recuerda el sabor de la noche anterior, pero pensaba que se lo había imaginado, que su mente había eliminado el gusto a perritos calientes para cambiarlo por algo más dulce, más

embriagador. Pero no, la verdad es que Gabriel es como un algodón de azúcar. Por eso lo besa como si quisiera descubrir a qué más sabe: a caramelos, a chocolate, a galletas o simplemente a él mismo. También quiere saber qué tacto tiene y por eso le acaricia las mejillas, le roza los rizos rubios y lo obliga a tumbarse sobre la almohada para que pecho y pecho también se conozcan el uno al otro.

Se sorprende cuando Gabriel le aparta un mechón de pelo, buscando su mirada entre beso y beso, como si quisiera descifrar qué se le está pasando por la cabeza ahora mismo. Como si no fuera evidente. Como si no tuviera escrito en la cara todo lo que quiere hacer y decirle, pero le da vergüenza hacerlo en voz alta. Se sorprende también cuando él sonríe y cierra los ojos, la cabeza apoyada sobre la almohada y esperando a que sea ella la que continúe.

Se sorprende a sí misma dándole un beso suave en la nariz. Y se sorprende también cuando una voz que es la suya, pero que no lo parece, dice:

—Llevo varios meses escribiendo besos que quería que fueran como los tuyos. —Respira hondo—. Solo que no tenía manera de saber cómo besabas.

—Yo llevo queriéndote besar desde aquel día que nos encontramos en una cueva y me pediste que te ayudara.

Recuerda el café, el frescor de la bebida en su lengua, los nervios en la voz cuando intentaba sonar confiada y no meter la pata. Su historia tonta de la reina de las hadas desterrada a vivir para siempre en una cueva.

Sin amor.

—Y me dijiste que todavía tenía mucho que aprender —añade Gabriel.

—Y todavía lo pienso —dice Daniela sonriente—, pero creo que podemos practicar un poco juntos.

Se vuelven a besar y esta vez ya es más urgente. Sabor a pasta de dientes. A dulce otra vez, y sobre todo manos que se buscan. Ya

no son solo la cara y el pelo. Son otros lugares más escondidos. Daniela no puede evitar colar los dedos por debajo de la camiseta de Gabriel, que deja escapar un suspiro cuando ella le acaricia la piel. A lo mejor tiene frío. O quizá se está derritiendo, porque parece que se hace más pequeñito con cada roce.

Entiende por qué cuando él hace lo mismo y siente los dedos que le recorren la columna; un hormigueo agradable que le sube hasta los hombros, que baja otra vez y que la convierte en chocolate fundido. Se derrite también, se quiere fundir con él.

No está preparada para llegar hasta el final, pero sí que quiere sentirlo más.

Así que se tocan por debajo de la ropa interior, y no es como ella había esperado, no es como ha escrito docenas de veces en sus libros. Es más lento, y es mejor.

Mejor porque no es un personaje de ficción, es Gabriel, de carne y hueso, quien la besa en el cuello y respira cerca de ella mientras intentan hacerlo bien. Descubre que no hay un «bien», que ninguno de los dos es perfecto, que es más de «así no, mejor… eso, así» y que hay mucho de mirarse a los ojos y leerse, entenderse y conectar.

Una conexión que se vuelve más intensa conforme se acostumbran a quererse así y a besarse sin pensarlo en absoluto. Es instintivo y es algo desesperado, porque para cuando los dos ya no pueden más, sus labios dejan de entenderse, tan solo se golpean, buscándose en una especie de ceguera que a la vez tiene mucho sentido.

Y cuando terminan, se besan más.

Solo cuando Daniela está agotada y se echa a un lado, Gabriel se incorpora sobre la cama.

—Tengo que…

Y ahí se muere de vergüenza, igual que él, mientras el chico se marcha, rojo como un tomate, hacia el baño.

Cuando vuelve, se sienta frente a ella y vuelven a observarse.

—Gabriel…

—Yo…

—Escucha —Daniela sabe que es el momento de hablar de lo que acaban de hacer, de todo lo que pasó la noche anterior, todo lo que han vivido desde que se conocieron, pero hay otro pensamiento que lleva en su cabeza desde hace un tiempo y cree que si no lo dice va a estallar. Además, Gabriel es la mejor persona con la que compartirlo—, lo he pensado bien y quiero decir la verdad. Quiero contar que yo soy Ella Spice.

* * *

—¿Y cuándo lo hacemos? ¿Cómo lo hacemos? —Gabriel tira de ella escaleras abajo como si acabara de darle la mejor noticia de su vida —. ¿En el festival?

—¡Claro que no! —Daniela lo detiene con un gesto—. Necesito prepararlo bien. Sé que quiero hacerlo, pero todavía no sé cómo. Cuando pasó lo que pasó en verano me bloqueé y te vi como la salvación a mis problemas, pero desde que empecé a ver con mis propios ojos lo que me estaba perdiendo… Me has dado envidia, Gabriel —suspira—, así que necesito decirlo, pero tendrá que ser según mis reglas, ¿entiendes? Nada de escándalos ni terceros involucrados.

—Te entiendo —asiente él—. No quiero que me malinterpretes, pero todo esto… Habría pagado millones por tener todo lo que tiene Ella Spice, pero ha sido más difícil de lo que esperaba. Entiendo que quieras dejar de engañar a la gente, porque yo lo he hecho durante estos meses, y no ha sido bonito.

—Tengo miedo de que no me lo perdonen jamás.

—Aceptaron que fueras un tío escribiendo escenas eróticas para adolescentes, creo que si sales ahí fuera y dices «¡¡¡era broma!!!» unos cuantos respirarán aliviados. Y te leerán otra vez.

—¿Crees que Ella Spice ha perdido lectores?

—Y habrá ganado algunos gracias a mi atractivo natural —bromea Gabriel, y Daniela pone los ojos en blanco cuando lo ve sonrojarse.

—Esos comentarios solo funcionan cuando te lo crees, no cuando solo quieres hacerte el chulo.

—Oye, que yo no me hago…

Lo besa para callarlo. Y es efectivo, porque Gabriel reacciona al instante, la besa también y la agarra de los hombros. Ni siquiera se da cuenta de que la empuja suavemente contra la pared y que sus dos respiraciones se vuelven una misma. Aceleran, como un coche, y no encuentran los frenos por ningún lado, porque sus manos no saben hacia dónde ir. ¿Al cuello? ¿A la cintura? ¿Al pecho? ¿Al freno de mano?

—Para, para —consigue jadear Daniela una vez que sus bocas se separan—. Estamos en unas escaleras de emergencia, no hay que bloquearlas.

Es como si su cerebro hubiera dejado de querer funcionar.

Sin embargo, su comentario parece divertir a Gabriel, porque se aparta de ella con las manos en alto, al estilo ladrón de bancos, y luego le señala la puerta de emergencia que da al recibidor del hotel.

—Y con mis amigas y mi hermana disimulamos de momento, ¿vale?

Salen a la calle y el aire fresco de la mañana le da unos pinchazos en las mejillas que le hacen sonreír. Es agradable respirar y sentir, por primera vez, que puede que todo salga como ella quiere. Que tiene todo bajo control.

Se encuentran con las chicas en la plaza de la iglesia; Hana y Nuria llevan un buen rato dando vueltas por allí y han conseguido vender algunos libros viejos.

—En mi piso empieza a haber más libros que comida —protesta Nuria—. ¿Estás preparado para tu panel, Gabriel?

—Estoy un poco nervioso.

Daniela lo mira y se da cuenta de que el chico no ha parado de juguetear con los puños del abrigo desde que han dejado el hotel. Quiere cogerle la mano y decirle que todo va a ir bien, pero se contiene.

—No te preocupes. —Sara aparece de la nada y se une a la conversación. Ella lleva una bolsa con varios libros—. Los fans de Ella Spice son facilones. Di que Uriel y Belce se van a enrollar y todos contentos.

—Los hombres también pueden ser amigos. —Nuria le da un empujón a su amiga—. No seas simplona, Sara.

—¡Pero no te hagas la digna! Estoy segura de que escribes *fics* de esos dos.

—Te equivocas. —Nuria se cruza de brazos—. Escribo *fics* de Alba conmigo. Nunca un *self-insert* fue tan bien recibido en Wattpad.

Hana coge la mano de su novia y arquea una ceja.

—¿Me tengo que poner celosa?

—No, porque en el segundo capítulo ya aparecías tú…

Se dan un beso como si no hubiera nadie más delante y al resto solo puede entrarles la risa.

Cuando por fin se separan, le tienen que decir adiós a Gabriel y despedirse. Daniela lo ve marcharse y siente que ha perdido algo: ¿al chico que le gusta? ¿La vida a la que teme por encima de todo, pero que desea tener?

—Venga, Dani, que nos vamos a quedar sin sitio.

Sara tira de su brazo y las cuatro acaban sentadas en el lado izquierdo, desde donde se ve perfectamente la mesa. En ella está Gabriel y junto a él, ocupándose de ordenar los micrófonos y colocar las botellas de agua, una de las chicas de la organización del festival. Seguro que se han peleado por poder estar allí. Y es que, aunque Gabriel ha ido a varias ciudades a firmar, esta es la primera vez que Daniela lo va a oír hablar de *Cuál de los dos* desde aquella primera presentación. Por curiosidad, lo ha escuchado en algunas entrevistas que le han hecho en pódcasts o cuentas de TikTok, pero seguro que ya sabían las preguntas y le prepararon las respuestas. Se pregunta si, ahora, le valdrá con dar contestaciones ambiguas y si podrá mantener la calma, porque allí hay mucha gente.

Demasiada.

—¡Hola, hola! —La chica prueba el micrófono y da unos toquecitos con el dedo—. ¿Se nos escucha?

—¿Se me escucha? —repite Gabriel.

Todo el mundo aplaude y jalea para confirmarlo, Daniela incluida. A su lado, Nuria hace uno de esos silbidos con los dedos en la boca y casi le perfora el tímpano.

—¡Vamos! ¡Guapo! —grita.

A Daniela le entra un poco la risa, sobre todo cuando ve a Hana poner los ojos en blanco.

—Sí que es guapo, sí —dice Sara, y le da un codazo en los riñones.

—Pero ¿qué haces?

—Nada, ¡que empiezan!

Es una excusa, pero tiene razón: la chica acaba de presentarse como Sofía y sostiene *Cuál de los dos* entre las manos.

—Creo que hace dos años que fui con mi padre a la librería y vi este libro en la mesa de novedades —dice Sofía—. Yo no tenía ni idea de quién era Ella Spice, pero la ilustración de la portada me llamó la atención y me lo compré. Y dos días después me había convertido en un monstruo.

Se oyen risas entre el público.

—No, en serio, Gabriel. Puedo llamarte Gabriel, ¿verdad? Es que no te puedes ni imaginar lo obsesionada que estuve y que sigo estando con esta historia. ¿A ti te pasa? En plan, ¿estás obsesionado con tus propios personajes?

Gabriel se acerca lentamente al micrófono y durante un segundo que Daniela cree que se ha imaginado, sus ojos verdes se clavan en ella.

—La verdad es que sí —responde. Y las risas vuelven a llenar las sillas—. No os lo vais a creer, pero para mí *Cuál de los dos* es como si lo hubiera escrito otra persona, —Hace una pausa—. O como si los personajes tuvieran vida propia. Me preguntan mucho a quién prefiero, y nunca sé qué responder. Sé que cuando me lo preguntáis nunca pensáis en Alba, pero ella también es importante, claro.

—Hombre, es la protagonista —sonríe Sofía—, creo que hablamos poco de ella porque todas nos proyectamos en su personaje y estamos siempre deseando saber a quién elegirá. Porque va a elegir a uno de los dos, ¿no?

—Eso es secreto.

—Bueno, bueno, pero ¿y si hacemos una encuesta? Tal vez haya un claro ganador entre nuestro público de hoy. —Sofía se gira hacia los asistentes—. Que levanten la mano los que quieran que Alba acabe con Uriel en *Entre los dos*. ¡Guau! Y ahora los de Belce… ¡Oye, que no se puede repetir!

Daniela se sorprende compartiendo las risas a su alrededor. También con las que produce Hana cuando levanta la mano y con su expresión más seria dice:

—¿Y qué pasa con las que queremos que acabe con los dos?

—En realidad creo que sería una pena que Alba se quedara sin alguno de ellos. Y que Uriel y Belce se perdieran el uno al otro.

La declaración de Gabriel cae como una losa sobre el público y Daniela tiene que obligarse a sí misma a no ponerse de pie, porque recuerda que dijo esas palabras exactas en el autobús de la noche anterior.

—¡Bueno, bueno! ¿Eso quiere decir que el tercer libro hablará más de la relación entre ellos?

Daniela vuelve a mirar a Gabriel y asiente lentamente con la cabeza.

—Vamos, dilo —murmura para sí misma.

Se lo ha dejado claro esa misma mañana en la habitación del hotel cuando le ha enseñado el manuscrito, del que apenas lleva la mitad. No le va a dar tiempo a llegar a la fecha, pero hay algo que está bien claro.

—*Entre los dos* será el primero de todos que tenga puntos de vista de Uriel y Belce.

—Que me caigo. —A su lado, Hana agarra a Nuria del brazo y la zarandea—. Que me muero.

—Estoy en *shock*.

—Pero ¿qué leches es esto?

Daniela casi se parte el cuello cuando se gira hacia su hermana. Esa no es la reacción que esperaba, ni mucho menos. Pero Sara no está prestando atención al evento, sino que tiene el móvil en las manos, que le tiemblan un poco.

—Dani, no entres en pánico, ¿vale?

—¿Qué pasa?

Pero a su alrededor los susurros se han convertido en conversaciones fáciles de escuchar. Le llegan palabras sueltas «qué dices» y «qué fuerte» y hasta un «no me jodas».

De repente hay gente que la señala.

Cientos de ojos puestos en ella.

En la mesa, Gabriel se levanta y se gira hacia una persona del equipo, que niega con la cabeza.

—¿Qué pasa, Sara?

Su hermana le enseña el móvil, y casi se le para el corazón cuando ve una foto de la noche anterior. Ella con Gabriel en un tiktok. Una chica habla con un filtro y los subtítulos avanzan delante de sus ojos como si fueran los créditos de una película.

«Información filtrada».

«Conversaciones grabadas».

«Ella Spice no es quien dice ser».

«Mentiras».

Apenas se entera de lo que pasa a su alrededor, del caos, de las expresiones que Hana y Nuria tienen pintadas en la cara, porque Sara la coge de la cintura y se la lleva de allí. Ni siquiera es en contra de su voluntad porque de repente todo deja de tener sentido y ella se convierte en un cuerpo hueco y un corazón que intenta escapar del pecho para que deje de doler.

Chismes literarios:
ELLA SPICE
vuelve a ser noticia

¡Eh! ¡Eh! ¿Os queréis enterar de los chismes literarios de última hora? Pasad, pasad… Ella Spice vuelve a estar en el punto de mira del salseo literario en redes sociales. ¡Y eso que estamos en mitad del Fahrenheit! Y es que ya sabemos que cuando hay movimiento de autores… el chisme está asegurado. Coged vuestra taza de té, porque tengo mucho que serviros.

Empezamos hablando de un pequeño chisme que nos ha contado una *insider* del festival (o puede que sea yo misma): el reconocido escritor **Scott Karl Orbison anunció** en una de sus conferencias que, a partir de ahora, una gran parte de sus fondos, es decir, **la pasta fresca que saca de sus libros irá para la beneficencia.** Eso sí, no ha especificado a favor de quién. Solo ha dicho que «hará del mundo un lugar mejor». ¡Seguro que pronto nos dará buenas noticias!

Y el otro chisme (sí, sé que es este por el que venís) es el de Ella Spice. Estoy tan confusa como vosotras. Sí, yo también he visto las fotos de la chica y también he escuchado las conversaciones grabadas en las oficinas de Young Plutón. ¡QUE NOS LA HAN COLADO! Resulta que **Gabriel no es Ella Spice,** aunque parece que el chico de los rizos dorados **tiene una relación con la auténtica escritora** de nuestros sueños. Varios usuarios ya se están preguntando cómo es posible que esta editorial pueda seguir siendo tan chapucera (no bastaba con las **ediciones especiales con taras** que han sacado en los últimos meses) y cutre. Os dejo los audios y las fotos para que juzguéis, pero estoy… flipando.

En fin, ¿qué opináis? ¿Os creéis todo esto? Porque a mí me huele a que alguien ha querido meter mierda. De momento todavía no tenemos muchos datos, pero seguiré investigando.

Capítulo 23



GABRIEL

Durante meses ha estado estudiando a Ella Spice y tratando de adelantarse a cualquier tipo de situación, pero se ve que no estaba preparado para una bomba como la que acaba de caer sobre su cabeza (y la de Daniela, claro).

Cuando la presentación se vio interrumpida porque alguien empezó a gritar sobre la noticia de que él no era Ella Spice, Gabriel no supo cómo reaccionar. Julio fue el que lo cogió del brazo, lo sacó del panel y lo arrastró a una salita de una librería cercana en la que habían estado organizando algunos talleres esos días. Lo obligó a sentarse en una silla y empezó a hablar por teléfono muy rápido y a tocarse mucho la frente, la nariz y la boca.

Gabriel sacó su móvil y vio con sus propios ojos de dónde venía todo el follón. Un vídeo de TikTok de una chica a la que le había llegado un montón de información confidencial.

Una auténtica locura.

—Todo lo que teníamos planeado se cancela, Gabriel —le dijo Julio con amargura—. No puedes aparecer en estas condiciones. Hay que reunirse de urgencia.

Así que regresó a su habitación del hotel y se encontró con que Daniela ya se había llevado sus cosas. Lo único que dejó fue la ranita, sobre la cama, y Gabriel tuvo que respirar muy fuerte para no echarse a llorar ahí mismo. De hecho, lo único que evitó que se

derrumbara fue que tenía que hacer la maleta. Se concentró en recoger sus cosas y decidió adelantar su billete de autobús e ir directamente a Zaragoza, donde va a pasar las Navidades con su madre. Le envió un mensaje diciéndole que había pasado algo malo relacionado con el asunto de los libros y ella no hizo muchas más preguntas.

Es veintitrés de diciembre y al llegar a la estación Delicias, cargado con su maleta y la rana de peluche, siente que vive en un planeta distinto. Cuando mira por la ventanilla del autobús y reconoce las calles, los parques y cada rincón del trayecto, empieza a ser capaz de dejar atrás todo lo que está sucediendo en Madrid, al menos durante unos segundos. Se permite respirar profundamente. Ha ignorado las redes sociales, las llamadas de María y de Julio. Sin embargo, ha comprobado el chat con Daniela unas doscientas veces, pero ni siquiera ha visto que estuviera en línea. La única persona a la que no quiere ignorar es la única que no ha intentado hablar con él.

No tiene ni idea de qué va a pasar cuando vuelva, y por eso necesita centrarse en su madre y su familia. Así que cuando por fin la tiene delante, bajita, rubia, aunque con unas cuantas canas en el flequillo y las manos regordetas que le atrapan la cara antes de comérselo a besos, siente un gran alivio.

—Acabo de volver de mi turno en casa de la señora Ochoa —dice su madre, dándole un abrazo que le cruje todos los huesos—, me ha dejado salir un poquico antes, ¿cómo estás, mi amor?

—Un poco cansado, mamá.

«Cansado» no define bien cómo se siente.

Su madre lo vuelve a abrazar. O más bien, esta vez se abrazan juntos, y también caminan juntos hasta el salón que ya está decorado en cada rincón: el arbolito de Navidad, las campanitas colgando de los pomos de las puertas y de los cajones, un montón de peluches que ha ido acumulando con el paso de los años y un diminuto belén que cuando era pequeño siempre ponían juntos. Gabriel observa la mesita de café donde hay un patrón de crochet a

medio acabar y un té. Es como volver a la infancia: la misma alfombra, la misma lámpara que heredaron de una bisabuela y la misma madre que lo juzga tras sus ojos verdes.

—Deja la maleta por ahí y… ¿Y ese peluche? ¿Te pongo algo de comer? Estás muy delgaducho.

Gabriel niega con la cabeza, pero a su madre le importa muy poco porque desaparece de allí en dirección a la cocina.

Cuando se queda solo comprueba el móvil otra vez, esperando encontrar alguna señal de vida de Daniela.

Evidentemente, no hay ningún mensaje.

Sabe (o quiere convencerse de ello) que la chica no lo culpa por las fotos, ni por las grabaciones, ni por toda esa locura que parece sacada de una película mala. Pero sí que teme haberla decepcionado de otra manera.

Esas fotos han sido una invasión a su privacidad fuera de lugar. ¿Quién es él para tener a alguien espiándolo? No deja de pensar en lo insultado que se siente. En cómo toda esa mierda ha estropeado un recuerdo que quería guardar en un lugar muy especial: el recuerdo de la primera cita y el primer beso con la chica que le gusta.

Un beso al que le siguieron más, y que fueron increíbles y que… ahora ya no son suyos.

—Te he preparado una tostada con paté que me dio tu tía Concha, que, por cierto, lo guardaba para la comida de Navidad, pero te has adelantado. También tengo unos coquitos…

No le gustan los coquitos y su madre es plenamente consciente de ello, pero coge uno y lo saborea. Le lloran un poco los ojos.

—¿Tan malo está?

—No, mamá, es que… —Gabriel intenta aguantar el tipo, pero es difícil cuando su madre le pasa el brazo por los hombros—. Han pasado muchas cosas… Y sé que no tengo derecho a quejarme porque tú ya me dijiste que no me fiara, que podía salir mal y…

—Yo no tengo ni idea de nada, hijo.

—Ya, pues esta vez tenías razón. Me he quedado sin futuro y sin la chica que me gusta solo porque acepté esta farsa para conseguir publicar una novela. A la mierda la novela.

Su madre deja de acariciarle el brazo y lo mira con el ceño fruncido. Solía hacer eso cuando era más pequeño e insistía en ayudarla con el dinero. Es su cara de «tú lo que tienes que hacer ahora es estudiar. Y luego ya veremos».

—Si no hubieras aceptado esa farsa, tampoco habrías conocido a esa chica de la que, por cierto, no me has contado nada todavía.

La mira y comprende que, al decirle a su madre que había pasado algo, seguro que ha investigado un poco por su cuenta.

—No me digas que he salido en las noticias o algo…

—¿Qué? —Su madre abre mucho los ojos—. No, hijo, no, pero una compañera del trabajo, la que tiene la maquinilla con la que te suelo cortar el pelo en verano, me dijo: «Oye, ¿este no es tu chico?». Creo que es una mamá *influencer* de esas y le salió un vídeo.

—Genial…

El drama literario ha llegado al algoritmo de la gente que hace colaboraciones con marcas de leche en polvo.

—¿Quién es la chica? —insiste su madre.

—Mamá, que eso no importa ahora.

—Es que no me puedo creer que no me hayas contado nada.

—¡Porque no hay nada que contar! —protesta—. Y porque firmé un contrato…

—Soy tu madre, y las madres están por encima de cualquier ley.

—Ya, pero…

—Ni peros ni peras. ¿Y qué es eso de que a la mierda tus novelas?

—No me podrían importar menos ahora mismo, mamá. —Y se da cuenta de que es verdad—. Daniela lo estará pasando fatal, y yo estoy aquí sin poder arreglar nada.

—¿Daniela es la chica?

Gabriel asiente y se siente tonto. Siempre le ha contado todo a su madre, pero no sabe cómo explicarle que hasta hace dos días no había absolutamente nada que contar. Puede que Daniela le gustase desde hace mucho tiempo, pero no quería hablarle de ella a su madre por si la cosa acababa en desastre. Claro que no esperaba que el desastre fuera de ese nivel.

—¿Es la chica por la que te has hecho pasar?

—Es la autora de los libros, Ella Spice —explica—. Y se suponía que yo tenía que evitar que la gente supiera quién es ella y… En fin, si tu amiga te ha enseñado el vídeo, ya sabes de qué va la cosa.

—Pero Gabriel… Si alguien tiene que sentirse mal aquí, no eres tú y, desde luego, no es ella. Es la persona que sacó esas fotos o que ha compartido vuestras vidas privadas en redes sociales. Y también toda esa gente que anda cotilleando sin saber. ¡Ni que fuerais Can Yaman y Özge Gürel…!

Gabriel desearía no saber que habla de los protagonistas de su telenovela turca favorita.

—Pues bienvenida a Internet, mamá.

—De todas formas, yo no entiendo de estas cosas, pero si esa chica no quería que nadie supiera quién es, la empresa debería haberla protegido mejor. Y protegerla no es poner a un chavalín a fingir que es ella delante de las cámaras. Qué tontería.

Sí, es una tontería enorme.

—Eso no lo podemos cambiar, pero no dejo de pensar que yo tenía que ser la solución al problema de Daniela y ahora soy otra movida difícil con la que lidiar.

—¿Eso te lo ha dicho ella?

—Eso me lo digo yo, mamá.

—Pues no seas tonto, porque también ayudaste a esa chica cuando más lo necesitaba.

Desearía poder darle la razón, pero como es imposible, solo se recuesta en su hombro.

Capítulo 24



DANIELA

Nunca hasta ese momento se había sentado en el despacho de María.

Que sea una pecera y todo el mundo pueda verla ahí, encogida sobre sí misma como un ratoncillo asustado, tampoco ayuda. Lo único por lo que puede sentirse afortunada es porque, al ser fiesta, hay poca gente en la oficina.

El despacho es como siempre se lo había imaginado: con una mesa enorme, varias pantallas de ordenador y plantas de plástico. A eso hay que sumarle las decoraciones de Navidad: espumillones por las paredes, unas campanitas colgando de uno de los monitores y un *christmas* en el que pone: «Después de diciembre, mis medidas son: noventa, sesenta y revienta», que le hace sentirse todavía peor.

—Ay, Daniela, Daniela… —María la mira con una decepción que la revuelve por dentro—. ¿Es que acaso quieres que hagamos milagros?

Es una manera extraña de empezar una conversación. Llevaban dos minutos ahí, mirándose la una a la otra y sin decir nada.

—Yo no entiendo… No entiendo…

No entiende por qué alguien le sacaría una foto a ella, a Gabriel, a dos personas que no son estrellas, que tienen una vida que no le interesa a nadie. Jamás, en todos los años que lleva leyendo y siguiendo a autores, ha visto nada parecido. No entiende cómo se han filtrado unas conversaciones que tuvieron lugar en la editorial. Se ha atrevido a escucharlas y son reales. Son solo fragmentos sacados de contexto, pero es ella y es Gabriel y se escucha lo suficiente como para que se sepa que todo ha sido una farsa.

No lo entiende.

—Hace cuatro meses tuve a Gabriel en esta misma sala —María suspira, como si le costara recordarlo—, y quiero que sepas que me dejé las entrañas para que aceptase todo lo de Ella Spice. No sé si eres consciente de que no dejamos nada al azar. Sabíamos que funcionaría, que había que hacer eso para salvarte.

Daniela quiere hacerse más pequeña todavía.

Quiere desaparecer.

—Esto no es un juego, Daniela.

—Ya lo sé, pero yo no… Le he ayudado con todo y…

—¿De verdad? ¿Tú eres consciente de que todo lo que ha salido en redes sociales es confidencial? Yo me fui de vuestra conversación en el despacho, ¿entiendes lo que te digo?

—¿Qué insinúas?

—¿Seguro que no has sido tú?

La pregunta la deja desconcertada. ¿Ella? ¿Cómo iba ella a filtrar algo así?

—Eso no es…

—¿Que no es verdad? Daniela, nos conocemos desde hace ya casi tres años, y sé que lo que ha pasado es que, al ver tan de cerca lo que supone ser Ella Spice, has querido serlo tú. No pasa nada, es muy humano.

¿Eso es lo que ha pasado?

Sí, puede que durante un par de meses la realidad la haya abofeteado. Es posible que antes no pensase en las cosas buenas de ser Ella Spice para no sentirse mal, pero, desde hace un tiempo,

puede que haya vuelto a desearlas. Puede que ver a Gabriel con los fans de Ella Spice la haya hecho pensar «¿Y si…?». Aun así, su objetivo desde la noche en la que se besaron fue hablar con María, pedirle que contaran la verdad. Ella jamás usaría lo que siente por Gabriel para su propio beneficio.

—Yo no sabía que nos harían esas fotos o que alguien filtraría información confidencial y grabaciones. Sinceramente, todavía no entiendo cómo ha podido pasar.

—¿Cómo? —María se cruza de brazos—. ¿No entiendes cómo han hecho fotos de un autor famoso en uno de los eventos literarios más importantes del año?

—Cómo se ha filtrado todo lo demás —aclara con desdén. Jamás le había hablado así a María y algo le duele en el pecho—. Perdón, María. La situación me está superando un poco.

—¿Y por eso has hecho esto? Daniela, te lo juro, es que…

Desconecta y vuelve a leer la tarjeta de Navidad mientras las palabras de María siguen saliendo sin filtro. No quiere escucharla.

No puede hacerlo.

—Yo no he publicado nada —insiste. Lleva un buen rato rascando el plástico del reposabrazos de la silla con la uña. Empieza a dolerle —. Solo quiero saber si podéis hacer algo para solucionarlo. No nos merecemos esto.

—¿*Nos*? ¿Acaso has hablado con Gabriel al respecto?

Daniela niega con la cabeza. Cuando pasó todo, se bloqueó y escapó. Sara la ayudó a empaquetar y salir del hotel.

Fueron los peores momentos de su vida.

Gabriel había desaparecido y la gente empezó a reconocerla. Su hermana actuó de guardaespaldas, pero eso no evitó que los lectores de Ella Spice se acercaran a hacerle preguntas. Y aunque seguramente ninguno de ellos tenía intención de molestarla y seguro que no buscaban hacerla sentir peor, Daniela tuvo un ataque de ansiedad. Si Hana y Nuria no hubieran aparecido en ese momento, no sabe qué habría hecho para salir del follón. Le dolía el pecho y no podía respirar, y aunque escuchaba las voces de sus amigas y sentía

su apoyo cuando la sujetaron de los brazos para ayudarla a caminar, era como si ella existiera en un plano completamente distinto al resto de la humanidad. Uno oscuro, frío y en el que la gravedad la aplastaba contra el suelo una y otra vez y en el que había tormenta. Y en esa tormenta, en lugar de oír los truenos, recordaba cada uno de los pensamientos desagradables que había ido enterrando con el paso del tiempo.

«Cualquiera podría hacerlo mejor que tú».

«Ahora saben que eres una impostora».

«Patética».

«Sin talento».

«MENTIROSA».

«Cualquiera es mejor que tú».

—¿Me estás escuchando, Daniela? —pregunta María en el despacho.

Daniela aparta los recuerdos desagradables de su cabeza y la mira.

—No creo que a él le guste que esas fotos estén en Internet y tampoco creo que le guste estar en mitad de este follón.

—Y, sin embargo, él no está aquí.

—Porque…

—¿Por qué crees que Gabriel accedió a ser Ella Spice? Porque te aseguro que él no quería hacerlo —María frunce un poco el ceño—, hasta que le prometimos algo.

—Ya sé que Gabriel no quería ser Ella Spice y no me importa que gracias a todo este rollo él consiga publicar con vosotros, si eso es lo que insinúas —admite Daniela—. Creo que es hasta justo que lo hagáis.

—Lydia me ha dicho que van a ofrecerle publicar una novela en uno de los sellos de fantasía adulta —dice María.

Daniela asiente lentamente.

—Estará muy contento cuando se lo digáis.

—Después de las filtraciones, no hay manera de darle una vuelta a esto. Ahora, solo tú puedes ser Ella Spice.

Escucharlo en voz alta es peor que llevarlo pensando desde que volvió de Cudillés.

No puede creerse que solo dos días atrás estuviera en una habitación de hotel proclamando que por fin se sentía confiada para ser Ella Spice y ahora…

Se siente tan pequeña, tan atrapada en esa silla de despacho…

—Respira, querida. —María se acerca a ella y antes de que se dé cuenta, su mano está encima de la de ella. Manicura perfecta—. ¿Cuál es el problema?

Que no tenía que ser así.

Que lleva años lidiando con esa doble identidad. Que Gabriel debería haber estado a su lado cuando todo pasara. Que todo está borroso.

—Daniela…, ¿alguna vez te has planteado que todo esto no sea para ti?

Le cuesta respirar.

—No sé. —María se encoge de hombros—. Cuando te encontré, yo también pensé que tú y yo podíamos comernos el mundo juntas. Pero todo ha cambiado tanto… Estos últimos meses me he sentido la mala de la película, yendo detrás de ti para escribir. ¿Es que ya no lo disfrutas?

Pues a lo mejor tiene razón y no.

Ya no disfruta con la escritura.

Al fin y al cabo, *Entre los dos* debería estar acabada ya, pero apenas ha escrito media novela. Antes era capaz de publicar capítulos de sus *fics* casi a diario, ¿por qué ahora es diferente?

—Yo… No lo sé, María. Están pasando muchas cosas. —Daniela se limpia una lágrima traicionera que se le escapa por pura rabia—. Durante el festival… pensé en hablar contigo y contar que yo soy Ella Spice.

María ladea la cabeza y por un momento le parece ver que sus ojos se entrecierran. Pero debe haber sido una ilusión, porque su sonrisa perfecta aparece al instante.

—Llevo queriendo que tomaras esa decisión desde que empezaste a triunfar, cariño. Pero… —Está muy cerca de ella. Huele a perfume caro cuando la abraza y le clava los dedos en la espalda —. ¿Es lo que tú quieres?

—Gabriel me dijo que era lo mejor —recuerda ella—, que era lo que debía hacer. Pero yo quería hacerlo a mi manera, no así…

—A veces no hay que escuchar a los hombres, Daniela. Se nos meten en la cabeza como los piojos en los colegios en septiembre. —María suspira—. Es tu decisión, y solo tuya. No mía, ni de mis compañeros al mando que entienden de ventas y números. Y desde luego no es decisión de Gabriel. Él no es Ella Spice, no lo ha sido nunca.

—No, él… Él lo decía por mí. Porque sabe lo que es ser Ella Spice.

—¿De verdad? Porque creo que la que mejor lo sabe soy yo —María se aleja de ella y se coloca al lado de una de sus plantas. Con sus dedos de manicura perfecta empieza a acariciar las hojas—. Yo que he estado ahí siempre.

—Lo siento.

Sí, María siempre la ha acompañado. Ella tiene razón.

—Lo siento —repite Daniela—, pero creo que todo sería más fácil si supiera quién ha filtrado esas fotos y esas grabaciones y…

—¿Es que todavía no te has dado cuenta? —María se ríe—. Cariño, si juras que no has sido tú, ¿quién más estaba allí? ¿A quién le interesaba más que a nadie en el mundo que esto fracasase? ¿Quién sale ganando si tú sales perdiendo? Parece que eres dura de mollera.

Gabriel.

¿Ha sido Gabriel?

Imposible.

—¿Crees que ha sido él? —pregunta, como una niña asustada.

—Es lo único que se me pasa por la cabeza ahora mismo. Es más, no quiero imaginarme cosas, pero saltar al mundo editorial siendo el lío de Ella Spice es un *boom* para las redes sociales. Siento mucho

que nosotros te propusiéramos a Gabriel para el plan. Está claro que a veces nos equivocamos también. Poco, pero puede pasar.

Daniela vuelve a arañar el plástico de la silla. Las piernas le tiemblan. Todos y cada uno de los momentos que ha compartido con Gabriel en los últimos meses se mezclan en su cabeza como centrifugados por una lavadora: no puede pensar, solo dar vueltas a lo mismo, una y otra vez, una y otra vez…

—Mañana es Nochebuena y pasado Navidad —susurra—, ¿podemos hablar el veintiséis?

María deja de acariciar la planta y se gira hacia ella. Maquillaje perfecto, peinado impecable.

—¿Para hablar de qué?

—A lo mejor tienes razón y es hora de que le diga adiós a Ella Spice —admite Daniela—. Quizá la idea de que la editorial tome el relevo no sea tan mala como pensaba antes.

Al decirlo se siente liberada.

¿No?

—Aquí estaré, querida. Siempre a tu servicio.

Capítulo 25



GABRIEL

La mañana del veinticuatro de diciembre, Gabriel se levanta bastante tarde. Ha dormido abrazado a la rana de peluche y se siente patético. Sigue sin tener ningún mensaje de Daniela y duda si ponerse en contacto o no.

Al fin y al cabo, si ella quisiera hablar, ya lo habría hecho, ¿verdad?

Le tienta enviarle un mensaje a Sara, pero no quiere quedar como un plasta, sobre todo si en su casa están intentando celebrar las fiestas y no pensar mucho en el tema.

Así que al final, decide ayudar a su madre a preparar la cena de Nochebuena. Otras veces ha sido más numerosa, pero ese año, solo la tía abuela Concha se va a presentar, por lo que no necesitan darle muchas vueltas. Aun así, pedirle a su madre que no monte un maldito Masterchef en la cocina cuando hay un evento especial es como pedirle peras al olmo, así que cerca del mediodía empiezan a trabajar codo con codo para hacer un menú, como dice ella, «espectaculicioso».

La ayuda a cortar patatas, cebollas, pimientos, pelar gambas y machacar un montoncito de frutos secos. Su madre siempre le pide ayuda en la cocina, pero nunca le permite cocinar como tal, solo ser su pinche. En el fondo lo agradece, porque a ella se le da mejor esa parte.

—Y volviendo al tema. —Llama su atención mientras preparan el caldo para el consomé—. ¿Te gusta una chica?

—¿Cómo que volver al tema? Si no estábamos hablando de eso.

—Es que me sorprende que no me lo hayas contado —protesta—. Si me has llegado a confesar hasta los *crushes* más imposibles.

No sabe si le gusta que su madre haya aprendido a usar la palabra «*crushes*», pero lo que no le gusta es que añada la coletilla «imposibles».

—No eran imposibles…

—¿Poco probables?

Gabriel le lanza un trozo diminuto de jamón de york a la cara y suspira. La verdad es que, besos desastrosos aparte, sus *crushes* tampoco han sido mejores. Estaba su vecina, que se mudó el mismo día que Gabriel por fin se atrevió a dejar una carta de amor en su buzón y solo se enteró porque el nuevo inquilino (don Eustaquio) le devolvió el sobre un mes después. Y estaba ese chico con el que coincidía en el bus al ir a clase y que siempre lo miraba muchísimo. Se montó una telenovela de las que le gustan a su madre y un día, cuando creía que por fin pasaría algo, el tío se le acercó y le preguntó si quería asistir a sus clases de «*coaching* para hombres». Le dio un panfleto en el que explicaba que la primera sesión era gratuita, impartida por adolescentes y para adolescentes, y que te enseñaba a «encontrar tu esencia más masculina. Tu verdadero camino como hombre».

—Bueno, que no hay nada que contar, mamá —insiste.

—Si te parece poco estar saliendo con una chica que es famosa…

—Que no es famosa —responde mientras remueve el caldo más rápido—, y no estamos saliendo. Solo es una amiga.

—Bueno, pues una amiguica. Y que escribe, como tú.

Ojalá todo el mundo fuera como su madre.

Porque nadie más diría que Ella Spice y Gabriel escriben al mismo nivel.

—Pero en esas fotos no parecía que fuera solo una amiga —añade.

—¡Mamá!

La mira como si quisiera fulminarla con un rayo láser y comprueba las patatas rellenas del horno.

—La tía abuela Concha se va a quejar de que hemos puesto mucho queso.

—Pues que se queje, que le diré que la próxima es en su casa.

Se quedan en silencio, uno bastante incómodo, la verdad. Y al final, Gabriel ya no puede más.

—Me gusta, mamá —confiesa—. Al principio me parecía una tía muy plasta, pero estos últimos meses han sido muy divertidos y tú ya sabes que yo no he salido con nadie en mi vida, así que no sé qué hacer.

Su madre se gira lentamente y luego se encoge de hombros.

—Pues no tengo ni idea, Gabriel.

—¡Mamá!

—¿Qué te pasa ahora?

—¿Por qué me agobias para que te cuente mis problemas si luego no tienes soluciones?

—Porque los Reyes Magos llegan el día seis de enero, hijo. —Se ríe—. Y yo no soy uno de ellos.

—Y entonces ¿qué hago?

—Creo que lo único que tienes que hacer es apoyarla y ya está.

Pues vaya asco de consejo.

Su madre suspira y deja una bandeja de galletas sobre la encimera.

—Escucha, Gabriel. Me gustaría decirte que cuando me enamoré de tu padre también tuve muchos problemas y después de una historia muy dramática al final conseguimos estar juntos, pero lo cierto es que no. Fue muy fácil. Nadie se opuso, no hubo malentendidos y nadie ocultaba su identidad.

Gabriel solo tiene un recuerdo de su padre. Una noche, junto a su cama, leyéndole *El Hobbit*. Su madre se acerca y lo regaña, diciéndole que todavía no es mayor como para que le cuente esas

historias. Su padre se desvanece en algún punto y allí solo quedan las aventuras. Nada más.

—Pero sé que, si pudiera, daría todo lo que tengo por pasar un minuto más con él.

Gabriel asiente con la cabeza y se acerca a su madre para darle un beso en la mejilla.

—Vamos a hacer que la tía abuela Concha no se pueda quejar de nada.

—Uy, a mucho aspiras tú.

* * *

Concha llega cerca de las nueve, con su abrigo enorme y su perrito Di Caprio en los brazos. Es un pomerania adorable que no merece el castigo de su nombre y que en cuanto entra en el piso, corre para echarse cerca de uno de los radiadores.

La cena es en el salón. Gabriel se asegura de que todo esté perfecto, de que la silla de la tía abuela tenga el cojín bueno.

—Pero ¡cómo puedes estar más guapo cada año que pasa! —La mujer le da un beso en la frente y luego lo mira con el ceño fruncido —. Salvo por esa ropa que llevas, ¿a quién se la has quitado? ¿A un gigante?

Eso también es tradición.

—Al vecino, que no tenía pasta para ropa nueva.

—¡Ay, qué desgracia!

Gabriel pone los ojos en blanco y la lleva hasta el salón. En la tele hay un programa de reposición de antiguos grupos españoles.

Durante la cena, Gabriel se siente en otro plano. No mira el móvil, no piensa en lo que estará pasando en Madrid. Intenta no preocuparse por Daniela más de lo necesario. Quiere disfrutar de un momento en familia que solo puede vivir una vez al año.

Comen un montón, casi a dos manos, y la tía abuela Concha llena la mesa de anécdotas de su trabajo, del que tendría que haberse jubilado hace años, pero no quiere dejar porque todas sus amigas

siguen allí. Les habla de cantidad de historias que, si Daniela estuviera allí, seguro que podría transformar en ideas.

Ahora todo le recuerda a ella.

La comida, la música, la atmósfera y… hasta el silencio.

Y eso es horrible.

Por eso se alegra cuando terminan con las galletas y llega la ronda de los licores y los polvorones.

Porque eso significa una cosa.

—Toma, hijo —dice su madre, que saca la bolsa que ha estado guardando toda la noche bajo la silla, y sonríe—, espero que te guste.

La hora de los regalos.

Cuando Gabriel coge el paquete bajo la atenta mirada de su madre y la tía abuela Concha, intenta fingir que no sabe lo que es. Es un clásico: un libro. Siempre le regalan libros por Navidad porque es de los pocos momentos del año en los que su madre y él pueden leer juntos en el sofá. Ese año, con todo lo que ha pasado, se le olvidó darle un listado de títulos. Aun así, cuando el papel cae al suelo y no reconoce la portada, su cerebro se paraliza un segundo.

—¿Esto es…?

—Como a mí nunca me has dejado leer tus cosas, tuve que hacer unas llamadas. Los chicos del rol son todos muy majicos y uno de ellos se ofreció a hacer el dibujo.

El libro se titula *Las aventuras de Leonir.* Su madre lo ha imprimido y encuadernado. La ilustración de la portada parece hecha por un profesional: su protagonista, su personaje, su alter ego de tantos años, sosteniendo una espada en el aire. Gabriel acaricia el título con los dedos, dorado y de una textura suave.

—Se está emocionando —dice la tía abuela Concha.

Y eso es lo que lo rompe. Las lágrimas empiezan a salir como un grifo roto que llevaba atascado mucho tiempo: los esfuerzos que no llegaban a nada, las noches escribiendo para que nadie lo leyera, el tonto del culo de Karl Orbison, todo lo de Daniela, el marrón… pero también piensa en los besos, las caricias y las risas. El apoyo de la

chica, en su nueva novela… y ahora en los ojos de su madre, en la sonrisa que le dedica y en la expresión de la tía abuela Concha cuando dice:

—Tu madre me habló de esa historia, ¿por qué no me la habías mandado antes? Llevo la mitad y me está gustando más que el del demonio, que era hasta demasiado guarrete para mí. —Se saca del bolso su propia copia de *Las aventuras de Leonir*.

No sabe si lo dice en serio o solo para hacerlo feliz, rollo duende de la Navidad que ha ido a su casa a comer polvorones a dos carrillos y hacerlo sonreír, pero acepta sus palabras igualmente.

—Gracias a las dos. —Y se lanza sobre ellas para darles un abrazo —. Estoy escribiendo algo más. ¿Lo querréis leer?

—Cuando me vuelvan a graduar las gafas de cerca…

A partir de ahí, todo son risas. Su madre abre el regalo que le ha comprado (unos zapatos que quería desde hace mucho tiempo) y la tía abuela Concha recibe una funda del móvil nueva que cambia al instante.

Sacan más polvorones y algo de champán al que él solo le da un par de sorbos, sobre todo porque no quiere caer en la tentación de lo que sucede poco después: las dos mujeres bailando y cantando a voz en grito el maldito *Burrito sabanero.*

Él solo observa con una sonrisa en los labios y el ejemplar de *Leonir* en el regazo, como si fuera un bebé.

Entonces, en mitad de un «tuki tuki tuki tuki» y un «tuki tuki tuki ta» le llega un *email.*

No puede ser.

Otra vez.

Parece que María no es la persona más hábil a la hora de enviar correos (lo que es curioso, dado que su trabajo consiste básicamente en eso), y más de una vez le ha mandado correos que en realidad son para Julio. Vale, Julio y él tienen el mismo apellido, pero ¿cómo es posible que María no se dé cuenta al no recibir respuesta?

Y, para su desgracia, e igual que sucedió la última vez, ese tampoco es un contenido de trabajo.

Lo sabe porque el asunto del correo ya promete:

ASUNTO: A PUNTITO, MI AMOR

—Claro que sí… En mitad de una crisis en Navidad y lo que les pide el cuerpo es decirse guarrerías…

No se da cuenta de que habla en voz alta y de que tanto su madre como Concha se quedan mirándolo. Y eso es un grave error.

Su madre no es muy dada al cotilleo, pero la tía abuela Concha…

—¿Alguien te manda cosas raras, cariño?

—No, son dos personas del trabajo. Usan el correo corporativo para mandarse mensajes… calientes.

—¿¡Mensajes guarrillos de compañeros de trabajo!?

Antes de que pueda hacer nada, Concha le quita el móvil y pulsa la notificación con su manicura recién hecha.

> Julio, ayer hablé con Daniela y la chica ya no puede más. Como te dije en mi último mensaje: la hemos roto. Mira, lo que no entiendo es cómo ha durado tanto esto. Admito que lo de las fotos y los audios fue… espectacular
>
> Va a renunciar a la marca Ella Spice. Cree que Gabriel es el que conspiró contra ella, no se fía de nadie y está tan derrotada que corrió a mis brazos a lloriquear. Lo he pensado un poco y es que los jóvenes de ahora son tan… ¿expresivos? No sé si esa es la palabra, pero está claro que no dudan en expresar sus emociones. ¿Será por eso que los llaman «generación de cristal»?
>
> Ah, por cierto, ¿te encargarás de escribirle a Gabriel para decirle que, por supuesto, ya no hace falta que siga con todo esto? Y decirle de paso que ya no lo vamos a necesitar como community manager.
>
> Lo único de lo que me arrepiento es de no haber presionado a Daniela desde el principio. ¡Habríamos acabado mucho antes con todo este lío! Ya te dije que creía que nos lo habría dejado todo. Aunque bueno, así mejor, porque por lo

que parece ya no quiere ni volver a escribir en la vida, así que no nos dará problemas con el contrato y ni querrá recuperar el nombre de Ella Spice en el futuro.

Oye, no me siento mal, al menos ha salido un romance inesperado de todo esto. Podríamos escribir un libro de ellos, ¿qué te parece para dentro de unos cuatro meses?

Te quiere,
tu María Spice.

Tuki tuki tuki tuki.

—¿Daniela no es tu novia?

Tuki tuki tuki ta.

No es su novia, no, pero ese mensaje explica muchísimas cosas.
Las fotos del beso.
Los audios del despacho.
A lo mejor hasta las fotos del verano que lo provocaron todo.
El agobio sin sentido de María.
Su insistencia para que otra persona escribiera las novelas en lugar de Daniela.
—A lo mejor deberías llamarla —dice su madre, con restos de polvorón en la comisura de los labios.

Apúrate, mi burrito.
Que ya vamos a llegar.

Capítulo 26



DANIELA

El techo de la habitación en casa de sus padres empieza a ser más oscuro cada día que pasa, como si la noche devorara su dormitorio. O la devorara a ella.

El día de Navidad es incapaz de ayudar a su padre y su hermana, los encargados de preparar las comidas en las ocasiones especiales. Su cama parece un refugio del mundo exterior. Sin móvil, que no deja de vibrar en el escritorio. Sin problemas. Sin fotos ni filtraciones. Sin esa presión en el pecho que no ha dejado de sentir desde que salió de las oficinas el día anterior.

Toda su familia ha intentado hablar con ella en algún momento.

Al final tuvo que enseñarles uno de las docenas de vídeos sobre el tema que habían pululando por Internet.

Su padre no dijo nada, solo la abrazó.

Su madre, más parecida a su hermana, intentó sacarla de la cama y obligarla a comer unos bombones que le habían dado unas compañeras de trabajo.

No funcionó.

Ahora en la casa suenan villancicos y su familia prepara la larga mesa para los invitados: sus primos, sus tíos, los abuelos que le

quedan y la vecina Beatriz, que siempre se une a ellos porque no tiene a nadie con quien pasar las fiestas. Le gusta que ella esté porque tiene un gatito que siempre busca caricias. Pero este año su cuerpo no se mueve, es como una tabla.

Piensa en todos los meses anteriores, en la estupidez en la que se metió por pura cabezonería. Piensa en sí misma, la mañana en la que amaneció pensando que por fin podría dictar las normas y contarlo todo a su manera.

Piensa en todo lo que seguramente haya hecho mal.

Piensa en el síndrome del impostor y lo fácil que sería su vida si pudiera arrancárselo de la cabeza, del corazón y de las terminaciones nerviosas.

No lo quiere.

Lo detesta.

Lo odia.

Se odia a sí misma por dejar que la infecte hasta la última célula de su cuerpo.

Estar en el dormitorio de casa de sus padres no ayuda, porque allí fue donde empezó todo. El primer *fic*, el primer comentario, el primer *like* y sobre todo el correo de María.

Su madre ha guardado todos los libros que ha publicado hasta ahora, así que se carga de energía para levantarse y coger el primero de *Cuál de los dos*. Le da vueltas entre las manos, sintiendo la suavidad de la portada, el relieve del título. Observa a sus personajes, a Belce, Uriel y Alba y les pide perdón por no estar nunca a la altura. Abre las páginas y empieza a leer por encima: la llegada a la academia, la primera clase de inglés con Belce, la clase de música y Uriel, los besos, las fiestas, los misterios… Relee una y otra vez los besos; sabe en qué páginas están y se le acelera el corazón en cada una de ellas. Se siente rara, porque pocas veces vuelve a leer las cosas que escribe. Se siente rara porque le gustan.

Duda un momento, pero enciende el ordenador viejo y se sienta en su escritorio. Su madre tampoco ha cambiado los pósits que pegaba por todos lados para no olvidarse de las tramas de sus

historias. Son una buena distracción mientras ese viejo cacharro arranca. Tarda casi diez minutos en mostrarle el escritorio y otros cinco en abrir el navegador.

Allí tiene todos los marcadores de las webs en las que publicaba sus historias.

Sonríe y hace clic en la que más éxito tuvo: *Dulce tentación*. Abre el primer capítulo, que es solo una introducción que escribió para sus lectores:

> Hola a todxs!!!! Esta es mi primera historia 100% de ROMANCE SOBRENATURAL, así que tened un poco de paciencia, ¿vale? Es la historia de Jennifer, una chica capaz de ver el futuro de las personas a las que besa. Eso hace que ninguna relación funcione, ¡porque ve todas sus rupturas! :') Pero eso cambia cuando conoce a Viktor, un chico con el que se lía en una fiesta y... con el que su poder no funciona. ¿Será su final feliz? Tendréis que leer hasta el último capítulo para saberlo.
>
> ¡Comentad porfi!
>
> Os quiero xxx

Se acuerda de aquello. Se pone a leer y el tiempo pasa rápido, tanto como la historia, que tiene un ritmo malísimo. Las conversaciones son tan horribles que le entra la risa en varias ocasiones. Y se nota tantísimo que *Atardecer*, la mejor saga de vampiros de la historia, era su novela favorita…

—Hay que saber dónde acaba el homenaje y empieza el plagio, amiga —dice en voz alta.

Va por el capítulo veinte cuando escucha unos golpecitos en la puerta.

—Dani, ¿puedo pasar?

Su hermana no espera la contestación para abrir la puerta y entrar. Lleva el móvil en la mano y Daniela teme que haya pasado algo peor todavía.

—Si son más malas noticias, no quiero oírlas —le advierte.

—Hana y Nuria quieren hablar contigo —Sara señala el móvil—, y me lo dicen a mí porque tú no contestas.

Su móvil sigue abandonado, vibrando como si quisiera perforar la mesilla.

—Sara, no tengo ganas de…

—Hazlo, por favor.

Su hermana tiene que insistir dos veces más, pero al final, Daniela asiente y, antes de que pueda evitarlo, Sara clica en la opción de videollamada, y Hana y Nuria, con jerséis navideños y unas diademas de reno muy graciosas, aparecen en la pantalla.

—Hola, chicas.

—¡Dani! —Nuria la saluda con tanta efusividad que le da un manotazo al móvil—. Pero ¿dónde te escondes, chica? ¡No sabes la cantidad de…! —La imagen se corta un instante. Ya no recordaba lo mal que va la conexión en ese dormitorio—. ¿Hola? ¿Nos oís?

—Sí, Hana, ¡te oímos! —dice Sara.

—¿Qué tal estás, Dani? —pregunta Hana.

Ella también se lo ha estado preguntando. No sabe qué siente, solo que tiene delante a sus dos mejores amigas a las que ha estado mintiendo durante años. Cuando le dio el ataque de ansiedad en Cudillés, ellas la ayudaron. Y habrían estado en todo su derecho de hacer miles de preguntas, pero simplemente la acompañaron y apoyaron sin decir palabra.

—Lo siento mucho, chicas —murmura—. Os juro que todos los días pensaba en contaros la verdad, y todos los días encontraba un motivo para no hacerlo. No quería que os enterarais así.

—¿Que nos enteráramos de que nuestra mejor amiga es en realidad la escritora de la que hemos *fangirleado* durante años? —Hana frunce el ceño—. Bueno, admito que me sentí un poco tonta, pero se me está empezando a pasar.

—Mi madre hace un turrón casero genial, eso ayuda —dice Nuria.

Sara se ríe a su lado, pero Daniela niega con la cabeza.

—Lo siento muchísimo, pero tenía miedo de que se os escapara o que me trataseis diferente… No sé, todo lo que en mi cabeza tiene sentido lo pierde en cuanto me sale por la boca.

—A lo mejor es porque tu cabeza está jugándotela, Dani.

Su hermana sigue con esa cantinela. Pero después de la conversación con María en el despacho, Daniela ya tiene claro lo que debe hacer. Se acabó. Es el momento de decir adiós a Ella Spice y a todos los problemas que ha causado en su vida.

—Sea como sea, lo siento.

—Yo tengo una pregunta. —Nuria levanta la mano como si estuvieran en clase—. Entonces, ¿lo de Gabriel también era mentira? En plan, lo del chico guapo mirándote como si fueras el origen de la felicidad o algo así.

Gabriel.

Se le escapa una mirada hacia su móvil.

—En la editorial creen que Gabriel fue el que filtró las fotos y los audios.

—¿Qué? —Hana y Nuria reaccionan a la vez.

Sara tarda un poco más.

—¿Gabriel? ¿Por qué haría eso?

—Dicen que para librarse de todo esto y aprovechar la fama para que le publiquen sus novelas.

—¿Y tú has hablado con él? —pregunta Sara—. O sea, yo no sé si te mira como si fueras el origen de la felicidad o como un amigo que te quiere, pero ¿no te gustaría preguntarle directamente?

Daniela niega con la cabeza.

—No hemos hablado desde lo que pasó en el Fahrenheit —responde—, pero ya no importa. Todos estos meses han sido una tontería. Se ha acabado. Mañana le diré a la editorial que renuncio a Ella Spice. Gabriel publicará sus novelas y yo podré descansar y no pensar en esta movida nunca más.

«¿Es lo que tú quieres?», le preguntó María en el despacho.

Es lo que quiere.

Nunca había tenido nada tan claro. Adiós a Ella Spice.

—¡No puedes hacer eso! —protesta Nuria.

—¿Qué pasará con el final de *Cuál de los dos?* —añade Hana.

—¿Y con tu sueño? —Su hermana parece a punto de llorar.

—No pasa nada, Sara. De verdad.

—¡Sí que pasa! —Pocas veces la ha visto tan enfadada. Al otro lado del móvil, Hana y Nuria también se miran con sorpresa—. Llevo aquí desde el principio, Dani. Te he visto escribir *fics* y te he visto ser Ella Spice en las sombras y… ¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta todavía de que cuando hablas de tus historias con los demás te conviertes en la persona más feliz del mundo? En serio, es que se te ilumina la cara.

—Eso es verdad —dice Nuria—, siempre había pensado que eras la mayor fan de Ella Spice porque hablabas de los personajes como si formaran parte de ti.

—¡Porque es así! —Sara la coge de la mano—. Tú no quieres dejar a tus personajes, ni quieres dejar de escribir, lo que quieres es olvidarte de una vez por todas de esa editorial, de sus presiones y de que hayan convertido a Ella Spice en alguien que no eres tú. Hasta Gabriel se sentía incómodo representando ese papel que te has inventado, Dani. Ella Spice no es real. No puede serlo. Y estoy segura de que nadie quiere que lo sea —le da un apretón—, porque, por favor, ¿te crees que si tus lectores no te quisieran habrían aceptado que un tío resultara ser tú?

Sara no es de las que sueltan discursos emotivos y eso hace que sus palabras la emocionen más. Al otro lado de la cámara, sus dos mejores amigas también asienten con la cabeza.

—¿A ti te gusta escribir, Dani? —pregunta Hana.

Y Daniela se da cuenta de que hay muchas preguntas como esa en su cabeza.

«¿Alguna vez te has planteado que todo esto no sea para ti?».

«¿Es que ya no lo disfrutas?».

Suspira.

El ordenador sigue encendido, la ventana con *Dulce tentación* todavía abierta. Piensa en las figuritas de Belce, Alba y Uriel que Gabriel le dio, en las cartas, en los dibujos… Recuerda aquella vez que no era capaz de acabar una escena y Sara la llevó a correr por el Retiro durante dos horas seguidas hasta que el alma se le salió del cuerpo y dio paso a las ideas. Vuelve a todos los encuentros del club

de lectura. Al festival, a los ojos de cada persona que se cruzaba con Gabriel.

Se ve a sí misma sentada en esa misma habitación y soñando con que la leyera el máximo número de personas… pero no para ser famosa, solo por tener más gente con la que compartir sus ideas y sus historias.

Al mismo tiempo, no puede evitar pensar en la ansiedad de no llegar a las fechas, los correos inundándole la bandeja de entrada, las prisas, las sorpresas indeseadas, la presión en el pecho. El desastre en el que se ha convertido el final de una historia a la que le tenía tantísimo cariño.

«¿Alguna vez te has planteado que todo esto no sea para ti?».

Puede ser.

Puede que ser Ella Spice nunca haya sido para ella.

El móvil vuelve a vibrar.

Es una llamada.

Daniela no responde a sus amigas y se levanta para cogerlo. Tiene tantas notificaciones que es imposible leer ninguna. La llamada entrante es de Gabriel.

El corazón le da un vuelco.

Gira la pantalla hacia Sara, que sostiene su propio móvil con unas Hana y Nuria más confusas que antes.

—Cógelo, Dani.

El pulgar le tiembla sobre el icono del teléfono, pero coge aire y desliza el dedo hacia la derecha.

Al otro lado escucha la respiración agitada de Gabriel.

—Dani, por fin, menos mal.

—Hola.

—Siento mucho llamarte, pero no respondías a mis mensajes y tenía que hablar contigo. —Al otro lado se escuchan coches. «¿Qué hace en la calle el día de Navidad?»—. ¿Has hablado con María?

—Sí —Daniela asiente con la cabeza, aunque él no la pueda ver—, y ya me lo ha contado todo.

Silencio.

—¿Te lo ha contado todo?

—¿Entonces es verdad?

—¿Qué verdad? —Se escucha un golpe y un claxon—. ¡Perdón! ¿Qué dices, Dani?

—No estoy enfadada contigo en realidad, pero me gustaría saber por qué lo has hecho.

—¿Que yo he hecho qué?

—Las fotos y los audios, sé que fuiste tú.

La llamada se pierde un segundo por la mala conexión y el ruido al otro lado desaparece. Daniela no está segura de que Gabriel la haya oído; el wifi sigue sin ir bien. Activa los datos, pero la llamada se ha cortado. Se queda quieta con el móvil en las manos y el pecho comprimiéndole los pulmones.

Sara sigue mirándola, y no puede evitar hacer lo mismo durante un minuto larguísimo en el que Hana y Nuria tampoco saben qué decir.

Entonces suena el telefonillo.

Daniela escucha la voz amortiguada de su madre cuando lo coge.

—¿Crees que…?

Si la telepatía existe, tiene que ser algo parecido a lo que Daniela siente en ese momento. Su hermana no dice nada, pero sabe perfectamente lo que está pensando.

—Imposible.

El timbre vuelve a sonar y después se escucha el ruido de la puerta y su padre hablando con alguien.

Sara sale corriendo, con Hana y Nuria gritando incoherencias en la videollamada y Daniela va detrás. Sus pasos la llevan al salón donde la mesa ya está puesta y toda su familia la mira como si fuera un fantasma. En uno de los sofás, la vecina Beatriz acaricia a su gato. Es la única que no la mira a ella, sino a la persona que hay al lado de su padre.

Rizos desordenados, el abrigo negro enorme algo mojado, las zapatillas desatadas, una mochila que descansa a sus pies y la ranita que consiguieron en la feria. Daniela ha estado pensando en ella

desde que se marchó de Cudillés. Con el lío y la ansiedad, se la olvidó. Mira a Gabriel a la cara y se encuentra con sus ojos verdes más verdes que nunca. Las mejillas rojas por el frío.

—En el contrato… —jadea el chico—. Suponía que habrías vuelto a casa por Navidad, pero no tenía tu dirección, así que… bueno, miré la dirección que aparecía en el contrato que firmamos y cogí un bus desde Zaragoza. No te avisé porque me daba miedo que salieras corriendo otra vez y… han sido las cinco horas y pico de viaje más tensas de mi vida.

Casi seis horas. Cuatro desde Zaragoza a Madrid y luego hasta allí. Daniela está tan bloqueada que se gira hacia Sara. La telepatía debe de volver a funcionar, porque su hermana pregunta:

—¿Pero y si esa dirección llega a estar mal?

—Le mandé un mensaje a Nuria por Instagram para comprobarlo.

—Así que era para eso… —murmura Nuria desde el teléfono. A su lado, Hana la mira con incredulidad.

—Dani —Gabriel da un paso al frente, pero se da cuenta muy rápido de que hay una habitación llena de extraños preguntándose qué hace ahí, así que se arrepiente y vuelve a la posición original—, yo… necesitaba verte.

—Gabriel, yo…

—No, escúchame, por favor. —Se aparta el pelo de la frente y coge aire—. Cuando empezó todo esto, pensaba que la vida me estaba dando una oportunidad para cumplir mi sueño de publicar. Menosprecié tu trabajo y luego descubrí todo el esfuerzo que has puesto en tus historias. He sido un tonto tantas veces… pero me has enseñado muchísimas cosas y ya sabes que el día del festival estaba dispuesto a pasar a la historia como el pringado que fingió ser Ella Spice durante cuatro meses.

—El atractivo pringado —corrige Nuria.

Sara silencia su micro y pide disculpas con un gesto.

—Así que entiendo que quieras huir de todo o que creas que es mi culpa, por no tener más cuidado o no hacerlo mejor, pero… por favor, no renuncies a ser Ella Spice.

Daniela necesita hacer un esfuerzo para apartar los ojos de Gabriel y fijarse en sus padres, que tienen cara de no entender nada. Luego se gira hacia el resto de la familia y se da cuenta de lo que debe hacer. Coge a Gabriel de la mano y tira de él para regresar sobre sus pasos, de vuelta a su habitación. Escucha protestas a su espalda, como si estuviera interrumpiendo la escena de una telenovela; también oye a su madre gritar «¡la puerta se deja abierta!», pero la ignora cuando entran al dormitorio y la cierra a su espalda, intentando calmarse un poco.

Gabriel se queda muy quieto. No encaja para nada en esa habitación que es su infancia y adolescencia, pero por algún motivo, le gusta verlo rodeado de sus peluches y antiguos muebles.

—Dani —la vuelve a llamar.

Recorta la distancia que hay entre los dos. Puede sentir el frío que él trae de la calle.

—Necesito saber algo. —Como Gabriel no dice nada, Daniela continúa—: ¿Fuiste tú el que grabó esas conversaciones y filtró la información?

Está claro que Gabriel no entiende bien lo que está diciendo porque ladea la cabeza como un cachorrillo.

—¿A qué te refieres?

—Todo lo que dijo esa chica en TikTok, todo lo que…

—Claro que no —balbucea Gabriel, intentando encontrar unas palabras que parecen no querer salir. Al final cierra los ojos y continúa—. Me gustas mucho, Dani. Me gustaste en la primera presentación de Ella Spice y desde entonces me has vuelto completamente idiota, te lo juro. Llevo meses obsesionado con tus libros, intentando no imaginarte escribiendo esos besos y esas escenas porque… Bueno, porque no dejaba de pensar que ojalá yo formara parte de ellas. Al principio me daba igual aprovecharme de tu trabajo, pero poco a poco me di cuenta de que lo correcto era que tú y solo tú fueras Ella Spice. Y por eso me alegré en el festival cuando me dijiste que estabas convencida de ser tú misma. ¿Cómo

iba a arruinar todo eso? Hace tiempo que no quiero ser tú, Dani, solo quiero… Te quiero a ti. Nada más.

Lo besa sin pensárselo dos veces.

El abrigo acolchado la recibe cuando se encuentran en un choque desesperado que es mitad abrazo mitad boca a boca. Daniela necesitaba la respiración de Gabriel para revivir, y él la de ella. Sus labios se acarician, se abren y sus lenguas se encuentran. Daniela ya no tiene palabras, así que intenta transmitirlo todo con su cuerpo; con sus manos alrededor de las mejillas heladas del chico. Él la atrapa por las caderas y las manos suben por su espalda, acariciando cada centímetro de ella.

Cuando ya no puede respirar, Daniela se aparta un poco y lo mira a los ojos. Nadie la había mirado de esa manera nunca.

—Tú también me gustas, Gabriel.

Se muere de vergüenza y agacha un poco la cabeza. Él aprovecha para juntar su cabeza con la de ella y suspira.

—Siento mucho todo lo que ha pasado, pero todavía estamos a tiempo de darles su merecido y hacer las cosas a tu manera.

Daniela lo abraza y apoya la cabeza en su pecho.

—¿Darles su merecido? ¿A quiénes?

Gabriel la aparta y frunce un poco el ceño.

—Era lo que venía a contarte en persona. Pero como me has dicho que habías hablado con María, pensaba que ella ya había puesto las cartas sobre la mesa.

—Sí, me dijo que ellos se quedarían con Ella Spice, y se lo agradezco, siempre es tan atenta conmigo…

Por la expresión de Gabriel, se da cuenta de que hay algo que todavía no sabe. El chico saca el móvil del bolsillo y lo desbloquea.

—Lo que voy a enseñarte no te va a gustar, pero no te preocupes, porque yo estoy contigo. —Sonríe—. Y pase lo que pase, ahí fuera tienes una familia y unas amigas que te apoyan tanto como yo.

Daniela asiente y abre un correo que viene de la misma dirección que ya le cambió la vida una vez.

Capítulo 27



GABRIEL

El día después de Navidad, Gabriel se despierta como si hubiera vivido un sueño. Ha dormido en el sofá del salón de la casa de los padres de Daniela y se despierta con el olor del café y bollos al horno.

No se atreve a levantarse a pesar de que escucha ruidos y voces en la cocina. Cuando le mandó ese mensaje directo a Nuria no pensó en quedarse a dormir en casa de Daniela; encima no solo con sus padres sino con toda su familia y hasta la señora de enfrente. Fue divertido, pero también muy incómodo, y aunque fueron muy amables, agradeció el momento en el que apagaron las luces y pudo recostarse allí.

Se queda sentado un buen rato, pero no se aburre. El salón está repleto de fotografías de Daniela y Sara cuando eran más pequeñas.

—¿Tú también tienes fotos embarazosas por toda la casa?

Levanta la cabeza y encuentra a Daniela, todavía en pijama y con una bandeja en las manos.

—Peor, porque no tengo hermanos, así que la vergüenza no se reparte entre dos —dice él.

Daniela sonríe y se sienta a su lado, con la bandeja apoyada sobre las rodillas.

—He preparado un poco de leche con Cola-Cao —explica—, y no te preocupes, mi madre guarda la leche en el frigorífico. Estos son

unos bollos que compra mi padre en la panadería de la esquina y son buenísimos. Además, los colocan con unas pincitas, así que nadie los ha tocado con las manos, ya sabes…

Gabriel le da un codazo suave.

—Gracias.

De pronto, los labios de Daniela descansan sobre los suyos. Sabe a miel y a bollitos.

—Sé que no quieres que nos besemos hasta que te hayas lavado los dientes, pero estás guapo y no he podido resistirme.

—No… No pasa nada —responde nervioso—, me gustan los besos por la mañana.

—Me lo apunto.

Ella sí que está preciosa. Así que no puede evitar inclinarse de nuevo y besarla también. Le abre la boca, sujetándole la mejilla con cuidado y perdiéndose en la suavidad de su lengua. Daniela le corresponde con un suspiro y los ruidos de la cocina desaparecen, también los pensamientos de lo que van a tener que hacer hoy, porque ahora solo importa ella.

Daniela.

—Uf, id a un hotel.

Se separan al instante. Sara hace una mueca, apoyada en el marco de la puerta y con los brazos cruzados.

—Tienes suerte de que haya sido yo y no mamá —dice—. Te está sonando el móvil todo el rato. Es María.

Daniela estira el brazo y Sara le entrega el teléfono. Tarda un segundo en contestar. Le tiemblan los dedos cuando pone el altavoz.

—Hola, cariño, ¿me oyes bien?

—Sí, María, perdona, me acabo de despertar.

—No te preocupes, ¡esa resaquilla! —se ríe al otro lado—. ¿Cuándo vas a venir?

—Pues… Lo que me cueste arreglarme.

—¡Aquí te esperamos!

Daniela cuelga y cierra los ojos con fuerza.

—Va a salir bien, Dani. —Sara se arrodilla delante de los dos—. Has hecho lo que tú querías y esa bruja no se va a salir con la suya. Sacadle fotos cuando se entere de todo, ¿vale?

Ya no pueden retrasarlo más.

* * *

Parece que fue ayer cuando se subió al metro para ir a Plutón Ediciones pensando que le iba a cambiar la vida. Lo cierto es que sí que fue un gran cambio, pero no como él esperaba.

Esta vez hace tanto frío que tiene que meter las manos en los bolsillos del abrigo para que no se le caigan los dedos. No se pasan ninguna parada, no hay nadie en el vagón hablando de Ella Spice, y cuando llegan a las oficinas, «la de seguridad» es «el de seguridad» y ni se molesta en mirarlos dos veces antes de dejarlos pasar.

—¿Estoy convencida de esto? —pregunta Daniela cuando entran al ascensor.

—Ayer lo estabas.

—Sí, estoy convencida —se dice a sí misma.

Gabriel saca el móvil del bolsillo y le enseña a Daniela la miniatura del vídeo que han preparado.

—Dale.

Y ya no hay vuelta atrás.

Cuando salen del ascensor, Luisa tampoco los recibe, y Gabriel se alegra por dos motivos: porque sería incómodo y porque le gusta ver que al menos le dan vacaciones por Navidad.

Avanzan hasta la pecera de cristal a través de la que pueden ver una imagen similar a la que Gabriel contempló cuando le pidieron que fuera Ella Spice. Lo más sorprendente de todo es que esa gente esté trabajando el día después de Navidad. Reconoce a Julio, ahora sentado a la derecha de María y otros dos hombres vestidos de traje.

María frunce el ceño un instante al verlo junto a Daniela cuando abre la puerta.

—¡Daniela! —La saluda con una sonrisa tensa—. Y… Julio, ¿qué hace Gabriel aquí? ¡Qué sorpresa!

—Me gusta su compañía —responde Daniela.

—Claro, claro… ¿Por qué no os sentáis? Tenemos muchos sitios hoy…

—Prefiero que nos quedemos de pie, si no te importa.

—¿Qué tal, Julio? —Gabriel le dedica un saludo militar al hombre que se encoge en su silla como si oír su voz le diera repelús—. Felices fiestas.

—Felices… fiestas.

El ambiente está tan tenso que a Gabriel no le importaría sentarse. Sin embargo, sabe que Daniela está intentando establecer sus normas y, además, separarse todo lo posible de esa gente. Física y mentalmente.

—¿Qué tal la Navidad, Daniela? —María sonríe—. ¿Todo bien con la familia? ¿Más tranquilita?

Eso es lo que dice, pero sus labios dicen otra cosa. Algo como «¿Ya has tomado tu decisión?».

—He estado dando muchas vueltas a lo que me dijiste —dice Daniela—, y… espero que te haya gustado mi respuesta.

—¿Cómo dices?

Gabriel saca el móvil del bolsillo y les enseña la pantalla a todos los asistentes: un vídeo de Daniela hablando a cámara se reproduce con subtítulos en la cuenta de Ella Spice.

—¿¡Qué has hecho!?

María se lanza sobre su portátil y sus dedos vuelan por el teclado. La habitación se queda en silencio, solo roto por los clics del ratón y la respiración ansiosa de la editora cuando busca «TikTok» en Google. Se mete sin querer en otro vídeo de un baile gracioso viral y suelta un gruñido angustiado mientras intenta cerrarlo. Está tan frenética que ni siquiera se da cuenta de que todo lo que hace se está proyectando en la pantalla desplegable que tiene a su espalda. Tarda un par de clics más en encontrar lo que buscaba.

Daniela, en su habitación en casa de sus padres, vestida con el pijama que llevaba la noche anterior y con un ejemplar de *Cuál de los dos* en las manos.

—Hola a todo el mundo —su voz se extiende por la sala de reuniones—, me llamo Daniela, y nunca pensé que diría esto, pero… yo soy Ella Spice. O Ella Spice es yo. Y llevo siendo Ella Spice desde que tenía dieciséis años y vosotros me conocéis desde los dieciocho.

Gabriel no puede apartar la mirada de la Daniela de la pantalla, pero su mano vuela hacia la de la chica de carne y hueso que tiene al lado y que tiembla como una hoja mientras se escucha a sí misma hablar de cómo nació *Cuál de los dos*, por qué decidió ser anónima y qué pasó en verano.

—Me daba miedo que me rechazarais, que no me quisierais como queréis a Ella Spice y a sus historias. Por eso, Gabriel me hizo el favor de ocupar mi lugar. Ahora, los dos somos conscientes de que fue una estupidez y de que estuvo mal engañaros, pero mientras Gabriel daba la cara por mí, la ansiedad me devoraba por dentro. Y lo único que me hacía feliz era ver que él os estaba acompañando como yo nunca lo había hecho.

Daniela le da un apretón.

Ahí viene la parte importante.

—Llevo muchos años lidiando con el síndrome del impostor que me ha generado ser Ella Spice. He mentido a mis mejores amigas, a mis lectores y… estoy muy cansada. Amo escribir y quiero seguir haciéndolo hasta que ya no pueda más. ¡Tengo muchas historias en la cabeza! Y tengo unas ganas horribles de acabar la aventura de Belce, Uriel y Alba, pero… no podré hacerlo si sigo siendo Ella Spice. —La Daniela del vídeo respira hondo—. Hoy os grabo este vídeo para deciros que Ella Spice deja de escribir. Yo ya no soy Ella Spice, ni nadie más lo va a ser. A partir de ahora voy a seguir escribiendo como yo misma, como Daniela. Una editora me preguntó hace poco que si alguna vez había pensado si quizá todo esto no era para mí. Y tenía razón, el mundo editorial no está hecho para mí.

—Pero serás… —Julio, que había permanecido impasible, se levanta dando un puñetazo a la mesa.

—No voy a seguir publicando con Young Plutón —continúa Daniela—. No sé cuándo podré volver a escribir, pero de momento quiero tomarme un descanso para asumir todo lo que ha pasado y pasar tiempo con mis amigos. Espero de corazón que nos podamos conocer de nuevo en el futuro y esta vez cara a cara. Os quiero y lo siento muchísimo.

El vídeo vuelve a empezar y María lo detiene con el dedo. Congelada sobre el teclado, el flequillo claro cubriéndole la cara.

—Eso es todo —dice Daniela, la auténtica—. Y como siempre te has llenado la boca de lo mucho que me quieres y aprecias, espero que lo respetes, María.

—¿¡Que lo respete!? —María los mira y le da un golpe a la pantalla del ordenador—. ¿Que respete qué? Acabas de cargarte una mina de oro, ¿en qué estabas pensando?

—En mí —responde Daniela—, solo en mí.

—Eres una egoísta. —La editora sale de detrás de la mesa y avanza hacia ellos. Gabriel tira del brazo de Daniela y dan un par de pasos hacia la puerta—. Me he dejado la piel para defenderte delante de todos estos buitres. He tenido que soportar tus ritmos patéticos de escritura, he perdido muchísimo dinero por tu culpa.

Los buitres en cuestión la miran con el ceño fruncido.

—Llevas desde el verano agobiándome y presionándome para que acabara una novela que sabías que no podía escribir.

—¡Los escritores escriben, Daniela! Y si no escribes, entonces no eres escritora.

—¿Y a quién le importa eso? —Julio se mete las manos en los bolsillos del traje y hace una mueca—. Ese vídeo no significa nada. Puede que el vídeo tenga muchas visitas en esa tonta red social, pero pasado mañana, ya no será relevante. ¿Crees que la gente no seguirá comprando a Ella Spice si está en librerías? A la mayoría de la gente estas polémicas le dan igual. María escribirá todos los libros que haga falta y no te pagaremos nada.

Ahora es el turno de Gabriel, que levanta la mano como si estuviera en clase.

—El caso es que tengo unos correos en los que María admite de manera muy detallada que lleva mucho tiempo maltratando psicológicamente a Daniela para poder apoderarse del nombre de Ella Spice y publicar tres novelas al año.

Gabriel y Daniela revisaron todos los correos que María le envió por error y que él no había mirado pensando que se trataba de *sexting*. Ahora descansan impresos en casa de los padres de la chica. Por si acaso.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta María con voz temblorosa.

—Digo que la próxima vez que vayas a hablar de cosas que no quieres que salgan a la luz, te fijes a quién le envías los correos.

Es divertido ver cómo María procesa la verdad. Cómo seguramente esté pensando en esos emails que envió a Julio y a los que nunca le respondió. Emails que mandó por error a Gabriel y que él no leyó porque pensó que le darían grima. Emails que leyeron el día anterior y que tenían mensajes parecidos al último de todos. Planes para machacar a Daniela, para presionarla hasta que no pudiera más y así poder apoderarse de la marca Ella Spice.

—¿¡Por qué no me dijiste que no te habían llegado algunos *mails!?* —María se gira hacia Julio.

—¿¡Qué *mails!?* —Otro puñetazo a la mesa.

Gabriel disfruta cuando María se lanza sobre Julio y sus uñas largas le arañan la calva como si fuera un animal de presa. Los dos se enzarzan en una pelea de insultos a grito de «¿¡Pero qué *mails?!*» que los otros dos hombres de traje intentan contener.

Daniela lo coge del brazo y lo mira con media sonrisa.

—Creo que nuestro trabajo aquí ha terminado.

—¡No volverás a publicar, Daniela! ¡Te lo prometo! —chilla María mientras le sujetan los brazos a la espalda.

Ya están fuera de la pecera cuando Daniela se encoge de hombros y dice:

—Y no podría importarme menos.

ALBA

Cuando entraron en la enfermería, quedó claro que Uriel se encontraba mejor, porque ya estaba sentado en la cama. Alba tuvo que respirar hondo para no ponerse a llorar al ver las cicatrices de la espalda vendada. Fue todavía más difícil cuando sus ojos azules la reconocieron.

—Vaya, vaya... Mira quién se digna a venir a verme.

—Estaba recogiendo cosas... —mintió—. ¿Qué tal estás?

—Buenísimo, como siempre. —Levantó el brazo para mostrar el músculo—. Y quitándome a las enfermeras de encima.

—¿La enfermera de casi ochenta años también?

—Esa es mi favorita.

Belce le soltó la mano, fue al otro lado de la cama y se sentó en un taburete que Alba asumió que era el que había estado usando esos días atrás. El demonio fue el que le pidió que no visitara a Uriel todavía. Parece que lo de perder las alas era más grave de lo que el ángel estaba dejando ver, pero prefirió seguirle el juego y fingir que era como si estuviera pasando por un mal resfriado.

Ella se acercó y le ofreció la mano a Uriel, que la cogió con cuidado.

—Así que no eres una bruja, ¿eh?

—Siento mucho haberos mentido.

—Reconozco que siempre me preguntaba por qué no hacías cosas de bruja —dijo Uriel—, pero es de mala educación preguntarle a una bruja por qué no hace más cosas de bruja. Lo que no entiendo es que tú no te dieras cuenta.

Belce levantó la cabeza y se encogió de hombros.

—Apestabas a bruja —respondió—, y, de hecho, sigues oliendo como ellas.

—Creo que Laura puede tener algo que ver.

Puede que pasar tanto tiempo entre inciensos y compartir armario y dormitorio con una bruja hubiera servido para algo.

—Si te digo la verdad, me alegro de que no seas una bruja —dijo Uriel—. No me gustaba nada que Le Rouge tuviera una conexión especial contigo, ¿sabes? Todo ese lío de que las brujas y los demonios fornican sin parar no me molaba un pelo.

—¿En qué siglo vives, imbécil? —gruñó Belce.

—Prefiero que seas una humana, porque así puedo ser tu ángel de la guarda y este plasta queda fuera de la ecuación.

Alba pensó en todas las veces que lo había llamado así en su cabeza. Su ángel de la guarda. No podía decírselo o se vendría muy arriba. Le soltó la mano para cruzarse de brazos.

—En realidad, os veo más bien como el ángel y el demonio que aparecen en mi hombro cada vez que tengo que tomar una decisión importante.

—O cada vez que estás cachonda.

—Perder las alas no te ha hecho dejar de ser idiota. —Belce se puso en pie—. ¿Qué vas a hacer este verano? Sé que tus padres no te dejan volver.

—¿Me estás invitando a tu casa, Le Rouge?

Alba se alegró de ver esa expresión divertida otra vez en la cara del ángel.

—Estoy intentando saldar mi deuda por no poder evitar que te quitaran tu gracia o lo que sea que te haya pasado.

—Qué amable. —El ángel suspiró—. Bien. Pero tengo otros amigos que me han hecho la misma invitación, solo que tú tienes más dinero y estoy acostumbrado a las comodidades.

—No hay nadie que te soporte en el Cielo, Uriel.

—Pero tengo amigos en el Infierno. Todavía no sé qué es, pero resulto irresistible para los demonios.

Alba se rio y se acercó a Uriel. Con cuidado le dio un beso en la mejilla, cerca de la comisura de los labios.

—Tú también estás invitada —susurró el ángel—. No es mi casa, pero sé que siempre hay sitio para una humana sexy.

—Lo pensaré.

Pero no había nada que pensar. Después de lo que había pasado esos meses, no podía rechazar la oferta. Seguía jugándose la vida al quedarse entre esos monstruos, pero al menos ahora tenía dos motivos de peso para hacerlo.

Cuál de los dos
Ella Spice

Capítulo 28



DANIELA

SEIS MESES DESPUÉS

Daniela baja del bus a las cinco de la tarde, cargada con una bolsa enorme. Después de todo el trayecto escuchando el *single* de Ana Mena a toda tralla en sus auriculares, se alegra de oír los cláxones de los conductores cabreados. Alrededor del parque del Retiro hay un montón de gente yendo y viniendo con libros en las manos y conversaciones agitadas. Es el primer año que va allí sin fingir que sus libros no le pertenecen. El primer año que leer el nombre de Ella Spice en las casetas no le transmite sentimientos encontrados. Ahora está en paz.

Entra en el parque y saca el móvil para comprobar a qué caseta tiene que ir. Lo ha consultado cientos de veces, pero como la Feria del Libro siempre ha sido un laberinto para ella, vuelve a confirmar que no se ha equivocado. La caseta de la librería está más o menos en el centro del recorrido y todavía tiene tiempo, así que decide ir paseando, echando un ojo a los libros y a las personas que los cotillean. Se da cuenta de que las novelas de *cowboys* están de moda y se le pasa por la cabeza escribir alguna. También ve una

cola larguísima para una autora de la que hace poco se descubrió que en realidad no era una chica sino dos tíos. Podría pensar que ha sido culpa suya y de Gabriel, que marcaron tendencia con la que liaron desde Plutón Ediciones, pero lo cierto es que ese caso en concreto lleva años sucediendo entre bambalinas y, por lo que le han contado, no ha sido el único. Se ve que cuando se les ocurrió la brillante idea de que Gabriel se hiciera pasar por ella y a Daniela le pareció una barbaridad, en realidad solo estaban llevando a cabo una estrategia de *marketing* de lo más habitual. Solo que para ellos dos fue imposible de mantener a largo plazo.

Y lo agradece.

En su camino hacia la caseta, para en la librería de Anne. Está a tope, pero cuando la ve, la cara de la librera se le ilumina y se acerca a ella:

—¡Dani! ¿Cómo te va? Hemos vendido todo lo que teníamos de Ella Spice.

—¿De verdad?

—Y no dejan de pedir el final, que lo sepas.

—Pues que esperen —lo dice con una sonrisa tranquila, apoyándose en la caseta y perdiéndose entre las novedades juveniles. Tiene unas cuantas pendientes por leer—. Un día de estos me paso y hablamos, que tengo que ir a una firma.

—¡Disfruta! ¡Y a ver si te pasas por Letras y café!, que te echan de menos!

Daniela le dedica una sonrisa. Echa de menos ir al club de lectura de la librería y uno de sus propósitos es tener el valor para regresar en septiembre. Ni propósitos de año nuevo ni nada, propósito de nuevo curso.

Acelera el paso (¡al final siempre llega tarde a todos los sitios!) y corretea entre la marea de gente. Caseta cincuenta.

—¡Caseta cincuenta!

La ve perfectamente porque solo hay tres personas delante. Y, además, a dos de ellas las conoce muy bien. Hana y Nuria tienen un libro entre las manos y hablan animadamente con la cabeza de rizos

rubios que hay dentro. Se ve que llevan un buen rato ahí, porque Nuria está cambiando el peso de una pierna a otra y eso es señal de que sus rodillas van a ceder de un momento a otro. La tercera persona de la fila es Leo, que está de brazos cruzados. Daniela todavía no lo conoce muy bien, pero está claro que finge el aburrimiento solo para aparentar.

—¡Hola!

—¡Por Dios, Dani! Qué susto me has dado. —Nuria se gira hacia ella y le pasa el brazo por los hombros—. ¿Vienes a la firma?

—¿Llego a tiempo?

—Pues teníamos veinte ejemplares y se los han llevado todos, así que no puedo firmarte ninguno.

Gabriel se cortó el pelo un poco hace unas semanas, pero solo porque empezaba a metérsele en la boca cada vez que quedaban a comer. Ahora, sus rizos le abrazan las mejillas, pero su nuca queda al descubierto. Ahí sentado, jugueteando con un boli entre los dedos, no podría estar más guapo.

—Por suerte para mí, el autor me regaló un ejemplar —Daniela lo saca de la bolsa— antes de que saliera a la venta y… ¡Aquí está!

Daniela deja el libro sobre la mesa. Una antología de relatos de fantasía en la que han participado varios escritores, entre ellos, Gabriel. Cuando le surgió la oportunidad, tuvo dudas, Daniela lo animó, y resulta que la historia del hada cautiva en la cueva ha llegado a las librerías.

—Llegas tarde, porque ahora le toca firmar a Berta.

—Un mago nunca llega tarde…

—Te juro que si sigues con esa frase dejarás de ser mi amiga para siempre —dice Hana.

—Sobre todo porque hace dos meses no sabías ni quién era Frodo.

—Sí que lo sabía, pero me daba lo mismo.

Gabriel pone los ojos en blanco y empieza a dedicarle el libro. A Daniela le hace gracia ver que todavía conserva los bolis que compró

para las firmas de Ella Spice. Y un sello de unas alas de ángel que aplasta porque sí en una esquinita.

—¿Os venís a comer algo? —pregunta Nuria—. Hemos quedado con tu hermana, que dice que acaba su clase en el gimnasio, se ducha y viene.

Ese es otro de los cambios. Sara yendo al gimnasio. Siempre ha hecho deporte, pero por su cuenta, así que Daniela tiene la sensación de que hay algún motivo o individuo oculto que le hace ir tanto a clases de *spinning.* A lo mejor su hermana es la próxima en protagonizar una comedia romántica.

—Toma, para mi mayor fan —le dice Gabriel.

Cuando le devuelve el libro, no puede evitar acordarse de aquella primera firma de Ella Spice, esa en la que lo hubiera matado. Tiene la misma sonrisilla que entonces, solo que ahora no la pone nerviosa. Bueno, o igual sí, pero de otra manera.

Abre el libro por la primera página y lee:

Para Dani:

Gracias por dejarme ser tú para poder conocerte.
No te voy a decir todo eso de "espero que te guste" porque tú ya conoces esta historia mejor que nadie.
Aunque no has leído la versión final, en esta también hay flores.
Y Leonir se queda con la chica.
Te quiero.

Ella Spice
Gabriel

—Mira que eres tonto. —Y se gira hacia las chicas—. No podemos, lo siento, pero ya teníamos plan, ¿verdad?

Gabriel mira las bolsas que Daniela ha cargado todo ese rato como si las viera por primera vez.

—¿¡Lo has traído!?

—Te lo prometí, ¿no?

—Por favor, si son juguetitos eróticos prefiero no verlos. —Leo hace un gesto con la mano, como si fuera a vomitar.

—No seas marrano —Daniela abraza las bolsas con fuerza—, es mucho mejor que nada que se te pueda ocurrir.

—¡Prefiero no pensarlo! —Leo señala con la cabeza—. Por cierto, Gabriel, ¿ya has puesto el anuncio del piso?

—¿El del alquiler?

Gabriel le ha contado que sus otros dos compañeros de piso, a los que jamás ha visto y que está empezando a dudar de su existencia, han decidido marcharse y vivir en pareja.

—Sí, porque no te vas a hacer rico con este libro y como al mes que viene tengamos que pagar el doble…

—Tranqui, que hoy mismo lo soluciono.

—Más vale. —Leo se gira hacia Hana y Nuria—. ¿Nos vamos? Me podría comer un camión ahora mismo.

Y desaparecen, no sin antes darle las gracias a Gabriel. Daniela se queda ahí de pie, esperando y observando los libros de la pequeña editorial que ha publicado la antología. La chica que está atendiendo el puesto la mira de reojo y ella le dedica una sonrisa incómoda. Eso también pasa mucho desde que dijo que lo de Ella Spice había sido todo cosa suya. No tanto como esperaba, pero claro, en la Feria del Libro de Madrid es como ir con un cartel en la cara.

Por suerte, Gabriel aparece por un lado de la caseta y pueden escabullirse por detrás, hacia un camino de tierra por el que pasea la gente. Desde allí se pueden ver las cajas de cartón llenas de libros que se apilan tras las casetas. Daniela sabe que las van moviendo y llenando y vaciando en función de las firmas.

—¿Lo llevas todo? —pregunta Gabriel cuando se apartan e intenta cogerle la bolsa.

—Sí, pero no podemos hacerlo aquí.

—Ya… —El chico echa un vistazo por encima de su hombro. Algo más lejos, un grupo de gente charla animadamente sobre la hierba —. A lo mejor podemos ir a los retretes portátiles que han instalado un poco más allá.

—Pero suelen estar guarros…

—Va a ser muy rápido, no pasa nada.

Así que Gabriel entrelaza sus dedos con los de Daniela y tira de ella con entusiasmo. Daniela no deja de mirarlo, de disfrutar de lo contento que está y de lo liberada que se siente ahora que le da igual lo que piense la gente de ella. Evidentemente, su síndrome del impostor no ha desaparecido, pero ¿quién iba a pensar que dejar atrás a una editora insoportable y que quería acabar con su carrera podía ayudarla a ir en la dirección correcta? Ahora que vuelve a acudir al psicólogo y que lo de escribir se ha convertido en algo de lo que disfrutar y no otra cosa más por la que sufrir, siente que todo es más sencillo. Y también está Gabriel, claro.

Es curioso lo rápido que a la gente se le pasan las ganas de cotillear cuando el chisme deja de ser jugoso. Sus padres tenían razón: al final nada es tan grande como parece. Aunque los malos ratos no se los quita nadie, está intentando mirar hacia delante y olvidar.

—¡Allí!

Daniela ve los cubículos destartalados y arruga la nariz.

—¿Y si lo hacemos detrás de unos setos?

—Yo no quiero que nadie me vea el culo, Dani.

—Pero que son muy frondosos.

—Ni de coña.

Así que no les queda más remedio que esperar en una fila larguísima. Daniela juguetea con la bolsa de papel, inquieta. La verdad es que le da un poco de vergüenza. Para alguien a quien no le gusta llamar la atención, lo que van a hacer es todo un salto al vacío.

Cuando una señora sale con cara de haberse vaciado pero bien, Daniela mete las manos en la bolsa y saca un rebullo de ropa que se pega al pecho. Le deja lo demás a Gabriel y corre hacia el cubículo antes de que la juzguen. Dentro huele tan mal que tiene que aguantar la respiración. Intenta que su ropa no roce nada y se la quita maldiciendo a Gabriel. Con lo fácil que hubiera sido ir a

cualquiera de los bares que hay alrededor del parque y pedir un botellín de agua para poder usar el váter. Pero no. Tiene que hacer malabarismos en un espacio ridículo mientras se mete por la cabeza todo lo que su madre se encargó de coser para que le quedara a medida.

Por suerte no tiene que ponerse muchas cosas y ajustarse bien la barba, así que en menos de cinco minutos sale otra vez. La persona que está esperando se la queda mirando con cara de pez y Daniela agacha la cabeza antes de que haga algún comentario.

Gabriel tarda un poco más que ella, así que se oculta entre los arbustos, fiel a su plan original. Desde allí es gracioso ver cuando el chico tropieza con los pies al abrir la puerta del cubículo. Su pelo ondulado sigue igual, pero se ha cambiado la sudadera por una camisa blanca de mangas abullonadas y un chaleco marrón que se le ajusta al torso. En el pecho le brilla un anillo dorado que rebota cuando la ve y corre hacia ella.

—Pero ¿por qué te escondes?

—Porque no quiero que nadie me vea con estas pintas.

—Pero si estás adorable.

Daniela frunce el ceño. En realidad, la idea fue de ella. Cuando Gabriel le dijo que sus amigos del rol y otras asociaciones iban a organizar un encuentro en la Feria del Libro de Madrid para seguidores de la fantasía en el que promocionarían la antología de Gabriel, Daniela bromeó con que podrían disfrazarse. Resulta que la idea se hizo popular hasta el punto de convertirse en algo obligatorio. El siguiente paso fue decidir qué llevar y una segunda idea absurda la llevó a esa situación.

Ahora, Gabriel calza unas botas que parecen pies peludos y unos pantaloncitos que dejan ver las pantorrillas y carga con una mochila con la que parece a punto de recorrer la Tierra Media para salvar el mundo.

Ella, por el contrario, solo parece un mago del tamaño de un niño que nunca llega tarde.

—Eso sí, te falta el sombrero, Gandalf.

—Es que…

Gabriel atrapa la bolsa y saca un sombrero picudo de dentro. También un bastón retráctil, que ella coge y despliega con un poco de reticencia.

El chico se inclina hacia ella y le pone el sombrero en la cabeza. Sus ojos verdes la perforan, como siempre. Esta vez, Daniela no mira hacia otro lado, decide anclarse a ese momento, a los latidos acelerados de su corazón, que no ha parado de sentirse así desde que se besaron por primera vez.

Gabriel rompe la distancia y le da un beso suave en los labios.

Después, le da un toquecito en la barba y se ríe.

—¿A que no me besas otra vez? —protesta ella.

—A riesgo de causar algún escándalo mediático en algún rincón de Internet cuando alguien vea a Frodo y Gandalf morreándose…

Y la besa.

La coge de la cara y ella le pasa los brazos por el cuello, dándole un golpe en la cabeza con el bastón que a ninguno de los dos le importa lo más mínimo. Gabriel la empuja suavemente y su espalda toca con uno de los árboles. Daniela ya no piensa ni en la Tierra Media ni en la barba que pica como un demonio, solo en lo que quiere hacer con Gabriel cuando se queden a solas después. De momento, se contentan con un baile en la boca del otro que acaba cuando ella tiene que coger aire por fin.

—Seguro que desde fuera ha sido raro —sonríe.

—¿Raro? ¿Por qué? —Gabriel le tiende la mano y ella la atrapa confiada—. Pero no podemos repetirlo en el evento. No queremos traumatizar a esa pobre gente.

—Deberían tener la mente más abierta, ¿sabes?

—No con Gandalf y Frodo… —Gabriel sacude la cabeza—. Pero con lo de Sam y Frodo me has convencido, lo tengo que admitir.

—¡Lo ves!

No paran de hablar de eso hasta que llegan a la zona del parque donde empieza a haber más gente disfrazada yendo de un lado para otro.

Es entonces cuando Daniela tira de la manga de Gabriel y lo dice:

—Estoy escribiendo otra vez —confiesa.

—¿En serio? —Él se gira y la mira sorprendido—. *¿Cuál de los dos?*

Daniela niega con la cabeza. Cuando María dijo eso de «no volverás a publicar», parece que iba en serio. Al subir ese vídeo en el que Daniela decía cosas como que no iba a entregar el manuscrito de la última parte de *Cuál de los dos*, estaba amenazando con incumplir el contrato que firmó y en el que se había comprometido a enviar la novela acabada antes de que terminara el año. Si hubiera estado en buenos términos con Plutón Ediciones, seguramente le habrían dado un poco más de margen para acabar el texto, pero después de lo que pasó… lo tuvieron fácil para acusarla de incumplimiento de contrato. La cosa podría haber acabado bastante mal; al fin y al cabo, ¿qué puede hacer ella contra una empresa?

Sin embargo, dado que tenía pruebas de todo lo que María le había hecho, acordaron que la editorial no la denunciaría y que ella podría recuperar los derechos de la obra.

Todavía no ha decidido qué hacer. Es una saga que ha vendido mucho y que sigue muy viva, y puede que alguien más quisiera reeditarla, pero Daniela duda que vuelva a lanzarse al mundo editorial, así como así. Ahora sabe más que cuando le llegó aquel primer *mail* de María y eso la hace ir con pies de plomo. Por ejemplo, han contactado varios agentes literarios con ella, que quizá sean la solución a muchas de las situaciones injustas y raras que le ha tocado vivir. También ha conocido cara a cara a otras escritoras, y nunca habría imaginado lo útil que resulta hablar con personas que hacen lo mismo que tú para darte cuenta de que no estás sola y de que tu experiencia (por absurda que sea la suya en concreto) no es tan diferente a la de las demás.

—No, eso tendrá que esperar un poco más. Es una historia nueva.

—¿Y de qué va? ¿De mí?

—Va de una chica que es escritora, pero tiene mucho síndrome del impostor, así que cuando la editorial le ofrece que un

desconocido se haga pasar por ella, dice que sí.

—¿Qué clase de persona haría eso?

—¿Verdad? Y para colmo, resulta que el tío es un insoportable que solo lee fantasía épica y piensa que *La rueda del tiempo* es demasiado corta.

—Yo no…

—Y poco a poco la chica se va pillando del insoportable.

—¿Y el insoportable de ella? —Gabriel vuelve a estar muy cerca, tanto que quiere comérselo a besos.

—Creo que sí, aunque todavía no tengo el final pensado.

—¿Y lo firmará Ella Spice?

Daniela se acaricia la barba, como si todavía tuviera que darle vueltas.

—No, lo firmará Daniela.

Se siente liberada cuando lo suelta. Espera que Gabriel le diga que es una tontería no usar el tirón de Ella Spice, pero el chico solo la abraza y le da un beso en la coronilla.

—Estaré encantado de leerlo en cuanto lo acabes.

AGRADECIMIENTOS

Uf. ¡Allá vamos otra vez! Si escribir novelas nunca se vuelve más fácil, ponerse con los agradecimientos es más de lo mismo. *Yo soy Ella Spice* nació una tarde tonta en la que tuve una idea y le hablé a Marta Álvarez de ella. Marta me dijo: «Tía, hazlo ya, por favor. Solo lamento que no se me haya ocurrido a mí» y, como soy de la opinión de que Marta es la persona más divertida de España y sus consejos siempre son los mejores, me puse a escribir. Por eso, gracias, Marta, no solo por animarme a escribir esta historia y ser una amiga tan guay que siempre me deja dormir en su casa en Madrid, sino también por ser la editora que convirtió este manuscrito en lo que es a día de hoy. Mi reto era hacer que te enamoraras un poco de Gabriel y… Bueno, ¿a quién pretendo engañar? Te conozco muy bien para saber lo que tengo que hacer si quiero que te guste un tío insoportable que «odia toda novela que no tenga una descripción de sesenta páginas de una setai».

Jordi, gracias por todo lo que has hecho por mí desde que nos conocimos. No sé si alguna vez había pensado qué significaría tener un agente, pero desde luego, no podría haber imaginado a alguien mejor. Gracias por todas las oportunidades que han surgido este año, por todas las historias que han encontrado hogar gracias a ti y por lo mucho que apuestas por mí. Te puse delante el proyecto más raro y complicado y salimos victoriosos, así que… siento que nada se nos puede resistir. No me des las gracias otra vez por hacerte

comprar esa sudadera de *Embrujadas*, ambos sabemos que era muy necesaria.

Gracias a mis amigas. A Moni, porque siempre aguantas lo mucho que me quejo de las partes malas de este mundo y pocas veces hablamos de lo maravilloso que ha sido conocernos gracias a él. A Xoana, porque eres una de las personas que me ha visto crecer en todos los sentidos y… *Look at us. Hey, look at us*. *Who would've thought? Not me.* A Bea, porque los últimos capítulos de *Yo soy Ella Spice* los escribí viendo La Revuelta y comentándola contigo, así que, si son un despropósito, ya sabemos de quien es la culpa. A Alba, ¡que eres la mejor! Creo que podría haberte conocido en Madrid, en Kobe o en Copenhague y nos habríamos convertido en una pequeña familia igualmente. De hecho, gracias a mis chicas de Kobe, que no pueden leer esta novela, pero me da igual: Ella, Lilli, Michelle y Terry, *I miss you guys so much*. A Nuria, *girl*, es que no podía no mencionarte aquí, porque de alguna manera siento que siempre nos entendemos muy bien. Aparte de ser una artista increíble con una *cover* chulísima de *Devuélveme a mi chica*, gracias por no pillar mi neumonía las tres noches que compartimos habitación el finde del Madcool Talent, porque me habría sentido MUY culpable.

Gracias, Ali, (¡otra vez!) por darle vida a Gabriel y Daniela. Ya lo conseguiste con Marco y Collins en *Déjame Odiarte* y lo has vuelto a hacer con este par de tontitos. Se dice que no hay que juzgar un libro por su portada, pero eso lo dijo alguien que no había visto la portada de este.

Gracias a ti, personita que ha llegado hasta el final. Espero que esta novela te haya hecho pasar un buen rato, pero también te haya transmitido la idea de que no existe un único camino para conseguir nuestros sueños. Que da igual lo alto que estés, siempre puedes dudar de ti misma. Ser artista en España no es fácil, así que quiero que nos comprometamos colectivamente a acabar con ese síndrome del impostor. Ya hay demasiados obstáculos, demasiados muros, demasiada precariedad como para que nos pongamos la zancadilla a

nosotras mismas. El arte es humano y, en tiempos como los que estamos, creo que es importante recordarlo. Si te has reído leyendo *Yo soy Ella Spice* es porque compartimos esa humanidad, y si te has emocionado, también. De hecho, incluso si no te ha gustado, es porque yo soy una persona y tú también. Gracias a ti, lector de carne y hueso; gracias a todos los artistas que respiran y sienten. Ojalá, igual que Gabriel y Daniela, podáis seguir contando historias siempre.

Y, por último, aunque no menos importante… gracias a mi familia. Con las últimas adiciones, mencionaros a todos está empezando a ser una tarea complicada, pero gracias a todos por escuchar las ideas que tengo y guardar las novelas cuando ya existen sobre el papel. Alba, espero que esta sí que te la leas, que no es tan larga y tiene una parte que podría estar sacada de *Crónicas Vampíricas*. Y por supuesto, gracias a mis padres por animarme a seguir persiguiendo este sueño.

Edición en formato digital: junio de 2025

© Del texto: Iguazel Serón, 2025
Autora representada por IMC Agencia Literaria.
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2025
C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid
www.fandombooks.es

Director editorial: Pablo Cruz
Editora: Marta Álvarez
Asistente editorial: Mercedes González Grande
Diseño de cubierta: Lola Rodríguez
Ilustración de cubierta y detalles interiores: Alicia Sánchez
Detalles página 7: Istockphoto/Getty Images/Merovingian

ISBN ebook: 978-84-19831-38-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Agradecimientos

Créditos